

372.4
Cue
L
1923

LIBRO QUINTO

DE

LECTURA

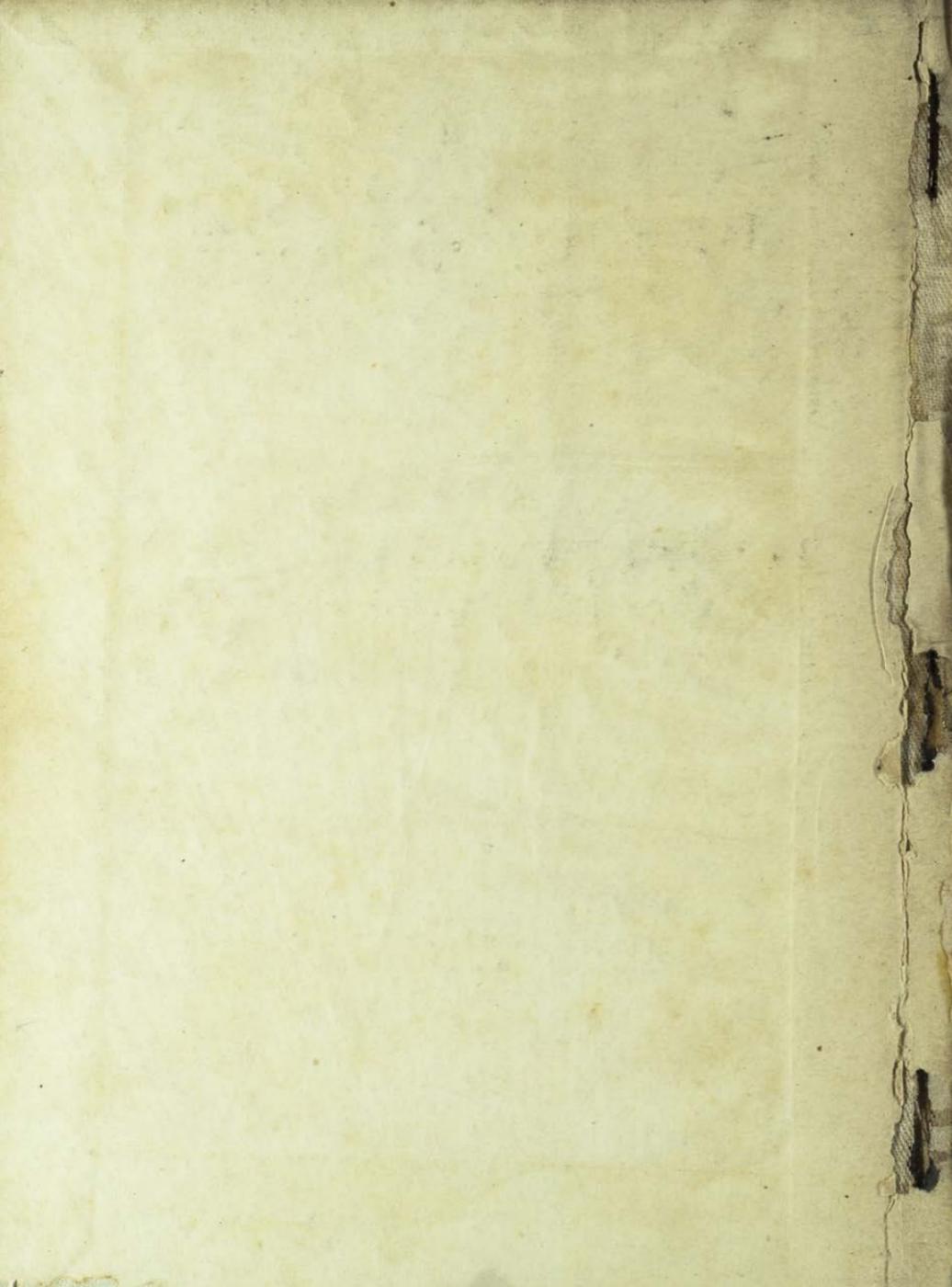
POR LOS

Dres. Ramiro Guerra Sánchez y Arturo Montori

RESERVA

ESCUELAS PÚBLICAS

VA



SERIE CUBANA DE LIBROS DE TEXTO

LIBRO QUINTO

DE

LECTURA

POR LOS

DRES. RAMIRO GUERRA SANCHEZ Y ARTURO MONTORI

PROFESORES DE LA ESCUELA NORMAL PARA MAESTROS DE LA HABANA

ILUSTRACIONES DE R. LILLO

OBRA DE TEXTO

APROBADA POR LA
JUNTA DE SUPERINTENDENTES DE ESCUELAS
EL 5 DE OCTUBRE DE 1918



HABANA

Imp. y Lib. "LA MODERNA POESIA"

Obispo núms. 129 al 139
1923



Bb. Antonio Traizoz
317664

Es propiedad de los autores.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

372.4
Bue
L
1923

A LOS MAESTROS

El LIBRO QUINTO DE LECTURA que ofrecemos al Magisterio, último de la serie que hemos compuesto, está destinado especialmente a los ejercicios de lectura suplementaria recomendados por la Junta de Superintendentes para los grados cuarto, quinto y sexto de la enseñanza primaria. Teniendo en cuenta que los alumnos de cuarto grado poseen un texto de lectura propio del grado, nuestro libro habrá de tener mayor y más frecuente aplicación en los grados quinto y sexto, circunstancia que hemos tenido muy en cuenta.

La óbrita comprende, de conformidad con las exigencias oficiales, ~~en~~ ~~los~~ ~~temas~~ generales de Historia, Literatura, Ciencias, Moral y Cívica y Agricultura, en la selección de los cuales hemos procedido con el mayor ~~cuidado~~. Las lecturas históricas son las más numerosas, por entender ~~que~~ así lo exigen las necesidades de una educación eminentemente nacional. Inculcar el amor a la patria cubana es el primer deber de la escuela pública; y nada más adecuado para alcanzar tan elevado propósito, que difundir el conocimiento de su historia. Una nación, es, ~~sobre~~ todo, una personalidad moral que tiene un pasado y aspira a un porvenir. Leyendo nuestro libro, los niños cubanos aprenderán a conocer nuestro pasado, a admirarlo y a apreciar la magnitud de los esfuerzos, sacrificios y trabajos, gracias a los cuales se ha ido formando esta patria próspera y progresista que les ha sido legada como herencia preciosa, la cual ellos deben a su vez mejorar y engrandecer. En

conjunto, las lecturas históricas, compuestas o escogidas teniendo en cuenta las enseñanzas de Langlois, Altamira y otros insignes metodologistas, constituyen un cuadro bastante completo del desarrollo del pueblo cubano. Cada una de dichas lecturas aparte de las especialmente dedicadas a ello que figuran en la obra, constituye, además, un material excelente para lecciones de Moral y Cívica. La moral y el civismo deben estudiarse en sus formas concretas y vivientes, en la acción humana. En tal virtud, hemos rehuído las lecciones teóricas de Moral y Cívica, ofreciendo en cambio abundante material al maestro bien inspirado, para derivar fructíferas enseñanzas y normas de conducta cívica y moral, de casi todas nuestras lecciones, mediante el comentario vivo y adecuado del texto de las mismas.

Las lecciones dedicadas a la Agricultura tocan problemas vitales de la materia, considerada en sí misma y en relación con nuestras necesidades nacionales. Cada una de ellas puede servir también para una enseñanza de moralidad y patriotismo.

En la parte exclusivamente literaria, no nos hemos apartado del criterio que inspira el resto de la obra. Las composiciones, tanto en prosa como en verso, responden a los fines educativos de que ya hemós hecho mención.

Dado el objeto primordial que deben tener las lecturas suplementarias de ilustrar a fondo una cuestión, sugerir puntos de vista generales que orienten y encaminen al estudiante hacia amplios horizontes dentro de la natural relatividad de la enseñanza primaria, nuestras lecciones, por su extensión, su fondo y su factura, suministran un rico caudal de enseñanza, que el alumno debe descubrir y asimilar guiado por las sugerencias del profesor. En el orden educativo, la lectura cuidadosa de cada una de nuestras lecciones, junto con las fruiciones morales que hará experimentar al alumno, le proporcionará una constante oportunidad para el ejercicio de sus poderes mentales. En los grados superiores, la lectura, y de una manera especial la lectura suplementaria, debe ser un arte eminentemente intelectual. En este sentido, los maestros

podrán observar que nuestro librito pone en sus manos un material abundantísimo para hacer pensar y sentir a sus discípulos.

Las lecciones no aparecen divididas por grados porque hemos entendido que el maestro debe tener libertad para escoger en cada caso la "lectura" que venga a suplementar sus enseñanzas, conforme a la disposición que haya dado a sus programas de clase. La lectura suplementaria debe estar subordinada al desarrollo de dichos programas y no aquéllos a ésta, como forzosamente habría de ocurrir si fijásemos un orden a nuestras lecciones del cual no debería salirse el maestro.

LOS AUTORES.

107

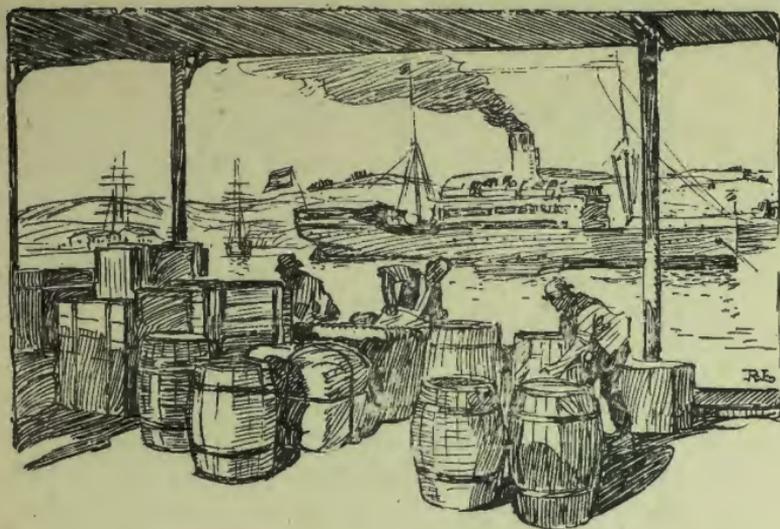
108

109

110

111

112



I

VISION PROFETICA

La Isla de Cuba entre las dos Américas, a la boca del Golfo Mejicano, siendo el centinela avanzado del archipiélago, punto intermedio del comercio el día no lejano en que los pueblos asiáticos y los pueblos americanos y europeos se comuniquen por caminos más breves; con sus muchos y bellos puertos, sus innumerables riachuelos, sus campos cubiertos de verdor perenne, sus privilegiados frutos, sus feraces terrenos, su cielo encantador, su benigno clima; no se detendrá sin duda en la marcha que ha emprendido. Mil y mil leguas de ferrocarriles se entretejerán de punta a punta de la isla; los barcos de vapor surcarán día y noche

las espumosas aguas del mar; muchos ríos se canalizarán; los terrenos pantanosos serán desecados y sobre ellos crecerán lozanas plantas; no habrá espacio que no esté sembrado de caña, de café o de tabaco; la población se duplicará; al lado de cada puerto se levantará una ciudad elegantemente delineada y construída; cientos de fanales servirán de guía al navegante. Se echarán sobre los ríos multitud de soberbios puentes; se introducirán todos los días máquinas e instrumentos para sacar de la tierra los frutos que atesora; se mejorarán las razas de todos los animales útiles; las siembras mismas se harán con aquel orden y aquella simetría que son un indicio claro de adelantamiento de los pueblos; las groseras chozas de nuestros labradores se convertirán en graciosas habitaciones rodeadas de árboles y flores; todos los artículos se abaratarán y se pondrán al alcance aun de las clases más pobres.

El viajero que descienda a las playas cubanas y visite las poblaciones y las campiñas, así como el que hoy, después de treinta años de ausencia, se admira de cómo progresa esta tierra privilegiada, envidiará no haber nacido bajo sus ceibas y sus palmas. Dirá en su patria cuán feliz vive el hombre aquí, y millares de familias, cansadas de trabajar en tierras ingratas ya, y ansiosas de paz y de orden, cruzarán los mares, besarán el suelo hospitalario que las recibe con los brazos abiertos, descuajarán unas pocas yugadas de terreno, fabricarán su albergue, arrojarán los granos a los surcos, y, en breve, nunca más les faltará el alimento.

ANSELMO SUÁREZ Y ROMERO.



II

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA EN CUBA

La Agricultura, en su sentido más limitado, significa arte de labrar y cultivar la tierra, pero comprende también la cría de muchos animales útiles, y ciertas industrias propias de la población rural.

La importancia de la agricultura es extraordinaria. Los pueblos más civilizados, fuertes y progresistas, tienen una agricultura muy perfeccionada y desarrollada; en cambio los que no pueden obtener de su tierra la mayor parte de los artículos que necesitan para vivir, están colocados en una situación de dependencia respecto de las naciones más productoras.

La agricultura ejerce una influencia muy beneficiosa sobre las personas que la practican inteligente-

mente. La vida en pleno campo es más higiénica y más sana que la que se lleva en las grandes ciudades.

Por eso el agricultor es generalmente un hombre sobrio, vigoroso, de inteligencia viva y despierta, aun cuando su instrucción sea a veces menor que la del obrero de las ciudades.

Hay quienes afirman que la profesión de agricultor requiere menos inteligencia que cualquiera otra, pero esa creencia es un grandísimo error. La agricultura reclama una atención constante a cosas muy diversas de las cuales depende el buen éxito de la cosecha, y el hombre que la practica con inteligencia llega a estar dotado de un poder de observación, de previsión y de reflexión, mayores que los de cualquiera otro trabajador ocupado en labores sujetas a reglas más fijas e invariables que las de la agricultura.

En nuestro país, la agricultura tiene aun más grande importancia que en cualquiera otro. Cuba fué siempre en lo pasado, es en lo presente y probablemente será en lo futuro, un país agrícola. El que un país sea agrícola o no, no depende de la voluntad o del capricho de sus habitantes, sino de ciertas condiciones naturales que éstos no pueden hacer variar a su antojo. En Cuba no se encuentra el hierro en abundancia, ni se han hallado hasta ahora yacimientos de carbón de piedra o de petróleo; y donde no abundan estos tres artículos, no puede desarrollarse una gran industria; por lo menos mientras no cambien las condiciones que son necesarias para los trabajos industriales en grande escala.

En cambio, nuestro país es muy sano, su clima relativamente benigno y sus tierras muy fértiles; condiciones todas favorables para el desarrollo de la agricultura. Pero la principal de todas nuestras ventajas es la de la posición geográfica. Cuba está cerca de países densamente poblados, en los cuales no se producen y sí se consumen en grande escala muchos de los artículos de nuestro suelo, que son artículos de primera necesidad. Además de nuestro azúcar y de nuestro tabaco, las grandes ciudades de los Estados Unidos consumen enormes cantidades de hortalizas,



de frutas y de algunos de los artículos que llamamos frutos menores, sin contar muchas materias primas para sus industrias. A medida que las vías de comunicación en el interior en nuestro país sean más numerosas y mejores, y los medios de transporte más seguros y rápidos, los agricultores de todas las regiones de Cuba tendrán facilidades para enviar sus productos a nuestros centros urbanos populosos, a los de los Estados Unidos y hasta a los de Europa. Nuestra

agricultura tiene, además, un porvenir brillante, porque los artículos que consumen los grandes centros urbanos — hortalizas, legumbres, frutas, flores, animales de corral, etc., — son los que requieren métodos de cultivo, envase y transporte más inteligentes. La práctica de estos métodos determina el desarrollo de una agricultura científica, y contribuye a que la población rural sea más industriosa, instruída y bien acomodada. Cultivos de los que cada día se habrán de ir difundiendo en Cuba, son los que llevan la civilización, el progreso y el bienestar a los campos, haciendo la vida en éstos más cómoda y apetecible que en las ciudades.

Para los cubanos la agricultura tiene mucha importancia porque es la ocupación a la cual se dedican en mayor número. Cuando se hizo el censo de 1919, se comprobó que en Cuba existían 462,471 agricultores, de los cuales 394,272 eran cubanos y 68,193 extranjeros. En todas las demás ocupaciones lucrativas juntas, se ganaban la vida 357,568 cubanos y 128,782 extranjeros. Como se ve, más de la mitad de los cubanos que tienen ocupaciones lucrativas son agricultores. No ocurre lo mismo con los extranjeros, puesto que de cada cien trabajadores extranjeros sólo 34 son agricultores. En los años transcurridos de 1919 a la fecha, el número de cubanos dedicados a la agricultura ha aumentado en una proporción muy considerable.

La agricultura es, como queda demostrado, la ocupación favorita de los cubanos, así como el comercio es la de los extranjeros avecindados en Cuba. Por lo

tanto todo lo que sea tratar de mejorar la agricultura, es hacerle un gran bien a la mayor parte de los cubanos que viven de su trabajo, los cuales se hallan establecidos en nuestros campos, cultivando caña, tabaco, frutas, legumbres y diversas plantas industriales; criando ganado vacuno, caballos, cerdos, gallinas y abejas; fabricando almidón, cortando leña, haciendo carbón, y otros trabajos no menos útiles, de los cuales vivimos y que son la base de la prosperidad y del bienestar de nuestro país.

En proporción al número de sus habitantes, ninguna tierra del mundo produce tanto como Cuba. Esa enorme producción que nos acredita de pueblo laborioso, se debe casi toda ella al esfuerzo de nuestros compatriotas, quienes forman la inmensa mayoría de los agricultores de la nación, aun cuando dicha producción redunde en beneficio y honor de todos.

Es bueno que en Cuba tengamos esto bien presente siempre, a fin de que trabajemos cuanto podamos a favor de la agricultura, base de la riqueza de nuestra patria y principal ocupación de muchos de los más modestos y laboriosos de sus hijos.





III

VASCO PORCALLO DE FIGUEROA

Sentados en el amplio portal de la casa, los niños, poco después de la comida, comentaban las lecciones de la Historia de Cuba que habían recibido desde el comienzo del curso. Se trataba de una nueva asignatura que les interesaba mucho.

En la escuela habían oído decir por primera vez que Cuba primitiva era muy distinta de nuestra patria tal como ellos la conocían ahora. Con profunda sorpresa habían sabido que entonces no había ciudades, ni caminos, ni muchos de los animales que ahora se ven en todas partes, tales como bueyes, caballos, cerdos, gallinas, etc.; ni plantas tan abundantes hoy

en nuestro país, como caña de azúcar, naranjos, mangos, aguacates y muchas más. Ellos trataban de pensar cómo era Cuba entonces y cómo vivían sus habitantes; y unos a otros se hacían preguntas y se daban explicaciones. El padre, sentado en un sillón, tomaba el fresco y descansaba de los trabajos del día. El se alegraba mucho del interés que la historia patria despertaba en sus hijos; y a fin de satisfacer el deseo que tenían de aprender y saber, les dijo que si les prestaban atención, él les contaría la historia de uno de los primeros y más famosos pobladores de Cuba.

Los muchachos acercaron sus asientos formando un semicírculo alrededor de su padre y éste comenzó así su narración:

Uno de los más célebres entre los primeros pobladores españoles de Cuba, fué Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerna, natural de Cáceres, capital de la provincia española de este nombre, y perteneciente a una familia muy ilustre. Aunque él vino muy joven a Cuba, pues sólo contaba unos veinte años, había asistido ya como soldado a algunas batallas.

No se sabe con exactitud en qué fecha llegó él a nuestro país; pero se cree que fué poco después de haber fundado el gobernador D. Diego Velázquez la población de Baracoa. Porcallo no tomó parte en la fundación de dicha ciudad ni en la de la Habana; pero sí en la de todas las demás establecidas por Velázquez, principalmente Puerto Príncipe, Sancti-Spíritus y Trinidad.

Cuando Don Diego Velázquez comenzó a distribuir tierras e indios entre los españoles que le habían acompañado o seguido a Cuba, le dió a Vasco Porcallo grandes extensiones de terreno y numerosos indios para que trabajasen para él.

—Papá, dijo Leyda, ¿qué tierras eran esas que repartía Velázquez?

—Eran, le contestó el padre, todas las tierras de Cuba. Entonces Cuba no estaba dividida en fincas como ahora, y los españoles creían que todo el terreno pertenecía al Rey de España.

El rey había autorizado a Don Diego Velázquez para que cediera en su nombre grandes porciones de tierra a los que le habían ayudado a conquistar la Isla, en premio a sus servicios. Como Vasco Porcallo de Figueroa, había sido uno de éstos, era de la misma región de España que Velázquez y pertenecía a una familia poderosa, Velázquez le cedió muchas tierras.

—¿Y dónde estaban las tierras de Vasco Porcallo, papá?, preguntó una de los muchachos.

—Su finca principal estaba en la provincia de Puerto Príncipe, al Suroeste de la ciudad; comprendía casi todo el territorio que media entre los términos de Santa Cruz del Sur y Ciego de Avila. Vasco Porcallo murió hace más de 350 años, pero su nombre era recordado hasta hace poco. Cuando comenzó la guerra del 68, agregó el padre, toda la región que les he dicho y que ustedes deben buscar en el mapa, formaba un partido o barrio que se llamaba *Porcallo*. La cabecera estaba situada como a seis leguas de Camagüey, en

un pequeño caserío que también se llamaba *Porcallo*; estaba formado por varias casas de mampostería de la antigua hacienda de nuestro personaje. Ahora esas regiones tienen otros nombres y el antiguo caserío no existe; pero quizás buscando con cuidado, puedan descubrirse las ruinas del pobladito, destruído durante la guerra de los Diez Años.



—Papá ¿qué trabajos hacía Porcallo en sus haciendas?

—Los trabajos que se hacían en las haciendas de Porcallo eran extraer oro de las arenas de los ríos, criar ganado vacuno, caballar y de cerda, cultivar maíz, yuca, boniatos y otros frutos menores, y fabricar casas para vivir él y sus empleados. Estos trabajos estaban a cargo de los indios, a los cuales trataba como esclavos; Porcallo y sus empleados blancos los mandaban y di-

rigían. El oro lo extraían en la forma siguiente: Los granitos de oro estaban mezclados con la arena de algunos ríos. Un indio cogía una cantidad de arena en una *batea*, llenaba ésta de agua y después la iba derramando poco a poco por los bordes; el agua arrastraba la arena, y los granos de oro, que son muy pesados, se quedaban en el fondo de la *batea*.

Estos granos se ponían aparte, se cogía otra cantidad de arena y se repetía la operación, continuándola todo el día; el trabajo, como es natural, se efectuaba a orillas de los ríos. Vasco Porcallo se hizo muy rico con el oro que logró sacar de los ríos, y con el producto de las reses y del casabe que vendía.

El era cruel y autoritario: cuando se vió rico y poderoso lo fué mucho más. A los infelices indios los trataba de la manera más inhumana. Los obligaba a trabajar como bestias, los azotaba y les aplicaba castigos atroces para impedir que se fugaran a los bosques. A los que comían tierra para enfermarse y morir, de desesperados que estaban, les quemaba la boca con tizonas encendidos; a otros les cortaba las orejas, la nariz, los dedos y otros miembros, y en ocasiones obligaba a los infelices mutilados a que se comieran las partes de su propio cuerpo que les había cortado.

Las autoridades lo procesaron por esa causa y él confesó que eran ciertas las acusaciones que se le hacían. Tratando de disculparse, declaró que las mutilaciones sólo se las había hecho a algunos que estaban ya moribundos. Aunque él trataba a los indios de esta manera bárbara, se casó varias veces con mujeres in-

dias, de los caciques. Tuvo muchos hijos e hijas mestizos, y algunas de sus hijas se casaron con indios también.

Cuando él salía de recorrido por sus haciendas, que eran muchas, se hacía acompañar por una numerosa escolta de gente armada, un capellán para que dijese misa y administrase los sacramentos, y numerosos criados, entre los cuales no faltaba el cocinero y el repostero porque le gustaba comer y beber bien.

Era déspota y violento no sólo con los indios, sino con los mismos españoles, sin que la autoridad le impusiera respeto.

En una ocasión los vecinos de Sancti-Spíritus se dividieron en dos bandos contrarios y promovieron varios disturbios. Porcallo salió de una de sus fincas al frente de un cuerpo de hombres armados y se presentó en la población a fin de apaciguarlos por la fuerza.

Requirió al ayuntamiento y exigió al alcalde que abrazase a sus enemigos y que abandonase el cargo que ejercía. Quiso le Alcalde tirar de la espada para hacer respetar su autoridad; pero sin darle tiempo, Vasco Porcallo le pegó varios puñetazos y le quitó *la vara*, que era la insignia de mando, reduciéndolo a prisión junto con todos los concejales. Uno de éstos se refugió en la iglesia, que era un lugar sagrado según la costumbre y la ley; pero Porcallo sin respeto a nada ni a nadie, entró en el templo llevando una lanza en la mano, le dió una lanzada al fugitivo, lo sacó a viva fuerza y lo encerró en la prisión junto con las demás autoridades.

Estas se quejaron al Gobernador de la Isla y a la

Audiencia, o Tribunal de justicia que estaba en Santo Domingo; pero después de muchas averiguaciones, por estos hechos y por las atrocidades cometidas con los indios, sólo fué condenado a pagar una pequeña multa.

Así vivió durante muchos años, sin salir de Cuba, haciéndose cada vez más rico y fundando haciendas, caseríos y hasta un pueblo, según se cree, el de San Juan de los Remedios.

Cuando el gobernador Don Diego Velázquez organizó la expedición que envió a Méjico contra Hernán Cortés, quiso darle el mando de ella a Vasco Porcallo. Este no aceptó porque no quería someterse a las órdenes de Velázquez ni de nadie. Sin embargo una vez tomó parte en una expedición, de la cual regresó por un percance ridículo que le ocurrió en ella.

—Cuéntanos eso también, papá.

—Varios años después de la muerte de Don Diego Velázquez, llegó a Santiago de Cuba Hernando de Soto, el cuarto de los gobernadores que tuvo Cuba. Hernando de Soto venía con el propósito de conquistar a la Florida; traía con él muchos soldados y hombres de armas bien armados y dispuestos. Vasco Porcallo fué a Santiago de Cuba a ver al nuevo gobernador y se quedó sorprendido al contemplar la vistosa comitiva de éste y las fiestas que allí se celebraban.

El gobernador sabía que Porcallo era muy rico y podía ayudarlo en su empresa, así es que lo agasajó mucho. Vasco Porcallo se llenó de orgullo y de entusiasmo, le regaló cincuenta caballos a de Soto y se ofreció a ir a la Florida, aunque ya estaba algo viejo

y muy grueso para soportar las fatigas de la guerra. Hernando de Soto lo nombró segundo jefe de la expedición, hicieron juntos el viaje a caballo—que duró un mes—de Santiago a la Habana, y de allí partieron para la Florida. Gran parte de los víveres, los caballos y el equipo de la expedición fué proporcionado por Vasco Porcallo, quien llevó uno de sus hijos mestizos y muchos de sus empleados y servidores. No todo era entusiasmo y desprendimiento en Porcallo. Ya en Cuba quedaban muy pocos indios, los de la Florida eran robustos y fuertes, y Porcallo se proponía traer cuantos pudiera para hacerlos trabajar en sus haciendas. Los expedicionarios desembarcaron en las costas de aquella península y a los pocos días tuvieron un recio combate con los salvajes. Vasco Porcallo montado en un brioso caballo, fué el primero que a la cabeza de su gente y blandiendo su lanza se metió por entre los grupos de indios. Estos no eran mansos como los de Cuba sino feroces y aguerridos; apesar de ello él los puso en fuga. Su orgullo y su osadía crecieron con su fama de valeroso. Unos días más tarde se entabló otro combate con los indios; Vasco Porcallo cargó el primero contra ellos para dar el ejemplo, pero tuvo la mala suerte de caer dentro de un pantano, del cual tuvieron necesidad de sacarle sus compañeros, con gran trabajo, cubierto de fango de los pies a la cabeza.

Las risas de los que presenciaron el percance le llenaron de cólera, y ya fuese por esto o porque comenzase a echar de menos la buena vida que se daba en Cuba, regresó inmediatamente a ésta. El mando de la

gente que había llevado, le dejó al mestizo hijo suyo, que le acompañaba al salir de Cuba.

De esta manera ridícula terminaron sus hazañas. Algún tiempo después envió también a su hijo al Perú, al frente de un grupo de hombres armados en auxilio de Pizarro el cónquistador de aquel país, que era amigo suyo; pero él no volvió a salir de Cuba.

Vasco Porcallo murió en una de sus haciendas cerca de cuarenta años después de la conquista de Cuba; sus hijos e hijas heredaron sus bienes. Los primeros ocuparon cargos importantes en el gobierno; lo mismo que sus hermanas, se casaron y tuvieron numerosos descendientes en la provincia de Camagüey. Vasco Porcallo fué una de los pocos cónquistadores que se establecieron para siempre en Cuba, constituyeron aquí sus familias y formaron el núcleo de la primitiva población europea o descendiente de europeos. Era aficionado a la vida del campo, orgulloso y valiente. Fué muy cruel e inhumano con los indios, no por odio, sino por codicia y porque casi todos los hombres eran entonces feroces y sanguinarios. El contribuyó mucho al fomento de la ganadería, la más importante y casi única riqueza de Cuba durante mucho tiempo. En Camagüey y Sancti-Spíritus donde tuvo sus grandes haciendas, la crianza de ganado fué siempre y continúa siendo en nuestros días, la ocupación más lucrativa de la mayor parte de la población. Porcallo fué uno de los fundadores de Cuba.



IV

LOS NIDOS DE LAS AVES

Con la llegada de la primavera, los gorriones que anidan debajo de los aleros de los tejados parecen dominados por una agitación extraordinaria.

Vuelan con inquietud de un lado a otro, chillan estrepitosamente, se acometen unos a otros con las plumas erizadas y los ojos encendidos por la cólera.

Antonio está sentado en el patio estudiando la lección de fisiología que explicó el maestro en la clase anterior y sobre la cual preguntará en la próxima, cuando tuvo que suspender el estudio para contemplar el curioso espectáculo que se ofreció ante su vista.

Flotaba en el aire una pequeña plumilla, despojo quizás de alguna reciente batalla sostenida por los pendencieros pajarillos, cuando de pronto, dos gorriones acudieron de dos opuestos lugares con objeto de recogerla. El primero que llegó a ella, la tomó con el

pico, pero, no bien lo había cerrado, cuando el otro cayó sobre él dándole furiosos picotazos.

El pájaro acometido se revolvió contra su temerario contrincante, trabándose entre ambos tan enconada contienda, que rodaron por el suelo dando fuertes chillidos, con las alas y los picos enredados.

Con la rapidez del rayo, el gato, que los acechaba anhelosamente desde el principio de la pelea, saltó sobre ellos logrando alcanzar a uno, el cual quedó prisionero entre sus garras.

Excusado es decir que el otro pajarillo remontó el vuelo inmediatamente, yendo a posarse en el tejado, donde quedó un momento, todavía estremecido por la agitación de la pelea y excitado por el peligro que acababa de correr.

El muchacho contempló aquella escena, que sucedió en menos tiempo del que es necesario para contarla, con gran sorpresa, no pudiendo comprender el valor que podía tener para los pájaros aquella pequeña e insignificante pluma, causa inocente del intenso drama que acababa de contemplar.

En la hora del almuerzo contó a su papá el suceso que había presenciado, haciéndole presente su extrañeza.

El padre, entonces, le explicó el caso de este modo: —El hecho que acabas de contarnos no tiene nada de extraordinario y su explicación es bien sencilla.

Los gorriones, al igual que la mayor parte de las aves, fabrican sus nidos en esta época.

Los dos pajarillos querían apoderarse de la pluma,

para utilizarla en la construcción del nido, que cada uno estaba, sin duda, fabricando.

Como casi todos los pájaros, los gorriones fabrican sus nidos con pajitas y hojas de yerba recubriendo el interior con plumas a fin de que esté más mullido y caliente.

Estas avecillas colocan sus nidos bajo el alero de los tejados o en el hueco de las paredes, pero la mayor parte de los pájaros lo fabrican entre las ramas de los árboles.

¿Nunca has visto una pareja de pajaritos en la tarea de fabricar su nido? A la entrada de la primavera la mayor parte de las aves que viven solitarias o en bandadas, se agrupan o dividen en parejas, cada una de las cuales empieza inmediatamente a preparar su nido, en el cual la hembra ha de poner sus huevos, para incubarlos después, hasta que de ellos salgan los pichoncitos.

El padre y la madre viven en el nido con los pajaritos, hasta que éstos pueden volar. Entonces, casi siempre, la familia se disuelve, aunque la madre suele continuar atendiendo a las necesidades de los hijos hasta que éstos puedan valerse por sí mismos.

Cada especie de aves tiene una manera peculiar de construir el nido, la que depende casi siempre del género de vida que le es peculiar y de los materiales propicios que tienen a su alcance.

Por eso, en la construcción de los nidos, así en los materiales como en la conformación, se observa una gran variedad.

Algunas, aunque muy pocas especies se contentan con depositar los huevos en la tierra; allí los incuban hasta que nacen los pichones. Otras, como los avestruces, abren un hoyo en el suelo y allí ponen; algunas gallináceas se conforman con formar un hueco adecuado entre las yerbas.

Las aves acuáticas hacen sus nidos en las rocas, en la arena o en el fango de las orillas; algunas lo rellenan de hojas y plantas para darles mayor comodidad.

Entre estas especies son curiosos los nidos de los flamencos.

Estas aves, que son palmípedas de largas patas como las zancudas, construyen sus nidos colectivamente, en las orillas pantanosas; para ello agrupan con las patas una porción de fango en forma de pequeñas eminencias cónicas, a veces de medio metro de altura, con una depresión en la parte superior, destinada a contener los huevos.

Para incubar se sientan encima del nido con las patas colgando a los lados.

Las grandes rapaces, como el águila, hacen sus nidos entre las rocas de las altas montañas.

En Cuba los gavilanes anidan en las más altas ramas de los árboles corpulentos, como las ceibas.

El solibio teje un nido colgante como una hamaca, debajo de una penca de palma; entre el macho y la hembra agujerean las hojuelas de las pencas, pasando hebras por el agujero, hasta formar una especie de sogas, de la que cuelgan el nido.

Los tomeguines, los zunzunes, los **mayitos**, los sinsontes y casi todas las aves que pertenecen al orden de los pájaros, lo fabrican entre las ramas de los árboles, utilizando pajitas, filamentos, ramitas finas, y para el relleno, plumitas, lana de ceiba o algodón.

Una circunstancia muy notable es la habilidad que todos muestran para ocultar el nido a la vista de los enemigos, disimulándolo entre las hojas, o para hacerlo inaccesible, colocándolo al extremo de las ramas.

Por regla general, las aves construyen sus nidos con el propósito de poner sus huevos y proporcionar habitación caliente y segura a sus hijuelos, en tanto no puedan valerse por sí mismos; pero, algunas especies hacen nidos de recreo o que les sirven de habitación en el invierno.

¿Te explicas ahora el encono con que los gorriones se disputaban la pequeña pluma que flotaba en el aire?

Por estos contornos no abundan los materiales blandos y conservadores del calor que ellos quieren colocar en el fondo de sus nidos para que sus hijitos, cuando crezcan, se encuentren cómodos y abrigados. Por conquistar aquella partícula destinada a contribuir al bienestar de los hijos que todavía no tienen, los dos pajarillos entablaron una feroz pelea, a consecuencia de la cual uno de ellos perdió la vida.

Era que estaban animados por el instinto paternal, el más poderoso y el más extendido de los impulsos que gobiernan la vida de cuantos seres existen en la naturaleza.



V

EL CEDRO Y EL JAGÜEY

Había un cedro gigante
de Cuba en el campo hermoso
que en el calor riguroso
daba sombra al caminante.

Lo respetó el rayo ardiente,
los siglos lo respetaron;
mil tempestades pasaron
y nunca dobló la frente.

Si á la aurora saludaban
el turpial y el ruiñeñor,
en su ramas entonaban
dulces cánticos de amor.

Era el árbol soberano
de aquellos alrededores,
emblema de los primores
del rico vergel cubano.

Mas, quiso la suerte avara,
que es de condición mudable,
que un jagüey muy miserable
humilde se le acercara.

Nació de sucia semilla,
según de cierto se sabe,
que arrojó al pasar un ave
sobre la fecunda arcilla.

Y con acento angustiado
dijo al cedro con cariño:
—¡Ay de mi, débil y niño,
que nací desamparado!

Si mi ventura no alcanza
a obtener vuestro favor,
perderé, noble señor,
la vida con la esperanza.—

Oyó el cedro el lastimoso
lamento de la orfandad,
pues unía la bondad
a lo bello y poderoso.

Alzóse el jagüey del cieno
con alegría y presteza,
y de aquel robusto seno
reclinóse en la corteza.

Débil hilo, en tierno abrazo,
estrechó a su bienhechor,

y pronto en pérfido lazo
dejóle preso el traidor.

Los días iban pasando,
los años iban viniendo,
y el jagüey, siempre creciendo,
y el cedro, siempre menguando.

Y ya con negras congojas
desfallece y viene abajo,
que no es más que un pobre gajo
sin flor, sin fruto y sin hojas.

Gajo que en leña convierte
el hacha del leñador,
¡hubiera sido mejor
darle al ingrato la muerte!

Todo pastor del lugar
viendo el jagüey tan frondoso,
algo le dice al pasar,
algo le dice afrentoso.

*La gratitud engrandece,
que es altísima virtud,
y como la ingratitud
nada en el mundo envilece.*

F. J. BALMASEDA.



VI

EL CACIQUE GUAMA

Hacia ya cerca de doce años que el primer gobernador de Cuba, Don Diego Velázquez, había desembarcado en nuestras playas al frente de una lucida tropa a fin de conquistarla.

El cacique Hatuey había sido quemado vivo y los siboneyes, reducidos a la servidumbre, vivían en paz.

Los primeros pueblos que Don Diego había fundado eran los únicos que aun existían en nuestro país; lejos de progresar, se hallaban casi despoblados y en ruinas.

La mayor parte de sus pobladores se había marchado al extranjero formando parte de las expediciones que fueron descubrir y a conquistar a Méjico, o había

emigrado al Perú, país muy rico situado en la América del Sur.

Baracoa, la primera población fundada por Don Diego Velázquez, no era más que un pequeño caserío de guano con una rústica iglesia de mampostería. Santiago de Cuba, Bayamo, Puerto Príncipe, Sancti Spíritus, Trinidad y la Habana, eran pueblos no más importantes que Baracoa. Probablemente ninguno tenía más de cien casas de familia.

Los habitantes eran en su mayor parte viejos y enfermos, porque casi todos los hombres jóvenes y fuertes se habían ido a buscar fortuna a otros países.

Los indios habían disminuído enormemente en los doce años transcurridos desde la llegada de los españoles.

Muchos habían sido muertos por los conquistadores; un gran número había huído a los países vecinos; miles habían muerto de viruelas, enfermedad propagada por los nuevos pobladores, y cada día se suicidaban familias enteras para librarse de la miseria y de la esclavitud. Los pocos que aún vivían en las haciendas, encomendados a los colonos o vagando por los bosques, habían tenido ocasión de ver como disminuía el número de los guerreros blancos; éstos, además, no les inspiraban ya el supersticioso terror de los primeros tiempos, por cuya razón en los corazones de los siboneyes se avivaba la esperanza de recobrar la libertad perdida.

Un valeroso indio oriental, Guamá, les había dado el ejemplo. Guamá era joven, enérgico y fuerte. De niño había aprendido a cantar areitos en los cuales se

celebraban las victorias de su padre y de los demás guerreros de su tribu contra los caribes, y se había ejercitado en manejar el arco, la macana y el hacha de piedra. Muy joven aún, había peleado a las órdenes de Hatuey contra los soldados de Don Diego Velázquez. Cuando el guerrero indio fué hecho prisionero y quemado en Yara, él y unos cuantos compañeros se refugiaron en las fragosas montañas de Baracoa viviendo siempre libres en aquellas sierras. Don Diego Velázquez, ocupado en recorrer la Isla, fundar pueblos y preparar sus expediciones a Méjico, no prestó mayor atención a aquel puñado de indios, y éstos pudieron dedicarse tranquilamente a cultivar sus conucos entre los bosques. Con frecuencia algún indio escapado de la hacienda de un colono buscaba refugio en las tierras de Guamá—que había sido elevado a la dignidad de cacique—y contaba a éste los sufrimientos de sus hermanos, las discordias que existían entre los colonos y la marcha de muchos de éstos para lejanas tierras. Guamá oía en silencio estos relatos, el odio y la cólera brillaban en sus ojos y crecía en él la esperanza de arrojar a los españoles de Cuba.

De vez en cuando enviaba alguno de sus guerreros a merodear cerca de las haciendas y los poblados. Estos guerreros se ponían al habla con los indios que vivían sometidos y los incitaban a sublevarse y recobrar su libertad. Algunos comenzaron a hacerlo así; ocurrieron alzamientos, incendios y ataques por sorpresa a los colonos que se aventuraban solos por los caminos. Enterado Don Diego Velázquez de estos manejos,

organizó cuadrillas de hombres armados para perseguir a los sublevados. Estas cuadrillas, auxiliadas por los colonos, dieron muerte a muchos de los alzados e impusieron a los que lograban apresar horribles castigos.

El terror imperó de nuevo y pronto las medidas tomadas por Velázquez lograron el apaciguamiento de los indios. Sin embargo, ni aun las cuadrillas más aguerridas se atrevieron a perseguir a Guamá en el interior de sus bosques, y éste continuó su vida libre, alentando siempre la esperanza de echar de Cuba a sus dominadores.

Varios años más transcurrieron.

Don Diego Velázquez murió en Santiago de Cuba; la emigración de los colonos continuó. Los pocos que aún vivían en los pueblos sostenían continuas querellas entre sí; la hora de la liberación parecía haber llegado para los siboneyes.

Es verdad que éstos habían visto desaparecer también a la mayor parte de los suyos bajo el peso de la esclavitud y el azote de las nuevas enfermedades, contra las cuales no conocían remedios los behiques; pero habían recibido algunos valiosos refuerzos de esclavos negros e indios, del Africa y del Continente, fugados de las haciendas de sus amos.

Guamá envió mensajeros a diversas regiones de Cuba, y reunió en las montañas de Baracoa un número considerable de combatientes indios. Se cantaron areitos belicosos, en los cuales se recordaban las hazañas de los guerreros siboneyes y se pintaba con vivos colores los sufrimientos de la raza india, y entre gritos

de venganza y de odio, se resolvió emprender la lucha contra los dominadores hasta vencer o morir.

La guerra comenzó a un tiempo en las regiones que hoy ocupan las provincias de Santa Clara, Camagüey y Oriente. Emboscados en las veredas que a través de los montes comunicaban unos pueblos con otros, los indios atacaban a cuantos españoles se aventuraban por ellas, a menos que fuesen en grupos muy numerosos. Los pueblos quedaron aislados unos de



otros. Muchas haciendas fueron atacadas por sorpresa e incendiadas, apoderándose los sublevados de parte del ganado. Los siboneyes que no quisieron alzarse, considerados como enemigos y traidores, fueron atacados por sus mismos hermanos, los cuales dieron muerte a muchos de aquéllos. Finalmente, creciendo la audacia

de los indios, se lanzaron al ataque del pueblo de Puerto Príncipe, logrando reducirlo a cenizas.

Los colonos, ante el peligro, se aprestaron a la defensa. Vasco Porcallo en Sancti Spiritus, Diego de Ovando en Puerto Príncipe y Manuel de Rojas en Bayamo, hicieron frente a los enemigos.

Llevando cuadrillas de perros feroces que seguían el rastro a los indios, denunciaban la presencia de éstos evitando las sorpresas, y los acosaban durante los combates, los colonos persiguieron sin descanso a los guerreros siboneyes. La lucha fué tenaz y sangrienta; sorprendidos y rodeados cerca de Bayamo varios negros cimarrones por Rojas y su gente, se defendieron hasta morir. Sus cuerpos fueron devorados por los perros; las cabezas clavadas en la punta de un palo, se colocaron a la entrada del pueblo para advertencia y escarmiento de cuantos osaran atacar a los españoles. Al cabo de algunos meses los siboneyes fueron vencidos por la superioridad de sus contrarios. Estos, jinetes en buenos caballos, bien armados y ayudados de sus terribles perros, los acosaban por todas partes.

Guamá resistía siempre en sus montañas de Baracoa; pero los colonos, convencidos de que mientras no lograran vencerle no estarían seguros, resolvieron atacarlo en sus guaridas y darle muerte.

Gobernaba la Isla interinamente Don Manuel de Rojas, cuyas haciendas habían sufrido mucho con los asaltos de los indios. Era hombre honrado, inteligente y valeroso. Resuelto a terminar los alzamientos, organizó una fuerte cuadrilla de hombres tan sufridos y

valientes como él, y dejando a su teniente encargado del gobierno, se puso al frente de la misma y marchó personalmente contra Guamá a las montañas de Baracoa.

Varias semanas duró la campaña.

Perseguidos sin descanso día y noche por entre los montes, acorralados por los perros, Guamá y sus compañeros resistieron valerosamente, pero poco a poco fueron cayendo en poder de sus perseguidores, muertos o prisioneros.

Llegó un momento en que Guamá, más resuelto que nunca a luchar hasta la muerte, no tenía ya a su lado sino un reducido número de compañeros dispuestos a acompañarles hasta el último extremo.

Al fin fué atacado por sorpresa en su más apartado retiro, que había sido descubierto por Rojas y su gente.

Rodeado de enemigos, acosado por los feroces perros de presa, no flaqueó su valor. Más afortunado en medio de su derrota que su émulo Hatuey, aún empuñaba su pesada hacha de piedra, cuando cayó para no levantarse jamás, en medio de aquellos bosques, bajo cuya sombra protectora había vivido siempre libre. Con él desapareció la última esperanza de libertad de la raza siboney.





VII

ABNEGACION HEROICA DE UNA JOVEN FRANCESA

Durante la guerra franco-alemana de 1870-1871, los ejércitos alemanes invadieron a Francia, después de haber derrotado a los franceses en distintas batallas.

Las tropas alemanas penetraron en el territorio francés cometiendo innumerables atropellos, que pusieron de relieve, al mismo tiempo, su ferocidad y el heroísmo de sus víctimas.

Por los azares de la guerra había quedado sola en su casa una joven llamada Susana Didier, en la aldea de Villedieu, cerca de la famosa ciudad de Metz.

Su padre, sus hermanos y su novio se habían incorporado al ejército, para defender su patria contra los enemigos invasores.

Se hallaba un día ocupada en los quehaceres de su casa, con el corazón oprimido por tristes presentimientos, cuando sintió tropel y voces, como de soldadesca, en la puerta de la casa. Inmediatamente sonaron fuertes aldabonazos.

—Deben ser los enemigos, pensó. ¿Qué será de mí en este trance?

En mal francés y con marcado acento alemán, una ronca voz gritó de fuera:

—Abrid en seguida o echamos abajo la puerta!

Atemorizada la joven, abrió y en seguida invadieron la sala los oficiales de un batallón alemán que había acampado frente a la casa.

Uno de ellos gritó:

—Tráenos pronto lo que tengas de comer y beber.

La muchacha obedeció temblando, con la esperanza de verlos marchar, así que saciaran su apetito.

Pero cuando se hubieron hartado de comer y de beber, uno de los oficiales le dijo:

—Ahora es preciso que respondas a lo que vamos a preguntarte. Hace poco ha pasado por aquí un ejército francés. ¿Hacia dónde se ha ido?

Al oír estas palabras, Susana palideció. En aquel ejército iban su padre, sus hermanos y su novio. Si descubría la dirección en que habían marchado, los alemanes podían caer sobre él de improviso y destro-

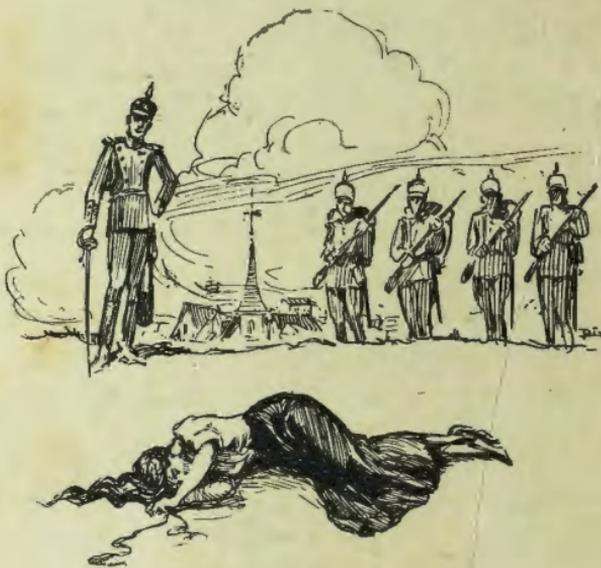
zario; entre las víctimas quizás estarían también los seres queridos de su corazón.

Su turbación era tan grande que no respondió ni una palabra.

—¿Te has vuelto muda?—le dijo el oficial. Habla, si no quieres que te pese.

Entonces contestó ella:

—Soy francesa y yo no puedo decir nada que perjudique a los franceses.



—De grado o por fuerza hablarás, replicó el oficial; nosotros necesitamos saber lo que te preguntamos y, al fin tendrás que decírnoslo.

—Soy una mujer y estoy sola, dijo Susana; vosotros no hacéis la guerra a las mujeres, y supongo que no querréis abusar de mi debilidad.

—¡Basta de palabras!—vociferó el oficial. Habla o doy orden para que te fusilen.

—Podéis hacerlo así, replicó la joven, porque yo no he de hablar una sola palabra más.

El oficial llamó a varios soldados y les ordenó que la sacaran fuera de la casa. La colocaron junto a un árbol y mandó que apuntaran hacia ella con sus fusiles.

—¿Vas a contestar a lo que te he preguntado?

Susana guardó silencio.

—Por última vez, ¿quieres hablar?

La muchacha guardó silencio y no contestó.

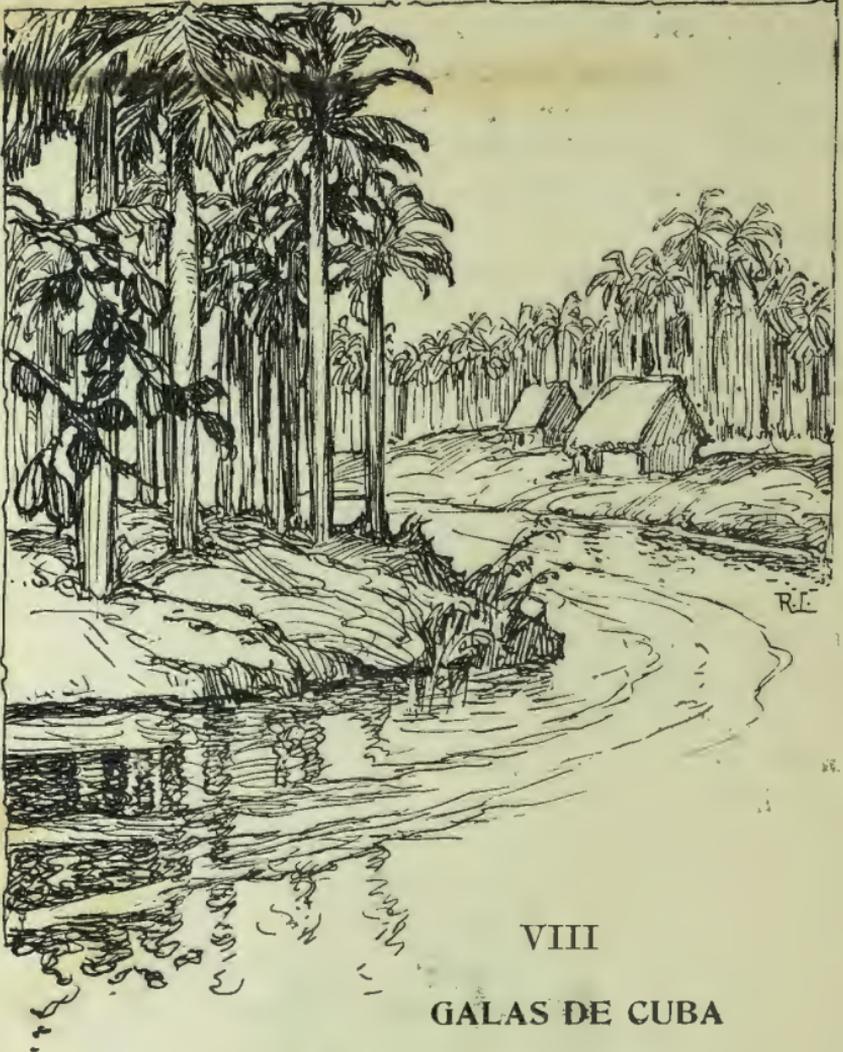
Entonces el oficial, volviéndose a los soldados, les dió las órdenes de ejecución:

—¡Apunten! ¡Fuego!

Con el pecho destrozado por las balas, cayó Susana al pie del árbol, regando la tierra con su sangre.

Como ella muchas mujeres francesas prefirieron la muerte a proporcionar a sus enemigos la menor noticia que pudiera perjudicar a los defensores de su patria.





VIII

GALAS DE CUBA

Cuba, mi suelo querido,
Que desde niño adoré,
Siempre por ti suspiré
De dulce afecto rendido.

Por ti en el alma he sentido
Gratísima inspiración,
Disfruta mi corazón
Por ti dulcísimo encanto,
Y hoy te bendigo y te canto
De mi ruda lira al son.

Cuba, delicioso edén
Perfumado por tus flores,
Quien no ha visto tus primores
Ni vió luz, ni gozó bien.
Con dulcísimo vaivén
Besan tus playas los mares,
Se columpian tus palmares,
Gime el viento dulcemente,
Y adornan tu regia frente
Blancos lirios y azahares.

Los nísperos que florecen
En las vegas de tus ríos,
Forman dulces murmuríos
Si al son del viento se mecen;
Te adornan y te embellecen
Montes y cañaverales,
Susurran los caimitales,
Te cantan los ruisseños,
Y arrulladas son tus flores
Por las brisas tropicales.

En la provincia oriental,
Bajo un cielo peregrino,

Se eleva el monte Turquino
Siempre verde y colosal;
Allí el alegre zorzal
Sobre las ramas saltando,
Ve en los peñascos rodando
Las flores que el viento quiebra,
Y a tu ardiente sol celebra
Con su canto dulce y blando.

Sus cristalinos torrentes
Que entre flores se deslizan,
Tus praderas fertilizan
Con sus límpidas corrientes;
Hay a orillas de tus fuentes
Bellezas indescriptibles,
Y allí los juncos flexibles,
En la vernal estación,
Besan las aguas al son
De los vientos apacibles.

Dichoso el que admira en ti
Tus praderas florecientes,
Tus ceibas y tus torrentes
Y tu cielo azul turquí.
Tú eres siempre la que a mí
Me inspiras cantos cubanos,
La patria de mis hermanos,
Del Nuevo Mundo una estrella,
Y en fin, la tierra más bella
Que vieron ojos humanos.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.



IX

UN MAESTRO INDIO

Cuando el primer gobernador de Cuba Don Diego Velázquez desembarcó en la Isla para comenzar la conquista de ésta, le acompañaba un sacerdote cuyo nombre ha llegado a ser universalmente famoso:

Bartolomé de las Casas.

La primera población fundada por Don Diego fué Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, y entre los rústicos edificios que se levantaron, la iglesia fué uno de los más importantes. Poco tiempo después dicha iglesia fué elevada a la categoría de catedral de Cuba, reemplazándose la primitiva fábrica de madera y guano por otra de mampostería, aunque pequeña y

tosca. Quizás fué el primer edificio de esa clase fabricado en Cuba.

Don Diego Velázquez, ocupado en las funciones de gobernador que ejercía, no pudo continuar por sí mismo la exploración y conquista de la Isla, misión que confió al capitán Pánfilo de Narváez y al ya citado fray Bartolomé de las Casas.

Se fundaron algunos pueblos más, y en todos ellos se erigía una iglesia con un cura párraco a su frente. El sacerdote acompañaba y seguía a todas partes al conquistador.

La reina de España, Doña Isabel, llamada “La Católica”, era muy piadosa. Se dice que uno de los motivos por los cuales ella se resolvió a ayudar a Cristóbal Colón en sus empresas y contribuyó a que se le diesen los recursos necesarios para llevar a cabo su viaje de descubrimiento, fué el pensar que los países en cuya busca se iba estarían poblados por gentes que no eran cristianos, y que sería una buena obra enviar a allá misioneros que los convirtieran al cristianismo. Además, Colón le había dicho que con las riquezas que el adquiriera en sus viajes, se proponía organizar una fuerte expedición guerrera para echar a los turcos de la sagrada ciudad de Jerusalén.

Sea como fuere, lo cierto es que cuando Colón descubrió la América y se supo que estaba poblada por salvajes que no eran cristianos, la reina mostró el más vivo deseo de que se les convirtiera al cristianismo y se les instruyera en los principios de la religión, por

misioneros y sacerdotes, y hasta por los mismos colonos y conquistadores.

Cuando Don Diego Velázquez comenzó la conquista de Cuba en 1511, ya la reina había muerto; pero las disposiciones que ella había dado seguían rigiendo en su mayor parte, aunque nadie, o casi nadie, las cumplía.

Por esa razón Don Diego Velázquez traía un sacerdote en su compañía y edificaba una iglesia en cada uno de los pueblos que fundaba.



Fray Bartolomé de las Casas era muy piadoso y humanitario. Trataba a los indios con mucha bondad, les enseñaba de viva voz a rezar, y cuando ya habían aprendido algunas oraciones los bautizaba.

Algunos sacerdotes le auxiliaban en esta tarea, aunque ninguno mostraba tanto fervor como él.

En cuanto a los colonos, lejos de enseñar a los indios ni de adoctrinarlos en nada, los maltrataban sin piedad y los hacían trabajar como esclavos.

Sin embargo, algunos amigos de las Casas le ayudaban en su noble tarea, y se cuenta de un vecino de Trinidad llamado Don Pedro de la Rentería, trataba de enseñar a leer a los indios de su hacienda.

Queda dicho ya que la iglesia de Baracoa fué erigida en catedral, seis o siete años después de fundada. El primer obispo, aunque no vino a Cuba, creó en dicha catedral varias dignidades o cargos importantes. Contábase entre ellos la “Escolastía” o “Maestrescuela.” Dicho cargo, según lo dispuesto por el obispo, no podía ser desempeñado sino por un sacerdote muy instruído, graduado en alguna universidad de España; estaba obligado a enseñar a los clérigos y sirvientes de la iglesia y a todos los del obispado que quisieran asistir a las clases.

Casi todo lo dispuesto por el obispo quedó sin cumplir por diversas causas. Algunos vecinos se casaron con mujeres indias, hijas de caciques, y si querían instruir algo a sus hijos, no tenían manera de hacerlo. Entonces parece que a varios vecinos acomodados se les ocurrió enviar a los muchachos o jovencitos a España para que se instruyeran allí.

Entre los que tuvieron este deseo de instruir a sus hijos, se contaba un vecino de Santiago de Cuba, de apellido Velázquez, pariente del gobernador Don Diego. Dicho vecino se había casado con una india.

Tuvo un hijo, al cual le puso el nombre de Miguel, y lo envió a España a instruirse. Miguel Velázquez estudió en la ciudad de Sevilla y en la de Alcalá de Henares, se hizo sacerdote y regresó a Cuba. En el año de 1544 él era uno de los tres sacerdotes con que contaba la catedral, que ya había sido trasladada a Santiago de Cuba. Bien porque el obispo le diese el cargo de “Maestrescuela” o por su deseo de difundir los conocimientos que él había adquirido, es el caso que Miguel Velázquez se dedicó a la enseñanza en la catedral.

Fué el primer maestro cubano de que se tiene noticia, con la particularidad de que era hijo, como ya se ha dicho, de un español y de una india.

Sus convecinos le tenían en gran estima, por su saber y la nobleza de su carácter.

Su jefe, el obispo, le decía al rey de España en una carta, que Miguel Velázquez era “ejemplarísimo de vida”; otro contemporáneo suyo, empleado del gobierno, le informaba también al rey en otra carta que Miguel Velázquez era “mozo de edad”, pero “anciano de doctrina y ejemplo”, con lo cual sin dudã quería poner de manifiesto la prudencia, el saber y la virtuosa vida del mestizo, añadiendo que “gracias a su diligencia la iglesia se encontraba bien atendida.”

La enseñanza en aquella época, sobre todo la preparación para el sacerdocio, estaba limitada, donde la había, a personas pertenecientes a familias de cierta categoría. Las parroquias de Cuba eran muy pobres, y pocos sacerdotes querían venir a ellas después de la

muerte de Don Diego Velázquez; los que venían se marchaban en cuanto podían.

El primer obispo de Cuba que vivió en la Isla, Don Miguel Ramírez, quiso remediar el mal, preparando en la catedral jóvenes para el sacerdocio. Probablemente el maestro de todos ellos era Miguel Velázquez.

El obispo, por su mal carácter y por otros motivos más, tenía muchos enemigos, y éstos le acusaron ante el rey de España de que él “ordenaba de corona” a niños hasta de siete años, a mestizos hijos de indias, que eran criados, a mozos que servían a otros y finalmente hasta hombres.”

En la época en que Miguel Velázquez vivía en Santiago de Cuba, las autoridades estaban en continuas querellas unas con otras, los vecinos se peleaban entre sí, la miseria reinaba por todas partes y los infelices indios perecían a montones, víctimas del trabajo excesivo a que se les sometía por sus amos, las enfermedades y las escaseces de todo género que sufrían.

Miguel Velázquez sentía profunda pena al contemplar todo lo que ocurría en torno suyo; él atribuía tantos males al carácter tiránico de los gobernantes y a la esclavitud que imperaba por todas partes. Sin duda se indignaba con las injusticias que veía cometer a todo el mundo, puesto que en una carta dirigida al obispo, que se había marchado a España, le decía amargamente refiriéndose a Cuba:

¡Triste tierra, cómo tiranizada y de señorío!

De los últimos años de la vida de este primer maestro cubano, poco o nada se sabe. Quizás murió

en Santiago de Cuba, lleno de tristeza ante las desgracias que presenciaba y no podía remediar.

Esta Escolastía de la catedral no fué la única institución de enseñanza de aquella época. Algunos vecinos echaban de menos la existencia de algún establecimiento de enseñanza donde instruir a sus hijos. Un vecino de Bayamo, llamado Dñ Francisco de Paradas, trató de remediar el mal algunos años después de la fecha en que Miguel Velázquez enseñaba en Santiago de Cuba. Cuando Paradas murió, en su testamento dispuso que con una suma de dinero que él destinaba al efecto, se construyese una iglesia en Bayamo y que en ella hubiese tres capellanes uno de ellos destinado a la enseñanza. Ordenaba Paradas que se pagasen al maestro trescientos pesos de sueldo al año con el dinero que él dejaba, y recomendaba que dicho maestro estuviera obligado a enseñar a todos los hijos de los vecinos de Bayamo y a los demás que quisieran aprender.

El rey de España también quiso hacer algo en favor de la instrucción de los indios y de los vecinos de Cuba.

Pocos años después de la muerte de Don Diego Velázquez, le ordenó al gobernador de Cuba, que entonces era Juanes Dávila, que escogiera doce muchachos indios, de los más inteligentes, hijos de caciques y los enviara en el primer barco que saliera para España, bien provistos de todo lo que necesitaran. Dichos muchachos debían ser educados e instruídos en colegios de España, principalmente en lo tocante a la religión; cuando hubieran terminado sus estudios de-

bían regresar a Cuba para ser los maestros de sus hermanos de raza, los cuales sin duda atenderían más a la enseñanza de estos maestros que a la de los maestros españoles.

El propósito del rey no podía ser mejor y la idea era excelente, pero los ayuntamientos de Cuba se opusieron a que se llevase a efecto y el gobernador parece que no se ocupó en darle cumplimiento a la orden recibida. Ellos creían quizás que los indios sólo eran buenos para sacar oro de los ríos y trabajar en las haciendas como esclavos, y no para ir a estudiar nada a ninguna parte.





X

LA PIÑA

Cuentan que por los trópicos un día
se aventuró la clásica Pomona;
y, halló de pronto, en la fecunda zona,
ánfora rebosante de ambrosía;

probóla y fué tan grande su alegría
que eternamente ese blasón pregoná,
porque dejó caer sobre ella su corona
y la incrustó de clara pedrería.

Cuajada de rubíes y diamantes,
así la piña se destaca egregia
por entre hojas filudas y punzantes,

como si al prevenir manos osadas,
con la altivez de su corona regia,
se encastillase entre cincuenta espadas.

J. SANTOS CHOCANO.



XI

UN GOBERNADOR COMO HAY POCOS

Algunos años después del descubrimiento de América y de la fundación de las primeras colonias españolas en el Nuevo Mundo, los barcos que hacían el tráfico entre España y sus posesiones comenzaron a ser atacados por marinos de diversos países, principalmente ingleses, franceses y holandeses, con la mira de apoderarse de las riquezas que aquellos barcos conducían.

Las autoridades españolas tomaron varias medidas a fin de poner sus buques a salvo de esos ataques, siendo la principal el disponer que todos los barcos hiciesen el viaje juntos, formando una poderosa escuadra, tanto en el viaje de ida de España a América,

como en el de regreso. Cada año se daba un viaje completo por lo común.

Las dos posesiones más ricas que tenían los españoles en América a fines del siglo XVI eran Méjico y el Perú. Las grandes riquezas del primero de dichos países eran conducidas a Veracruz. En dicho puerto se recibían las mercancías de la Península y se embarcaban para España las citadas riquezas. Las del Perú eran transportadas por el océano Pacífico hasta el itsmo de Panamá y llevadas a través de éste a Portobelo, para de allí ser conducidas a España. Las mercancías que de España se enviaban al Perú hacían el mismo recorrido, pero en dirección contraria. La ciudad de Cartagena, situada cerca de la desembocadura del río Magdalena, era otro gran puerto de importación y exportación.

El recorrido de las escuadras españolas era el siguiente: En el mes de abril, por lo común, dichas escuadras, compuestas de 20 a 50 barcos, zarpaban del puerto de San Lúcar de Barrameda y se dirigían en línea recta hacia las Antillas Menores. Las escuadras eran dos: la destinada a Méjico, llamada flota de *Nueva España*, y la que se dirigía a Cartagena y Portobelo, designada con el nombre de flota de los *Galeones* o de *Tierra Firme*. Cuando llegaban a la altura de la Isla Dominica, cambiaban de rumbo.

La de Nueva España se dirigía por el norte de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba al puerto de la Habana; después de un alto de dos o tres semanas en el puerto de la capital de nuestro país, continuaba su

viaje a través del Golfo de Méjico hasta Veracruz. La flota de los Galeones seguía por el sur de Puerto Rico, tocaba en Santo Domingo y cruzando en línea recta el Mar de las Antillas se dirigía a Cartagena y de allí a Portobelo, término del viaje.

El de regreso de ambas expediciones se hacía en la forma siguiente: La flota de Nueva España salía de Veracruz, atravesaba el Golfo de Méjico y fondeaba en la Habana, donde debía esperar a la flota de los Galeones o de Tierra Firme. Esta salía de Portobelo, atravesaba el Mar de las Antillas con rumbo al estrecho de Yucatán, doblaba el cabo de San Antonio y se dirigía también a la Habana. Reunidas en nuestro puerto las dos flotas, emprendían el viaje de regreso a España por el Canal de la Florida. Las flotas, además de los marinos de las mismas y de los numerosos pasajeros—comerciantes, empleados, etc.,—que conducían, llevaban numerosos soldados para su defensa. El jefe principal de todo el armamento era el “General de la Armada”; su segundo el “Almirante de la Flota”. Entre soldados, tripulantes y pasajeros, cada expedición se componía de cuatro o cinco mil hombres.

La Habana era en aquel entonces—últimas décadas de la segunda mitad del siglo XVI—un pequeño caserío, en su mayor parte de guano. Su única defensa era el castillo de “La Fuerza”, que aún existe. Su construcción acababa de terminarse en la época a que se refiere este escrito, después de veinte años de trabajo. Las principales casas estaban alrededor de la plaza que ocupa hoy el frente del Palacio Municipal y

del espacio que media entre el edificio de la Lonja y el antiguo convento de San Francisco. En la provincia no existía ningún otro poblado, excepto el caserío indio de Guanabacoa. El pueblo más cercano era Sancti Spiritus.

Los escasos habitantes vivían siempre sobresaltados por el temor de ser atacados por corsarios enemigos. En el lugar que hoy ocupa el Morro existía una torrecita de madera, desde la cual se vigilaba la costa hasta cerca de donde hoy se hallan el Vedado y Cojímar, a fin de avisar a la ciudad la proximidad del enemigo, en cuyo caso se disparaba un cañonazo en “La Fuerza” y se tocaban las campanas. Todos los vecinos debían acudir armados al lugar que ya se les tenía designado de antemano. Bueno es hacer constar que los cañones de “La Fuerza” eran muy pocos y que ninguno alcanzaba más de cien varas dentro de la bahía.

La vida de la ciudad cobraba extraordinaria animación con la llegada de las flotas. Cuando éstas regresaban a España, una estaba obligada a esperar a la otra en el puerto, como ya se ha dicho, y aun, después de reunidas, no zarpaban hasta no estar seguras de que no había escuadras enemigas en acecho.

Por estas causas permanecían a veces dos o tres meses en el puerto. Los soldados, tripulantes y pasajeros, aburridos de pasar semanas y semanas, y aun meses en el mar, saltaban a tierra apenas fondeaban las naves en el puerto.

Muchos se alojaban en las casas de los vecinos, convertidas por el momento en hoteles y pagaban un



buen hospedaje; compraban a un precio subido cuantos artículos producía la tierra y vendían los que traían de España, de Méjico o del Perú. Era la ocasión de los grandes negocios para los habaneros. Además se organizaban fiestas, verbenas y juegos, etc.

Sin embargo, no todo eran ventajas para el vecindario. Los juegos ilícitos, principalmente los dados y las barajas o naipes, que estaban prohibidos en los días corrientes, se celebraban con el mayor descaro. En cada bohío había una casa de juego,—hasta los gobernadores tenían varias a veces—en las cuales se cobraba una cantidad a cada jugador. En estos juegos se originaban disputas y riñas, que solían terminar sangrientamente. Además, no había policía alguna y los soldados y marineros cometían toda clase de atropellos con el vecindario; penetraban en las casas, insultaban a las mujeres, apaleaban a los hombres y hacían cuanto se les antojaba. Las autoridades llamadas a remediar estos abusos y a mantener el orden eran el Gobernador de la Colonia y el Alcalde, pero no tenían manera de hacerlo. Los soldados que guarnecían “La Fuerza” no estaban aún a las órdenes del Gobernador; tenían su jefe que vivía en dicha fortaleza y eran los más odiosos insultadores del vecindario. Por otra parte la Marina tenía ciertos privilegios especiales. Ninguna autoridad terrestre tenía derecho a detener ni a castigar un marino; así es que éstos realizaban sus fechorías, y si se veían atacados por el vecindario, se refugiaban en sus barcos, para volver a tierra dos o tres días después a renovar impunemente sus diabluras.

Hubo casos en que se libraron verdaderos combates entre el vecindario capitaneado por sus autoridades y grupos de tripulantes. Un gobernador, Don Gabriel de Luján, fué herido por los marinos en una de estas escaramuzas.

Tal era la situación cuando en el año de 1589 llegó a hacerse cargo del gobierno de Cuba el maestre de campo Don Juan de Tejada.

Tejada era un veterano muy aguerrido, que había tomado parte en numerosas batallas libradas por los españoles en varios países de Europa. Su carácter firme y enérgico se había templado en duras campañas, en las que figuró siempre al frente de soldados tan recios y fogueados como él. Su honradez acrisolada, su valor, su lealtad, las heridas que había recibido en gloriosos combates, el crédito de que gozaba de ser uno de los más entendidos ingenieros militares de la época, todo contribuía a que el rey de España, Felipe II, tuviese en él una gran confianza. Tejada, por su parte, tenía conciencia de su valer y del mérito de sus servicios; estaba acostumbrado a ser obedecido sin réplica y no era hombre capaz de tolerar que nadie le insultase ni desacatase en lo más mínimo su autoridad.

Su venida a América obedecía a que el rey de España había resuelto fortificar los principales puertos de América, amenazados por los ingleses. Tejada tenía gran experiencia, adquirida en Flandes y en otras partes, en todo lo relativo a fortificaciones; era hombre activo, enérgico y honrado; así es que pareció

el más apropiado para preparar los planes de fortificación e iniciar la ejecución de las obras.

Le auxiliaba en estos trabajos otro ingeniero militar no menos ilustre: Juan Bautista Antonelli.

Tejeda preparó los planes de fortificación de las plazas citadas; muy especialmente de la Habana, que por su posición geográfica era la más importante. El se hizo cargo del gobierno de Cuba, que ejerció cinco años, a fin de dirigir con Antonelli las obras de defensa. El ilustre veterano fué quien planeó y comenzó la construcción del Morro y de la Punta.

Cuando Tejeda tomó el mando encontró imperante el estado de cosas ya referido, pero él tenía la ventaja de ser también el jefe superior de la guarnición de "La Fuerza". Sus más urgentes atenciones fueron plenear las obras de fortificación e imponer el respeto a su autoridad.

Su primer choque en este sentido fué con el obispo Fray Antonio Salcedo Díaz. Era éste, según parece, muy intolerante; estaba empeñado en la construcción del convento de San Francisco, y molestaba con exigencias constantes al gobernador y al vecindario. Tejeda no gustaba de compartir su autoridad con nadie y se opuso a varias disposiciones de Salcedo, las cuales el gobernador creía que no eran de la competencia de la autoridad eclesiástica. El obispo, que también tenía un carácter enérgico, lo excomulgó. Lo mismo había hecho con el gobernador anterior y con muchos vecinos. La excomunión no produjo otro efecto en Tejeda que aumentar su cólera. Inmediatamente le escribió al rey.

dándole cuenta del caso, y en la carta, entre otras cosas, le decía: “Trae a esta tierra el obispo tan desasosegada con sus descomuniones, que más parece lobo que pastor de almas... suplico a vuestra majestad que lo mande castigar o mudar de esta Isla, para que la gente pueda vivir como cristiana”. A pesar del extraordinario respeto que entonces se tenía por la autoridad eclesiástica, el obispo fué trasladado algún tiempo después para otra diócesis.

Pero el choque principal donde se mostró la entereza de su carácter, se produjo con los jefes de las flotas.

Sostuvo Tejeda que todo tripulante que bajase a tierra quedaba desde ese momento sometido a su autoridad, y no hubo forma de hacerlo aceptar lo contrario. Los vecinos apoyaron resueltamente al gobernador y las tropelías de los marinos tuvieron término.

Los jefes de las flotas hicieron valer entonces unas cédulas reales u órdenes del rey, según las cuales se les concedían los citados privilegios; Tejeda se negó a darles cumplimiento y con gran entereza, rayana en desacato, le escribió una carta al rey en la cual le decía: “No se debían dar para la Habana, (se refiere a los privilegios a los marinos) estando yo en ella; y si se dieran, no los obedeceré yo, aunque me corten la cabeza; que ésto, podrálo hacer Vuestra Majestad y quitarme el cargo; mas no que me toquen mi reputación y honra; ni adonde yo estuviere ha de prender vecino ni soldado de mi jurisdicción ningún general de Armada, ni pisar palmo de tierra que yo gobierne sin mi orden y con-

sentimiento. Al que lo pretendiere hacer, aunque sea confiado en las cédulas (los privilegios citados), lo haré yo embarcar a arcabuzazos a sus navíos, donde tienen jurisdicción. Si V. M. quiere que le sirva, ha de ser de esta manera, y si no, licencia y bendición.”

No se limitó a estas expresiones tan enérgicas como inusitadas tratándose del rey; en el párrafo final de la carta le decía: “No quiero que me acaben los disgustos que esas cédulas dan a quien debiera tener el crédito que yo; y así le digo a V. M. que, aunque hablen con cuantos gobernadores tiene, si no especifican el nombre del maestro de campo Juan de Tejada, será como si no hablasen conmigo. Y esto sirva de contraseña para con V. M. En lo demás, aquí estoy yo para todo lo que me quisiere mandar”.

El rey de España a quien dirigía esta carta era Felipe II, famoso por su espíritu dominador y absolutista; pero sea porque tuviese en gran consideración al viejo y aguerrido veterano o por cualquiera otra causa, el caso es que Felipe II nada contestó, y Tejada se salió con la suya, como suele decirse, con gran contento del vecindario de la Habana. Este, en lo sucesivo, se vió mucho más protegido contra los abusos de los tripulantes de las flotas. En el año de 1594, una escuadra tripulada por más de cinco mil hombres permaneció siete meses en el puerto de la Habana; el general que la mandaba, a pesar de ser de índole muy impetuosa, no se opuso a que Tejada castigase las faltas de los pasajeros, con lo cual quedó firmemente establecido el precedente.

Durante el mando del enérgico maestro de campo, la Habana recibió otros importantes beneficios: se terminó la construcción de la Zanja, que fué su primer acueducto; se aumentó el número de concejales del ayuntamiento y las atribuciones de éste, y empezó a abundar el dinero, producto de los gastos que hacía el gobierno para la construcción de las fortalezas. Pero lo más importante fué la seguridad que tuvieron los vecinos de que en lo sucesivo sus haciendas, su vida y su honor, serían respetados y amparados. El Morro y la Punta, obra de Tejeda principalmente, aunque éste no los dejase terminados en los cinco años de su gobierno, pusieron la ciudad a salvo de los piratas y de los corsarios del exterior; la energía de Tejeda, que puso a raya a los soldados de "La Fuerza" y a los marinos, la libró de las tropelías de todos éstos, refiriéndose a los cuales dice un historiador español, que a veces se conducían como corsarios tan malos como los otros.

Por todas estas circunstancias, nos parece que Tejeda fué, según queda dicho, un gobernador como hay pocos.





XII

LA BANDERA

Hacia el otoño de 1896 tuvo que pasar Luisita a la casa de su hermana mayor. Su padre, infortunado médico de campo, había volado a la guerra con dos de sus hijos: antes se casó Juanita, la primogénita, y a su cuidado, que podía presumir tan desvelado y tierno como el de la madre muerta, la encomendó el pobre hombre, en una carta nerviosa y dislocada. Una madrugada se sintió Luisita mojada en lágrimas en su sueño; despertando, vió a su padre que apresuradamente tomaba de su percha una capa de aguas. Después no lo volvió a ver, ni en casa de su hermana le habían podido informar a ciertas de donde se hallaba.

Cuando se tienen ocho años, lógico es que no arraiguen demasiado las impresiones tristes. Sin embargo, ¡aquel papá suyo era tan bueno, tan especial entre los de otras niñas que ella conocía! Aquel papá que la llevaba a los ingenios sobre las pistoleras de la montura y cuyos besos filtrados por entre una maraña de pelos, la sorprendían diez veces al día, estaba ante ella presente a cada minuto, desde su rincón ignorado. Por la noche cuando todos dormían sentía más la lamentable falta de esos besos cálidos y la almohada se le empapaba de llanto y le parecía verle más claro entre las lágrimas. ¡Cómo había podido abandonarla!; Cómo haberse conformado a no verla, a no dormirla, a no vestirla los domingos! ¡Qué causa, más fuerte que su cariño, pudo arrancarlo a la casita humilde...!

Seguramente estaba en la guerra, donde estaban cuantos poco a poco iban desapareciendo del pueblo. Pero Luisita no podía representarse prácticamente la idea de este lugar o cosa tan espantosamente seductora. A veces al escucharse a lo lejos un disparo, al pasar por la carretera un carro de heridos quejumbrosos, había observado la consternación de los rostros: “¡Oh, esta guerra!” repetían. Con todo, Luisita se hacía en sus adentros una idea simpática de aquel enigma que había enamorado a su padre, a sus hermanos. Confiantemente esperó su vuelta sin zozobras, con la suave tristeza de los que aguardan el final del viaje.

Pero al acercarse la época de Pascuas, la impaciencia empezó a quemarla.

Llegaba el Año Nuevo e iba a entrar sola en él. El techo familiar y amoroso de su hermana se le anto-

jaba hostil y extraño al recordar la velada modesta del médico en la noche de San Silvestre, recuerdo anual que congregaba debajo de la lámpara paterna a todos los hijos, bien que viniesen algunos desde muy lejos. En tales ocasiones hacía Luisita su cena en las rodillas de su padre, hasta que el sueño la rendía en el ancho pecho del luchador; de pronto aleteaba por el tejado el repique de las doce. ¡El Año Nuevo! Luisita se sentía



sacudida y levantada en alto y con los ojos aún cerrados, pagaba torpemente los abrazos locos de todos...

Y he aquí que en aquellos días había llegado a Juliana una carta misteriosa. Luisita la había escuchado furtivamente cuando con su marido la leía junto a la ventana del cuarto a la hermana mayor. Y así supo que su padre no estaba lejos a la sazón; tal vez en algún potrero conocido de ella a donde él mismo la llevó cien veces. Y así se preguntó, todo naturalmente,

porque no habría de ir a verlo, aquí o allá, donde fuera, como antaño hacían los hermanos casados.

Lo dijo redondamente aquel día en la mesa. Estupefacción general. Juliana fijó sobre ella dos ojos abiertos e irritados. Comprendió que había dicho algo muy malo y con los párpados bajos siguió comiendo apresuradamente. Pero su determinación estaba tomada y a la otra mañana expuso gravemente su plan a Lucas el lechero, portador, entre los repliegues de la albarda, de la carta misteriosa. El pobre diablo lívido, probando a reír y negándose a aceptar encomiendas para el doctor, sólo dejó insinuar que se le suponía por vuelta de la Canoa. ¡Cualquier día lo cogían a él por ese rumbo!

La Canoa... Luisita conocía muy bien aquel potrero, con una laguna espejeante en el medio, matizado de ganados bermejos hasta las grises lomas lejanas. Esperó suspirando la mañana del treinta y uno, ¡por fin! Se guardó su pan del desayuno, puso en él un trozo de jamón—¡tanto como le gustaba a su papá!—se calzó sus zapatos fuertes y su sombrero ancho, y como en una escapatoria de colegial, tomó por la carretera arriba, a saltos, tropezaba con los centinelas del fuerte, tirando con la honda a los pájaros... El sol estaba bueno; todo se doraba alrededor de una brisa delgadita y pizpireta que atenuaba el ardor de la sangre. Al tomar por un atajo le brincó el corazón; todavía resonaba en sus oídos las patas del caballo paternal machacando entre guijarros. A las dos horas sus duras piernas campesinas comenzaron a flaquear. Súbitamen-

te de entre un florón de cañas bravas unos jinetes se destacaron; Luisita tuvo miedo y quiso huir. Pero una risotada bajo uno de los sombreros de yarey le hizo reconocer a Lucas, al mismo Lucas transformado en guerrero. El parlamento fué breve.

El guajiro, ocultando el rostro para secarse los ojos en la brisa, le tendió las manos. Un minuto después reía galopando entre el palpitar de las botijas, hacia el campamento.

El doctor se afeitaba de pie ante un rancho, cuando vinieron a avisarle que algo bueno le traían del pueblo. Leyendo en el rostro del mensajero una gran noticia, arrojó la navaja y con el rostro enjabonado corrió al murmullo de un grupo reunido allá fuera, en torno de uno de los hombres de avanzada.

—Doctor,—gritó Lucas alzando a la muchacha entre la turba de cabezas.

—¡Luisita, hija mía!

El buen viejo no podía creer a sus ojos, y palpaba el rostro mofletudo, lo besaba manchándolo de jabón, hundía las manos ávidas entre la greña fresca y aromosa de la muchacha.

Después, llevándola a un banco, la asedió a preguntas sobre la pobre Julia, sobre el hijo mayor enfermo, sobre su escuela y sus amigas. ¡Y bien que había crecido en tres meses, diablo de chiquilla!

—“¡Vean ustedes, señores, ocho años, ni un día más!”

El también estaba enfurruñado por no esperar el Año Nuevo con los suyos. ¡Qué bueno, qué pistonudo!

Luisita, súbitamente seria, miró alzando la cabeza por sobre el grupo risueño.

—Papacito,—dijo muy bajo y con miedo. Isidro... Juan... Francisco, ¿no están contigo?

El doctor no contestó, dejó caer la barba sobre el pecho y al cabo movió la mano en el aire como designando la lontananza opalina, más allá de los cerros donde también se batían.

Uno de los circunstantes contestó:

—Lo que es Isidro ya debe ser general... Tan seguro quizá tiene un buen almuerzo...

Quedó convenido que cenarían esa noche como en el pueblo, presididos por Luisita, que daría un salto a las doce, para no quedarse en el Año Viejo. Al fin y a la postre no había allí más jefe que el doctor, y éste, contagiando al campamento, sentía desleirse su energía ante aquella personita que, mitad hada, mitad diablillo, acababa de aparecerse como por arte brujo... Sólo que—pequeña contrariedad—no había que comer. Los más próximos prometieron rondar por los poteros en busca de algo, fuese fauna o flora, jutía arisca o mangos sin hacer.

Pronto se sumergieron en la manigua los comisionados. Pero, de repente, en la serena tranquilidad de la tarde, dos detonaciones sonaron aisladas, lejanas.

—¡El *soldao*!—dijo uno trepando rápidamente a un arbusto, y después:—lo menos son doscientos. ¡Rayo!

Una rama cortada cayó y el hombre descendió rápidamente.

—¡Al avío!

Las detonaciones se precisaban más frecuentes. En un minuto todo el campamento estuvo a caballo. Sobre las cabezas, calando la arboleda, silbaba el plomo con maullidos asombrosos. El doctor, indeciso, estrechaba aún contra su corpachón a Luisita, toda pálida, antes de mandarla a la impedimenta. De pronto uno de los jinetes, aún replegados dentro de los árboles, abrió los brazos y rodó del caballo con un tropel de palabras en la boca.



—Doctor, arriba, déjeme la muchacha,—gritó Lucas. ¡Mire usted que nos fusilan!

Reteniendo la punta de los cabellos infantiles entre sus dedos, terminó el médico un largo abrazo, y cerrando los ojos corrió hacia su caballo. Pero un alarido horrible, como el de una bestia apuñaleada, heló su movimiento.

—¡Ya lo ve usted!—rugió Lucas sollozando. La pobre Luisita, con el pecho rojo, se le deshacía de las manos sin una queja; como una torcaza herida.

Algunas briznas manchadas temblaron en el viento.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—suspiró cubriéndola con su cuerpo el médico. ¡Y para esto ha venido?

—¡Arriba, doctor!—gritaron de cerca! ¡Qué ya están ahí!

—¡Aguántense, cobardes! ¡De aquí no me voy ni tostao!

Abriendo el trajecillo de la niña comprobó el padre una herida enorme de parque amarillo sobre el corazón. Sacó nerviosamente el pañuelo y engañando a su ciencia trató de cerrar con ambas manos el ancho boquete; por entre los hilos de la tela, y hasta sus dedos crispados fluía la sangre irrefrenable.

—¡Luisita! ¡Luisita!—repitió muchas veces, angustiosamente, sordo al tumulto exterior, mirándole a los ojos que se volteaban con leve temblar de párpados hacia arriba.

Cuando la conoció muerta sin remedio, le cerró los ojos suavemente, luego, parándose brusco como un loco, recogió el pañuelo tinto en sangre y se puso de un salto sobre el caballo. Su yaguaramas inmenso brilló al sol y en su punta clavó el trofeo enrojecido.

—¡Ahora—masculló—adelante! Esta es la bandera... ¡Apretarse los calzones!

Y el tropel de hombres galopó hacia la muerte en pos de aquel guiñapo, que como una flor vibraba en el humo...

Diez minutos más allá eran dueños del campo. Una carga feroz había diseminado un montón de cadáveres sobre el potrero. Nunca se había peleado con tan salvaje vigor entre aquella gente agrupada junto a un médico inofensivo. Mas esta vez la vuelta al campamento fué silenciosa: algunos sintieron como nunca la tristeza infinita del crepúsculo tendido sobre el llano.

Quando se abandonó aquella noche la ranchería, cada uno fué depositando un tierno tributo de hojas verdes sobre la tierra blanda en que dormía la dulce amiguita. El doctor marchaba hacia adelante inclinado sobre la crin del potro; uno de los últimos, sacando de entre la chamarreta un pañuelo ensangrentado y despedazado, lo plantó prendido a una estaca, sobre el verde túmulo efímero... Y así pudo encontrar la aurora excepcionalmente tosca del Año Nuevo el sitio oscuro donde la esperaba la pobre cabecita loca.

JESÚS CASTELLANOS.





XIII

EL JILGUERO Y LA CHICHARRA

—¡Qué bien canta el sinsonte!
¡No conoce rival en todo el monte!—
Así exclamó un jilguero,
parado en un frondoso limonero.
Oyólo una chicharra, y dijo airada,
como si le causase gran ofensa:
—Pues a mi me molesta su tonada;
mi canto es más sonoro, más seguido,
más fresco, más igual, más divertido;
no volváis a llamarle sin segundo
mientras haya chicharras en el mundo.
Quedóse el pajarillo al escucharla,
suspenso y admirado,
buscóla con la vista, y sin hallarla,
le replicó enojado:

—¿ Es posible, infelice,
que crea lo que dice?
Pues sepa la procaz y vanidosa,
que la van a tener por envidiosa,
y a decir que del músico admirable,
que es del arte prodigio,
se empeña en el injusto desprestigio
con mira interesada y miserable;
mas, con tal proceder, ¿ qué es lo que saca?
Siempre será el sinsonse inimitable.
y usted, una matraca.
Dijo y alzando el vuelo, presuroso
se alejó del insecto tormentoso,
que siguió ponderando todo el día
de su canto la mágica armonía.
¡ Qué fea es de sí mismo la alabanza!
Con ella siempre alcanza
merecido desprecio
la presunción ridícula del necio.

F'CO. JAVIER BALMASEDA.





XIV

LOS PRIMEROS INGENIOS

En la actualidad hay en Cuba más de doscientos ingenios o fábricas de azúcar. Algunos de esos ingenios son los más grandes del mundo, y Cuba es el país que produce mayor cantidad de azúcar de caña en toda la tierra.

Miles y miles de familias y de trabajadores cubanos viven de la siembra de la caña, del trabajo en los *centrales* y de lo que ganan en otras labores relacionadas con nuestra gran industria nacional. Cuba es, después de los Estados Unidos, el país americano que tiene mayor número de grandes fábricas, de las cuales más de las dos terceras partes, están destinadas a producir azúcar.

Sin embargo, hace más de trescientos años en Cuba no existía ningún ingenio.

De entonces acá los cubanos han aprendido a cultivar la caña y han levantado esos gigantescos centrales que son la admiración de todos los extranjeros que visitan nuestro país.

Don Diego Velázquez, el primer gobernador de Cuba a partir de la conquista de la Isla por los españoles, introdujo en nuestra tierra muchos de los animales y de las plantas que constituyen nuestra principal riqueza.

Entre estas últimas se cuenta la caña de azúcar, pero transcurrieron muchos años, más de ochenta, hasta que se fundara el primer ingenio.

En el último tercio del siglo xvi el puerto de la Habana comenzó a cobrar gran importancia, debido a que era la escala obligada de las escuadras españolas que hacían el tráfico entre España y sus posesiones de América. Dos veces al año, por lo común, entraban las escuadras en la Habana, que era un pequeño caserío, y permanecían varias semanas (en ocasiones varios meses) en el puerto. El número de tripulantes de los barcos era a veces mucho mayor que el de los habitantes de la ciudad y sus alrededores.

A bordo de los barcos iban siempre numerosos comerciantes, que aprovechaban su permanencia en la Habana para comprar y vender toda clase de mercancías.

Los vecinos de la ciudad y los que tenían hatos de ganado, estancias y sitios de labor en el interior, vendían a buen precio a los comerciantes y a los pasajeros de la flota, ganado, cueros, sebo, manteca, carne

salada, casabe, frutas y *viandas*, que eran los principales productos de la tierra. Con el dinero que ganaban les compraban telas, harina de trigo, vinos objetos de hierro de uso doméstico, frutas secas de España y otros artículos de consumo.

Los hatos y los cultivos comenzaron a multiplicarse en toda la jurisdicción de la Habana, y entre éstos últimos seguramente los de caña de azúcar, con la cual se hacía, a mano, melado y raspadura.

El azúcar alcanzaba un buen precio, hasta doce pesos la arroba, y los vecinos pensaron que podían hacer buenos negocios fabricando azúcar. Entonces ellos pidieron al gobierno de España, no sólo autorización, sino ciertas ventajas para fomentar ingenios. Se les concedió lo que pedían y se comenzaron a levantar las primeras fábricas. Esto ocurría por el año de 1595.

El primer ingenio se estableció por un sujeto llamado Don Vicente Santa María, en un lugar próximo al sitio que hoy ocupa el puente de Chávez, dentro del perímetro actual de la ciudad de la Habana. Poco después se estableció otro por un vecino llamado Alonso de Rojas en terrenos que hoy atraviesa la calzada de Belascoaín, y más tarde otros, a orillas de la bahía por la parte de Regla y hacia lo que actualmente es el barrio del Cerro.

No hay que olvidar que la Habana era entonces un pequeño caserío situado cerca de donde está "La Fuerza" y el edificio de la Lonja.

Un ingenio se reducía a un trapiche de madera para extraerle el jugo a la caña y algunas pailas o

calderas grandes para cocer el jugo. Más tarde se usaron, además, unas vasijas de metal, cónicas, llamadas hormas. Estas se colocaban con la base del cono hacia arriba y dentro se echaba el jugo cocido, a fin de que fuera escurriendo la miel por un pequeño agujero situado en el vértice de la *horma*. El trapiche estaba colocado bajo un cobertizo de madera. Se movía a mano o por bueyes, pues entonces no se conocían las máquinas de vapor. El azúcar que se fabricaba era negruzca, de mala calidad. Muchas veces sólo se hacía miel y raspadura.

Casi todos los trabajos de la siembra de la caña y elaboración del azúcar estaban a cargo de esclavos negros, así es que la importación de estos esclavos y el desarrollo de los ingenios marchaban a la par.

En los últimos diez años del siglo xvi, el gobierno español concedió autorización a varios negociantes para importar esclavos en Cuba; además se compraban muchos esclavos a los contrabandistas ingleses, franceses, portugueses y holandeses. Todo trato con los marinos citados estaba prohibido por las leyes, las cuales fijaban penas severas para los infractores; pero como las costas estaban desiertas y los gobernadores carecían de barcos para vigilarlas, los vecinos y los contrabandistas seguían sus negocios a espaldas de la ley. Los ingenios fueron aumentando y el número de los esclavos también.

El trato que los amos daban a estos esclavos era muy cruel y bárbaro. Los obligaban a trabajar sin descanso y casi no les proporcionaban que comer ni ropa con que vestirse.

Los esclavos, para no morir de hambre, tenían que robar alguna comida, y entonces se les castigaba como ladrones.

A fin de evitar estos males, un juez de aquella época redactó unas ordenanzas para los ayuntamientos, y dispuso en ellas que todo amo de esclavos estuviese obligado a dar a éste dos mudas de ropa al año y la suficiente comida.

El mismo juez ordenó también que a los amos que tratasen con demasiada crueldad a los esclavos, se les castigara con arreglo a los excesos que hubieren cometido. A pesar de ello, se cometían muchas barbaridades con los infelices esclavos. Estos, cuando podían, se fugaban de la casa de sus amos, y se iban tan lejos como podían, a trabajar en otras fincas distantes o a vivir libres en los montes. A estos fugitivos se les daba el nombre de *cimarrones*. Los castigos que se imponía a los *cimarrones* cuando los apresaban eran horribles. Por primera vez se les azotaba bárbaramente; a la segunda se les cortaba, además, una oreja; a la tercera, la otra; y por último se le cargaba de cadenas y se les destinaba a los más penosos y duros trabajos.

En los últimos años del siglo, aumentaron los esclavos importados para trabajar en los ingenios, y por consiguiente fueron más numerosos los esclavos alzados. Estos vagaban por los campos, se alimentaban del ganado salvaje que se criaba en los bosques, de viandas y otros frutos cogidos de noche en los hatos y las estancias.

Llegaron a constituir un peligro para los vecinos.

Por tal motivo, el gobernador Don Juan Maldonado Barnuevo, organizó cuadrillas encargadas de perseguirlos. Estos cuadrilleros eran hombres duros y feroces. Armados de machetes y llevando varios perros tan feroces como ellos, perseguían a los fugitivos por todas partes. Se les conocía con el nombre de *rancheadores*. Todos los amos de esclavos estaban obligados a pagar una cantidad por cada esclavo que tuviesen, a fin de sufragar los gastos que ocasionaba el sostenimiento de los rancheadores.

Los esclavos podían llegar a hacerse libres de diversas maneras; entonces trabajaban para sí y vivían como los demás vecinos.

No todos los amos trataban mal a los esclavos, quienes correspondían siempre de algún modo al amo que era bueno con ellos. Cuando los piratas atacaban las poblaciones o las haciendas situadas cerca de la costa, los esclavos peleaban junto a sus amos contra los enemigos extranjeros. Tres morenas esclavas ayudaron mucho a Juan de Lobera a defender "La Fuerza" contra Jacques de Sores.

Los negros libres y los mestizos llegaron a ser numerosos en los últimos años del siglo xvi; el gobernador Gabriel de Luján formó con ellos una compañía, en la cual figuraban algunos indios o mestizos de indios, para ayudar a la defensa de la Habana contra los ingleses y otros corsarios extranjeros.

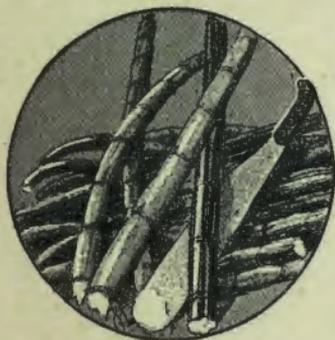
El trato que se daba en Cuba a los esclavos en esta época y en los siglos siguientes, a pesar de ser muy

duro y cruel, era mucho mejor que el que se les daba en las demás Antillas y otros países esclavistas. Tal vez esto se debió a que los hombres de color ayudaron siempre a los vecinos blancos a defenderse contra sus enemigos.

Durante muchos años hubo quienes sostenían que sólo los esclavos negros tenían fuerza y resistencia suficientes para trabajar en los ingenios.

Debido a ello el número de ingenios y el de esclavos crecieron paralelamente.

El cultivo de la caña y la elaboración del azúcar no eran los únicos trabajos en los que se utilizaba a los esclavos, pero sí los más penosos.





XV

LAS MARIPOSAS

—¡Mira que mariposa tan bonita acabo de coger!
—dijo Luis a su hermana Enriqueta enseñándole el
precioso insecto que tenía sujeto por las alas.

—Le estás haciendo daño, exclamó la niña; la
tienes cogida de tal modo que se le van a romper las
alitas. ¿Por' qué no la sueltas? ¡Pobrecita!

¡Tan contenta como debía estar volando entre las
flores del jardín!

—Voy a enseñársela a mamá, contestó el mucha-
cho. Hace tiempo que tengo curiosidad por conocer la
vida de estos insectos y le pediré que me la explique.
¿Te has fijado que durante el invierno no se ven por
ninguna parte y en cuanto llega la primavera aparecen

por donde quiera? ¿Dónde estarán escondidas durante ese tiempo?

—Vamos a preguntárselo a mamá, dijo la niña entonces; quizás ella nos pueda explicar todas esas cosas.

Cuando llegaron a presencia de la señora, y le comunicaron sus deseos, ella les preguntó si alguna vez habían tenido la curiosidad de observar la forma en que estaba dispuesto el cuerpo de las mariposas, y como les contestaran que no, les advirtió la buena oportunidad en que estaban de hacerlo en aquel momento, puesto que tenían una a su disposición.



Entonces les hizo observar que el cuerpo de la mariposa estaba dividido en tres porciones: la cabeza, el tórax y el abdomen.

—En la cabeza, continuó explicando la mamá, se encuentran los ojos, formados de muchas facetas; las antenas, terminadas en unas pequeñas mazas, y la boca, provista de una larga trompa arrollada en espiral, la

cual pueden estirar para chupar con ella la miel que se halla en la corola de las flores. En el tórax nacen las alas y las patas; éstas son seis, tres a cada lado, y las alas son cuatro; casi siempre son mayores las dos primeras; tienen la particularidad de estar revestidas por un gran número de escamitas colocadas unas sobre otras como las tejas de un tejado. Esas escamitas son las que producen en ella los matices, los dibujos o irisaciones de que se ven cubiertas.

La porción posterior es el abdomen, que casi siempre está cubierto de pelos.

Si se le quitan las alas a una mariposa se ve que su cuerpo es muy parecido al de una mosca grande, al de una abeja; al de una avispa, al de un grillo y al de muchos otros pequeños animales, que, como ellas, lo tienen dividido en tres porciones y están provistos de seis patas. A todos estos animalitos se les llama *insectos* porque tienen el cuerpo dividido en segmentos y *hexápodos*, porque tienen seis patas.

De manera que las mariposas pertenecen a la clase de *insectos* o *hexápodos*; a ellas, en particular, las designan los naturalistas con el nombre *lepidócteros*, palabra que quiere decir *alas escamosas*.

—Hay una cosa que tengo deseos de saber, dijo Luis. ¿Por qué en el invierno no se ven las mariposas y en el verano son tan abundantes?

—Las mariposas, contestó la mamá, tienen una vida muy corta, la mayor parte mueren al terminar el verano. Pero, antes de morir, las hembras ponen sus huevecitos en las hojas de las plantas. Al cabo de algún

tiempo salen de ellos unos gusanitos, a los que se conoce con el nombre de *orugas*; éstas son muy voraces y se alimentan de las hojas de las plantas en que viven.

Después de algunas semanas, las orugas se encierran en un capullo, en el cual pasan el estado de *ninfas* o *crisálidas*; de allí salen al fin convertidas en mariposas. Como esta transformación se ha verificado durante el otoño, el invierno y el principio de la primavera, no empiezan a verse mariposas hasta el fin de la primavera o el principio del verano.”

En tanto duraron estas explicaciones, el infeliz insecto, prisionero entre los dedos de Luis, se agitaba, pugnando por escapar; con estos esfuerzos el polvillo que coloreaba sus alas se había desprendido casi completamente; cuando los niños volvieron a mirarlo sus alitas estaban descoloridas y rotas por algunos lados.

—Dile a Luis que suelte la mariposa, dijo Enriqueta a su mamá; ya nos has explicado lo que queríamos y no es necesario que la martiricemos más.

Al oír esto, el niño alzó sus brazos y abrió los dedos, el insecto empezó a mover sus alas torpemente y, cayendo más bien que volando, fué a posarse en una ramita cercana.

—Esta pobre mariposa, dijo la señora entonces, ya no puede vivir mucho; habiendo perdido las escamitas que daban consistencia a sus alas, apenas puede volar; pronto morirá de hambre o devorada por algún pájaro insectívoro.

—¿Es una mala acción la que hemos cometido entonces? preguntaron los niños.

—Hacer sufrir a un ser innecesariamente, contestó la mamá, es siempre una crueldad; sin embargo, esto tiene alguna disculpa, cuando lo hacemos para atender a una necesidad nuestra, bien sea la de alimentarnos, bien la de instruirnos.

—¿Y cuando se trata de animales dañinos? preguntó el niño.



—Tienes razón, contestó la señora; estamos obligados entonces a defendernos y a prevenirnos de sus daños, tratando de exterminarlos por todos los medios a nuestro alcance.

Pero, por regla general, en el caso de las mariposas no podemos decir esto.

Hay algunas especies cuyas orugas ocasionan grandes daños a las plantas que el hombre cultiva, como sucede en Cuba con el *Borer*, que es la oruga de una mariposa nocturna, la cual perfora la corteza de la caña de azúcar y penetra en su interior, descomponiendo su jugo; los cultivadores del tabaco tienen que

luchar encarnizadamente contra la acción de tres gusanos: el *cachazudo*, el *cogollero* y el *veguero*; que también son las orugas de mariposas crepusculares o nocturnas; las polillas de los paños y de las pieles también son las orugas de ciertas mariposas; otras atacan a las frutas, otras a las legumbres, a las plantas de los jardines, etc. Pero la gran mayoría de estos insectos, en su estado larval, se alimentan con las hojas de las innumerables plantas silvestres que crecen espontáneamente en los campos y en los bosques.

Los cultivadores se ven obligados a tomar todas las medidas necesarias para destruir las orugas y los mismos insectos que son perjudiciales para su siembras, pero no hay ningún motivo para perseguir las mariposas que matizan y embellecen nuestras praderas y jardines, cuando vagan, luciendo sus lindos colores bajo la luz del sol, como sutiles flores aladas, alegrando nuestra vista con sus graciosos giros.





XVI

LOS MACEO

¡Estirpe de colosos y titanes!
Ellos alimentaban sus legiones
con médula y con sangre de leones
para lograr mejores capitanes.

¡Su séquito era sólo de huracanes,
su música, la voz de los cañones,
las nubes del espacio, sus bridones,
sus amigos ausentes, los volcanes!

Para narrar sus épicas hazañas
hay que escribir exámetros de acero,
interrogando al mar y las montañas...

¡Y para ese milagro, es lo primero
descender de la tumba a las entrañas,
y a Dios pedir que resucite a Homero!

B. BYRNE.



XVII

VIDA DE LOS CUBANOS EN EL SIGLO XVI

La vida de nuestros antepasados en Cuba fué muy dura y penosa durante el siglo XVI. Vivieron siempre rodeados de enemigos y carecían de toda clase de comodidades. Las casas que les servían de albergue eran de rústica construcción, de madera con techo de guano en su mayor parte, aunque a fines del siglo había algunas de mampostería, cubiertas con la teja llamada *española* o *de canal*, que se fabricaba en la misma Isla, como ahora.

Las maderas sí eran excelentes. Entonces no se conocía el pino blanco ni el de tea, ni ninguna otra madera de procedencia extranjera. Los horcones, soleras, vigas y demás piezas gruesas de las casas eran casi todas de caoba, quiebrahacha o guayacán; las tablas de los tabiques y las puertas, de cedro, madera muy barata y abundante entonces. El hierro era muy escaso, por lo cual las ventanas no tenían balaustres o se hacían de madera.

El moblaje era también rústico e incómodo. Se reducía a algunas mesas y bancos; taburetes sin respaldo, con el asiento de madera, de lona o de cuero, curtido en las casas más acomodadas y sin curtir en las demás; y unas arcas o baúles grandes de madera para la ropa. Los armarios se usaban poco; era difícil trasladarlos de un lugar a otro, y siempre se estaba en espera de un ataque de los corsarios o de los piratas, y frente a la necesidad de correr al bosque vecino llevando cuanto objeto de valor se poseía. Se dormía por lo común en hamacas, pero algunos vecinos ricos tenían camas de madera llamadas imperiales, construídas en España con maderas finas enviadas de Cuba.

El alumbrado se reducía a unas velas de sebo o de cera, y a unas lamparitas o candilejas que se alimentaban con aceite. Producían una luz muy escasa y amarillenta y un olor bastante desagradable.

La vajilla se componía de unos cuantos platos de loza gruesa de Sevilla. Era un artículo de lujo, así como los cubiertos de plata, que se usaban en las casas más acomodadas. En las pobres se empleaban platos

y vasos de madera. Los utensilios de cocina eran de hierro o de barro, estos últimos fabricados por los indios. El traje era casi siempre el mismo que el que se llevaba en España por aquella época, tanto el de las mujeres como el de los hombres. Para las faenas del campo se usaban pantalones y camisas de cañamazo, rusia u otra tela resistente por el estilo. En la ciudad se llevaban pantalones de terciopelo u otras telas semejantes, parecidas a las que aún vemos usar a algunos inmigrantes de las regiones del Norte de España a su llegada al puerto de la Habana. Algunos eran muy anchos y se llamaban gregüescos. Entonces no se conocían los sacos ni las levitas, llevando los hombres, como traje de lujo o de fiesta unos justillos o ropillas de diversas formas. Los colores de estas telas eran muy vivos, rojo ó carmesí.

Los trajes de las mujeres eran de tela de lino (las que llamamos *de hilo* en Cuba) lana o seda, esta última falsa muchas veces. Las telas se importaban de contrabando en su mayoría, y procedían de las fábricas del Norte de Francia, de las provincias de Flandes o de Holanda.

Los hombres iban siempre armados de espada y daga o puñal, pues era necesario estar apercebido para la defensa.

Las comidas se hacían a base de carne de vaca o de cerdo, algún pescado y viandas. Se consumía mucho casabe. Las frutas eran muy escasas; algunas muy abundantes hoy, como el mango, no se conocían entonces. Las menos raras eran los plátanos y la piña. En-

tonces no se consumía en Cuba el arroz, que no falta actualmente en ninguna mesa.

De España se importaba harina de trigo, vinos y frutas secas, tales como almendras, higos y pasas.

A fines del citado siglo no se conocían aun los coches, las carretas ni ningún otro vehículo de ruedas. Los viajes y el transporte de mercancías por tierra se hacían a pie o a caballo.

Los pueblos estaban a enormes distancias unos de otros. Los caminos eran simples veredas entre los montes, muy inseguras por los cimarrones y los criminales alzados que huían de los pueblos. Ni en éstos ni en los campos había policía ni tropa de ninguna clase encargada de cuidar de las vidas y haciendas de los habitantes, quienes tenían que proveer de por sí a la defensa de sus familias y de sus intereses.

Los propietarios de las haciendas y hatos del interior estaban obligados a fabricar en sus terrenos una casa llamada "casa del pasajero", en la cual debían tener siempre agua y lumbre a la disposición de los viajantes. Éstos podían alojarse en dicha casa a su paso por el lugar y usar del agua y del fuego que necesitasen gratuitamente.

En las poblaciones se carecía de toda clase de servicios públicos. No había alumbrado, escuelas ni hospitales. Cada uno se curaba como podía, pues no existían médicos aún, y las medicinas se traían de España muy de tarde en tarde.

La Habana, a pesar de ser la capital y la ciudad más importante de la Isla, no contaba a fines del siglo,

sino con unos cuatro mil habitantes, incluyendo todos los que vivían en su zona rural, la que comprendía toda la provincia y algo más. Sólo tenía cuatro calles con las casas en línea: las llamadas *Real*, de las *Redes*, del *Sumidero* y del *Basurero*, que corresponden a las calles de Muralla, Inquisidor, O'Reilly y Teniente Rey respectivamente. Los patios de las casas estaban cercados con *matas de tuna brava*.



En los pueblos, tan pronto como oscurecía, se cerraban las casas, y nadie salía a la calle sino en casos de mucha urgencia. En tales ocasiones se iba acompañado de varios hombres armados y llevando luces; de lo contrario se corría el peligro de ser destrozado por los perros *jíbaros* que acudían de noche a merodear buscando algo que comer cerca de las casas, o a ser atacado y muerto por los cimarrones que rondaban por el caserío o por las estancias.

Las principales fiestas que entonces se celebraban eran las de carácter religioso, en las cuales se hacían procesiones por las calles y se cantaba en el templo. Los bautizos y las bodas de las gentes acomodadas se celebraban con cantos, bailes y comilonas.

Los bailes eran muy frecuentes y se efectuaban no sólo en la población sino en el campo.

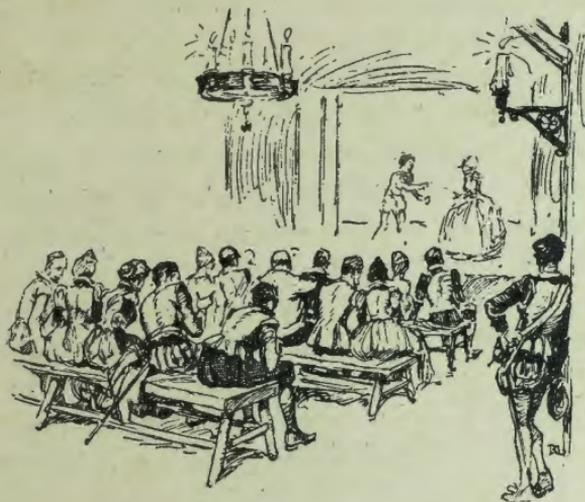
En los últimos años del siglo xvi había una orquesta en la capital, compuesta de cuatro músicos: un malagueño, violinista; un portugués, que tocaba el clarinete; un sevillano, que tocaba el violón y una morena libre, tocadora de guitarra. Estos músicos se hacían acompañar de tocadores de güiro y de castañuelas.

La afición al baile estaba tan generalizada que la orquesta siempre estaba comprometida. Para ir al campo, los músicos exigían que se les enviasen caballos; y en todos los bailes, además de la paga, era forzoso darles de comer a todos ellos y algún plato más para sus familiares. Estos mismos músicos tocaban en las fiestas religiosas e iban al frente en las procesiones.

No se sabe con certeza qué bailes se usaban entonces; pero sí que eran muy extravagantes y parecidos a los de los siboneyes.

Las fiestas más importantes celebradas durante el siglo xvi fueron las que tuvieron efecto en Baracoa cuando la boda de Don Diego Velázquez y en Santiago de Cuba a la llegada de la expedición de Hernando de Soto, de paso para la Florida. En la Habana la fiesta más notable se celebró a fines del siglo siendo gobernador Don Juan Maldonado Barnuevo.

Está última fiesta se efectuó el día de San Juan, en honor del gobernador, que celebraba su santo. Consistió en la representación de una comedia, cosa nunca vista hasta entonces en Cuba. Como no había teatro, se construyó una especie de barraca, glorietta o salón provisional en la plaza de armas, cerca de “La Fuerza”, probablemente de pencas de palma, como aún se hace a veces en nuestras fiestas campestres. La comedia se titulaba “Los buenos en el cielo y los malos en el



suelo.” A la novedad del espectáculo acudió toda la población.

Ciertamente que debía ofrecer un abigarrado conjunto aquella aglomeración de personas ataviadas con sus pintorescos trajes, ansiosas todas de contemplar a la luz de las lamparillas algo que algunas de ellas jamás habían visto.

Se cuenta por un testigo presencial, que los improvisados cómicos comenzaron el desarrollo de su comedia, pero como casi todo el público asistía por primera vez a actos de aquella clase, muchas personas hablaban unas con otras en voz alta y no se oía una palabra de lo que los comediantes decían.

Varias veces se ordenó que se guardase silencio, pero fué inútil. Al fin el gobernador, puesto de pie en medio de la gente, dirigió la palabra a los asistentes al acto, amenazando con reducir a prisión y condenar al *cepo* al que no callase.

Pudo entonces continuar la fiesta, la cual terminó cerca de la una de la madrugada; pero he aquí que entonces se promovió un enorme alboroto, porque el público, al cual el espectáculo había agradado extraordinariamente, se empeñó en que se repitiese la representación a aquella misma hora.

Tal era la vida que llevaban nuestros más remotos abuelos en un país casi desierto, rodeado de bosques vírgenes. La monotomía de esta vida sólo era turbada en la Habana por el arribo de las escuadras españolas; en los demás lugares habitados de las costas por el de los buques de los contrabandistas o piratas.

La llegada de las escuadras era muy deseada, porque traían noticias de la madre patria y artículos de comercio muy necesarios; pero, no obstante, no todas eran ventajas, puesto que los habaneros sufrían muchos atentados de parte de los soldados y marineros. Estos se creían autorizados para cometer toda clase de atropellos con el vecindario. Se introducían en las casas; faltaban al respeto a las mujeres, de palabra y

hasta de obra; golpeaban y herían a los hombres. Estos tuvieron necesidad en muchas ocasiones de reunirse y hacer uso de sus armas para poner coto a tales abusos.

Si ésta era la conducta de los soldados y marineros españoles con el paisanaje de su propia nacionalidad, ya puede imaginarse cuál sería la de los corsarios en muchas ocasiones y la de los piratas de todas. Incendios y muertes marcaban siempre el paso de estos últimos por las haciendas y los pueblos de las desamparadas costas. Viviendo en lucha constante con una naturaleza exhuberante y salvaje; rodeados de peligro a toda hora, nuestros más lejanos antepasados tenían necesidad de desplegar incesantemente toda su energía de carácter y todo su valor en defensa del escaso patrimonio que poseían. Peor armados que sus enemigos, suplieron con su tesón y su coraje la falta de medios para defenderse, y siempre estuvieron dispuestos a dar la vida por los suyos.

Amaban sus haciendas y sus bohíos; se aferraban a su tierra con tenacidad y heroísmo. El apego entrañable que le profesaban a ésta se debía, sin duda, a que les había costado grandes trabajos, sufrimientos y sobresaltos fundar en ella sus hogares y criar y defender a sus hijos, viviendo siempre arma al brazo; en guerra constante con una naturaleza salvaje y contra enemigos rapaces e inhumanos.





XVIII

HEROISMO DE UN BOMBERO

Cuando los vecinos advirtieron las primeras llamaradas que salían por los intersticios de las puertas cerradas del establecimiento, se llenaron de terror.

En seguida comenzaron el vocerío, las carreras, las llamadas. Entre todas las voces, sobresalían los gritos de las mujeres que clamaban:

—¡Fuego, fuego! ¡Socorro!

No habían transcurrido diez minutos, cuando el agudo sonido de los timbres anunció la llegada de las bombas y los carros de salvamento.

Las bombas empezaron a funcionar y pronto las

mangueras lanzaron poderosos chorros de agua sobre las llamas que envolvían el edificio por todas partes.

El establecimiento se hallaba situado en la planta baja de una casa de vecindad habitada por numerosas familias.

Los bomberos se multiplicaban ayudando a los vecinos de la casa a poner en salvo los niños y las personas débiles, así como los objetos y prendas más necesarias.

Entre tanto, las llamas continuaban su labor destructora; salían por el hueco de las ventanas y balcones como enormes lenguas rojas, enroscándose en las paredes en busca de nuevos materiales combustibles en que prender. Densas columnas de humo cargado de pavesas subían en espirales, diseminándose en el espacio y cubriendo el cielo en una gran extensión.

El estallido de las maderas, bruscamente distendidas por el calor intenso, el estrépito de los derrumbes, los toques de las cornetas, las voces de mando y la gritería de la gente, formaban un continuo rumor, interrumpido de cuando por violentas detonaciones, que producían la impresión de una fiera batalla.

De pronto, entre la multitud se abrió paso una mujer que corría como una loca hacia el edificio envuelto en llamas, profiriendo grandes gritos:

—¡Se quema mi hija! ¡Se quema mi hija! ¡Yo quiero sacar a mi hija!—clamaba con desesperación.

Cuando iba a penetrar en el carbonizado hueco de una puerta, sin comprender que no hubiera podido dar ni un solo paso hacia adelante sin morir, los bomberos consiguieron detenerla.

—¿Dónde está su hija? le preguntaron.

—No lo sé, contestó ella; la dejé dormida cuando me fuí al trabajo no tiene más que dos años y ya debe estar a punto de quemarse. ¡Déjenme subir! ¡Yo quiero salvar la hijita de mi alma!

—Tranquilícese, señora! dijo en aquel instante un bombero; usted no puede subir; pero subiré yo. Y si todavía no ha muerto, volveré yo con su hija o moriré yo también. ¿Cuál es la habitación?

—En el segundo piso, la tercera ventana, contestó la mujer. ¡Tráigame a mi hija, señor! ¡Que se quema mi pobrecita nena!

El bombero no escuchó más, se envolvió en su capa y empezó a subir por la escalera de salvamento.

El jefe, conmovido, por aquel rasgo de heroísmo ordenó que una de los pitones dirigiera el chorro hacia la ventana por donde debía penetrar el bombero.

Cuando éste llegó allí se lanzó al interior sin vacilar. Como si las llamas hubieran esperado aquel momento preciso, aparecieron de repente por el hueco de la ventana, retorciéndose en fantásticas espirales, rebeldes a las cataratas que las mangueras enviaban hacia ellas.

Durante un momento se pudo ver la silueta del bombero que venía del interior con un bulto entre los brazos, tratando de aproximarse a la salida.

Luego se le vió retroceder, hasta que desapareció.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! clamaba la multitud.

—¡Mi hija, mi pobrecita hija ha muerto también! gritaba la madre con voz enronquecida. ¡Yo la voy a buscar! Pero, entonces, asomó el bulto del bombero

en una de las ventanas del primer piso, entre las espesas nubes de humo que salían, gritando con voz sofocada:

—¡Agua, agua! ¡La escalera!

Inmediatamente las mangueras dirigieron sus chorros al marco superior de la ventana, para que el agua deshecha cayera sobre él; arrimaron la escalera y por



ella subieron a escape dos bomberos para ayudarlo a salir. ¡Ya era hora! pues estaba a punto de asfixiarse.

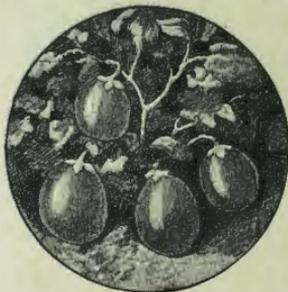
Al llegar al suelo lo tendieron en una camilla, casi perdido el conocimiento, en tanto ponían a la niña en brazos de la madre.

La multitud prorrumpió en vítores y aplausos; la mujer, besando a su hija con transporte de loca, se arrodilló al lado de la camilla.

—Gracias, gracias. ¡No olvidaré su acción en tanto viva!

El jefe se aproximó entonces al grupo; tomó una de las manos del héroe, y mirándole fijamente a los ojos enrojecidos por el fuego y por el humo, y a punto de sentirse humedecidos por las lágrimas, le dijo estas solas palabras:

—¡Eres un valiente!





XIX

MUSICA DE LAS PALMAS

Presto de su bien gozosa,
Suave, apacible y en calma,
Reinará la noche umbría:
Ya el pajarillo reclama
El verde nido, y refleja
Sus alas tornasoladas.

Todo en el valle reposa,
Del misterio es la hora grata,
Y al corazón le trasmite
La música de las palmas.

Llega el rumor sonoro
Y cual onda suave halaga,
A la familia, que huelga
Y sencilla se solaza
En los umbrales reunida
De su rústica morada.

Escucha el padre en silencio
Aquellas notas livianas,
Que en su memoria reviven
Los recuerdos de la infancia,
Las generaciones muertas
Y las épocas pasadas.

—Madre querida, ¿qué escucho?
El niño trémulo exclama;
Esa canción tan doliente
¿Quién la vierte, quién la exhala?

—Duerme, mi amor, nada temas;
Sopla el viento entre las ramas.
Cierra el niño los ojuelos,
Las tiernas manos enlaza,
Mientras arrulla su sueño
La música de las palmas.

Y la doncella pregunta:
—Responde, madre adorada,
¿Es un suspiro de amor,
O es el preludio de un arpa?
Y el jinete que el sendero

Cruza' por ver a su amada,
Oye el susurro, y se inspira
Su musa sencilla en galas,
Entona su dulce endecha,
Y la joven pura y casta,
Recuerda el eco armonioso,
Y goza, suspira y ama ;
Que bajo tu puro cielo,
No hay un corazón ; oh patria !
Que no conmueva y agite
La música de las palmas.

ROSA KRUGER.





XX

SALVADOR GOLOMON

Corría el año 1603.

En todo el territorio que hoy comprende la provincia de Oriente sólo existían tres poblaciones: Baracoa, Santiago de Cuba y Bayamo.

La primera ni siquiera merecía el nombre de tal, puesto que estaba formada por varios bohíos de guano construídos cerca de la antigua iglesia.

Santiago de Cuba, desde que la capital había sido trasladada a la Habana, estaba en plena decadencia. Los piratas la habían saqueado en varias ocasiones, y sus escasos habitantes vivían inquietos y sobresaltados, siempre en espera de ser víctimas de alguna inesperada agresión.

Bayamo era la única ciudad próspera de toda la región. En su comarca se criaba mucho ganado vacuno, caballar y de cerda; se cultivaba añil y frutos menores; se hacía mucho casabe, y se mantenía un activo comercio por el río Cauto y los embarcaderos de la costa. La mayor parte de este comercio se efectuaba con navegantes franceses, holandeses e ingleses, a pesar de que las leyes españolas prohibían el tráfico con los extranjeros. Los bayameses les vendían carne salada, cueros, añil y otros productos de la tierra; recibían en cambio telas de Ruan y otros artículos de consumo. Precisamente este comercio ilegal era casi la única causa del bienestar de que gozaban. Los funcionarios del gobierno que residían en Bayamo, lejos de prohibir este comercio ilícito y perseguir a sus autores, participaban de él, o recibían dinero para no perseguir a los contrabandistas. A éstos se les daba el nombre de *rescatadores*.

Las autoridades de la Habana estaban enteradas de lo que ocurría, pero casi siempre se sentían inclinadas a tolerarlo; en los raros casos en que querían impedirlo, se encontraban con que carecían de buques armados para perseguir a los corsarios, cuyos barcos permanecían impunemente meses enteros fondeados en los embarcaderos solitarios de las costas.

En el interior de la Isla, casi despoblada por completo, tampoco disponían las autoridades de tropas ni de policía alguna, que pudiese vigilar a los vecinos y castigar a los que faltasen a la ley.

Este desamparo en que se encontraban las costas, favorecía el comercio con los extranjeros en la forma indicada, pero exponía a los habitantes de las hacien-

das cercanas a constantes peligros. Los mares estaban entonces infestados no sólo de corsarios y contrabandistas, sino de piratas. Estos fondeaban en los esteros más solitarios, desembarcaban en grupos numerosos y realizaban toda clase de fechorías en las haciendas próximas.

Robaban ganado, saqueaban las fincas, atropellaban a sus moradores, y los asesinaban sin piedad por la simple sospecha de que ocultasen algo de lo que poseían o de que intentaran resistirles. Otras veces sus crímenes obedecían simplemente al deseo de satisfacer sus instintos sanguinarios. Familias enteras eran exterminadas, y sus cuerpos reducidos a cenizas dentro de los rústicos albergues en que habían vivido en medio de las agrestes soledades.

Los vecinos de Bayamo a principios del citado año de 1603, comentaban varias noticias que le habían producido profunda alarma. Un nuevo gobernador mandaba en la Habana y había traído de España, según se rumoraba, el encargo expreso de impedir el contrabando y castigar a los rescatadores. Se decía, además, que un juez muy severo, escoltado por cincuenta arcabuceros, se dirigía ya a Bayamo. Los bayameses veían abiertas ante ellos las puertas de la cárcel y arruinada toda su comarca. Otra noticia no menos grave vino a perturbar los ánimos: Gilberto Girón, un famoso pirata francés, se había adueñado de Santiago de Cuba al frente de más de doscientos hombres. Después de apoderarse de cuantos objetos de valor encontró en la población, la redujo a cenizas. Se sabía que, no satisfecho con esta hazaña, sus barcos habían do-

blado el cabo Cruz con rumbo a la costa donde hoy se encuentra Manzanillo, a fin de preparar un ataque contra Bayamo.

Algún tiempo después todas estas funestas noticias quedaron confirmadas. El juez llegó a Bayamo al frente de la tropa y comenzó sus investigaciones. Se intentó sobornarlo como ya se había hecho con otros y fué inútil: era un juez íntegro e inflexible. Todas las autoridades y los principales vecinos fueron procesados. Llegó un momento en que los presos fueron tan numerosos, que no cabían en la cárcel, y quedaron detenidos en sus casas; otros acusados, menos dispuestos a someterse al fallo de la justicia, se alzaron en sus haciendas, en las cuales no podían ser detenidos puesto que la tropa no alcanzaba para vigilar la población convertida toda ella en una cárcel.

Para colmo de males, Girón había cumplido sus amenazas. Sus barcos estaban fondeados en la costa y varias cuadrillas de sus hombres, una de ellas mandada por él mismo, se habían internado en las haciendas, asesinando y robando a los pobladores. Hasta se dió el caso de que Fray Juan de las Cabezas Altamirano, obispo de Cuba, que había llegado de la Habana, en viaje a Santiago, con el noble propósito de llevar socorros y consuelo a los atribulados habitantes de la saqueada ciudad, fuese sorprendido en una hacienda cerca de Bayamo, por Girón, que lo condujo, desnudo y descalzo, hasta la costa.

No se atrevió Girón a atacar a Bayamo debido quizás a la presencia de los arcabuceros, pero se pro-

puso desquitarse exigiendo un fuerte rescate por el obispo.

La tropa que guarnecía a Bayamo prefirió seguir custodiando a los presos que atacar a la gente de Girón.

Sin embargo, no eran los bayameses hombres que se acobardasen ante la suerte adversa. Enterados de que se pretendía trasladar los presos más significados a la Habana, se pusieron de acuerdo con los corsarios y los contrabandistas a fin de que éstos vigilaran la boca del Cauto. En caso de que se intentase conducir a los presos por mar a la Habana, debían atacar a sus conductores y poner en libertad a los citados presos. Por otra parte, cerca de doscientos vecinos armados guardaban todos los caminos que comunicaban a Bayamo con la Habana, resueltos a impedir que trasladasen por tierra los presos para la capital.

Al mismo tiempo se disponían a rescatar el obispo. Para dejarlo en libertad, exigía Girón mil cueros, doscientos ducados y cien arrobas de carne salada. Apresuradamente reunían los vecinos el rescate pedido, a la vez que meditaban tomar venganza de las atrocidades realizadas por Gilberto y su gente. Dos jóvenes bayameses llamados Jácome Milanés y Gregorio Ramos, eran los principales instigadores de la idea de castigar a los piratas. Llenos de ardimiento, consideraron como una vergüenza dejar impunes las fechorías del bandido.

El entusiasmo bélico de estos jóvenes se comunicó a otros amigos suyos, logrando formar un grupo de más de veinte mozos fuertes, diestros y valientes como ellos. Nacidos y criados todos en Bayamo o en las ha-

ciendas de la comarca; habituados a luchar con las reses bravas, a combatir con los piratas más aguerridos, a soportar las inclemencias del tiempo y a hacer grandes jornadas a caballo y a pie por entre los montes, no había empresa que les pareciese demasiado arriesgada o difícil. De la lucida tropa formaba parte el héroe principal de nuestra historia: un negro joven y fuerte llamado Salvador Golomón.

Esclavo como su padre, el viejo Golomón nativo de Africa, Salvador había nacido en Bayamo; se había criado junto con Ramos y otros jóvenes blancos, y acompañaba a éstos en todas sus correrías. Su fuerza y su valor eran insuperables.

Obedecía ciegamente a Ramos y no hubiera vacilado en lanzarse al fuego por complacer a éste, si se lo hubiera mandado.

Mientras nuestros jóvenes terminaban sus preparativos, el obispo había sido puesto en libertad, quedándose los piratas con un sacerdote en rehenes. Por fin, Ramos y su gente partieron para la costa, a pie por entre los bosques, ocultándose cautelosamente. Iban armados de machetes y lanzas; bien resueltos a demostrarle a Girón que los bayameses no toleraban injurias de ningún enemigo por valiente que fuese.

Aproximóse nuestra tropa a la orilla del mar, cerca de la playa de Manzanillo y alcanzaron a ver a uno de los barcos de Girón. Este esperaba tranquilamente el rescate, pensando que los bayameses no se atreverían a desafiar su cólera. Emboscados Ramos y sus compañeros entre las malezas, hicieron a Girón las señales convenidas de antemano. El pirata se dirigió

en seguida a tierra. Iba acompañado de veinte y seis de sus más aguerridos parciales y llevaba consigo al canónigo que tenía en rehenes.

Tan pronto como desembarcaron en la orilla fueron acometidos por Ramos, Milanés y demás amigos. Los piratas, familiarizados con esta clase de sorpresas, hicieron frente a los agresores; eran fuertes, diestros y estaban perfectamente armados, así es que el combate fué reñido y sangriento. En lo más recio de la pelea, Girón, cubierto con su armadura, blandía sus armas y alentaba a los suyos.

Salvador Golomón, que peleaba al lado de Ramos, avanzó resuelto y ágil contra el jefe de los piratas. El joven negro estaba casi desnudo, su piel lisa y reluciente, dejaba ver sus músculos recios y fuertes como si fuesen de acero. Bravo como un toro de los que tantas veces había perseguido entre los montes de las cercanías, se enfrentó con Girón. Este no se acobardó al verse atacado por tan temible enemigo y le dirigió varios golpes tremendos. Golomón los evitó con su habitual destreza, y dando un vigoroso salto, puso fin de un solo lanzazo a la vida del pirata.

Casi todos los compañeros de éste yacían por el campo muertos o moribundos. Los que aun quedaban con vida, al ver caer a su jefe huyeron despavoridos, salvándose en los botes enviados en su auxilio por los del barco. La victoria de los bayameses fué completa, y Golomón fué considerado como el héroe de la misma.

Los vencedores emprendieron el regreso a Bayamo, rebotantes de orgullo por el triunfo alcanzado,

llevando con ellos al canónigo. Al llegar a la ciudad, todos los vecinos salieron a recibirlos con vivas y algazara.

Ramos y su gente clavaron en la punta de un palo la cabeza de Girón como trofeo y avanzaron triunfantes por las calles del pueblo.

Cuéntase que el obispo, al contemplarla, pidió a Dios, de rodillas, que perdonase las culpas de aquel hereje. Reunidos todos se dirigieron a la iglesia, en la cual se celebró una fiesta y se dieron gracias a Dios por la victoria de los bayameses.

La hazaña de éstos fué conocida en toda la Isla: es casi seguro que se improvisaron multitud de décimas en las cuales se pintaba con vivos colores el valor de los osados jóvenes y el heroísmo de Golomón. Todas estas improvisaciones, repetidas de viva voz, no fueron escritas y se han perdido; pero un poeta canario vecino de Camagüey, llamado Don Silvestre Balboa Troya y Quesada compuso un poema—la primera composición poética cubana que se conserva—en honor de Ramos, Milanés, Golomón y demás compañeros, la cual ha llegado hasta nosotros. Golomón fué, como se ha visto, uno de los héroes de la refriega, y a él van dedicados muchos de los versos del poeta. He aquí algo de lo que acerca del joven esclavo dice el canario:

¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!
Vuele tu fama y nunca se consuma;
que en alabanza de tan buen soldado
es bien que no se cansen lengua y pluma...

A renglón seguido pide a Bayamo que dé la libertad a Golomón, pues ha demostrado que la merece; y concluye así esta parte de su poema:

De las arenas de tu río divino
el pálido metal que te enriquece
saca, y ahorra antes que el vulgo hable,
a Salvador, el negro memorable.

Los bayameses asintieron a lo pedido por el poeta; Salvador Golomón cesó de ser esclavo. Su ejemplo tuvo muchos imitadores; pues en nuestra tierra siempre hubo cubanos blancos y negros que pelearon juntos, como hijos de una misma patria, en defensa de sus hogares, de su honor y de su libertad.





XXI

NOCHE DE LLUVIA

Oh noche de lluvia, noche
de amor, de paz y de sueños
en que ritman los alados
angelicales, ingenuos:
los bíblicos villancicos
angelicales, ingénuos:

Cuatro pilares
tiene mi cama...

Oh noche de lluvia, noche
de bendiciones y anhelos,
de cariños y esperanzas

y de infantiles ensueños,
en que nuestros labios vibran
con la ternura de un beso:

Cuatro pilares
tiene mi cama...

Oh noche de lluvia, noche
de paz y recogimiento,
que anheláramos ser niño
sólo por rezar de nuevo,
junto a la madre adorada,
aquellos cantos, aquellos:

Cuatro pilares
tiene mi cama...

MIGUEL GALLIANO CANCIO.





XXII

LAS EPIDEMIAS EN CUBA

En la época en que Don Diego Velázquez arribó a nuestras playas y comenzó la conquista de Cuba, la medicina estaba muy atrasada y la higiene no se conocía. Los médicos eran muy escasos y poco instruídos. En cuanto a las medicinas eran pocas y malas.

Velázquez no trajo en su expedición ningún médico; los enfermós y los heridos eran curados por los compañeros que tenían alguna experiencia sobre la eficacia de ciertos remedios. Si tal era el estado de la medicina entre los españoles, ya puede pensarse que entre los indios no presentaría mayor adelanto. La ejercían los *behiques*, personajes que desempeñaban también las funciones sacerdotales. Los behiques se trasmitían unos a otros de viva voz, sus conocimientos sobre las virtudes curativas de ciertas plantas y substancias medicamentosas.

Quizás los españoles adquirieron en Cuba algunas enfermedades desconocidas o poco generalizadas entre ellos, como el paludismo, por más que éste hacía estragos en ciertas regiones de Europa; pero lo que sí es indudable, es que con los nuevos pobladores vino a Cuba una enfermedad terrible y horrorosa, la *viruela*, hoy extirpada por suerte de nuestro país.

En la primera mitad del siglo xvi la viruela se propagó entre los indios y produjo entre ellos tremendos estragos. Pueblos enteros sucumbieron víctimas del horrible mal; ésto contribuyó mucho, sin duda, al exterminio de la población indígena. Dicha enfermedad atacaba también a los blancos, pero en menor proporción.

Según el testimonio de los vecinos de Cuba, en el siglo xvi las enfermedades entre los colonos blancos eran las propias de los países cálidos, sin llegar nunca a una proporción alarmante.

Al comenzar el siglo xvii la situación comenzó a cambiar en sentido desfavorable, sobre todo en la Habana.

Era ésta una pequeña ciudad situada cerca de la bahía, rodeada de bosques y de terrenos pantanosos. Aún dentro de la misma población existían extensos lagunatos de agua estancada y corrompida. Los mosquitos, jejenes, moscas, cucarachas y cangrejos siguatos formaban plagas horribles y numerosas, haciendo casi insoportable la vida de los vecinos. El agua que se consumía era de pozos muy mal construídos, o de la zanja de la Chorrera, primer acueducto de la capital, terminado en la última década del siglo xvi, gober-

nando el maestro de campo Don Juan de Tejeda. Las condiciones sanitarias de la población en total y de cada casa en particular, no podían ser más deplorables. Los pisos eran de tierra, no se limpiaban nunca, y en los patios de las casas, cubiertos de arbolado, se criaba toda clase de animales domésticos. No existía sino un pequeño y rústico hospital y no habían médicos ni medicinas. Estas se traían de España muy de tarde en tarde.

En las mismas condiciones que la Habana se encontraban las demás ciudades del interior.

En los últimos veinte años, desde 1898 a 1918, la población de Cuba ha aumentado cerca de un millón de habitantes, pero en todo el siglo XVII el aumento no llegó a *cincuenta mil vecinos*. Las causas de este lento crecimiento de la población fueron varias; entre otras las guerras constantes y la escasa inmigración. Pero no hay duda de que las asoladoras epidemias que se desarrollaron durante el siglo, contribuyeron mucho a impedir que creciera la cifra de los habitantes.

El principal foco de infección y de propagación de la epidemia fué la Habana, y la causa, el arribo de las flotas y su permanencia en el puerto durante meses.

El personal de cada flota se componía entre soldados, marineros y pasajeros, de varios miles de individuos, tantos como vecinos contaba la ciudad o más. Mientras la flota permanecía en la bahía, la población de la ciudad aumentaba extraordinariamente, al extremo de llegar a ser más del doble de la de tiempos normales, no sólo por las gentes de la escuadra, sino debido al gran número de habitantes del interior que acudían

a vender sus animales y sus frutos y a comprar lo que necesitaban. Las casas estaban repletas de gentes en quienes la falta de aseo era un hábito tradicional. Además, el número de reses que se sacrificaba cada día para alimentar a aquella enorme población accidental, y aprovisionar a la escuadra de carne salada por el largo viaje que debía hacer, alcanzaba cifras elevadísimas. Los lugares donde se efectuaban estas matanzas de reses, estaban llenos de restos podridos de las mismas, que inficionaban la atmósfera.

Las pésimas condiciones sanitarias de siempre, agravadas en la forma descrita, convertían a la ciudad en un terreno abonado para toda clase de enfermedades.

De la Habana éstas se propagaban rápidamente al interior, llevadas por los viajeros y por los vecinos que huían de la ciudad.

La primera de las grandes epidemias que azotaron a Cuba en el siglo xvii comenzó en la Habana, en el verano de 1620; sus estragos duraron desde junio hasta noviembre. Consistía la enfermedad en una fiebre de carácter pernicioso, que ocasionaba la muerte de los atacados en el corto espacio de tres o cuatro días.

Probablemente era fiebre tifoidea. La población de la ciudad fué diezmada y la flota anclada en el puerto sufrió también numerosas bajas.

La epidemia se propagó al interior, pero dada la distancia que mediaba entre unas haciendas y otras, el contagio fué menos fácil. Al llegar el invierno disminuyó la plaga y se extinguió lentamente.

En el año de 1649, al comenzar la primavera, sobrevino otra epidemia espantosa. El mal fué im-

portado por unos barcos procedentes de Cartagena y Portobelo. Desde mayo a octubre se mantuvo en todo su apogeo; devoraba a los atacados en tres días. Tenía también el carácter de una fiebre pútrida o maligna. Se carecía de médicos, de medicinas y de conocimientos acerca de la manera de tratar una enfermedad desconocida y de evitar su propagación.

Casi toda la población se enfermó, muriendo la tercera parte de los habitantes y del personal de la flota anclada en el puerto. Todas las autoridades fueron atacadas, falleciendo muchas de ellas: hubo necesidad de improvisar hospitales y cementerios; a veces los muertos estuvieron varios días sin ser enterrados por falta de personas que pudieran hacerlo. Todo el que pudo huyó a las haciendas del interior, contribuyendo así a propagar el mal. En septiembre comenzó a disminuir éste y terminó por desaparecer en octubre, dejando aterrada y desolada la Isla. Los supervivientes, muchos de ellos convalecientes aún, celebraron un *Tedeum* en la iglesia parroquial como acción de gracias por la desaparición de la epidemia.

El P. Antonio de Jesús María, que se había distinguido mucho durante la misma, por su caridad evangélica, pronunció un elocuente sermón, en el cual, pintando los horrores que acababan de sufrirse, decía: “Lloraban los más tiernos niños su orfandad, los más robustos jóvenes su desamparo, y su viudez muchos que acababan de celebrar sus bodas. No hay casa donde no haya duelo, y en muchas no quedó ni quien llorara. ¡Oh, Señor! ¡Cuántas veces vi cadáveres privados del infausto beneficio de la sepultura, y deseando mi com-

pasión dar los hombros al helado peso, la necesidad de los que agonizaban me limitó a encomendarlos a vuestra clemencia.”

En el verano de 1653 la epidemia hizo su aparición en Santiago de Cuba y Bayamo, causando enormes estragos. Las autoridades de aquellas localidades y los eclesiásticos, hicieron cuanto estuvo a sus alcances para atajar el mal, pero como no había médicos ni medicinas, éste siguió su curso.

El gobernador de la Isla suspendió toda comunicación entre la Habana y los dos pueblos infestados. Otro tanto hicieron las autoridades de Baracoa, Puerto Príncipe, Trinidad, Sancti Spíritus y Remedios. Los desgraciados vecinos de Santiago y Bayamo quedaron desamparados y entregados a su infausta suerte. Todo el que pudo huyó al campo; el mal se extinguió por sí solo a la entrada del invierno.

Al año siguiente apareció nuevamente la epidemia en la Habana, importada por una flota procedente de Tierra Firme.

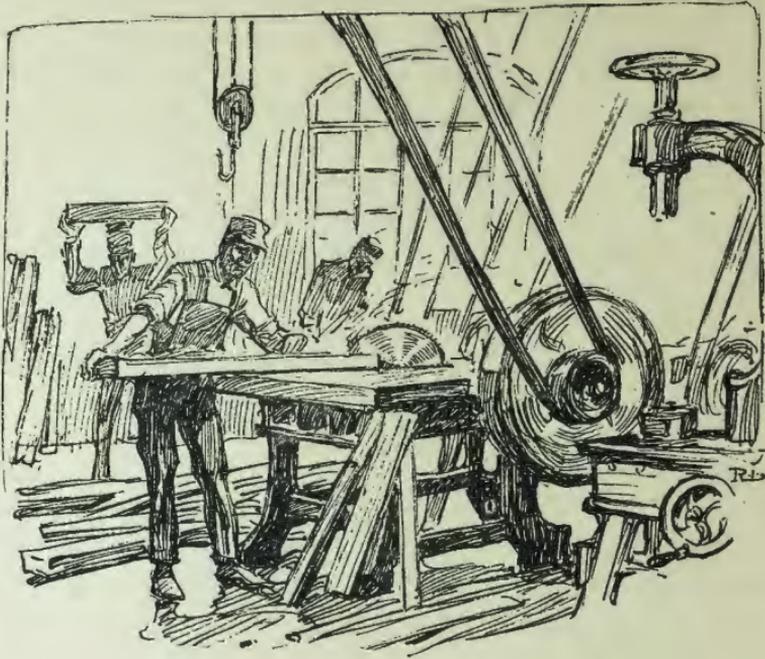
El gobernador Don Francisco de Gelder, se opuso con energía a que desembarcaran los enfermos de los barcos, hizo construir un barracón al fondo de la bahía y los aisló en aquel improvisado hospital; pero todas sus precauciones resultaron ineficaces para preservar a los vecinos del contagio. Desde el mes de mayo hasta el de septiembre el mal se cebó con furia en el vecindario, innolando a gran número de personas y obligando a huir al campo a todo el que pudo hacerlo.

Estas epidemias de mediados del siglo no fueron las únicas, pero sí las más terribles. Las viruelas hacían

también periódicos estragos y el número de lazarinos era considerable.

Cerca de cien años más tarde, en 1761 varios buques arribaron a la Habana procedentes de Veracruz, con algunos presidiarios destinados a trabajar en las fortificaciones de la ciudad.

Estos barcos importaron otra plaga horrorosa: la enfermedad a que se le dió el nombre de fiebre amarilla o vómito negro. El mal se propagó con gran rapidez y espantosa violencia. Entre marineros y soldados perecieron cerca de dos mil hombres en el verano de aquel año. El número de vecinos cubanos y españoles víctimas de la enfermedad fué enorme. Raro fué el atacado de la dolencia que sobrevivió a ésta. Los hospitales existentes no bastaban para dar cabida a los enfermos, y hubo necesidad de habilitar numerosas casas particulares para alojar á los pacientes. La fiebre amarilla se propagó a todos los lugares habitados del litoral de Cuba, especialmente a los bajos y pantanosos; quedó en ellas como enfermedad endémica durante siglo y medio, causando numerosas víctimas todos los veranos, y fué un grave obstáculo para el desarrollo de la riqueza y del comercio de Cuba. No fué extirpada sino en los primeros años del siglo actual, gracias al descubrimiento del médico cubano Dr. Finlay. Este demostró que los mosquitos pertenecientes a cierta clase, eran los agentes transmisores de la enfermedad. Varios médicos norteamericanos, los cubanos Dres. Juan Guiteras, Aristides Agramonte y otros más, fueron los principales directores de los trabajos sanitarios que acabaron con los últimos restos de la enfermedad en nuestro país.



XXIII

EL TRABAJO DEL INDUSTRIAL Y EL DEL AGRICULTOR

La agricultura exige más inteligencia, más saber y más espíritu de observación que la industria. Es probable que esta afirmación parecerá muy aventurada a muchas personas; y habrá otras que sin detenerse a examinar sus fundamentos, la negarán en redondo. Sin embargo, se trata de una verdad de fácil comprobación.

Tomemos como ejemplo un industrial y un agricultor propios de nuestro país: el *fabricante de almidón* y el *cultivador de yuca*. El primero se propone obtener un cierto producto, el almidón; el segundo procura obtener otro cierto producto, la yuca.

¿Qué necesita el primero para alcanzar lo que se propone? Solamente varias máquinas, que en su conjunto forman lo que se llama en nuestro país un *tren de almidón*. Las principales son: una máquina para lavar la yuca, otra para rayarla, otra para extraerle el almidón del agua por sedimentación y un *secadero*.

Estas máquinas, démosles este nombre, trabajan siempre de la misma manera, son de un manejo fácil y seguro. Se puede prever el resultado del trabajo, y reparar rápidamente un error o un desperfecto. El fabricante de almidón sabe con toda exactitud, que dada una cierta cantidad de yuca de determinada calidad, él obtendrá tal cantidad de almidón. Las operaciones de su industria son siempre iguales, precisas, mecánicas. Los utensilios con los cuales él trabaja son sencillos, fáciles de reparar; cualquier defecto de los mismos puede descubrirse inmediatamente y repararse a tiempo. Una vez que su *tren* está bien montado, funciona automáticamente como un reloj de bolsillo al cual se ha dado cuerda.

Veamos ahora lo que necesita el cultivador para obtener lo que se propone, es decir, *una cierta cantidad de yuca*. Dos cosas le son indispensables: *terreno y plantas de yuca*.

Así como las partículas de almidón estaban contentas en la *yuca*, y el fabricante contaba para *extraer-*

las de allí y formar una arroba de almidón con el auxilio de varias máquinas—el tren de almidón—puede decirse ahora que las partículas de la *yuca* están contenidas en la tierra y la atmósfera, y el agricultor cuenta también para *extraerlas* de allí y formar una arroba de *yuca*, con el auxilio de una máquina, la mata de *yuca*. ¿Cuál de las dos máquinas es de un trabajo más fácil, conocido y seguro? Vamos a verlo en seguida.

El agricultor planta la simiente de la *yuca* en el terreno, pero él no sabrá nunca con rigurosa exactitud qué es lo más conveniente que debe hacer para que su máquina le *fabrique* la mayor cantidad de *yuca* en el menor tiempo y con el menor costo para él. La cantidad de *yuca* fabricada dependerá siempre de mil cosas diversas, difíciles de conocer y de estudiar, a saber: de la naturaleza del terreno, de las labores que se practiquen en él antes de la siembra, de la calidad de la simiente, de la fecha de la siembra, de los cuidados que se le prodigan a la planta, del tiempo que haga, de la propagación o no de ciertos insectos, etc. Sobre ninguno de estos extremos puede el cultivador llegar a tener un conocimiento preciso y cabal, como el que posee de sus máquinas el industrial. El agricultor tiene que estar siempre observando, vigilando, ensayando, a fin de que aumenten las probabilidades de lograr una buena cosecha; de lo contrario se arruina. El industrial, una vez que conozca bien cómo funcionan sus máquinas, poco o nada habrá de aprender de las mismas; pero el cultivador, si es avisado y sabe observar, cada año adquirirá nuevas experiencias y aumentará su saber, sin que jamás llegue a agotar las

enseñanzas que recibe de sus plantíos. La práctica que un año le dió buen resultado, al otro no se lo da, y él debe averiguar el por qué; tal vecino obtiene mayor rendimiento en sus cultivos, ¿a qué se debe ésto? Tal clase de yuca es buena para este terreno y no para aquel otro. ¿Cuál es la razón? Las preguntas pueden multi-



plicarse hasta lo infinito, y aunque él acuda a los libros y a los hombres de ciencia, se encontrará con que el buen éxito de su labor dependerá siempre del conocimiento de ciertos principios generales, aplicados, en cada caso, según le aconseje su experiencia personal,

enriquecida cada año y modificada por lo que cada día observa y descubre. Su máquina, *la planta de yuca*, jamás funcionará sola, automática y exactamente, como un reloj de bolsillo al cual se ha dado cuerda, según el ejemplo que pusimos antes.

Es menester que él esté observándola, vigilándola, comprobando los cambios favorables o adversos que presenta de un día a otro, tratando de descubrir las causas de esos cambios, aplicándoles el remedio más adecuado si fuesen perjudiciales. ¡Qué labor tan distinta de la del industrial, y qué diferencia tan grande de atención y de inteligencia requiere una ocupación comparada con la otra! ¡Qué perseverancia, qué paciencia, qué voluntad tan firme y recia exige la práctica cuidadosa y científica de la agricultura! Tan cierto es ésto, que se puede afirmar sin temor a equivocarnos, que cuando un país tiene una agricultura variada, rica y floreciente, es un país poblado por hombres de grandes condiciones de inteligencia y de carácter.

Si el trabajo del agricultor es más difícil, incierto en sus resultados y penoso que el del industrial, influye, en cambio, de una manera más ventajosa sobre el carácter. Las máquinas del industrial presentan siempre el mismo aspecto; son algo inerte que carece de vida propia; producen una impresión de monotonía, de ser vacío y sin alma que no inspira afecto. Es difícil llegar a sentir simpatía por una máquina. No ocurre lo mismo con los animales y las plantas. El cultivador y el criador van siguiendo paso a paso los progresos del ser viviente de que cuidan. Asisten a su nacimiento, vigilan su desarrollo cuando aun es tan débil que el menor

accidente puede hacerlo perecer, se regocijan cuando se muestra vigoroso y lozano, sufren al verlo abatido y mustio, y se establece así una relación de simpatía y de afecto entre el animal o la planta y el hombre. La protección amorosa y asidua que el agricultor prodiga sin cesar a sus cultivos y a sus crías, estimula de una manera muy intensa los sentimientos más generosos del ser humano, de donde resulta que los hombres dedicados a la agricultura, llegan con el tiempo a estar dotados de una gran nobleza de alma.

Desde época remota se ha observado que los pueblos agricultores son bondadosos y pacíficos, y que de los campos han salido muchos de los más grandes y más nobles apóstoles de la paz y de la fraternidad entre los hombres.





XXIV

A UNA NUBE

I

Vaporosa hija del éter,
Que en alas del blando viento
Recorres el firmamento
Cual rápida exhalación;
Detén, por Dios, un instante.

Tu precipitado vuelo
Sobre el pedazo de cielo
Que descubro en mi prisión.

II

¿ Es la balsámica esencia
De nuestras pintadas flores
La que de puros colores
Tu linda forma pintó ?
Es la sangre derramada
De los mártires que sube
La que te da, bella nube,
Tan rojizo resplandor ?

III

¿ Acaso mora en tu seno
De nácares y de rosa
Alguna virgen hermosa
Que de la tierra partió ?
Y ese color encendido
Es tal vez de su mejilla
La púrpura con que brilla
De la inocencia el pudor ?

IV

¿ Por qué durante la noche
Cuando está todo en reposo
De tu seno misterioso

Se ven lágrimas caer ?
¿ Quién esas lágrimas vierte
Que miramos temblorosas
Entre las abiertas rosas
Brillar al amanecer ?

V

¿ Es el alma sin ventura
De algún pobre desterrado
Que de su tierra apartado
Bajo otro cielo murió,
Y llora buscando en vano
Tras el remoto horizonte
La verde sombra del monte
En que tranquilo vivió ?

VI

Cuando el rápido relámpago
Al estampido del trueno
Rasgando tu rojo seno
Vomita el rayo veloz.
¿ Es el implacable genio
De la terrible venganza
El que fatídico lanza
La muerte y la destrucción ?

VII

Mensajera de Favonio,
Que vagas entre la bruma

Ligera como la espuma
Sobre las ondas del mar,
¿Me engaño cuando imagino
Que algo tu interior encierra?
¿Eres de la inmunda tierra
Leve vapor nada más?

VIII

No importa; rauda prosigue
En alas del blando viento
Por el ancho firmamento
Cual rápida exhalación.
Y si llegas, bella nube,
A mi Cuba infortunada,
Dile a esa patria adorada
Que yo le mando un "Adiós."

PEDRO SANTACILIA.





XXV

**EL OBISPO DON DIEGO AVELINO
DE COMPOSTELA**

Los españoles, al establecerse en Cuba bajo el mando de Don Diego Velázquez en 1511, trajeron a nuestro país, además de muchas plantas y animales desconocidos en la Isla, sus costumbres, su lengua, sus instituciones de gobierno y su religión.

Al mismo tiempo que fundaban pueblos, creaban ayuntamientos, organizaban el gobierno del país, y echaban los cimientos de las instituciones religiosas. En cada pueblo se estableció una parroquia a cargo de un cura para celebrar bautizos y matrimonios, decir misa y cumplir con las demás prácticas de la religión. Los sacerdotes estaban obligados también a enseñar

la doctrina a los indios. Según las instrucciones dadas por el cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros, regente de España en 1516, en cada parroquia debía de haber un sacristán, especialmente destinado a enseñar a los indios menores de nueve años a leer, escribir y hablar en castellano. Esta disposición no fué cumplida.

Cuando hubo varias parroquias, se creó la diócesis de Cuba con un obispo al frente. El obispo era la autoridad eclesiástica superior, así como el gobernador era la autoridad superior en lo militar y lo gubernativo.

En aquella época las autoridades eclesiásticas tenían importantes atribuciones. Todos los vecinos estaban obligados a obedecer y cumplir sus mandatos. El obispo de Cuba tenía, además, el cargo de “Protector de los indios”—que había ejercido Fray Bartolomé de las Casas—y como tal podía castigar a los vecinos que los maltratasen.

Estos debían pagar una cuota a los párrocos por sus servicios. Los que tenían propiedades abonaban una contribución llamada el diezmo, para sufragar los gastos del culto. El primer obispo que vino a Cuba, el cuarto de los nombrados para la diócesis, se llamaba Fray Miguel Ramírez.

Durante los dos primeros siglos del gobierno de los españoles en Cuba, los obispos y los gobernadores estuvieron casi siempre en desacuerdo sobre sus respectivas atribuciones. Las quejas de unos contra otros eran muy frecuentes. Los gobernadores se quejaban de que muchos sacerdotes no cumplían con sus deberes, sin que a pesar de ello, los obispos les impusiesen el

menor castigo. En cambio los obispos decían que los gobernadores, en su afán de mando, querían disponer también de las cosas tocantes a la religión, las cuales no eran de la incumbencia de éstos.

Los mayores conflictos ocurrieron a principios del siglo xvii, entre el gobernador Don Gaspar Ruiz de Pereda y el obispo Don Alonso Henríquez de Almen-dariz, de cuyo apellido tomó nombre el río Almendares. El gobernador se quejó al rey de España de que el obispo lo había excomulgado, y de que además, los sacerdotes habían ido en procesión hasta la casa en que vivía y la habían apedreado.

Una queja frecuente de los gobernadores era ésta: los religiosos, lejos de condenar el comercio de contra-bando con los extranjeros, lo favorecían y hasta toma-ban parte en él. La acusación era cierta. Los curas, sobre todo los del interior, vivían de lo que recaudaban del vecindario, y como se daban cuenta de que sin dicho comercio sus feligreses no podían prosperar, no sólo no ponían reparo al mismo, sino que algunos se dedi-caban a él también. Los obispos castigaban por lo común estas faltas de los religiosos de su diócesis, pero en otras ocasiones parecían ignorarlas.

Los vecinos solían respetar y amar a los obispos, cuya permanencia en Cuba era comúnmente de mayor duración que la de los gobernadores, aparte de que, por el ministerio que ejercían, estaban en más estrecho contacto con el vecindario y conocían mejor sus nece-sidades.

Esta disposición de ánimo de los habitantes de Cuba se hizo patente en 1604, cuando el pirata Gilberto

Girón se apoderó cerca de Bayamo del obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano. Los bayameses no sólo reunieron con toda rapidez el cuantioso rescate exigido por Girón para libertar al obispo, sino que llenos de indignación por la osadía del pirata, lo atacaron y le dieron muerte.

Así como el obispo Almendáriz se hizo famoso a principios del siglo XVII por su carácter áspero e intransigente, a fines del siglo citado adquirió mayor celebridad por sus grandes virtudes y sus obras benéficas otro obispo de Cuba: Don Diego Evelino de Compostela. Este llegó a nuestra patria en 1667 y estuvo al frente del obispado hasta que murió en la Habana el año de 1704. Su cadáver fué enterrado en la iglesia de Santa Teresa el 29 de agosto del citado año.

Cuando el obispo Compostela comenzó a ejercer sus funciones, muchos religiosos llevaban una vida fastuosa y desordenada; faltaban a los deberes de su ministerio, y eran ejemplos de malas costumbres en vez de serlo de virtudes cristianas. Los había que eran ricos y no salían a la calle sino en calesas plateadas o acompañados de sirvientes con lujosas libreas, según se usaba entonces en la Habana; otros daban festines en sus casas y concurrían a los juegos de dados y de baraja muy comunes entonces.

Compostela se propuso reformar las costumbres del clero de su diócesis, sin violencia y por medio del ejemplo. El no salía sino a pie, en las constantes visitas que efectuaba para atender personalmente a los asuntos de su cargo; no hacía sino una frugal comida al día

y repartía todos sus ingresos en fundaciones piadosas y limosnas. Era muy instruído y notable predicador; su voz sonora y majestuosa. Los sermones que pronunciaba con frecuencia, le dieron mucha fama en su época.

Ante el ejemplo que su superior les daba, muchos sacerdotes reformaron y mejoraron sus costumbres; renunciaron a la ostentación, a los festines y a jugar en público, y dedicaron una parte de sus rentas a obras de caridad.

La Habana tenía ya como treinta mil habitantes y sólo contaba cuatro parroquias. A Compostela le parecieron pocas y erigió dos más: la del Santo Angel y la del Santo Cristo.

Fuera de la Habana erigió otras muchas más, a saber: las de Santiago de las Vegas, San Miguel del Padrón, Jesús del Monte, Río Blanco, Guamacaro, Macuriges, Guamutas, la Hanábana, Alvarez, Guanajay, Santa Cruz, San Basilio, Consolación, Güines, Batabanó, Guane, Pinar del Río, Caney y Jiguaní. La fundación de estas parroquias tiene un interés histórico muy grande, porque cada una de ellas, erigida en lugares donde sólo existía un corto número de rústicos albergues, fué reuniendo en torno suyo un caserío, hasta llegar a convertirse en el centro de un pueblo.

Compostela trabajó mucho a favor de la enseñanza, totalmente abandonada en su época. Fundó el colegio de San Ambrosio, en el cual debían educarse doce jóvenes para seguir la carrera sacerdotal, y pagó a sus expensas al rector y a los profesores. Este colégio, reorganizado muchos años después con el nombre de Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio de la

Habana llegó a ser una institución famosa; contó entre sus profesores al P. Félix Varela, a Don José Antonio Saco y a Don José de la Luz y Caballero.

Compostela gestionó la creación de la Universidad; concedió donativos para establecerla en 1690, pero la autorización del rey de España para fundarla no se obtuvo hasta treinta años más tarde. Fundó asimismo, el colegio de San Francisco de Sales, para niñas pobres, el único que hubo durante muchísimos años.

Sus obras benéficas de otro carácter fueron no menos importantes. En 1704, poco antes de morir, fundó provisionalmente un hospital de convalecientes, bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén; concedió para ello un local y una importante suma. A fin de asegurar la existencia definitiva del mismo, donó el terreno donde debía erigirse el convento de Belén y una cantidad en metálico para sufragar parte de los gastos del hospital. Autorizada la obra por el rey de España un año después de la muerte del obispo, se inició la fábrica; fué terminada gracias a la filantropía de Don Juan Francisco Carballo, que donó todos sus bienes para concluir dicha obra y atender al sostenimiento del hospital de convalecientes y de la escuela gratuita de niños pobres que en ella debían instalarse. El empeño de Compostela, tuvo, como se ve, un felicísimo éxito.

Algunos años más tarde, el historiador Arrate, refiriéndose a la escuela establecida en Belén, decía: “La escuela ordinariamente mantiene quinientos muchachos, trescientos de escribir y doscientos de leer; los más son pobrecitos a quienes proveen de papel, plumas y catecismos graciosamente: les enseñan a leer, escribir

y contar con toda perfección y salen excelentes *plumarios*. Para comprender bien esto y lo demás que aquí se expresa, es necesario verlo, porque excede a toda ponderación”.

Cerca de un siglo después de fundada, esta escuela era aún la más importante que existía en la Habana.

Otras obras debidas al genio benéfico de Compostela fueron la primera casa de beneficencia, que funcionó durante pocos años y un asilo para jóvenes huérfanas.

El recuerdo de Compostela está unido también a la fundación de la ciudad de Matanzas. El obispo ayudó a trazar el plano de la población, eligió el lugar para el templo que debía erigirse, colocó la primera piedra de éste y dijo la primera misa en aquel lugar.

Cuando murió este ilustre prelado, era tal la fama de santidad de que gozaba entre el vecindario de la capital, que el gobernador, según se cuenta se vió en la necesidad de poner una guardia armada que cuidase de sus restos hasta que se les diese sepultura, debido a que muchos fieles querían apoderarse de fragmentos de sus vestiduras a fin de conservarlos como reliquias.

En los cien años siguientes a la muerte de Compostela, tuvo Cuba otros tres obispos que fueron igualmente famosos: el sucesor de Compostela, Fray Gerónimo Valdés, fundador de la Universidad y de la Casa de Beneficencia; Don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, célebre entre otras causas, por sus luchas contra los ingleses, y Don Juan José Díaz de Espada y Landa, de grata recordación, por los grandes servicios que prestó al progreso de nuestro país.



XXVI

UNA HISTORIA INTERESANTE

Queridos niños: Ansioso como siempre de aspirar el delicioso ambiente de la mañana, me levanté hoy muy temprano. Me dirigí al patio de mi casa, y allí, recostado al brocal del pozo, contemplaba extasiado un hermoso rosal, que mostraba entre sus ramas una lozana y bellísima rosa. Sobre uno de sus rosados pétalos, vi una esferita líquida, que parecía una brillante perla, pequeña en su tamaño pero inmensa, grandiosa en su historia.

Me detuve encantado contemplándola por largo rato, y al fin, movido por la curiosidad, y lleno de la mayor admiración le pregunté: —¿De dónde vienes, misteriosa perla? Cuéntame tu historia.

Ella entonces me dijo: —“Curioso mortal, mi historia es muy larga, y pronto tendré que continuar mi eterno viaje. Te contaré solamente mis últimas impresiones”.

“Yo estaba ayer en aquel inmenso piélago azul, que surcó por vez primera un genio inmortal, en busca de un camino más corto para las Indias”.

“Las suaves caricias del Astro Rey, trocaron mi vestidura líquida, en vestidura vaporosa, convirtiéndome en tenues partículas, más ligeras que el aire”.

“Ataviada con mi vaporoso traje, y en unión de millones de compañeras, me levanté de aquella masa líquida y ascendí a elevadas regiones, en donde el frío que reinaba nos transformó en visible polvo acuoso, y reunidas todas, entramos a formar parte de algo así que pudiéramos comparar a una gigantesca paloma blanca que sube hasta los cielos.”

“Vinieron luego unos carros alados que vosotros llamais alisios del Nordeste, que nos trajeron volando, volando por muchas horas, en dirección al Suroeste”.

“Era ya la hora en que el Astro vivificador, enviándonos sus últimos besos de fuego, empezaba a ocultarse por el Ocaso, cuando llegamos a esta espléndida joya del mar Caribe, cesaron los carros alados de arrastrarnos y quedamos flotando en el azul purísimo del cielo, encima de esta hospitalaria y simpática ciudad del Bélico, cuna de ilustres e insignes varones”.

“El aire caliente, los ardientes vapores que subían de la tierra, hicieron que se disolviera la gigantesca paloma blanca; el cielo se despejó; la tierra se enfrió, las flores abrieron sus corolas; nosotras descendimos a las capas inferiores de la atmósfera y yo, lo mismo que otras compañeras, al ponerme al contacto con este suave y fresco pétalo, me precipité sobre él con amoroso anhelo, convirtiéndome en esta líquida perla, causa de tu admiración”.



“He aquí mis últimas impresiones. Si fuere a referirte todos los episodios de mi vida, necesitaría de un tiempo mucho más largo que toda tu existencia”.

“Dentro de pocas horas cuando el Astro del día se vaya levantando aparentemente hacia el cenit, y em-

piece a arrojar, una vez más, su lluvia de luz y de calor sobre este hemisferio, volveré a ser vaporosa, me elevaré en la atmósfera, e impelida de nuevo, tal vez recorra el cielo en todas direcciones. Quizás la brisa pasajera, me lleve otra vez al Noroeste, y al encontrar a mi paso las blancas y empinadas cumbres de las Montañas Rocallosas me convierta en pequeños y simétricos cristales; y me precipite sobre ellas; resbale, resbale después por rápida pendiente; vuelva otra vez a ser líquida perla; me introduzca en cristalina corriente que vaya a aumentar el caudal del majestuoso Misisipi; llegue presurosa a las saladas aguas y lleve conmigo a sus honduras, los despojos de la tierra para que acumulándose allí, se conviertan más tarde, con la continuación de los siglos en nuevas islas y en nuevos continentes”.

“Otro día continuaré mi historia. No puedo ser más extensa. Quiero darte por último una comisión que cumplirás con gusto porque sé que eres maestro, y que como tal, sientes verdadero entusiasmo por la causa de la educación y de la enseñanza de la niñez”.

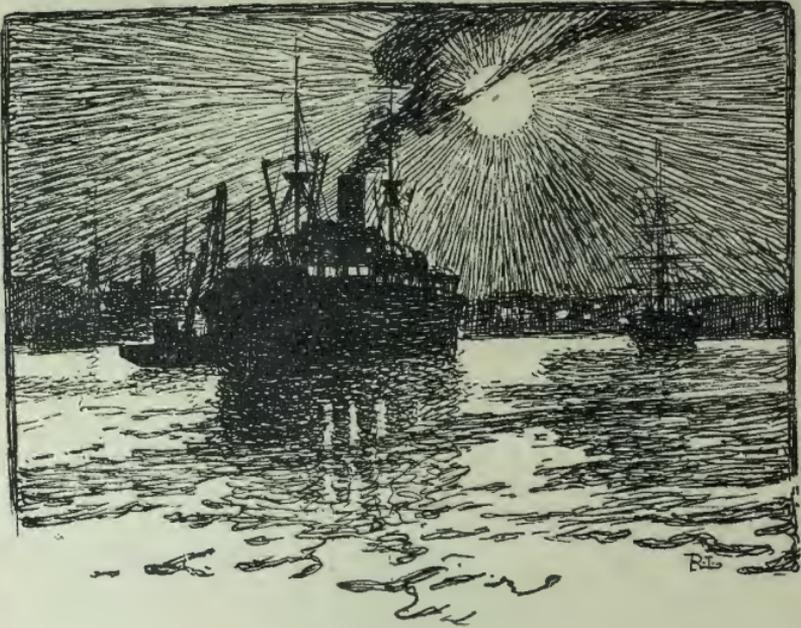
“Dí a los niños que viste que reciban un afectuoso recuerdo de esta amiga cariñosa; que yo les he dado vida, animación y alegría; que yo he circulado y circularé en su organismo; que yo he mitigado su sed y refrescado su piel en los ardorosos días del verano; que yo he recreado su paladar en sabrosas frutas; que soy generosa y buena con todos los seres; que en mí no existe la funesta plaga social del egoísmo y del orgullo, pues igual presto mis servicios en la humilde choza del

pobre, que en suntuoso palacio del rico, diles por fin, que yo, la eterna viajera del globo, soy siempre elemento de vida, fuente de salud, y manantial fecundo de fuerza y de amor”.

Aquí tenéis mis queridos niños, todo lo que me dijo la esferita líquida. Procurad como ella, ser útiles, activos, generosos y buenos.

MANUEL ANGULO.





XXVII

CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.

En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede agitar.

Ninguna brisa
Llena las velas,

Ni alza las ondas
Viento vivaz.

En el oriente
Débil meteoro
Brillá y disípase
Leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna
Y en torno la ciñe
Corona de luz.

El brillo sereno
Argenta las nubes,
Quitando a la noche
Su pardo capuz.

Y las estrellas,
Cual puntos de oro.
En todo el cielo
Vense brillar.

Como un reflejo
Terso y bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.

La calma profunda
De aire, mar y cielo,
Al ánimo inspira
Dulce meditar.

Angustias y afanes
De la triste vida

Mi llagado pecho
Quiero descansar.

Astros eternos,
Lámparas dignas,
Que ornáis el templo
Del Hacedor;
 Sedme la imagen
De su grandeza,
Que lleve al ánima
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara,
Que en el puro lejano horizonte
A seguir tu derrota disparte,
Se levanta la brisa del sur:

Y la zona que oscura lo ciñe,
Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende
Muy más bello parece el azul.

JOSE MARIA HEREDIA.





XXVIII

DOS SIGLOS DE GUERRA CONSTANTE

Cuando Don Diego Velázquez comenzó la conquista de nuestro país, estaba prohibido por los reyes de España que las colonias establecidas en el Nuevo Mundo comerciasen con los extranjeros, y mucho más aun, que se permitiera a éstos avecindarse en ellas.

Esta última prohibición se mantuvo en vigor durante varios siglos, pero como los reyes de España Carlos V y Felipe II que gobernaron en el siglo xvi, fueron soberanos también de otras naciones de Europa, se toleró que algunos naturales de esos países, como súbditos que eran de los reyes de España, se estableciesen en Cuba.

En tal virtud, a fines del siglo citado había aquí cierto número de extranjeros, flamencos y portugueses en su mayor parte. Además, los escasos habitantes de

nuestro país sostenían un activo comercio de contrabando con los navegantes ingleses, franceses y holandeses, que frecuentaban estos mares.

Apesar de las relaciones pacíficas que los vecinos de Cuba mantenían con los extranjeros, algunos corsarios procedentes de Francia y de Inglaterra, naciones con las cuales España estuvo en guerra durante el citado siglo, atacaron las poblaciones de nuestras costas y causaron en ellas grandes daños. Sin embargo a partir de la segunda mitad del siglo xvi, más fué lo que ganaron los vecinos de Cuba con el contrabando, que lo que perdieron con los ataques de que a veces fueron víctimas.

Las relaciones de Cuba con los extranjeros cambiaron desde el comienzo del siglo xvii. El gobernador que tomó el mando en 1603, Don Pedro de Valdés, era enemigo del contrabando y lo perseguía con encarnizamiento.

El le escribió una larga carta al rey de España y en ella le decía que los vecinos de Cuba negociaban tan libremente con los corsarios y piratas, que les compraban a éstos hasta los mismos efectos que los tales piratas y corsarios robaban en nuestras costas a los barcos españoles. Según el gobernador, los flamencos y los portugueses domiciliados en Cuba eran los intermediarios entre los rescatadores de tierra y los negociantes extranjeros, a los cuales servían de espías y pilotos.

El contrabando, según Don Pedro de Valdés, ofrecía muchos inconvenientes. El tesoro sufría, porque las mercancías entraban y salían sin pagar derechos;

los enemigos se informaban de las defensas de la Isla, de la entrada y salida de las flotas, del armamento y de las riquezas que llevaban, etc.; y finalmente, como los contrabandistas eran *herejes* (protestantes), trataban de difundir sus *herejías*, repartiendo libritos entre los habitantes del interior en los cuales se abominaba de la religión católica. En virtud de todos estos males del contrabando, Don Pedro propuso al rey que se expulsara a todos los extranjeros que había en Cuba, que se persiguiera y castigara a los vecinos rescatadores, y que se armasen barcos para vigilar las costas y limpiarlas de corsarios y piratas.

La carta de Don Pedro de Valdés llegó a España en los momentos en que el rey había ordenado que se expulsaran de aquel país a todos los moriscos que en él vivían; de modo que la ocasión no podía ser más favorable para los propósitos de Don Pedro.

El rey, de acuerdo con lo pedido, ordenó la expulsión de Cuba de todos los extranjeros y que se persiguiese con furia a los contrabandistas. Estas expulsiones y persecuciones fueron nuevos motivos de odio que se agregaron a los que ya tenían los franceses, los ingleses y los holandeses contra los españoles en general y contra Cuba en particular. El odio de que se trata tenía varias causas. Las principales eran las siguientes:

Un gobernador de Cuba, Don Pedro Menéndez de Avilés, dirigió a mediados del siglo xvi varias expediciones contra las colonias francesas establecidas en la Florida, degollando y ahorcando a todos sus vecinos, sin exceptuar a las mujeres ni a los niños. Por otra parte, los bayameses lograron hacer prisioneros, por

sorpresa, al corsario Richard y a varios compañeros suyos, y los ahorcaron en Bayamo, sin justa causa. Después, durante varios años, de parte a parte se habían seguido cometiendo atrocidades.

No es de extrañar, por consiguiente, que el odio fuese cada día en aumento. Las guerras y las persecuciones lo hacían crecer sin cesar.

El siglo XVII comenzó con luchas sangrientas. Pocos días habían transcurrido del citado siglo, cuando los corsarios franceses, holandeses e ingleses, se establecieron en unas islas solitarias situadas al Norte de Santo Domingo y construyeron allí poblaciones y fortalezas. Desde entonces fueron una amenaza y un azote constante para Cuba. Por aquellos mismos años los holandeses amenazaron varias veces a la Habana. Los vecinos de casi toda al Isla tuvieron que acudir a marchas forzadas a defenderla.

En 1628, los holandeses atacaron una escuadra procedente de Veracruz que se aproximaba a la Habana.

Los españoles fueron derrotados desastrosamente, frente a Matanzas y dentro de aquel puerto; perdieron todos los barcos, muchas vidas y los grandes tesoros que conducían. Al año siguiente volvieron los holandeses, pero el gobernador de Cuba avisó a tiempo a las flotas que estaban en Portobelo y Veracruz y éstas no salieron para la Habana. Bueno es hacer constar que los españoles devolvían golpe por golpe cada vez que podían.

En 1630, una escuadra española mandada por Don Fadrique de Toledo, atacó los establecimientos de los corsarios en la isla de Trinidad, mató gran número de

ellos, hizo prisioneros a todos los habitantes de dichos establecimientos y arrasó con cuanto en ellos había. No obstante al poco tiempo volvieron los corsarios a establecerse en aquella isla, en otras de las Antillas Menores y en la misma costa septentrional de Santo Domingo.

Los que fijaron su centro de operaciones en la isleta llamada Tortuga, recibieron el nombre de *filibusteros*. A los que vivían en las costas cazando reses a fin de aprovisionar de carne salada, cueros y otros artículos a los filibusteros y demás corsarios, se les dió el nombre *bucaneros*.

Así como Don Fadrique de Toledo los atacó en 1630, en el año de 1638 repitió la operación otro almirante español, Don Carlos de Ibarra. Este arrasó siembras y caseríos y pasó a cuchillo cuanto ser viviente encontró en la Tortuga. Al año siguiente Ibarra sostuvo un recio combate frente a Cabañas con los holandeses. La batalla quedó indecisa.

Las luchas frente a nuestras costas eran constantes en aquella época; tomaban parte en ellas muchas veces, buques que salían de la Habana y vecinos que acudían armados a defender las naves que se refugiaban en los puertos indefensos de la costa.

En 1641 el gobernador de Cuba Don Alvaro de Luna, dictó nuevas medidas contra los franceses, ingleses, holandeses y portugueses que había en la Isla. Se citó para la Habana, a fin de expulsarlos, a todos los extranjeros, y a los que no se presentaron pronto, se les persiguió por los montes, cazándolos como si fueran

fieras. Tales medidas, como es natural, no hicieron sino aumentar el odio a Cuba de los extranjeros.

Desde 1640 a 1654 sobre todo, nuestras costas estuvieron infestadas de enemigos. Estos las asolaban sin piedad; fondeaban en las ensenadas, penetraban en el interior en cuadrillas armadas, y robaban cuanto encontraban; mataban a los habitantes hombres y se llevaban prisioneros a las mujeres y a los niños.

Los españoles, en general y los habitantes de Cuba en particular, se desquitaban tanto como podían. En la Habana y otros puertos se armaron buques que perseguían a los enemigos.

Cuanto filibustero o corsario caía en manos de españoles o cubanos, era irremisiblemente ahorcado. En los puertos principales de Cuba había horcas siempre armadas, en espera de los prisioneros. Esta lucha feroz y sin cuartel se prolongó años y años.

En 1655 los ingleses se apoderaron de la isla de Jamaica: Cuba se veía amenazada más de cerca cada vez.

Santiago de Cuba fué atacado en distintas ocasiones y Sancti Spíritus fué arrasado en 1665.

Durante los años de 1665 y 1666 la situación fué horrible; más de doscientas haciendas fueron devastadas y muertos los que en ellas vivían.

En el 1667, Francisco Nau, el Olonés, cometió grandes fechorías en la costa Norte. Al año siguiente el inglés Enrique Morgan, desembarcó en la costa Sur de Camagüey, y atacó por tierra la ciudad de Puerto Príncipe; derrotó en un combate a los vecinos mandados por el Alcalde, hizo gran mortandad entre ellos y

se apoderó de la ciudad. Esta fué saqueada y sus habitantes sufrieron grandes penalidades. Morgan no se retiró sino después de recibir un cuantioso rescate.

Desde 1670 a 1695 la lucha de Cuba con los enemigos que la asaltaban por todas partes prosiguió con igual encarnizamiento, aunque menos desfavorable para nuestro país. Los corsarios armados en la Habana, causaron grandes daños a los franceses en Santo Domingo y a los ingleses en Jamaica; en Santiago de Cuba y Puerto Príncipe se rechazaron dos fuertes acometidas de los franceses.

Los últimos años del siglo fueron más bonancibles. Los ingleses eran por entonces aliados de los españoles; su poderosa marina exterminó en poco tiempo a los *filibusteros*, en su mayor parte franceses, y puso a raya a los corsarios de dicha nación.

El exterminio de los filibusteros y el aumento de la población, pusieron a salvo a Cuba durante el siglo XVIII de las atrocidades cometidas en sus costas en el siglo precedente. Excepto casos aislados, ya no se repitieron los incendios, los saqueos, los secuestros y los asesinatos de las familias campesinas indefensas.

En cuanto a la paz completa, jamás llegó a reinar. La lucha fué menos feroz, pero no tuvo término.

España continuó en guerra constante todo el siglo; unas veces contra Francia, otras contra Inglaterra, y las costas de nuestro país se vieron siempre amenazadas. Por otra parte en nuestros puertos se siguieron armando expediciones contra las colonias inglesas y francesas. En 1741, el almirante inglés Vernón se apoderó de Guantánamo y permaneció algún tiempo

fieras. Tales medidas, como es natural, no hicieron sino aumentar el odio a Cuba de los extranjeros.

Desde 1640 a 1654 sobre todo, nuestras costas estuvieron infestadas de enemigos. Estos las asolaban sin piedad; fondeaban en las ensenadas, penetraban en el interior en cuadrillas armadas, y robaban cuanto encontraban; mataban a los habitantes hombres y se llevaban prisioneros a las mujeres y a los niños.

Los españoles, en general y los habitantes de Cuba en particular, se desquitaban tanto como podían. En la Habana y otros puertos se armaron buques que perseguían a los enemigos.

Cuanto filibustero o corsario caía en manos de españoles o cubanos, era irremisiblemente ahorcado. En los puertos principales de Cuba había horcas siempre armadas, en espera de los prisioneros. Esta lucha feroz y sin cuartel se prolongó años y años.

En 1655 los ingleses se apoderaron de la isla de Jamaica: Cuba se veía amenazada más de cerca cada vez.

Santiago de Cuba fué atacado en distintas ocasiones y Sancti Spíritus fué arrasado en 1665.

Durante los años de 1665 y 1666 la situación fué horrible; más de doscientas haciendas fueron devastadas y muertos los que en ellas vivían.

En el 1667, Francisco Nau, el Olonés, cometió grandes fechorías en la costa Norte. Al año siguiente el inglés Enrique Morgan, desembarcó en la costa Sur de Camagüey, y atacó por tierra la ciudad de Puerto Príncipe; derrotó en un combate a los vecinos mandados por el Alcalde, hizo gran mortandad entre ellos y

se apoderó de la ciudad. Esta fué saqueada y sus habitantes sufrieron grandes penalidades. Morgan no se retiró sino después de recibir un cuantioso rescate.

Desde 1670 a 1695 la lucha de Cuba con los enemigos que la asaltaban por todas partes prosiguió con igual encarnizamiento, aunque menos desfavorable para nuestro país. Los corsarios armados en la Habana, causaron grandes daños a los franceses en Santo Domingo y a los ingleses en Jamaica; en Santiago de Cuba y Puerto Príncipe se rechazaron dos fuertes acometidas de los franceses.

Los últimos años del siglo fueron más bonancibles. Los ingleses eran por entonces aliados de los españoles; su poderosa marina exterminó en poco tiempo a los *filibusteros*, en su mayor parte franceses, y puso a raya a los corsarios de dicha nación.

El exterminio de los filibusteros y el aumento de la población, pusieron a salvo a Cuba durante el siglo XVIII de las atrocidades cometidas en sus costas en el siglo precedente. Excepto casos aislados, ya no se repitieron los incendios, los saqueos, los secuestros y los asesinatos de las familias campesinas indefensas.

En cuanto a la paz completa, jamás llegó a reinar. La lucha fué menos feroz, pero no tuvo término.

España continuó en guerra constante todo el siglo; unas veces contra Francia, otras contra Inglaterra, y las costas de nuestro país se vieron siempre amenazadas. Por otra parte en nuestros puertos se siguieron armando expediciones contra las colonias inglesas y francesas. En 1741, el almirante inglés Vernón se apoderó de Guantánamo y permaneció algún tiempo

allí. En 1762 los ingleses se adueñaron de la Habana, después de varios meses de sitio, hecho que tuvo grandísima importancia en la historia de nuestro país. Miles de cubanos murieron en la defensa de la plaza.

Devuelta la Habana a España al año siguiente, Cuba gozó de muy pocos años de paz; España continuó sus guerras contra Inglaterra, y de nuestros puertos salieron nuevas expediciones militares contra diversas regiones de la América del Norte. Solo en las dos últimas décadas del siglo fueron más largos los períodos de paz.

Los sufrimientos de la población de Cuba durante esos doscientos años de guerra constante, fueron horribles; sobre todo en los cien años correspondientes al siglo xvii. Los cubanos nacían, crecían y morían en medio de peligros y zozobras constantes.

No se acobardaban, sin embargo; siempre se defendieron con valor contra enemigos superiores en número y armamento, los cuales, dueños del mar, atacaban por sorpresa los lugares más desamparados e indefensos. Sólo a fuerza de tenacidad, de valor y de heroísmo lograron nuestros antepasados conservar la posesión de su territorio y evitar que fuera a parar a manos de extranjeros, como ocurrió en la mayor parte de las Antillas.

España ayudó a Cuba cuanto pudo, pero en el siglo xvii la defensa de la Isla dependió casi exclusivamente de sus pobladores. Estos eran irresponsables en gran parte, del odio que provocaban entre los extranjeros; dicho odio se debía, como ya hemos dicho, a las medidas tomadas contra éstos por los gobiernos de

España, medidas que, a la vez, eran perjudiciales para los cubanos.

Tantas guerras, devastaciones y matanzas, tantos estragos e incendios, tuvieron funestas consecuencias para Cuba. Entre las peores, puede contarse lo mucho que dificultaron el aumento de la riqueza y de la población de la Isla.

Sin embargo, produjeron un gran bien: gracias a esas luchas, los cubanos fueron aprendiendo poco a poco que ellos tenían una patria que amar y defender.





XXIX

EL JOVEN APIO

En tiempo de las guerras civiles de Roma, sufrían la muerte muchos ciudadanos inocentes. Los ambiciosos se disputaban el poder, y proscribían a unos, asesinaban a otros y hacían pesar sobre todos el terror. El anciano Apio, uno de los hombres más respetados del Estado, que había encanecido bajo el peso de los negocios públicos, vivía aún, acabado por la edad y las enfermedades, no obstante lo cual fué proscrito.

Aquellos a quienes el edicto de proscripción ha fijado en las calles de Roma, condenaba al destierro debían huir en un plazo de breves horas. Los soldados los vigilaban y si, expirado el plazo, los encontraban aún en Roma, los mataban en el acto.

El hijo de Apio estaba ausente cuando supo la proscripción de su padre, y se apresuró a volver a Roma y halló a su padre solo, abandonado de casi todos sus servidores. Su hijo le instó para que huyese.

—Se acerca la hora, padre mío, y si os detenéis estais perdido.

—¿Y a qué huir?—respondió el anciano. La vida es ya para mí una carga. Mira: todos mis amigos me han abandonado. En otro tiempo cuando yo iba de mi casa al Senado, a ocuparme en los negocios públicos, la multitud se apresuraba a acudir en torno mío; todos se disputaban el honor de servir de apoyo al anciano, y, aunque achacoso y encorvado, adelantaba animado y sostenido por el cariño de todo un pueblo. Desde que me han visto proscripto, todos se han alejado, abandonándome a la muerte. Pues bien, les demostraré que sé morir.

—Padre mío, dijo el joven Apio, si todo un pueblo os abandona yo no os abandonaré. Por grande que sea el vacío que ha dejado en vuestro corazón el falso amor de esa multitud, mi amor logrará llenarlo. Vivid, padre mío, no aceptéis vos mismo, como si la hubéirais merecido la muerte que quieren daros vuestros enemigos. Venid conmigo y huyamos juntos.

El anciano tomó la mano de su hijo, la estrechó entre las suyas y después añadió, sonriendo tristemente:

Huye solo. ¿Cómo quieres que yo atravesese contigo toda la ciudad? Caería al cabo de algunos pasos. La hora se acerca; pronto vendrán a darme la muerte; déjame.

El joven se echó a los pies del anciano y le dijo con amorosa violencia:

—No, viviré o moriré con vos. Puesto que no podéis andar, andaré por vos y os llevaré, como en otro tiempo, cuando yo era niño me llevábais vos mismo. Venid, mi cariño me dará fuerzas para sostener a mi padre en mis brazos.

Entonces, de la casa abandonada por todos los sirvientes, se vió salir y atravesar las calles de Roma



un joven que llevaba en sus hombros un anciano de cabellos blancos. Aunque sus brazos no fuesen muy fuertes, marchaba con la cabeza erguida y el rostro alegre, disimulando el esfuerzo que tenía que hacer.

Habían reconocido al viejo cónsul y a su hijo, y por todas partes, desde el fondo de las anchas plazas y en las gradas de los templos, la multitud se agolpaba viéndolos pasar, y los más osados aplaudían con las

manos al padre y al hijo, gritando: ¡Vivan los dos Apios! Pero la multitud se abría con temor ante el paso de ambos: nadie se hubiera atrevido a socorrer a un proscrito, por miedo de verse proscrito a su vez; y el joven Apio, solo en medio de aquella gran multitud, se sentía cada vez más abrumado por el dulce peso que oprimía sus hombros.

Mientras andaba veía el sol poniente dorar con sus últimos rayos los techos de la ciudad. Si su padre era encontrado en Roma, después de puesto el sol, su muerte era segura. El joven Apio apresuraba el paso y corría el sudor por su frente.

Poco a poco fueron como deslizándose de lo alto de los tejados los rayos del sol, y el cielo iba tomando un tinte rojo y sombrío. Apio echó a correr. Su corazón latía con violencia, sus piernas se doblaban; parecíanle que sus pies se pegaban a la tierra, y se negaban a levantarse. ¡Animo! le gritaban algunas voces, pero ni una sola mano se tendía para aligerarle la carga.

Después, a medida que se iba acercando la hora fatal, la multitud disminuía en torno suyo, y el terror iba invadiendo los ánimos, a la vista de los soldados que recorrían las calles.

Apio avanzaba sin cesar; parecía que las puertas de la ciudad se iban alejando a medida que él andaba; sus ojos se enturbiaban, su respiración era difícil, y no obstante sentía en su interior una voz que le gritaba “¡anda!” Y andaba como empujado por una fuerza invencible, la de su voluntad y su cariño. Al fin sintió que iba a caer; a través de la nube que empañaba sus ojos miró y vió que no tenía que esperar ningún soco-

ro; tal vez le seguían ya la pista los asesinos. Las puertas de la ciudad sólo distaban ya cien pasos; entonces, haciendo un esfuerzo supremo echó de nuevo a correr, y corrió durante algún tiempo hasta que, al fin cayó sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, el anciano Apio le estrechaba entre sus brazos. El joven vió detrás de sí la puerta de la ciudad, que había logrado pasar y respiró; por el momento su padre estaba libre.

—“Bendito seas, hijo mío, decía el viejo, por tu piedad para con tu padre; la nobleza de tu alma me consuela de todas las infamias cuya vista contrista mis últimos días.

Más tarde, cuando cesaron las proscripciones y el joven Apio volvió a Roma, el pueblo, recordando aquella tierna escena, le llevó en triunfo. Era éste un honor reservado a los generales victoriosos; pero su acción inspirada por la piedad filial, pareció más bella y más gloriosa que una victoria.

H. GUYAU.





XXX

A UNA VIOLETA

Casta violeta que en la virgen selva
naces modesta contemplando sólo
negro pantano que la verde tuna
pérfida viste.

Tú, que en lo interno del añoso bosque,
te eximes cauta del comercio humano
cual tierna esposa que en misterio vela
célicos gustos.

Tú, que pretendes respirar intacta,
y oculta siempre y solitaria verte,
oye y perdona si mi canto rudo
áspero suena.

Desde que supe conocer de flores
y estéril lujo despreciar altivo,

tu cáliz tierno de rizadas hojas
plácido admiro.

Viéndote siempre de mi arriate adorno,
mi tierna madre contemplar creía,
dulce matrona, como tú, violeta,
púdica y grave.

¡Ay! Desde entonces si tu cáliz miro
húmedos siento los nublados ojos,
bajo la frente y sollozando vierto
trémulo llanto.

Por eso adoro tus violados pétalos,
flor que en el centro de los bosques vives.
Sólo al mirarte, de mis ojos brota
lágrima pura . . .

Al cielo plegue que la amada mía
a verte acuda, florecilla casta;
puede que entonces el dolor que siento
dúlcida calme.

¡Votos perdidos! En mi negra suerte
tiemblo confuso, y como niño débil
nunca lo digo: “Por tus lindos ojos,
bárbara, muero!”

Viola, si acaso entre sus dedos níveos
oyes que aplaude tu perfume grato,
di que, al mirarla, me estremezco todo,
llámala ingrata.

JOAQUÍN L. LUACES.



XXXI

LOS CORSARIOS CUBANOS

Los ataques de los corsarios y de los piratas a las costas de Cuba durante el siglo xvii causaron inmensos daños a los pobladores de nuestro país.

Comenzaron dichos ataques un cuarto de siglo después de la conquista, arreciaron desde los comienzos del siglo xvii, y llegaron a su apogeo poco después de mediados de este último. Al empezar dicho siglo, España había perdido casi toda su marina, destruída guerreando contra Francia e Inglaterra. En el primer tercio del siglo citado, los holandeses acabaron de destruir el resto de los buques españoles. Un grave peligro se cernía sobre Cuba.

A fines de ese primer tercio del siglo xvii, toda la costa septentrional de la Isla de Santo Domingo—las

primeras regiones pobladas por los españoles bajo el mando de Colón—habían quedado desiertas. Aprovechándose de esta circunstancia, muchos aventureros procedentes de Francia en su mayor parte, se instalaron en dichas costas y en las islas próximas. Los que residían en el litoral, merodeaban por el interior de la Isla y cazaban reses, bien de las que se criaban salvajes en los montes, bien de las de los hatos y haciendas de los españoles que vivían en la parte central y meridional de la Isla. La carne y los cueros de dichas reses, secos y salados, eran vendidos a los corsarios y a cuantos barcos tocaban en aquellas costas.

La industria de los que se establecieron en los islotes próximos era distinta. Su residencia principal era la islita de la Tortuga, distante dos leguas de la costa de Santo Domingo.

El perímetro de dicha islita mide unas veinte leguas y sus costas son tan escarpadas, que el interior de la isla sólo era accesible en aquella época por un pequeño puerto situado al sur. Formóse en dicha isla una colonia independiente de todo gobierno; los cultivos cubrieron las tierras altas del interior, y pronto se alzó un castillo para proteger su único puerto. No era la agricultura, sin embargo, la principal ocupación de aquellos colonos, sino el corso y la piratería. Excelentes marinos, audaces y valientes, recorrían los mares vecinos en unos barcos muy rápidos y de poco calado; asaltaban los buques que podían y desembarcaban en las costas mal defendidas, para robar y saquear las haciendas cercanas. Se les conocía con el nombre de filibusteros.

Los filibusteros de la Tortuga, dice un historiador español, “aunque con barcos miserables, la mayor parte sin cubierta, huyendo siempre de los buques españoles bien armados, acometían con resolución a los mercantes que andaban rezagados y parecían poco dispuestos a la resistencia. En los casos de penuria y hambre, que eran para ellos muy frecuentes, no hacían distinción ninguna de banderas. Caían sobre los indefensos de cualquier nación que hallasen, aunque fueran de la suya propia; pero sobre los de España en todo tiempo, sin distinción de caso o circunstancia.”

El odio de los filibusteros a los españoles se debía a varias causas. Eran las principales que los españoles, considerándose como legítimos dueños de las regiones ocupadas por los filibusteros, perseguían a éstos como usurpadores. Además los trataban como a bandidos y ahorcaban a todo el que lograban hacer prisionero. Como si estos motivos no bastasen, en 1638 el almirante español Don Carlos Ibarra, al pasar cerca de la Tortuga en viaje de España a Cuba, hizo un desembarco en la isleta, arrasó cultivos y caseríos y pasó a cuchillo a cuantos le opusieron resistencia. La mayor parte de los filibusteros estaba fuera; al regresar a su isla, el odio que ya tenían a los españoles se aumentó hasta lo indecible.

Cuba fué la víctima principal de ese odio. Sus extensísimas costas estaban indefensas, excepto la Habana; los filibusteros hacían en ellas constantes desembarcos, sembrando el terror y la desolación entre los infelices habitantes de las haciendas más inmediatas.

Los ataques de los corsarios, de los filibusteros y demás piratas, aumentaban de día en día a partir del comienzo del siglo XVII; pero no eran los españoles avecindados en Cuba ni los naturales de ésta, gente dispuesta a dejarse robar y matar impunemente. Casi abandonados a sus propios recursos, desde 1618 comenzaron a fabricar buques en un pequeño arsenal establecido por Alonso de Ferrera, a fin de dedicarlos al comercio, a la defensa de las costas y al corso. Al principio estos empeños tuvieron poco éxito, pero por el año de 1636 los corsarios cubanos comenzaron a hacerse notar, realizando algunas hazañas que les dieron renombre.

No obstante, el arsenal desapareció en 1640; el gobierno español no pagaba con regularidad los gastos.

En el citado año arreciaron en Cuba las persecuciones contra los extranjeros. La lucha contra los filibusteros aumentaba cada vez más y tomaba un carácter feroz. En la Habana había varios buques corsarios; pero los enemigos eran tantos, que dichos corsarios gracias que pudiesen defender las costas más inmediatas a la capital, de Mariel a Boca de Jaruco.

En 1660 los ingleses lograron conquistar a Jamaica y los franceses ocuparon una parte de Santo Domingo. Cuba se vió más asaltada que nunca por todos lados.

Los años de 1660 a 1670 fueron horribles, pero lejos de abatir a los pobladores de Cuba exaltaron su valor.

El gobernador Francisco Dávila, alentó a los vecinos de la Habana, Santiago y Trinidad; se armaron en corso quince barcos, y muchos buques ingleses fueron

asaltados y aprisionados. También se efectuaron frecuentes desembarcos en las costas de Jamaica; imparcialmente debe decirse que los corsarios cubanos cometieron las mismas fechorías que realizaban en nuestro país los extranjeros.

El gobernador Ledesma, sucesor de Dávila, continuó otorgando patentes de corso, cada vez en mayor número. Todos los corsarios cubanos luchaban a favor de España, pero había piratas cubanos, enemigos de los españoles. Un filibustero natural de Cuba, Diego Grillo, derrotó dos veces a las naves españolas. En una ocasión tomó al abordaje una fragata que hacía viajes entre la Habana y Campeche; en otra, venció cerca de Nuevitas a un navío y dos fragatas tripuladas por ciento cincuenta hombres que el gobernador Ledesma había enviado contra él. Apresados los buques, Grillo degolló, según el historiador Pezuela, a veinte prisioneros que resultaron ser peninsulares y puso a los demás en libertad.

Los corsarios de Cuba no se distinguían, en cuanto a las tropelías que llevaban a cabo, no ya de los corsarios extranjeros, sino de los mismos filibusteros. Como ejemplo, puede citarse el ataque de un corsario habanero llamado Blas Miguel Corso, contra un pueblo francés de la costa de Haití. Salió Corso de la Habana, con el propósito, según decía, de vengar a un hermano suyo que había sido muerto por un corsario nombrado Lorenzo Graff y conocido por *Lorencillo*. Este residía en el puerto haitiano de Petit Goave.

Curso llevaba una piragua y un barco mayor, tripulados por ochenta y cinco hombres escogidos y bien armados.

En la madrugada del 10 de agosto de 1687 desembarcó sin ruido acompañado de su gente, en el puerto citado. Muchas familias francesas había formado allí una colonia, y construído un pueblo. La sorpresa del dormido vecindario fué completa, y Corso entró a saco y a degüello por el caserío. El gobernador del pueblecito fué muerto de un tiro al saltar del lecho para defenderse; su esposa, que estaba encinta, también recibió la muerte allí mismo. “Los pocos franceses que intentaron resistirse fueron degollados—dice un historiador español—y ni domicilio quedó que respetaran los iracundos invasores.” A pesar del buen éxito de los primeros momentos, la expedición terminó en un desastre. Corso quiso cargar en sus barcos cuanto halló de valor, y llevarse varias docenas de mujeres que había apresado, entre blancas, mulatas y mestizas de indio. Con la demora dió lugar a que recobrados los franceses y auxiliados por los de las estancias vecinas, cargaran sobre él. Seguido de veinte compañeros, logró refugiarse en sus barcos y escapar a toda vela; de los demás, los que no fueron muertos quedaron prisioneros en poder de los vecinos, quienes los ajusticiaron a todos, sin perdonar uno solo.

Tanto el gobernador francés de Haití, como el inglés de Jamaica, se quejaron repetidas veces a los gobernadores de Cuba, de las atrocidades que realizaban los corsarios cubanos, a veces en plena paz; pero las quejas no recibían la menor atención. Al fin, los

gobiernos de España, Francia e Inglaterra, comen-
zaron a pensar que para la seguridad de sus respectivas
posesiones en las Antillas, y la eficaz protección de las
vidas y haciendas de sus súbditos, era menester acabar
con la piratería y el filibusterismo, así como mantener
la guerra cuando la hubiera, dentro de ciertos límites
de respeto al adversario y a los no combatientes.

En los últimos años del siglo xvii muchos filibus-
teros entraron como soldados regulares al servicio de
Francia, abandonando sus antiguas prácticas; los que
persistieron en su vida irregular, fueron destruidos
por una escuadra inglesa mandada por Lord Neville.
Las luchas marítimas continuaron entre españoles,
ingleses y franceses durante el siglo xviii, pero tuvie-
ron un carácter más humano. Siempre siguieron re-
gistrándose algunos hechos criminales de una parte
y otra, pero cada vez en menor número.

No hay duda de que los corsarios cubanos reali-
zaron a veces crímenes tan reprobables como los de los
demás países; pero es menester reconocer también que
gracias a ellos las otras naciones comenzaron a caer en
la cuenta de que la guerra marítima, tal como se hacía
en las Antillas y especialmente contra Cuba, era inhu-
mana y horrible. Mientras sólo nosotros la sufrimos,
no lo habían echado de ver.





XXXII

EL RIO

A media vertiente de la montaña, cubierta de frondoso bosque, el sendero, que serpentea entre matorrales, se vuelve de pronto más elástico; siéntese ceder bajo los pies la húmeda alfombra de hojas secas del último otoño; estamos casi en los lindes del bosque imponente y silencioso y hemos dejado arriba los parajes áridos que sólo adorna la diminuta flor del brezo. ¡Qué súbita frescura al entrar en el soto de un verde tierno y alegre! A la sombra del ramaje entrelazado, la mala hierba alcanza mayor altura; el césped es más obscuro, más apretado y más suave al tacto; de vez

en cuando encontramos la mancha amarillenta de algunos grandes hongos... y arriba, entre el follaje, qué trinos, qué gorgeos y qué incesante batir de alas! De seguro que el agua no está lejos.

¡Chis! Acaba de ocultarse el sol tras una nube y han callado de pronto los pinzones. No oís este murmullo fresco y juguetón? Internémonos en la espesura. Cuidad de no tropezar con la cabeza en las ramas bajas, ni de dar un resbalón sobre el suelo esponjoso. ¿Veis junto a esa roca verduzca algunos berros temblorosos, y un poco más abajo esa cinta plateada, que ondula y corre como culebra fugitiva? Pues ahí está la fuente, el puro y cristalino manantial.

Dentro de algunos días, esta agua límpida y fresca que bebemos ahora en el hueco de la mano, con la deliciosa sensación de beber un poco de inocencia, llegará al mar y se mezclará con las ondas turbias y revueltas del anchuroso estuario; resbalará contra las grandes boyas pintadas de rojo y azotará con menudo chapoteo la popa de los enormes buques de carga, fondeados en la ría.

Cuán pura es en su origen esta corriente que luego vemos llegar sucia y corrompida a la orilla del mar, después de un largo viaje! Es la historia del candor. ¿Quién no ha sentido, durante alguna correría campes- tre, después de apagar la sed en la cristalina fuente del bosque, el encanto misterioso de su murmullo ju- guetón que trae al alma una ilusión de infancia y de virginidad?

Al descender por la vertiente, en su fuga de reptil por entre la hierba, el arroyuelo recoge el caudal de

otros y de algunos ocultos manantiales, y crece y se ensancha. Vedle ahí describiendo una curva armoniosa en el fondo de un valle. Qué débil es todavía el riachuelo! Basta una tabla para franquearle; las sequías estivales no dejan en su cauce más que piedras y cieno. Pero no importa; otros caudales subterráneos se le incorporan al atravesar el fértil llano de las praderas. Ya crecen los sauces en sus orillas, formando una doble fila de viejos troncos, vestidos de pálido follaje. Tal vez alguna vaca que pasta en la ribera, entra con desgarrado y lento paso en la corriente; y, después de beber levanta el hocico chorreando agua y contempla el horizonte con cierto aire de interrogación misteriosa.

Algunas leguas más abajo, gracias a varios afluentes que se precipitan en su cauce, el arroyo empieza a ser un río, con nombre propio en la Geografía, nombre ilustre que conservará hasta el fin de su curso, cuando haya de resistir al peso de los grandes navíos y las embestidas de la pleamar. Mas ahora es todavía un río adolescente, que los viejos puentes de piedra salvan con un solo arco, y que conserva aún su gracia campestre. Deslízase con lentitud por entre olmos y choperas de tembloroso follaje, y sobre su tranquila y sombría superficie resbala la imagen azulada del mar-tín pescador que le cruza volando. Al llegar la primavera empieza en sus frondosas orillas un concierto interminable; las libélulas azuladas, al agruparse sobre las cañas, parecen la escritura de la gran sinfonía que ejecutan los músicos alados.

El joven río, apenas navegable aún, corre solitario. A lo sumo se divisa, en un bote amarrado al tronco de algún árbol, una barba gris bajo las anchas alas de un sombrero de paja, una larga caña de pesca, y en el extremo del sedal un flotador de corcho, que se mece suavemente junto a las grandes hojas de los nenúfares.

El río va creciendo, y su caudal, cada vez más abundante, empieza a prestar grandes servicios a los hombres. Cuando pasa cerca de algún pueblo oye la charla de las lavanderas, su risa alborotada y el rítmico golpeteo de los batidores sobre la ropa. El río pasa, llevándose por efímero recuerdo algunas matizadas burbujas de jabón. Sus primeras obras conservan un carácter inocente y pastoril; así, al llegar al molino, el río se alborozaba, se precipita alegremente entre las ruedas que giran a su empuje, y cae luego en bulliciosa cascada, deleitándose en balancear sobre sus ondas, agitadas por un momento después de la caída, graciosas escuadrillas de ánades y cisnes.

Después de bordear un collado, recibe su primer afluente de importancia; duplica en adelante su anchura y profundidad y se hace navegable para las grandes barcas. Siguiendo la ruta trazada en la orilla, sombreada por temblorosos álamos, los caballos de sirga arrastran río arriba las chalanas vacías; y en las pinazas cargadas, que la corriente misma lleva a su destino, río abajo, cantan los barqueros desocupados. El río avanza describiendo graciosas curvas; ora corre encerrado entre laderas plantadas de viñedos, ora se detiene a tomar aliento y forma un gran remanso cubierto de cañas y junco. Agrúpanse los pueblos a lo

largo de sus fecundas riberas, y los campanarios, tranquilos como viejos patriarcas, le miran pasar y perderse en lontananza.

Y sigue avanzando. Engrosa su caudal con el tributo de nuevos ríos; luego recibe las aguas cautivas de un canal, y avanza sin cesar, atravesando ciudades ilustres, cubriéndose de pontones y de toda clase de barcos, y parece correr con más impetuosidad, como orgulloso de bañar muros históricos. Con un sordo



rumor pasa por debajo de los arcos sonoros de los grandes puentes y luego, más tranquilo, por entre los malecones llenos de gente y tráfico comercial, refleja temblando las caladas agujas y las torres de las viejas catedrales.

Lánzase de nuevo a la campiña y copia como un espejo todas las magias y hechizos del cielo. Los rayos

del sol de julio le dan un centelleo deslumbrador; la aurora le cubre de flores; el sol poniente derrama sobre sus ondas una lluvia de topacios y rubíes, y en las noches serenas parece soñar, bañado por los pálidos rayos de la luna.

El río ha llegado a la plenitud de su fuerza y majestad; pero, ¿en qué ha parado la límpida pureza de su origen? Desde el primer lavadero que ensució sus ondas, cada contacto con los hombres le ha ido manchando más y más. ¡Cuántos sumideros han vomitado en sus ondas torrentes de cieno y de inmundicias! Las fábricas que levantan junto a la orilla sus altas y rojizas chimeneas de ladrillo, no han dejado por un momento de envenenar y ennegrecer sus aguas. En el fondo de su cauce el pobre río ha reconocido las huellas de crímenes, cometidos siglos atrás, al remover entre el cieno algunas viejas monedas de oro, joyas antiguas, armas oxidadas... Con frecuencia, por la noche, desde algún puente solitario, un infeliz ha buscado la muerte en sus negras profundidades; o desde el malecón desierto, un asesino ha sepultado en ellas el cadáver de su víctima. De vez en cuando el río siente náuseas y arroja sobre las hierbas de la orilla algunos restos repugnantes y putrefactos. Pero todo inútil: está ya inficionado para siempre y, semejante a la conciencia de un bandido, lleva en sus aguas, con algunos tesoros perdidos o ignorados, innumerables impurezas, vergüenzas, lágrimas y crímenes.

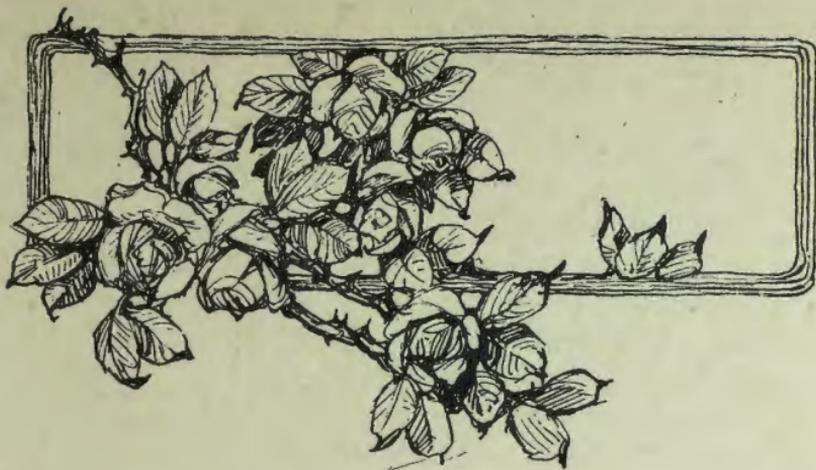
El río llega finalmente al término de su carrera. Ya está en el ancho estuario, tan vasto, que los grandes trasatlánticos que han dado la vuelta al mundo, los

navíos que han surcado las aguas ecuatoriales bajo un cielo inflamado y los que han roto con su proa los hielos polares, los esbeltos bergantines, los rápidos steamers, todos parecen, desde la opuesta orilla, frágiles conchas guarnecidas de hilos de araña.

Pasemos adelante y dejemos atrás la última boya. Sobre la costa gris apenas divisamos las diminutas torrecillas blancas de los faros. La enorme masa líquida, periódicamente repelida por la marea, se encrespa en la superficie, como erizando irritada su cabellera, y luego, con empuje irresistible, se abalanza hacia el océano con la impetuosa velocidad de un tren rápido. En alta mar, de donde el viento trae un confuso clamoreo, parecen las grandes olas con su melena espumosa, que cierran el brumoso horizonte; grandes gaviotas se ciernen sobre la superficie, lanzando agudos chillidos, presagios de muerte para el río, que se confunde de una vez con el inmenso mar siempre insaciable.

FRANCISCO COPPEE.





XXXIII

LA GOTA DE ROCIO

¡ Cuán bella en la pluma sedosa de un ave,
O en pétalo suave
De nítida flor!

Titila en las noches serenas de estío
La diáfana gota de leve rocío
Cual vívida estrella de un cielo de amor!

El álamo verde que el aura enamora,
El sauce que llora,
El verde palmar,

El mango sombroso, la ceiba sonante,
Cual fúlgido rayo de níveo brillante,
La ven en sus hojas inquietas temblar.

Resbala entre rosas tan rápida y leve,
Tan frágil y breve,
Tan blanca y sutil,
Cual son de la vida los sueños de amores,
Y el beso de almíbar que, en copa de flores,
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea
Que amor centellea
Con luz celestial,
La gota de aljófaro de un niño que llora,
La perla más blanca que vierte la aurora
Y lleva en sus alas el suave terral.

Soñando ternezas gallarda hermosura
El cáliz apura
De aromas y miel;
Y el lago sus ondas azules levanta,
El cisne se queja de amores y canta,
Y todo en la tierra respira placer.

¡Oh noche! ¡Oh misterio de eterna armonía!
¡Oh dulce poesía
De sueño y de paz!
¡Poemas de sombras, de nubes y estrellas,
De rayos de oro, de imágenes bellas,
Suspense entre el cielo, la tierra y el mar!

¡Oh, cómo gozoso en las noches de mayo,
Al trémulo rayo,
De luna gentil,

Sentado en el tronco de un sauce sómbrío
Tras gota apacible de suave rocío,
Pensé de mi madre, las huellas seguir!

Y allí de mis versos, en paz deleitosa,
Mis hijos, mi esposa,
Mis libros y Dios,
He visto las horas rodar sin medida,
Cual rueda esa perla del cielo caída,
Temblando en el cáliz de tímida flor.

Feliz, si, muriendo, mis tristes miradas
De llanto bañadas
Se fijan en tí!
¡Feliz si mi lira brillante y sonora,
Cual cisne amoroso, en voz gemidora
Su queja postrera te ofrece al morir!...

Tú, al menos, podrás en gélida losa
Con luz misteriosa
Mi nombre alumbrar;
Y el ave sedienta verá con ternura
De un pobre poeta la lágrima pura
Allí sobre el mármol tranquila brillar.

RAFAEL M^a MENDIVE.





XXXIV

**POBLACION DE CUBA
DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII**

Cuando Cristóbal Colón arribó por primera vez a las costas de Cuba, el 27 de octubre de 1492, nuestra patria estaba habitada por hombres pertenecientes a la raza cobriza o americana. Las noticias que se tienen acerca del origen o procedencia de estos hombres son muy vagas e inciertas. Parece un hecho fuera de toda duda, que hubo una época en la cual Cuba estuvo unida a la América Central y del Sur. En tal caso, es probable que los indios que había en Cuba fueran descen-

dientes de los antiguos pobladores del continente americano. La separación de unos y otros debió producirse en tiempos muy remotos.

Los indios de la América Central llegaron a alcanzar un grado de civilización, superior por sobre toda comparación, al de los siboneyes. Estos, según opiniones de personas muy autorizadas, tenían mucha semejanza con los indios *arauacos*, que habitaban ciertas regiones septentrionales de la América del Sur.

Si tocante al origen o procedencia de los siboneyes no se tienen datos ciertos y verídicos, otro tanto ocurre respecto a la cifra a que se elevaban dichos indios en la época en que Don Diego Velázquez desembarcó en las costas de Cuba con la mira de conquistarla.

Los cálculos más elevados hacen subir dicha cifra a un millón; o sea poco más de la tercera parte de la población actual de Cuba (año de 1918); pero es muy probable que, no pasaran de cien mil, número que es aproximadamente igual a la mitad de los habitantes de la provincia de Camagüey, según los últimos datos estadísticos. Cuba estaba en 1511 casi toda cubierta de bosques; el área cultivada era muy escasa; no existían ganados y no se importaban artículos de consumo. Por consiguiente es muy difícil pensar que la agricultura y la pesca, tal como practicaban estas artes los siboneyes, produjeran lo necesario para nutrir a más de cien mil personas.

A partir de la conquista de Cuba por los españoles, la población indígena disminuyó con mucha rapidez. Don Diego Velázquez distribuyó en encomiendas,

forma disimulada de esclavitud, unos quince mil indios o poco más. Gran número de los indios encomendados murieron al poco tiempo a causa de los penosos trabajos a que fueron sometidos; muchos se suicidaron o se fugaron a las tierras vecinas; no pocos se sublevaron y fueron muertos por los españoles, pero quizás la cifra



más considerable de los desaparecidos, estuviera representada por los que fallecieron de viruelas, dolencia importada por los nuevos pobladores. Otra causa de disminución de la población india, fué que como los españoles no trajeron mujeres la mayor parte de ellos se casaron con indias, y los indios tuvieron que que-

darse solteros. Once años después de la conquista se calculaba que había unos *cinco mil* indios; algo más tarde, en 1544, dicha cifra se había reducido a *dos mil*. Es probable que estos cálculos se refieran sólo a indios capaces de trabajar, y que, por tanto, el número total, contando niños, ancianos y mujeres, fuera cuatro o cinco veces mayor. Sin embargo, hemos de repetir que todos estos cálculos se reducen a meras conjeturas.

La población blanca primitiva estuvo constituida en un principio por los trescientos españoles que desembarcaron con Velázquez. Esta cifra se aumentó pronto con otros españoles que vinieron a establecerse en Cuba procedentes de las colonias que aquéllos habían fundado en Santo Domingo, Jamaica y Darien, cerca del istmo de Panamá. De España también deben haber llegado otros directamente, porque los reyes concedieron durante algún tiempo importantes ventajas a los que vinieran a poblar a Cuba. La población blanca debió alcanzar su cifra más alta en la primera mitad del siglo *xvi*, del 1518 al 1524.

En esos años debió subir a cerca de tres mil españoles. Entre éstos había poquísimas mujeres, un número casi insignificante. La inmensa mayoría de los peninsulares que se quedaron para siempre en Cuba, tuvieron mujeres indias. La población blanca disminuyó con la misma rapidez con que había aumentado, debido a que miles de vecinos se marcharon de Cuba en varias expediciones organizadas con el propósito de descubrir y conquistar tierras vecinas. Más tarde, otros muchos se fueron a establecer a Méjico y al Perú. La disminución de la cifra de los habitantes blancos

fué tan considerable, que cuarenta o cuarenta y cinco años después del desembarque de Velázquez, los vecinos blancos no llegaban a trescientos.

Casi a mediados del siglo xvi Baracoa estaba habitada por trece familias blancas; Bayamo tenía cien vecinos entre blancos, indios y negros; Sancti Spíritus diez y ocho blancos y ciento veinte y dos entre indios y negros; Trinidad doce familias blancas, y la Habana poco más de ciento cincuenta blancos, incluyendo hombres, mujeres y niños.

Durante la primera mitad del siglo xvi comenzó también la introducción de negros en nuestro país, la que fué aumentando progresivamente.

En el 1544 su número debió llegar a 700 aproximadamente.

Resumiendo, puede calcularse que cuarenta y cinco o cincuenta años después de comenzada la conquista, la población de Cuba se componía de unas *dos mil* personas distribuidas en la forma siguiente:

Habitantes blancos.	300
„ indios.	1000
„ negros.	700
TOTAL.	<hr/> 2000

A partir de la segunda mitad del siglo xvi Cuba vió aumentar con relativa rapidez, el número de sus vecinos blancos y negros.

En 1609 un gobernador de Cuba llamado Don Gaspar Ruiz de Pereda calculó que la Isla tenía 20,000 habitantes, más bien más que menos. Por esa época la Habana había adquirido ya gran importancia, pues

contaba con diez mil habitantes entre los que vivían en la ciudad y su jurisdicción, que era extensísima. Este número de vecinos es igual aproximadamente al que tiene en la actualidad (1919) el término municipal de Aguacate. La otra ciudad más populosa era Bayamo, con más de mil habitantes. El tercer lugar lo ocupaba Trinidad.

En la primera mitad del siglo no se fundó ningún nuevo pueblo; seguían existiendo sólo los fundados durante el mando de Don Diego Velázquez.

Al comenzar el siglo XVII existían dos pueblos más: El Cobre y Guanabacoa; este último formado por indios, casi exclusivamente.

Además, en Matanzas, Batabanó, Mariel, Bahía Honda, Guane y otros lugares, había grupos de bohíos, primer indicio de las poblaciones que más tarde habían de formarse. Los habitantes de las poblaciones y caseríos no eran los únicos que había en Cuba. Muchos vivían en haciendas, hatos y estancias, diseminándose por todo el territorio; criaban ganado y cultivaban frutos menores, puesto que aún no se había difundido el cultivo de la caña ni el del tabaco.

De los veinte mil habitantes con que contaba Cuba en 1609 es probable que la mayoría fueran blancos o mestizos de blanco e indio.

Desde el año 1600 al de 1700 la población de Cuba creció con mucha lentitud. No hay datos ciertos sobre el número de habitantes que tenía la Isla en los últimos años del siglo XVII pero según los cálculos más dignos de crédito que se conocen, nuestra patria contaba entonces con algo más de 50,000 pobladores. La Ha-

bana tenía cerca de 30,000; Bayamo 5,000 ó 6,000 y Puerto Príncipe 2,700. Casi al terminar el siglo se fundaron dos nuevas poblaciones importantes: Matanzas y Villa Clara, así como otro pueblo indio, San Luis del Caney. De modo que los pueblos eran trece en total, a saber: Habana, Santiago de Cuba, El Cobre, Bayamo, El Caney, Baracoa, Puerto Príncipe, Sancti Spiritus, Trinidad, Villa Clara, Remedios, Matanzas y Guanabacoa.

Además existían iglesias parroquiales en muchos lugares del interior, lo cual indica que la población rural era numerosa, en lugares donde aún no existían pueblos.

Las principales ocupaciones de los vecinos durante el siglo eran criar ganado, cortar maderas, fabricar azúcar, y cultivar frutos menores y tabaco.

Durante todo el siglo, los cubanos vivieron en lucha constante contra los corsarios y los piratas, los cuales ocasionaban terribles daños en las poblaciones y en las haciendas situadas cerca de las costas.





XXXV

EL AGRICULTOR Y LA TIERRA

El cultivador es un hombre que trata de obtener —pudiéramos decir, *de fabricar*, para hacer más clara la idea — diversos productos naturales: una cierta cantidad de maíz, de naranjas, de boniatos, de hojas de tabaco, etc.

Para fabricar esos productos él cuenta con *dos máquinas* muy delicadas y de muy difícil manejo, la tierra y la planta. La primera proporciona los mate-

riales de que se hacen las mazorcas de maíz, las naranjas, los boniatos y las hojas de tabaco; la segunda, la planta, elabora esos materiales hasta producir el fruto apetecido.

Si el cultivador no conoce esas dos máquinas con las cuales cuenta para elaborar el producto que él desea, si no tiene idea de cómo trabajan, está expuesto a malgastar el tiempo y el esfuerzo que emplea en hacer algo que él ignora como se hace.

Hemos dicho que de las dos máquinas citadas, la primera, la tierra, proporciona los materiales con que se elaboran los frutos. Así es en efecto. Si un químico toma una cantidad de granos de maíz, de naranjas, de boniatos o de hojas de tabaco, y separa una por una todas las substancias de que se componen, hallará que son materias minerales de las que existen en el terreno, del cual fueron tomadas por la planta.

No hay duda, pues, de que el terreno proporciona la materia prima de que se elaboran todos los productos citados.

Antiguamente se creía que la tierra no era *una fábrica* de materiales para producir frutos, sino un almacén de depósito nada más. La materia prima no *se fabricaba* en el terreno; estaba depositada allí simplemente. Se sembraba una planta en aquel terreno, y ésta iba tomando del depósito los materiales que necesitaba; si los cultivadores veían que la planta no prosperaba donde era sembrada, entendían que el almacén no contaba con artículos de los que hacían falta a la planta. El remedio a que se acudía era el de

sembrar la planta en cuestión en otro lugar distinto. Los agricultores abandonaban las tierras improductivas, comparables a almacenes vacíos, y se marchaban a otras partes donde los depósitos estuvieran repletos.

Más tarde, algunos cultivadores inteligentes pensaron que podían evitarse los grandes trastornos de tener que trasladarse de unas tierras a otras, averiguando qué artículos se habían agotado en *el almacén de la tierra* y reponiéndolos en la cantidad que necesitase la planta que se proponían cultivar. Fué esta una gran idea sin duda. Se estudió qué materias consumía cada planta, se aprendió a analizar el terreno a fin de ver lo que faltaba en él, y se buscó y se trajo todo aquello que parecía escasear en el almacén.

A estas substancias que se traían y se mezclaban con la tierra se les dió el nombre de *abonos*. Su empleo marca un paso muy importante en los progresos de la agricultura. Sin embargo el uso de los abonos no ha dado ni da resultados tan decisivos como podía esperarse, si la tierra no fuese un simple depósito o almacén de los materiales que la planta necesita para elaborar sus frutos. Algunos sabios han descubierto que en los terrenos que parecen más agotados, *en los almacenes más vacíos*, existen siempre todos los materiales que las plantas han menester para su trabajo, en cantidades enormes, inmensamente más grandes que las requeridas por la planta más exigente. Lo del “almacén vacío” parece ser un error de los antiguos. ¿A qué se debe, pues, la fertilidad de las tierras?

Algunos sabios creen haber descubierto el secreto del problema de que tratamos. La tierra, dicen, no es un simple almacén de materiales; no es un montón inerte de substancias minerales, no. La tierra es una cosa *viva*; es un taller, una fábrica, donde se trabaja sin descanso noche y día. En ese suelo que pisas y que te parece muerto, inanimado, pulula y palpita la vida, en formas mal conocidas aún hasta por los más sabios. Sí, la tierra es como un gran organismo vivo, como una fábrica inmensa donde se trabaja activa y febrilmente.

El calor, el agua, mil y mil pequeñísimos seres que en el suelo se encuentran, son los obreros infatigables que noche y día están combinando unas con otras las substancias minerales que en la tierra se hallan, a fin de ofrecerlas a la planta en la forma en que ésta las necesita. Su trabajo no se limita sólo a esto, tienen que realizar también una labor destructiva de ciertas substancias dañosas para las plantas. Así como las personas al respirar exhalan gases que son perjudiciales para la salud cuando se acumulan en gran cantidad, parece cierto que las plantas van soltando también en el suelo materias que las enferman cuando se hallan en abundancia. Es menester asimismo *limpiar* el suelo de esos materiales de deshecho.

Este trabajo se realiza en el terreno de muy diversas maneras, las cuales comienzan a estudiar ahora los sabios.

El trabajo incesante de esa tierra viviente, que prepara los materiales para que la planta elabore a su vez el fruto que brinda al hombre, se realiza de una

manera diferente en cada pedazo de terreno. El cultivador necesita conocer las condiciones generales *de la vida* de la tierra de labor; pero es menester que conozca, además, las condiciones particulares *de la vida* de aquella parte en la cual él va a trabajar. Este conocimiento no puede llegar a adquirirlo sino observando el desarrollo de sus cultivos, practicando experiencias, tomando apunte de todo cambio favorable o adverso que note en sus sembrados y tratando de inquirir la causa del mismo. Así, mediante una práctica asidua e inteligente, irá conociendo mejor esa tierra *viva y caliente*, que trabaja con ardor para hacer germinar la simiente depositada en su seno, nutrir la planta que de ella nace y ofrecer a ésta cuantos materiales requiere, a fin de que pueda a su vez ofrecer al hombre el fruto rico y abundante a que se haga acreedor por su esfuerzo, su inteligencia y su perseverancia.





XXXVI

LA SUBLEVACION DE LOS VEGUEROS

El tabaco es una planta indígena de Cuba. Los siboneyes lo cultivaban para fumarlo y lo empleaban también como un medicamento para curar diversas enfermedades. Los primeros europeos que vinieron a América lo dieron a conocer en Europa y al cabo de algunos años el uso del tabaco se generalizó en el Viejo Mundo, llegándose a consumir en cantidades considerables. Es curioso el hecho de que en Cuba, cuyo tabaco goza de fama mundial y se considera como el mejor de la tierra, no se comenzara a cultivar esta planta en grande escala hasta más de cien años después de conquistada la Isla por Don Diego Velázquez. Las localidades donde empezó a cultivarse en mayor

cantidad fueron Trinidad, Sancti Spíritus y algunas otras del Sur del territorio que hoy forma la provincia de Santa Clara. Más tarde las siembras se multiplicaban en los alrededores de la ciudad de la Habana. El tabaco que se cultivaba en el siglo XVI se empleaba en el consumo de la Isla o se vendía de contrabando.

Las primeras ventas importantes de tabaco las hizo en el año de 1629 el gobernador Don Lorenzo de Cabrera. Era el gobernador un hombre de carácter adusto, violento y autoritario. Le faltaba el brazo izquierdo y tenía el rostro lleno de cicatrices. Su ronca voz y sus rudos ademanes eran imponentes. Tenía grandísima afición al dinero y el lujo; todos los procedimientos le parecían buenos para hacerse rico; sostenía casas de juego en la Habana, y acudía a otros medios no menos reprobables para aumentar su fortuna. El primer carruaje que se vió en la Habana fué importado por él, que lo utilizaba para pasear ostentosamente por las calles de la población.

El comercio del tabaco estaba regulado por disposiciones, según las cuales se debía enviar a Sevilla todo el que sobraba del consumo, para ser vendido por cuenta del gobierno español; pero Cabrera, prescindiendo de lo dispuesto, envió cargamentos de tabaco a las islas Canarias, obteniendo enormes ganancias. Las que otros también lograban sembrando y vendiendo tabaco, dieron algún impulso al cultivo de éste, y en el 1659, siendo gobernador Don Juan de Salamanca, se dictó una disposición por la cual se permitía sembrarlo en las tierras incultas de las haciendas dadas en usufructo. Los vegueros debían pagar una corta

renta a los usufructuarios de dichas haciendas. Estas disposiciones hicieron que las siembras tomaran aún mayor incremento. Cincuenta años después, las vegas se habían multiplicado y constituían una importante fuente de riqueza para Cuba.

Pero entonces comenzaron las calamidades de los vegueros.

El gobierno de España se había dado cuenta de las riquezas que algunos comerciantes de tabaco lograban acumular en poco tiempo, y como estaba escaso de recursos, resolvió acaparar todas las ganancias que el comercio del tabaco producía. De acuerdo con esta idea el gobernador Don Laureano de Torres, que vino el 1698, trajo el encargo de comprar todo el tabaco que pudiera y enviarlo a España para venderlo por cuenta del gobierno. Así lo hizo durante varios años.

Los vegueros hicieron muy buenos negocios al principio, porque los comerciantes que vendían tabaco de contrabando les ofrecían buenos precios a fin de que no se lo vendieran al gobierno; pero esta competencia duró poco tiempo.

El año 1716 llegó otro gobernador, Don Vicente Raja, que traía nuevas instrucciones relativas a la compra del tabaco. Se dispuso que los vegueros no pudiesen vender el que sembraban sino al gobierno, al precio que fijaran los funcionarios de éste; y a fin de evitar el contrabando, se nombraron inspectores que fueron por las vegas tomando nota de la cantidad que cada veguero sembraba. Tanto los comerciantes de tabaco como los vegueros recibieron estas disposiciones con profundo disgusto. Los primeros veían desaparecer el negocio

a que estaban dedicados; los segundos comprendían que siendo el gobierno el único comprador y el que fijaba los precios, les pagaría lo que quisiese. Toda probabilidad de ganancia dependería exclusivamente de la voluntad o el capricho de los funcionarios, a los cuales quedaban sometidos los cultivadores.

Así, pues, comerciantes y vegueros resolvieron oponerse a lo dispuesto, y comenzaron a agitarse para conseguir la derogación de órdenes tan perjudiciales para sus intereses. En Trinidad los vegueros se negaron a llevar su tabaco a la población; y en la jurisdicción de la Habana fueron más decididos, pues resolvieron oponerse con las armas en la mano al cumplimiento de lo ordenado por el gobernador.

Tratóse de apaciguar a los quejosos con diversas promesas, pero cuando al poco tiempo arribaron a la Habana varios barcos para cargar tabaco por cuenta del gobierno, los vegueros resolvieron proceder con la mayor energía. Armados como mejor les fué posible, se reunieron en las cercanías de la Habana más de 500 hombres, y ocuparon los caminos que conducían a la ciudad. El gobernador los amenazó con severísimos castigos por desacatar las órdenes del rey y atentar contra la autoridad; pero los indignados vegueros, contando con las simpatías del vecindario y con que era escasa la guarnición de la ciudad, penetraron en ésta durante la noche del 22 de agosto.

Los vecinos los recibieron con grandes vivas y aclamaciones.

El gobernador se encerró con las tropas en los castillos, y los sublevados sitiaron éstos, impidiendo cui-

dadosamente que nadie pudiera introducir víveres en los mismos. Celebráronse varias juntas para tratar de llegar a un arreglo; pero los vegueros se mantuvieron firmes, exigiendo las renunciaciones del gobernador y de los funcionarios encargados de mantener el monopolio del tabaco. No hubo más remedio que acceder a sus demandas. El gobernador entregó el mando a su segundo, y acompañado de los funcionarios a que se ha hecho referencia, se refugió a bordo de uno de los barcos fondeados en el puerto y emprendió viaje para España. Los vegueros quedaron triunfantes, y el ayuntamiento de la ciudad envió dos comisionados a España para dar cuenta de lo ocurrido y hacer ver la razón que asistía a los agricultores.

El gobierno de España se manifestó más resuelto que nunca a hacer cumplir lo dispuesto, y ordenó que saliese para Cuba un nuevo gobernador, Don Gregorio Guazo Calderón, con gran número de soldados. Guazo, al hacerse cargo del mando, no persiguió a nadie por los sucesos ocurridos, pero amenazó con severísimos castigos a los que intentasen nuevas protestas. Además, al poco tiempo se dispuso que los vegueros pudiesen vender todo el tabaco que sobrara, después que el gobierno hubiese hecho sus compras. El disgusto no desapareció, pero la paz se mantuvo sin alterarse cinco o seis años. En 1723, los barcos que iban para España se negaron a aceptar el tabaco sobrante que el gobierno no había adquirido, lo cual unido al precio muy bajo que se fijó a la cosecha, agotó la paciencia de los agricultores. Estos se pusieron de acuerdo para no vender su tabaco al bajo precio fijado por el

gobierno, pero algunos vegueros de Bejucal y Santiago, faltando al compromiso adquirido, vendieron su cosecha muy barata, con perjuicio de los demás. Entonces los perjudicados se dispusieron a destruir las siembras de los que así faltaban a su palabra, y en número mayor de 500 marcharon el 18 de Febrero de 1727 a las zonas de Bejucal y Santiago. Al día siguiente se reunieron en el Calabazar a fin de resolver las medidas que convenía adoptar; pero el gobernador,



enterado de lo que ocurría ordenó que en la noche del 20 saliesen de la Habana sigilosamente tropas bien armadas para sorprenderlos y batirlos.

Dichas tropas atacaron por sorpresa a los mal armados campesinos, matando algunos, hiriendo a otros y apresando a 12. Los demás huyeron dispersos. Guazo procedió contra ellos con bárbara crueldad. Dispuso que en la misma mañana del 21 fueran fusilados sin formación de causa los prisioneros y que los cuerpos de aquellos infelices se colgasen después de

muertos en las ceibas que había en el camino de Jesús del Monte, para que sirviesen de pasto a las auras, y de escarmiento a los demás. ¡Tal fué el horrible castigo impuesto a unos desgraciados campesinos que reclamaban el derecho de vender libremente los frutos de su penoso trabajo!

En lo sucesivo no ocurrieron más sublevaciones. Los vegueros vendían de contrabando todo el tabaco que podían, y a fin de obtener mejores precios, sobornaban a los funcionarios del gobierno encargados de fijar el valor de cada cosecha.





XXXVII

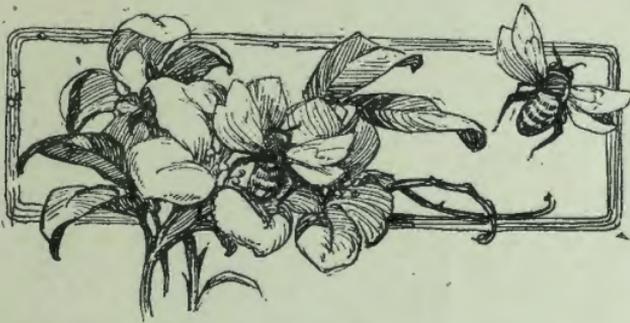
LA ABEJA MELIFICA

La república alada de las Abejas ha sido en todo tiempo para la inteligencia humana, un objeto misterioso e instructivo, tanto más digno de su atención cuanto más las ha asociado a su vida doméstica y a sus intereses económicos. El político Saavedra Fajardo ha visto en ellas el símbolo de un gobierno monárquico, fundado en el sólido cimiento del amor del súbdito hacia la madre soberana; y ésta justifica este amor por su incesante solicitud en la conservación de la numerosa prole que rige con su presencia. El hijo de Apolo y de Cirene, el pastor Aristeo, halló en la familiaridad de aquellas industriosas pobladoras el consuelo de su vida mortal, y endulzó con su compañía los rigores de su soledad. El poeta de Mantua ha dormido al pie de los sauces floridos, al blando susurro de sus alas, mientras buscaban el sustento entre las flores. El lírico de Tecs la cantó robando el néctar de los labios de una

hermosa, o picando sus sonrosados dedos que curaban la boca de un amante. Nacidas las abejas en las comarcas de la Europa meridional, dieron celebridad a los montes Hibleos de Sicilia, y al Himeto de la culta Atica; de donde han extendido su dominio por todo el continente Céltico y por la región de Atlas; pasando más adelante, han invadido la América, no para arrebatarse sus tesoros y despojar sus campos, sino para transformar lo sobrante de sus flores en rica miel y útil cera en beneficio del suelo que les suministra los materiales; al paso que sacudiendo las anteras entreabiertas, y esparciendo su polvo por el seno de Flora, aumentan la fecundidad del reino vegetal. Precursoras de la industria y de la civilización, guardias avanzadas del hombre blanco en los bosques y praderas del nuevo continente, a su aspecto se retira el Indio y retrocede el Búfalo. Guías del cultivador que marcha a la conquista con el azadón y la mata de trigo, se anticipa a pasar el río y el desierto, y le señala el rumbo que ha de seguir. Estos insectos grandemente instintivos, privilegiados con un destello de razón, primer grado de la admirable inteligencia que distingue al hombre y le presagia su inmortalidad, muestran en pequeños cuerpos, grandes pasiones, y ofrecen al naturalista filósofo un problema importante que resolver, en la calificación de lo que debe al instinto y de lo que es el resultado de una luz intelectual.

Los hymenópteros del género Abeja presentan tres formas individuales, que colectivamente constituyen la especie, a saber, el macho, la hembra y el neutro.

Las abejas neutras son hembras de órgano femenino atrofiado, y por tanto infecundas; son las abejas por excelencia no sólo por su número, sino también por sus funciones, pues saben por instinto cuanto hay que saber para la conservación de la república que gobiernan de común acuerdo a la vista más bien que bajo la dirección de la reina madre. El tamaño del cuerpo es el menor de los tres, y muy velludo; las mandíbulas a manera de cuchara y sin dentadura; los ocelos en el vértice del cráneo, el del medio más adelantado, las antenas de doce artejos, el abdomen



corto, compuesto de cinco segmentos, debajo de cuyas láminas hay membranas propias a la trasudación de la materia cerosa y la extremidad armada de un aguijón recto, la tibia de las patas posteriores convertida por medio de un hundimiento y de los pelos circunstantes, en un cesto propio a cargar el polen; el primer artejo del tarso de las mismas patas, provisto de un cepillo para recoger dicho polen, amasarlo en bolitas y asegurarlo en el cesto. La hembra es algo mayor de cuerpo; con mandíbulas

dentadas, antenas de doce artejos, abdomen prolongado de cinco segmentos; aguijón encorvado que emplea en los combates de muerte que traba con sus rivales; las patas sin cesto ni cepillo; sin membranas secretorias de la cera, de que carecen también los del sexo masculino. Su oficio es parir, por lo que jamás sale de la colmena a no ser en los primeros días de su nacimiento para fundar una nueva colonia; el peso de su vientre, cargado de huevos, no le permite después el uso de sus alas: no parece tomar parte en el gobierno de la República; pero sin su presencia o sin esperanza de alcanzarla, las neutras suspenden todo su trabajo, y aún se dejan morir de hambre. Los machos, son mayores de cuerpo, tórax robusto, cabeza abultada, ojos grandes, ocelos delanteros; mandíbulas dentadas, aunque cortas, trompa reducida, antenas de trece artejos, seis segmentos abdominales, sin aguijón. Estos son llamados Zánganos y en el lenguaje vulgar esta expresión es sinónima de perezoso, vividor a costa ajena; pero en ellos la pereza no es voluntaria sino forzosa, pues carecen de instrumentos para ser útiles y activos.

Un enjambre se compone de una sola hembra, de algunos machos, y de un número crecidísimo de neutras encargadas de todos los trabajos. Anidan naturalmente en el hueco de una peña o de un árbol que sirve de colmena. Hay colmenas de doce mil trabajadoras, a veces treinta mil; los machos, en cierto tiempo del año, ascienden a seis u ocho mil, a veces a mil quinientos; pero entonces empieza la

matanza de que hablaré más abajo. Las obreras se reparten las tareas: unas cosechan los materiales y construyen los panales, otras hacen el oficio de crianderas. Huber pretende que estas últimas tienen el abdomen más angosto.

Para cosechar el polen las abejas se revuelven entre los estambres de una flor abierta y lo recogen entre las ramificaciones del pelo que cubre todo su cuerpo; de allí lo sacan con el cepillo tarsiano y lo amontonan en el cesto de la parte interna de las tibias posteriores. Con las mandíbulas rompen los nectarios de las flores y recogen con la lígula la miel que estas glándulas contienen; también desprenden con las mandíbulas las materias resinosas llamadas própolis que se hallan sobre la corteza de los árboles y a veces la cera que encuentran ya formada en algunas plantas. Mas el principal acopio de cera es debido a un órgano secretorio situado debajo de los anillos del abdomen: la abeja la saca en estado friable por medio de unas pinzas formadas por la porción aguda anterior y superior del cepillo tarsiano aplicada al punto inmediato de la tibia; la lleva después a la boca para darle por medio de la masticación e insalivación la ductilidad y tenacidad que requiere. De la misma manera se puede decir que la miel recogida entre las flores no es miel perfecta; hasta que no haya sufrido en el primer estómago del insecto una elaboración, después de la cual la abeja la desembucha en los depósitos correspondientes. La miel es la substancia alimenticia de los tres individuos de la especie, a

la cual se agrega el polen para los neutros, pues se ha notado que los que no lo toman como parte de su alimento, no trasudan el material para la cera, sin embargo de que algunos experimentos de Huber demuestran lo contrario; de todos modos es cierto que lo comen y emplean digerido con la miel en el alimento que dan a las larvas.

Las abejas empiezan los trabajos del interior, tapando con própolis todas las rendijas de su habitación, no dejando más que una estrecha abertura de entrada y salida. Con estas precauciones, es forzoso que todos sus trabajos interiores se hagan en medio de una gran oscuridad; y no comprendemos como sus ojos, privados de pupila dilatada y de membrana nictitante, puedan ser igualmente aptos a dirigirlos a la luz del sol y dentro de las tinieblas. El Sr. St-Fargeau se inclina a creer que el tacto delicado de sus antenas suple el defecto de la luz, y funda su opinión en que la Abeja acostumbra a tocar con este órgano el punto donde deposita sus materiales. Pero esto no explica las escenas que preceden y siguen a las emigraciones, en las cuales toman una parte tan animada todas las espectadoras. Los panales son hechos de cera, y colgados de la parte superior de la colmena, paralelos y aproximados a una distancia suficiente para dar paso al cuerpo de dos abejas: se componen de una lámina vertical, cubierta sobre sus dos caras de celdillas o alvéolos horizontales, hexagonales, de base piramidal, dispuestos con una regularidad asombrosa. Para facilitar el paso de un panal a otro, hay

lugares en claro. Las celdas están destinadas a criar las larvas que han de aumentar la población, y perpetuar la especie; a veces sirven de almacenes provisionales de cera y miel. Para la crianza de las reinas o hembras perfectas, hay casillas o celdas reales de gran capacidad, cada una de las cuales consume más cera que ciento cincuenta celdillas ordinarias; se hallan en posición vertical, quedando la larva boca abajo.

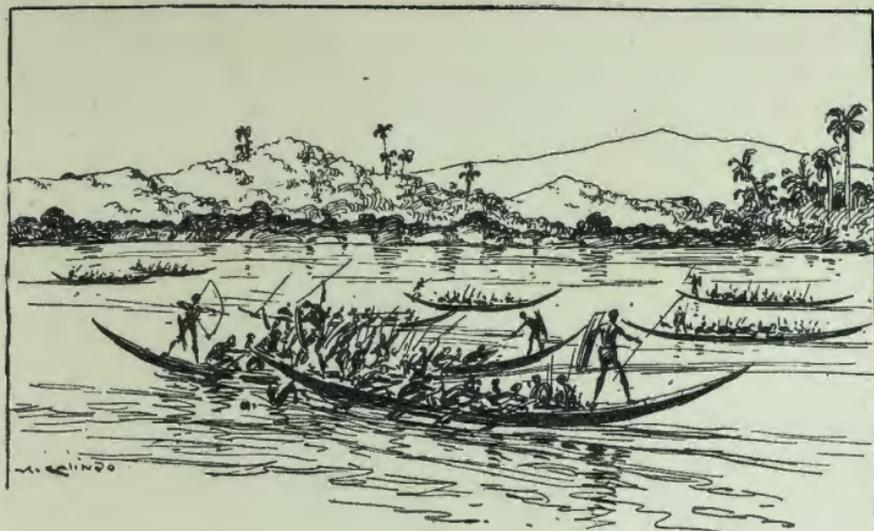
La miel pasa por contener azúcar cristalizable, e incristalizable, manito, ácido ascético, cera y un principio aromático. No todas las mieles son de la misma calidad: Las mejores son las de Hybla en Sicilia, del Himeto en Atica, de Narbona en el Languedoc, de Mahon y de la Alcarria en las provincias españolas. La bondad de su composición se debe principalmente a las plantas de que sacan las abejas los materiales; por lo que no debe extrañarse que algunas veces adquieren calidades nocivas. La *Azalea pontica* y el *Rhododendron ponticum*, que crecen en las cercanías de Trebizonda, fueron causa del envenenamiento de los griegos que hicieron con Jenofonte la famosa retirada que cuenta la historia; los soldados que comieron la miel de aquel territorio tuvieron vómitos, evacuaciones y delirio; bien que en ninguno se siguió la muerte. En la Isla de Cuba pasa la miel por demasiado caliente en sus efectos; la mejor es la que se recolecta en Diciembre cuando los campos están cubiertos de Aguinaldos en flor: no sucede lo mismo en verano cuando está la Yaba florida. Así es que el colmenero debe procurar sembrar por todas partes el

útil y bello Aguinaldo que acabo de nombrar; crece fácilmente donde quiera, hasta en las cercas de piedra que deslindan los caminos y en medio de los ardores del sol.

Allí donde florece con asombro
La piedra en los cercados
Con aguinaldos blancos y morados.

FELIPE POEY.





XXXVIII

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

Cortando airosas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que a los combates conduce
El cacique de Bahama.
En el altar se arrodilla,
Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina a nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atormentadas,

Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas,
Tiñen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y a la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un cacique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el golfo
Que no cante sus hazañas.
El invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba,
Y en los centelleantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro a la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
“Avancemos, compañeros,
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fía en la audacia”.
Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles líneas
Cercan el puerto de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror

En nuestras costas derraman,
Y a lo lejos parecían
Las infernales fantasmas,
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan.
Nuestras indias inocentes
Que los cerros coronaban,
Espavoridas corrían
A las desiertas cabañas,
Suelos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Los bellos ojos fijaban.
Pero apenas el rumor
Oye el cacique de Jagua,
Al fiero Ornoya confía
La salvación de la patria,
Todo es vida y movimiento,
Hierva la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas al aire rasgaban.
Vuela el cacique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco o la piedra,
Ya con el remo o la maza.
Ornoya el fiero guerrero
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido,
Era el cedro en la montaña,

Y cuya voz excedía
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba,
Dá la señal, y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empeñan la recia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves se estrellan,
Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre a un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.
Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado su audacia,
Con acento varonil.
A su hueste electrizaba.
“Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza,
Combatamos y seguidme
Que el que expira en la batalla,
A la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué teméis? Una es la muerte,
Sólo la deshonra infama,

Los cuerpos del enemigo
Nos servirán de mortaja”.

.....

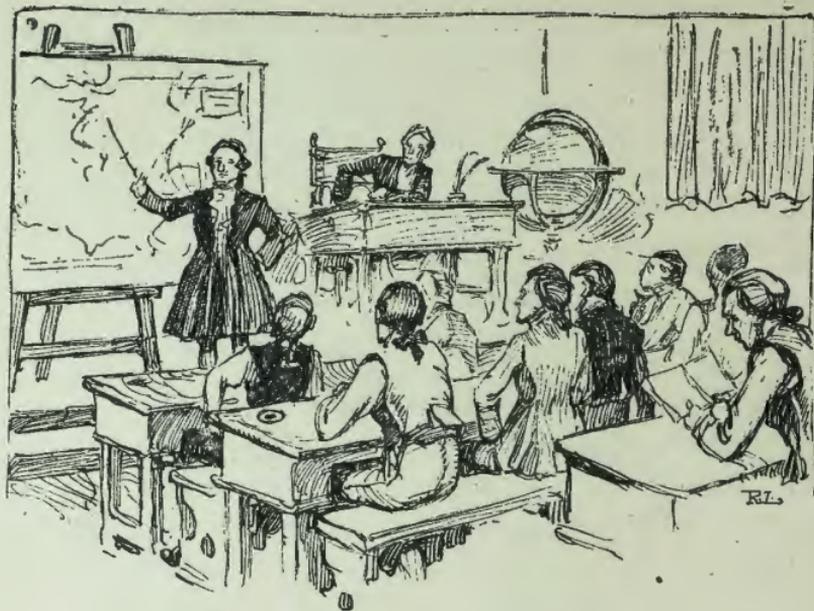
Dice; y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
A los golpes se desploma
Una entreabierta piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.
Los guerreros semivivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Nadie vacila en la lucha,
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
A los campeones negaba.
Cuando rompiedo las olas
En una hermosa piragua
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza.
Y el genio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha;
Síguenle doce campeones
Recios de miembros y espaldas,
Agiles vivos y osados,

En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al cacique
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros
Por arrebatár la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada;
El cacique lanza un grito,
Vacila, cae, y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma,
Exclamando en ronco acento
¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!
Al ver caer el guerrero
Infiel su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua,
Como el rayo en la tormenta,
Atropella, desbarata,
Y en el montón de cadáveres
Su sombra se dibujaba
Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
“¡Victoria!” gritan cien veces,
Y en la ruidosa algazara,

“¡Victoria!” a Ornaya repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los rémos las aguas,
Y en el vecino horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven las olas, los vientos
Despliegan fieros las alas,
Y en fila en dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y seis cáiques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

RAMÓN VÉLEZ HERRERA.





XXXIX

FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA

De todos los establecimientos de enseñanza que existen en Cuba, el más importante es la Universidad de la Habana, en la cual se estudia Medicina, Farmacia, Derecho, Ingeniería y varias carreras más. Su fundación data del primer tercio del siglo XVIII.

En el siglo citado la población de Cuba era escasa y vivía en la mayor ignorancia. No existían escuelas donde los niños pudieran aprender a leer y escribir; así es que sólo los que recibían alguna enseñanza en sus

casas o eran enviados por sus padres fuera de Cuba, llegaban a saber algo. Los padres que deseaban dar carrera a sus hijos tenían que enviarlos a Méjico, donde había una Universidad, o a España que contaba con varias. Desde luego que sólo los vecinos muy ricos podían afrontar los gastos de los estudios realizados por sus hijos en países tan lejanos.

A principios del siglo, el obispo Almendariz fundó tres becas para estudiantes cubanos en la Universidad de Méjico, y allá por el año de 1670, un religioso dominico comenzó a practicar algunas gestiones para establecer una Universidad en la Habana. El Ayuntamiento apoyó las solicitudes enviadas a España con tal fin, pero nada se obtuvo. El obispo Don Diego Evelino de Compostela fundó a fines del siglo algunos establecimientos de enseñanza y realizó también algunos esfuerzos en pro de la creación de la Universidad, pero tampoco obtuvo éxito.

Las gestiones continuaron realizándose por los frailes dominicos, apoyados por el obispo Valdés y al fin se vieron coronadas por el éxito. El papa Inocencio III autorizó la creación de la Universidad el doce de diciembre de 1721, aunque ésta no quedó establecida hasta siete años después, a virtud de ciertas dificultades creadas por el obispo de Santiago de Cuba.

Comenzó a funcionar el nuevo centro de enseñanza el día 5 de enero de 1728, en el convento de San Juan de Letrán.

Los estudios que entonces se efectuaban eran muy reducidos y los profesores no percibían retribución ninguna por las enseñanzas que tenían a su cargo. El

número de cátedras se elevaba a veintiuna y muchas de ellas estaban cubiertas con frailes del convento en el cual se había fundado dicha institución. Las cátedras se proveían por un período de seis años; al cabo de ese tiempo la plaza de cada profesor se sacaba nuevamente a oposición.

El cargo de Rector era electivo. Cada año se reunían los profesores para hacer la designación de la persona que debía ocuparlo. Tanto el Rector como los demás funcionarios importantes de la Universidad debían ser religiosos necesariamente.

La Universidad careció durante muchos años de toda clase de material de enseñanza y de biblioteca. El número de alumnos era muy corto y la instrucción que recibían escasa y defectuosa. Todos los estudios se hacían en latín.

Esta organización primitiva e imperfecta de la Universidad se conservó durante más de cien años sin que se efectuase ningún progreso notable, debido a lo cual disfrutaba de muy escaso crédito.

El Seminario de San Ambrosio que había sido fundado algunos años antes de la Universidad, fué reformado en la segunda mitad del siglo XVIII, y gozaba de una reputación muy superior a la de ésta.

A principios del siglo XIX el padre Varela introdujo en él nuevas enseñanzas de grandísima utilidad y el obispo Don Juan José Díaz de Espada y Landa le hizo otras importantísimas reformas.

La Universidad no sufrió cambios notables hasta mediados del siglo pasado. En dicha época fué trasladada del convento de San Juan de Letrán al de Santo

Domingo, se reformaron los estatutos por los cuales se regía y se duplicaron los estudios que en ella se practicaban. El número de estudiantes aumentó, y las carreras preferidas fueron el Derecho y la Medicina. Al hacerse la reforma de la institución, perdió ésta su carácter religioso, pasando a ser un establecimiento a cargo del gobierno y sostenido por éste. Pero los estudios siguieron siendo limitados y muy costosos. Algunas carreras había que estudiarlas total o parcialmente en España. Después de las reformas citadas pocos cambios ocurrieron en la Universidad. En varias ocasiones se trató de construir un edificio especial para la misma, pero la idea no llegó a realizarse.

Al cesar la dominación española, la Universidad fué trasladada al lugar donde hoy se encuentra y reorganizada totalmente por el Dr. Enrique José Varona. Gobernaba entonces nuestra patria el general norteamericano Leonardo Wood, y el Dr. Varona desempeñaba el cargo de Secretario de Instrucción Pública. En la actualidad la Universidad de la Habana es un gran centro de enseñanza, en el cual cada día se realizan importantes mejoras, las cuales redundan en beneficio de nuestro país. El número de las carreras se ha aumentado y los cubanos no tienen necesidad de ir fuera de su patria a estudiar ninguna. El costo de los estudios se ha reducido mucho; ya no se requiere ser rico para llegar a poseer un título de médico, abogado, ingeniero, etc. Todo el que tiene firme voluntad y deseos de aprender, encuentra abiertas las puertas de la Universidad, sostenida por nuestra patria en beneficio de todos sus hijos.



XL

EL BUEN CIUDADANO

Hay niños que piensan, cuando se habla de buenos y de malos ciudadanos, que la conversación trata de asuntos que sólo atañen a los adultos. Esos niños desean, seguramente, llegar a figurar en las filas de los buenos ciudadanos; pero ellos creen que eso ocurrirá dentro de varios años, cuando ya sean personas mayores. Si alguien les dijera que ellos habrán de ser ciudadanos egoístas, faltos de virtud y de honor cívicos, considerarían tales expresiones como una ofensa o una injuria intolerables, y protestarían de la manera más enérgica.

Sin embargo, esos niños figuran ya, sin saberlo ellos mismos, en el grupo de los buenos, de los medianos

o de los malos patriotas, porque lo cierto es que todo niño o niña capaz de leer este libro y de entenderlo, es un ciudadano o ciudadana de su patria, y pertenece a uno de los citados grupos.

Tal vez al leer esto algunos niños se sorprenderán un poco; si son, como es de esperarse que sean, niños pundonorosos, sentirán bastante inquietud, al pensar que sin darse cuenta quizás, figuran en las filas de los malos o de los mediocres, por descuido o por ignorancia, ya que ellos creían que hasta que fuesen adultos no tendrían deberes cívicos que cumplir.

Llegados a este punto, todo niño o niña celoso de su buen nombre, querrá saber en qué se distinguen los buenos ciudadanos de los malos y de los medianos, y qué debe él o ella hacer para que se le cuente entre los primeros.

El buen ciudadano ama a su país y a sus compatriotas, respeta a las autoridades y las leyes, es honrado y virtuoso; pero esto, con ser mucho y ser indispensable, no es bastante. El buen ciudadano, sea cual fuere su condición o su edad, está obligado a conocer multitud de cosas tocantes al bienestar de su patria y a cumplir deberes muy importantes.

Quien ignora lo que está obligado a saber respecto de sus deberes, o falta a estos por ignorancia o por descuido, no es un buen ciudadano; cuando más podrá contarse entre los mediocres.

Algunos de esos conocimientos son tan importantes, que hasta los niños deben poseerlos. Pueden dividirse en tres grandes grupos: Se debe saber:

1º Qué cosas son indispensables a la patria para gozar de bienestar y prosperidad.

2º De qué manera se pueden llegar a alcanzar esas cosas tan necesarias.

3º Qué debe hacer el ciudadano, dadas sus condiciones y su edad, para ayudar a obtener esas cosas indispensables de que se ha hecho mención.

Desde luego que a cualquier niño inteligente se le ocurrirá pensar: ¿Pero es posible llegar a saber con exactitud qué cosas son precisas para que la patria goce de mayor prosperidad y bienestar cada día? Claro es que todo lo necesario, exactamente, es imposible llegar a saberlo; pero hay multitud de cosas utilísimas, cuyo conocimiento está al alcance de todo el mundo. Esas cosas son las que ningún ciudadano debe ignorar.

Mencionaremos las más importantes como prueba de lo que acabamos de decir:

En primer lugar tenemos la *salud*. ¿Quién no sabe que sin buena salud no puede haber bienestar ni felicidad completas?

En segundo lugar tenemos la *protección a la vida y la propiedad*. Si los habitantes de la nación están constantemente expuestos a perder la vida, la reputación o las cosas de su propiedad, sin que nadie los proteja o los defienda, el bienestar y el progreso son imposibles. Después podemos contar *las diversiones y fiestas públicas*; durante éstas impera la alegría y se descansa del trabajo a fin del volver más tarde a él con mayores bríos. *La instrucción*, que eleva a las personas y las hace mejores y más capaces; *el buen ornato público*, gracias al cual la localidad resulta más agra-

dable para los vecinos y los extraños: *la facilidad para comunicarse los vecinos entre sí y con todas las demás localidades; la comodidad, rapidez y baratura de las vías de comunicación; las instituciones de beneficencia destinadas a ayudar y socorrer a los enfermos y a los necesitados; finalmente la buena organización del gobierno* destinado a asegurar todos los bienes anteriormente citados. Estas son cosas de las cuales no puede prescindirse.

Si los contamos, veremos que son nueve requisitos importantes, a saber:

- 1º Salud pública.
- 2º Protección de la vida y la propiedad.
- 3º Diversicnes y fiestas públicas.
- 4º Instrucción pública.
- 5º Ornato cívico.
- 6º Comunicaciones fáciles y rápidas.
- 7º Medios de transporte seguros y económicos.
- 8º Beneficencia pública.
- 9º Buen gobierno.

Los ocho requisitos que se mencionan primero son indispensables para el bienestar de la patria y de cada uno de sus hijos. Cuando cualquiera de ellos falta, se producen grandes males que acarrean perjuicios inmensos a muchos de nuestros conciudadanos y a nosotros mismos.

El buen gobierno, que es el último de los requisitos citados, sirve para tratar de alcanzar los primeros; pero si no cuenta con la cooperación y el buen deseo de todos los ciudadanos, ningún gobierno puede obte-

ner las ocho ventajas aquellas, sin las cuales la patria no será nunca rica y feliz.

Por eso es menester que todos los cubanos, grandes o pequeños, hombres o mujeres, sepan bien de qué cosas depende, en primer término, la felicidad de la patria, a fin de que se dispongan a trabajar con empeño para alcanzarlas. Todo niño o niña puede ayudar en esa obra; está obligado a hacerlo. Si él o ella averiguan lo que pueden y deben hacer en tal sentido, y se esfuerzan por realizarlo con voluntad tenaz y firme, desde ese momento quedarán incluidos en las filas de los patriotas dignos, que honran a su país y le sirven con amor y lealtad.





XLI

EN LA MUERTE DE JOSE MARTI.

Por tierra yace tu glorioso escudo,
Infatigable lidiador. ¡Caíste!
No el hado adverso con su golpe rudo,
Sólo la muerte domeñarte pudo;
Sólo a la muerte tu pendón rendiste.

Genio de intensa luz, tus claridades
Rasgaron por doquier la sombra espesa;
Con tu verbo, fragor de tempestades,
Supiste redimir debilidades
Y al remiso inflamar. Tu gloria es esa.

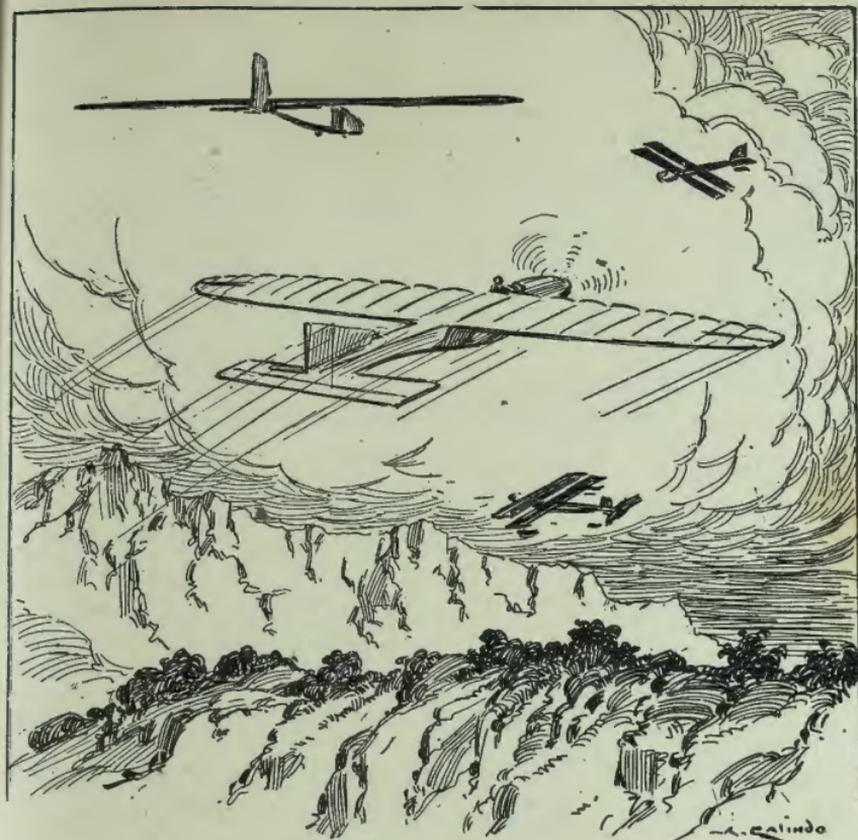
Tu paciente labor fué la del sabio;
Tu insistencia febril, la del patriota;
Llegaste al anatema y al agravio
Y fué el horrible apóstofre en tus labios
Dante que acusa, Juvenal que azota.

Fué tu grandiosa vida una odisea,
Una odisea por tu Cuba amada;
Tu patriotismo, el sol que centellea;
Astro inmortal, tu redentora idea;
Tu amor, broquel y tu virtud, espada.

Tú fuiste el vencedor. Ya nadie osa
El triunfo discutir del arduo sueño;
Fué el noble afán de tu alma generosa
En Cuba difundir tu fe radiosa
E impeler a la lid. Venció tu empeño.

Sí, fuiste el vencedor. Por ti batalla,
Clamando libertad, tu Cuba erguida;
Tu espíritu fulmina y avasalla,
Y con estruendo por doquier estalla,
Volcán de luz, tu redentora vida.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.



XLII

LOS AEROPLANOS Y LA GUERRA

I

Los hombres siempre han deseado volar. Han observado a los pájaros, y han envidiado la suave y rápida marcha de éstos por el aire. Volar es más agradable que caminar lentamente sobre el suelo. En los cuentos inventados para divertir a los niños,

siempre se habla de botas y capas mágicas, las que transportan a los que las poseen a largas distancias, con igual rapidez que si tuvieran alas.

Hasta hace muy pocos años los hombres no han podido satisfacer su deseo de volar, porque sólo mediante mucho trabajo y planes cuidadosamente dispuestos se pueden realizar empeños para los cuales la naturaleza no nos ha preparado. El hombre puede caminar fácilmente porque la naturaleza lo ha preparado para caminar, dándole un par de piernas. Ha aprendido a nadar; pero le cuesta tiempo y trabajo adquirir el arte de la natación, porque la naturaleza no le preparó para vivir en el agua.

El hombre no puede volar, porque la naturaleza le ha dado un cuerpo más pesado que el aire y no le ha provisto de grandes y fuertes alas para sostenerse, como los pájaros.

Por esa razón, apesar de desearlo vivamente, sus pretensiones habían sido vanas, hasta que después de varios siglos de preparar planos, y practicar ensayos sobre el asunto, ha logrado inventar máquinas y construir alas, gracias al saber y a la firmeza de carácter, adquiridos luchando uno y otro día con los problemas de la naturaleza.

El hecho es que volar, lo mismo que todo lo que el hombre ha aprendido a hacer a fin de satisfacer sus deseos, es el resultado del trabajo. No sólo del trabajo de un hombre, sino de lo que los padres han enseñado a sus hijos durante muchas generaciones, hasta que hemos llegado a poseer grandes medios para obtener de la naturaleza cuanto queremos.

Si hay frío, producimos calor con el fuego. Mediante la siembra y el cultivo obtenemos artículos para alimentarnos. Sabemos cómo proporcionarnos frutas comestibles de los bosques; y lo que es mejor, hemos aprendido a criar y a utilizar los animales domésticos. A través de la historia y aun antes de que la historia comenzara a escribirse, los hombres han aprendido a obtener por sus propios esfuerzos las cosas que han querido, cuando la naturaleza no les ha provisto de los medios necesarios para satisfacer sus deseos.

El largo relato de como el hombre ha aprendido las lecciones de la naturaleza, es la interesante historia de las invenciones. Cuando el hombre inventó el arco y la flecha, fué más fuerte gracias a su invención; pudo cazar más fácilmente y satisfacer mejor sus necesidades. Otro tanto ocurrió con toda la extensa lista de sus descubrimientos.

Unos de los más notables hechos relativos al hombre, es que éste ha aprendido muchas de sus lecciones, no cuando trataba de obtener de la naturaleza las cosas que deseaba, sino cuando procuraba dominar a sus hermanos, los demás hombres. La guerra siempre ha proporcionado algunos de los más poderosos motivos para inventar. Desde las primeras edades, los hombres han dedicado más tiempo y atención a las armas, que a los útiles empleados en las ocupaciones pacíficas. La última guerra, llamada la guerra mundial, ha dado ocasión a toda clase de invenciones. Afortunadamente, algunas de ellas serán útiles en la paz. Por ejemplo, los cirujanos han descubierto nuevos medios muy eficaces para el tratamiento de las heridas, los cuales

se emplearán para curar a cuantos se hieran en los trabajos de la vida diaria. Se han inventado nuevas clases de armas, algunas de monstruoso tamaño y de espantoso poder destructivo. Es difícil imaginarse de que manera estas invenciones podrán ser útiles al hombre, a menos que gracias a su misma perfección sirvan para impedir que haya más guerras. De todos los resultados de la gran guerra, hay uno que será quizás el más importante de todos: la conquista del aire. El hombre ha aprendido a viajar por el aire, a vigilar sus enemigos a vista de pájaro, a atacarlos desde arriba, a bombardearlos aquí y allá con gran rapidez, desde gran altura.

Las experiencias para volar se realizaban desde algunos años antes de la guerra, pero los experimentos ocasionaban grandes trabajos y exponían a graves peligros a los hombres que los realizaban. El gasto del más sencillo globo, como se llamaban las máquinas de volar sin motor, era tan grande, que pocos hombres podían o querían construirlo.

Dos norteamericanos, los hermanos Wright, vieron la importancia de volar y aplicaron los conocimientos que habían aprendido: primero, a hacer alas que pudieran sostenerlos en el aire; y segundo a construir un motor bastante ligero y bastante poderoso para mover la hélice de su máquina. El primer vuelo de un aeroplano impulsado por una hélice, se efectuó el 14 de Diciembre de 1903, en una playa llama Kitty Hawk, en la Carolina del Norte, Estados Unidos, lugar donde los hermanos Wright efectuaban sus experimentos desde hacía mucho tiempo. El vuelo fué en línea recta

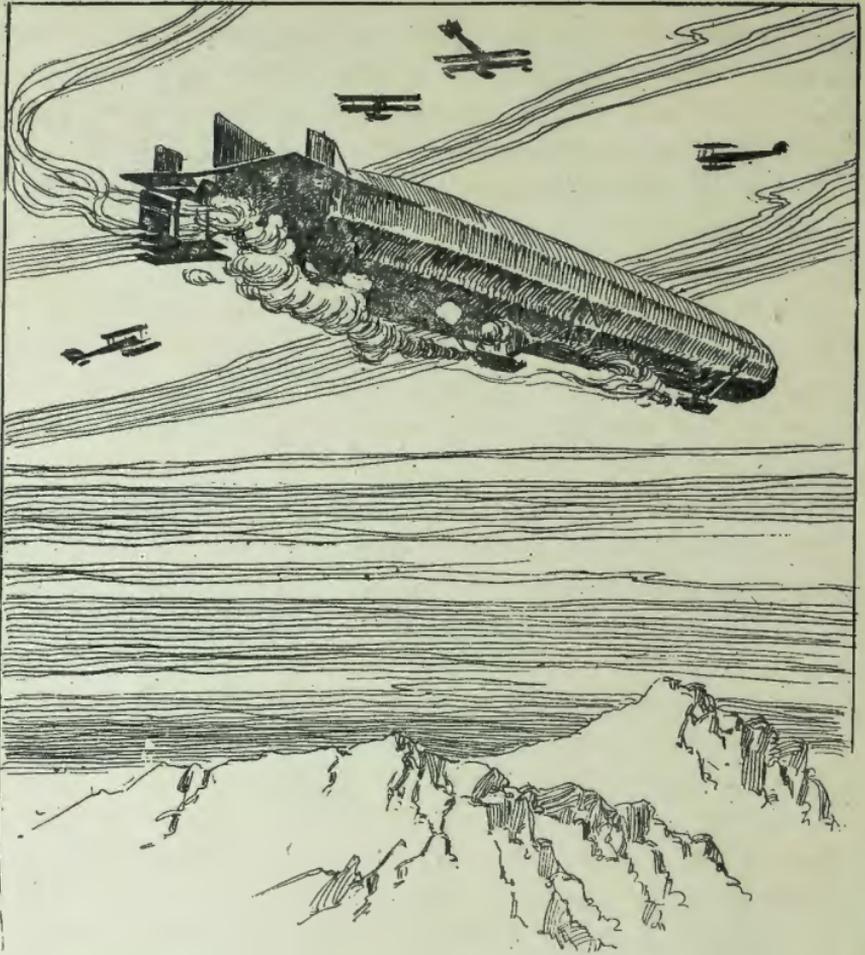
y duró doce segundos. El 15 de Septiembre de 1904, habían perfeccionado tanto su máquina, que pudieron permanecer en el aire mucho más tiempo y dirigirla de manera que hicieron un vuelo en redondo. El 17 de Octubre de 1905 efectuaron el primer vuelo de más de media hora. La máquina permaneció elevada durante 33 minutos y 17 segundos.

En las primeras máquinas el piloto se sentaba con las piernas colgando debajo de las alas, y los numerosos alambres que unían las diversas partes del aparato cortaban el aire, produciendo numerosas corrientes opuestas.

Las nuevas máquinas se asemejan a las antiguas, sólo en el plan general. Las partes de que se componen se hallan colocadas en un departamento semejante a un bote, el cual corta el aire y hace el vuelo suave y fácil. Es común que tengan más de una hélice; los motores son poderosos y de gran tamaño; los planos han llegado a ser bastante grandes y fuertes para sostener hasta 27 hombres, cañones, municiones y bombas.

II

El rápido desarrollo que se ha producido desde el 1903, cuando los dos inventores americanos efectuaron su primer vuelo con éxito, se ha debido enteramente al deseo de las naciones de ser más poderosas en la guerra. La nación que podía enviar más aviadores y vigilar mejor el enemigo, tenía una gran ventaja, porque el número y las posiciones del adversario podían ser conocidas y éste no podía efectuar ataques por sorpresa.



Antes de que existiesen máquinas voladoras, era muy común en la guerra que un ejército cayese sobre sus enemigos, antes que los sorprendidos soldados de la parte contraria pudiesen defenderse.

Además, si los explosivos son arrojados desde arriba, no sólo podrán causar gran daño sino colocar

al enemigo en un estado de ansiedad muy grande, casi tan perjudicial como el mayor daño material que pudiera hacersele. La guerra entre Italia y Turquía, en 1911, fué la primera en la cual las aplicaciones de los aeroplanos quedaron claramente demostradas. Los italianos tenían una gran ventaja sobre sus enemigos porque contaban con aviadores. El resultado fué que todas las naciones de Europa empezaron a construir máquinas voladoras, porque vieron que podían necesitarlas para la guerra. En los Estados Unidos, la idea que primero había impulsado a la construcción de los aeroplanos no constituía un motivo tan poderoso, por lo cual la fabricación de estos aparatos se desarrolló con lentitud. Los aeroplanos se usaban principalmente para exhibiciones y diversiones públicas.

Desde que comenzó la guerra en 1914, la construcción de aeroplanos progresó con saltos bruscos hacia delante. Inglaterra empleó 60,000 hombres en fabricar aeroplanos y preparó 41,000 en un año. Los Estados Unidos dedicaron al entrar en la guerra 690.000.000 de pesos al servicio de aviación. Las demás naciones construían tantos aviones como les era posible.

Se necesita gran cantidad de materiales y de trabajo para hacer un avión. Cerca de 4,000 horas de labor se consumen en la fabricación de un aeroplano de tamaño ordinario. Esto quiere decir que 80 hombres han de trabajar durante una semana para hacer una sola máquina. La estructura se hace de acero o de madera de abeto, la cual es cerca de tres veces más resistente que el acero a igualdad de peso. Las alas se hacen de tela de hilo cubierta con 4 ó 5 capas de barniz.

El algodón y la seda han sido empleados, pero no son tan durables como el hilo.

Hay aéroplanos de guerra de muchos estilos y tamaños. En la actualidad son comunes cuatro tipos: máquinas exploradoras, de bombardeo, aviones para observación de la artillería y aeroplanos de batalla.

Las máquinas exploradoras deben ser rápidas y capaces de largos vuelos. Llevan gran cantidad de gasolina, cámaras especiales para fotografiar al enemigo, ametralladoras para ataques y defensa y telegrafía sin hilos para enviar informes.

El biplano de estas máquinas tiene comunmente 43 pies de ancho y motores de 80 a 150 caballos de fuerza.

Los aviones de bombardeo son pesados y poderosos, pero lentos. Comunmente vuelan de noche y van acompañados por máquinas ligeras y rápidas que los protegen. Están provistos de motores que producen 200 o más caballos de fuerza. Cargan gran cantidad de bombas que arrojan sobre el enemigo.

Un hecho interesante respecto de estas máquinas, es el de que tienen que arrojar todas sus bombas antes de descender, porque de lo contrario el choque podría hacer explotar las bombas restantes y destruir el aparato.

Los aviones de artillería vuelan sobre el enemigo y observan donde explotan las bombas de los cañones del ejército a que pertenece el aviador. Estos aeroplanos deben ser ligeros y estables, de modo que puedan permanecer sobre cualquiera posición que deseen

observar. Las alas tienen una anchura de 30 pies y los motores son de un tipo poderoso.

Los aeroplanos de batalla son ligeros, deben poder elevarse con rapidez, porque en un combate la posición ventajosa es siempre la de arriba. El aviador se eleva rápidamente y entonces bombardea al enemigo que se halla debajo.

Además de estas cuatro clases de máquinas, existen los hidroplanos de la marina. Estos pueden elevarse desde el agua y descender sobre las olas, quedando a flote y pudiendo navegar si no se hallan en condiciones de elevarse nuevamente.

Al terminarse la guerra, en los principales países existen grandes fábricas para la construcción de aeroplanos y hay numerosos pilotos que saben manejarlos. Es difícil predecir qué aplicación se hará de las máquinas que han sido construídas para la guerra. Probablemente algunas se destinarán a la conducción de la correspondencia, otras a la de pasajeros. Se dice que será posible volar de Europa a América en 15 ó 20 horas. Si esto pudiera hacerse, se economizaría mucho tiempo y se ahorrarían los inconvenientes del viaje por mar.





XLIII

LAS LABORES DEL TERRENO

La tierra de labor, ya lo hemos dicho antes, no es un simple almacén o depósitos de materiales de donde la planta toma los que necesita para elaborar sus frutos: es algo más.

La tierra es una activa fábrica, en la cual obreros infatigables trabajan sin cesar preparando cuanto el cultivador necesita suministrar a sus plantíos. Dichos obreros son muy numerosos contándose entre los más útiles el calor, el aire, el agua y una enorme variedad de seres vivientes pequeñísimos, a los cuales se les da el nombre de bacterias. Todos estos obreros trabajan juntos y se auxilian unos a otros.

No en todos los terrenos se encuentran esos buenos y eficaces operarios en número igual. Hay tierras

excesivamente calientes o frías; otras tan compactas que apenas penetra en ellas el aire; unas que carecen de agua casi por completo; otras que la tienen en exceso; las hay en las cuales las bacterias no pueden vivir debido a la presencia de sustancias que les son perjudiciales, y finalmente, hay otras donde dichas bacterias se multiplican con rapidez y facilidad.

Un cultivador inteligente debe tratar de conocer bien la tierra que trabaja para él, saber lo que en ella ocurre, y proporcionarle los medios indispensables para que elabore las materias que ha de ofrecerle a la planta.

Observando las tierras, los hombres de ciencia y los buenos cultivadores han llegado a descubrir, que las que son muy compactas, se calientan y se enfrían con exceso, no dejan penetrar el aire en su interior, retienen demasada agua o la pierden toda en poco tiempo; y como resultado de todo esto, se hace difícil en ella la vida de esos trabajadores pequeñísimos que hemos llamado microbios. Un terreno de esas condiciones es una fábrica que funciona mal; no puede elaborar las sustancias que las plantas necesitan para formar sus tallos, sus hojas, sus flores y sus frutos.

De diversas maneras procura el cultivador hábil en su oficio, acudir en auxilio de su tierra y ayudarla a realizar su trabajo. Una de las más importantes es labrándola, removiéndola con el arado, a fin de hacerla más suelta y esponjosa. En el mundo desde que el hombre existe, se han hecho muchas invenciones y descubrimientos famosísimos; pero el sembrador que averiguó por primera vez que la tierra debía ser

removida para que diese mejores cosechas e inventó el arado para labrarla, hizo un gran descubrimiento y realizó la invención más útil de cuantas haya efectuado el hombre y la que más beneficios le ha proporcionado.

La invención del arado es muy antigua. Hay quienes opinan que se debe a unos remotísimos antepasados nuestros, que vivieron en Asia, en un lugar llamado meseta del Irán, la cual puedes buscar en el mapa. El primitivo arado que usaron los Iranios, se parecía bastante al que fabrican y emplean nuestros campesi-



nos, designándolo con el nombre de *arado de palo* o *arado criollo*. Cuando veas uno, obsérvalo con atención respetuosa, pues has de saber que ese artefacto tan rústico, ese instrumento tan tosco y primitivo, ha hecho más por el progreso y bienestar de la humanidad que todas las demás invenciones juntas. Ese arado debido al genio creador de nuestra raza, fué el que, asegurando la subsistencia de la misma, la libertó de la esclavitud del hombre, y dió alas a la inteligencia. El fué quien forzó también a los hombres a trabajar

juntos, a ayudarse mutuamente, iniciando el reinado de la concordia y de la fraternidad. Los arados que hoy usan los agricultores son de muy diversas clases y realizan un trabajo perfecto con extraordinaria rapidez, pero todos no son sino modificaciones sucesivas e ingeniosas del primitivo arado de nuestros más antiquísimos abuelos.

Las labores que los distintos arados efectúan en los terrenos son muy variadas; se encaminan siempre a modificar la contextura del suelo, influyendo sobre la temperatura, la aereación y la humedad o sequedad de éste.

En países cálidos como el nuestro, la tierra muy compacta se calienta con exceso. El calor evapora el agua con rapidez y las plantas sufren mucho. El aire no puede penetrar en el interior de dichas tierras; y como en el interior se encuentran algunos de los materiales necesarios para elaborar las substancias que las plantas absorben por las raíces, los cultivos no pueden nutrirse bien. Además, muchos microbios de los que trabajan en el terreno necesitan aire para vivir, y al no haberlo en el interior del mismo en abundancia, perecen o quedan inactivos.

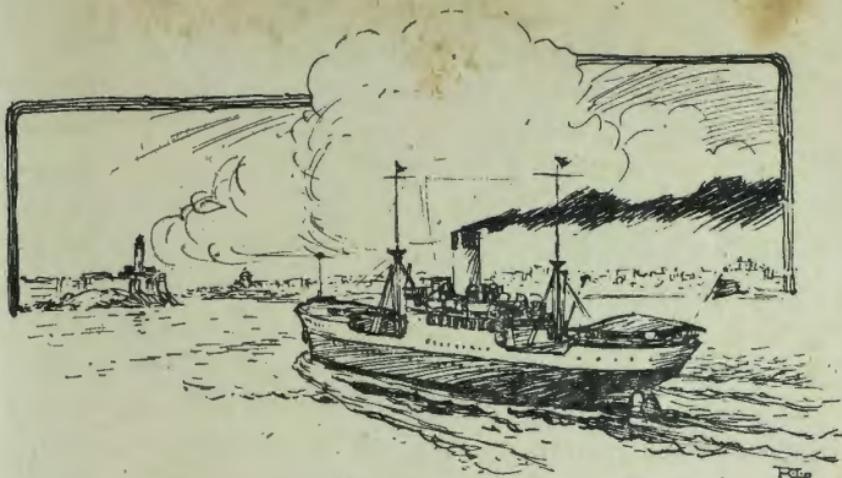
El arado, rompiendo el suelo, desmenuzándolo, haciéndolo más suelto y esponjoso, remedia los principales inconvenientes de las tierras muy compactas.

Pero tal vez la influencia más beneficiosa de las labores se refiere a que ayudan al terreno a absorber y a retener el agua que recibe de las nubes. La tierra suelta absorbe el agua de la lluvia como si fuera una esponja, particularidad en la cual aventaja mucho a

las tierras compactas, puesto que, como ya se ha explicado, el terreno, sin agua, no puede elaborar lo que hace falta a la planta para formar sus frutos. Una vez absorbida el agua, es menester que sea retenida. Hay quien cree que la tierra se seca, es decir, pierde el agua, porque ésta se va filtrando hacia el interior para formar los manantiales subterráneos. En realidad no es así. La tierra pierde el agua por la evaporación que se produce en su superficie. El calor del sol calienta el agua que humedece la capa superior del terreno y la convierte en vapor. A virtud de un fenómeno conocido con el nombre de *capilaridad*—tu maestro puede explicarte en qué consiste—el agua que está en la capa de tierra inmediatamente inferior, sube a la superficie y se evapora a su vez. Así, por efecto de la capilaridad y de la evaporación, el terreno va perdiendo su agua, la cual vuelve, convertida en vapor, a la nube de donde procedía.

Pues bien, en las tierras muy sueltas la capilaridad no se produce sino en un grado mínimo; por esa razón, una capa superior de tierra muy floja, impide que el agua suba hasta la superficie y se evapore. Es como una pantalla entre el sol y el agua que está en lo hondo del terreno. Los cultivadores que saben esto, labran su terreno de manera que éste conserva su humedad largo tiempo.

Las labores del terreno son como ves, de una grande importancia, sin que deba entenderse, que su utilidad se limita a lo expuesto. Basta que sepas, por el momento, que sin ellas, la tierra, esa gran trabajadora, no puede fabricar los materiales de que se forman las flores y los frutos.



XLIV

VOLVER A CUBA

I

Oh! si una vez no más, si un solo día
A ver volviera tu esplendente cielo
Y a respirar tu brisa, Cuba mía!
Si un solo rayo de tu sol ardiente,
Rayo de amor y vida,
Tornara a herir mi marchitada frente!
Si una hora, si un instante
Aspirara el perfume de tus flores!
Si una gota no más de tus raudales
Templara de mis labios los ardores!
Si un eco de los himnos celestiales
Que levantan tus bosques y tus ríos
Otra vez en mi oído resonara,

Fuego entonces y amor, luz, poesía,
Inspiración y encanto
Hincharan a la vez él alma mía
Para romper en lágrimas y en canto!

II

De rodillas y cruzando
ambos brazos sobre el seno,
a Dios invocara, lleno
de ferviente adoración;
y sobre mi pecho herido,
en lugar de amargo llanto,
cayera el bálsamo santo
de dulce consolación.

III

Y del arpa cuyas cuerdas
hoy están mudas y rotas,
sacara valientes notas
de fe, esperanza y unción;
Y al alzar la voz al cielo,
huyendo del son saldría
la devoradora arpía
que anida en mi corazón.

Cantara cuantos primores
dentro de su seno encierra,
virgen esposa del mar;
y de la ilusión dorada

el fénix renacería
de entre la ceniza fría
donde hoy lo entierra el pesar.

En vez de este cielo opaco
y de esta tierra sin flores
viera un sol todo esplendores,
viera un inmenso jardín.

No la mortaja del hielo,
sino perlas del rocío;
no un largo invierno sombrío,
mas primavera sin fin.

Loma azul, floridos bosques
vestidos de verde y gualda,
y en campiña de esmeralda
sierpes de plata y cristal.

Albas en que los semíes
bajan en nubes rosadas,
y noches en que las hadas
danzan tras áureo cendal.

Bellos músicos del alba,
el cabrero y el sinsonte,
en las entrañas del monte
trinando oyera a la par;
y entre blancos cuyujíes
desatada blandamente,

el murmurio de una fuente
que también quiso cantar.

En la rama del ateje
arrullarse dos tojosas;
entre flores y entre rosas
zumar el verde guaní;

crugir la yagua en la palma,
el bambú gemir doliente
y susurrar dulcemente
la brisa en el macorí.

Embriagado con perfumes
de aguinaldo y azahares,
y a la sombra del copey,
imaginara que oía,

al rumor de los palmares
en el espacio perdido,
del guamo el ronco sonido
y el areito siboney.

Viera cruzar a lo lejos
hendiendo espumantes aguas
los guairos y las piraguas
al empuje del bojador;

y en el caney bellas indias
danzando al son de atabales,
ligeras como zorzales
y ardientes como el amor.

Mas ¡ay! ¿Para mí qué fuera
Cuba sin ti, madre mía?
Tornárase tumba fría,
astro sin aire y sin luz:

cementerio de venturas
cárcel de esperanzas bellas,
cielo sin sol, sin estrellas,
envuelto en negro capuz.



No! para gozar la dicha
de tornar al patrio suelo,
ha de saciarse el anhelo
que más vivo siento en mí.

Has de verme y he de verte,
abrazarnos dulcemente;
darme tú un beso en la frente,
yo otro beso darte a ti.

Enmudecer de alegría
derramar llanto de gozo,
y hablar con solo un sollozo:
dar suspiro de alegría:

sentir tan viva ventura
que casi arrebatara el seso;
y volver al dulce beso
y a los brazos volver.

Ambas álmás confundirse
en celestes sensaciones,
y ardiendo los corazones,
latir a un compás los dos.

Pensar quién nos da esa dicha,
de do viene gozo tanto,
y alzar, aún lleno de llanto,
los ojos buscando a Dios!

IV

Mas si no he de gozar ventura tanta
Si, huérfano infeliz, el patrio suelo
Tengo de hollar con extraviada planta
Quédate, Cuba, adiós!... Más vale el hielo,
La sombra triste y el continuo duelo
De la extranjera tierra,
Que cuanto haya en tu seno
De luz, de amor y de beldad se encierra
Si de la madre cara
Al ver tu cielo y respirar tu brisa
La dulce bienvenida no encontrara.

MIGUEL TEURBE TOLÓN.



XLV

LA HABANA EN 1840

La vista general de la Habana es curiosa; desde luego nota el europeo con extrañeza, que si bien las calles son tiradas a cordel y en divisiones iguales, esta regularidad en el conjunto, no está del mismo observada en los detalles. Así, que, al lado de un suntuoso palacio se ve una mezquina y asquerosa casa y la construcción más moderna y elegante al lado de la más antigua e irracional. No se nota en los edificios disparidad tan extrema, aunque nada fuera más extraño que ver una iglesia antiquísima y un teatro moderno.

Las calles no son muy anchas, cual fuera necesario en un país de tanta concurrencia y en que no es posible vivir sin el auxilio de la bienhechora brisa. Y en su movible, rara vez seco piso, jamás descansa el pie de las bellas americanas. El forastero, ignorante de los

usos del país, o poco acomodado a sostener un carruaje o curioso y observador, que discurre por aquellas calles, se ve casi solo, sin encontrar más que hombres de color, ocupados en sus faenas y muchedumbre infinita de quitrines (carruajes del país) que embaracen su marcha. Tal es el número crecido de éstos que necesaria se hace la atención más cuidadosa para no ser atropellado por alguno, si bien la destreza de los caleseros que los dirigen montados en el caballo que tira de ellos y su construcción bien entendida, dan alguna garantía de seguridad.

Pero estos carruajes llaman la atención del viajero; sus riquísimos estribos y demás adornos de bruñida plata, el radio inmenso de sus ruedas de durísima ácana; su tapacete de paño finísimo con que se pueden preservar del sol o de la lluvia los que dentro van, las varas de flexible majagua, el traje curioso del calesero, el breve, pero brioso caballo de remates de blanca planta, ofrece un espectáculo curioso.

Cuando a cierta hora de la tarde, en que el sol ha caído y el calor cesado, echados el fuelle y tapacete, se ve discurrir por el hermoso paseo de Tacón, a unos de esos ligerísimos carruajes, llevando dos o tres bellas cubanas, de que ve el observador desde el breve y bien calzado pie hasta el rico y abundante cabello, cree que no es posible inventar carruaje más elegante y lindo en un país en que abunda la hermosura y es necesario dejar que el viento gire y refresque.

La población está sembrada de edificios y de obras públicas; de unos y otros iré hablando a medida que lo crea conveniente al plan de mi obra, mezclando los

párrafos de amenidad con los más serios de fundación, administración y gobierno de la isla. Creo que así haré menos árida la lectura de algunos guarismos, y menos ligera la descripción de un baile o de un paseo.

Mi anhelo principal, al llegar a la Habana, era contemplar aquella nueva catedral, no tanto por el interés que me pudiera ofrecer su pavimento de mármol, como por venerar en ella los restos del célebre almirante de las Indias, Don Cristóbal Colón. Es éste a mi entender el tesoro más grande que posee la isla, y para cualquiera que ha pasado largas noches admirando el raro genio que concibió aquellas tierras occidentales, y la fortaleza con que llevó a cabo el descubrimiento, pocas cosas hay que desee con más ansia adorar que aquellas frías cenizas que fueron el cuerpo del grande hombre.

Me dirigi pues a la catedral y aunque a hora en que tengo costumbre de verlas todas abiertas, encontré aquélla cerrada. Fué grande mi sorpresa y disgusto, y como me costó tanto trabajo el verla, bueno será que el lector tenga alguna paciencia, si desea, como yo deseé verla, que le hable de los venerados restos de Colón.

Uno de los monumentos que más desea el viajero visitar en la Habana, por poco que ame los recuerdos históricos, es el que se conoce con el nombre de *el Templete*. Y aquí empiezan y acaban mis estudios acerca de las antigüedades de la isla. Esta memorable obra, emprendida en 1827, por el capitán general Vives, luego conde de Cuba, está situada en la plaza llamada de Armas, casi en frente a la casa de gobierno, inme-

diato a la bahía. Recuerda la primera misa que en este sitio se dijo, y he aquí su historia y descripción.

La capital de la isla estuvo en tiempos antiguos en la costa del Sur, inmediata a Batabanó, hasta que tanto por lo insalubre de este sitio, como por el interés que tomaba el adelantado Diego Velázquez en los asuntos de la Nueva España, determinó éste trasladar la silla de su gobierno a la parte Norte, y fundar la ciudad de San Cristóbal de la Habana, donde había ya un principio de población. Los hombres religiosos de aquella época nada podían concebir de feliz, sin que lo santificase el sacrificio de la misa.

Así que apenas desembarcados, al pie de una grandiosa ceiba, inmediata a la bahía, elevaron un altar, y un sacerdote, cuyo nombre en vano he intentado averiguar, autorizado por Don Julián Garcés, obispo de la isla, residente en Baracoa, cantó la primera misa que se celebró en aquella costa.

La misma gigantesca ceiba, que vió, bajo su sombra, postrados a los valerosos descubridores y conquistadores de América, fué durante mucho tiempo el testimonio único que hacía recordar aquel acto verdaderamente religioso y poético. Apenas podemos concebir cómo hubo persona tan prosaica y de mal gusto para derribar la vetusta ceiba con el fin de sustituirla con un monumento más grande. A mis ojos nada puede decir tanto, ni el granito ni el mármol, como el árbol mismo, testigo de aquel raro hecho. Sin embargo, en 1754, época prosaica, mandó levantar el general Cagigal de la Vega, gobernador de la isla, un obelisco que aún existe en el lugar que existía la segada ceiba.

Otro árbol nuevo de esta clase crece muy inmediato a aquel sitio y dentro del enverjado, en memoria del antiguo árbol.

Más tarde el descuido y abandono fué oscureciendo entre malezas el nuevo monumento, hasta que, en noviembre de 1827 se empezó el Templete de que he hablado y que voy a describir.

Es este un rectángulo de treinta y dos varas Este-Oeste y doce Norte-Sur, cercado con hermosas verjas de hierro sostenidas por 18 pilares de cantería. La base y capiteles son de sencillo orden toscano. El obelisco está en el centro del enverjado. El Templete está apoyado en seis columnas dóricas con basamento ático. Tiene más de ocho varas de Este a Oeste. Once de altura desde la solería a la clave del tímpano. Hay en los costados cuatro pilastras con sus tableros, bases y capiteles, igualmente del orden ático y dórico.

Entre los triglifos y metopas que guarecen los arquitrabes en el friso, se ven en relieve las cifras F^o 7^o, y los atributos de la orden americana de Isabel la Católica. Sobre el mainel de la puerta, las armas de la ciudad con un letrero en el borde del escudo, que dice:

La siempre fidelísima ciudad de la Habana.

Entrando llama la atención el busto de mármol de Colón, colocado con poco gusto en un nicho, y costeadado todo por el obispo Espada, uno de los hombres cuyo nombre no puede pronunciar un cubano sin orgullo y gratitud, modelo de sabios y virtuosos. Tres cuadros adornan el interior del Templete, que, si bien escasos en mérito artístico, siempre lo tendrán histórico,

por los hechos que recuerdan. Representa el uno la instalación del primer ayuntamiento de la Habana, presidido por el jefe español Diego Velázquez, que trae a la memoria una época en que las municipalidades hacían la felicidad de España. El segundo cuadro recuerda la misa que se celebró al pie de la frondosa ceiba, con la sencilla fe de aquellos menos infelices tiempos. El tercero conservará la memoria de la función de inauguración del Templo, que tuvo efecto el 19 de mayo de 1828.

Preciso era descender a tantos detalles, porque es éste el único monumento que recuerda antiguos hechos, en la opulenta ciudad de la Habana. Invadida hasta cierto punto por el tráfico y comercio, inestable todavía en la forma de administración, insegura en su riqueza y poderío, es difícil que se ocupe en otras especies de obras que aquéllas que le prometen un porvenir feliz. Así es que el viajero aquí más que ruinas debe buscar gérmenes.

A la belleza de las noches de noviembre en la Habana, no sé que pueda compararse. Ni molesta el calor ni se percibe el frío; ningún género de sensación desagradable se desprende de la atmósfera. Se vive realmente, gozando interior y exteriormente, con los goces que otras causas puedan ofrecer, sin que esa molestia, general en el mundo, de la temperatura, debilita, en nada, la fuerza o dulzura de nuestras sensaciones. Es por lo tanto que, el sol apenas ha besado las aguas de los mares, las bellas habaneras, reclinadas muellemente en sus cómodos y elegantes carruajes, salen de sus casas sin más objeto por lo

general que el de recorrer las calles y gozar de las delicias de la noche. Tienen muchas la costumbre de pasear así por ciertos sitios y no hay conversaciones más dulces e íntimas que las tenidas a estas horas de templanza y expansión. Allí las dulces confianzas, allí los propósitos cariñosos, y allí en suma los inocentes planes de la juventud. Sin embargo las costumbres severas y formularias del país no toleran que acompañen extraños a las señoras en sus reducidos carruajes, y esto hace más monótona las conversaciones de estos nocturnos periódicos paseos. Alguna de esas bellas rondadoras se acercan a las verjas de la plaza de Armas, en donde una numerosa música de regimiento toca varias escogidas piezas tres noches en la semana; pero las señoras que pertenecen a las primeras clases de la sociedad jamás se apean, y las demás siempre. En esos carruajes toman un sorbete, generalmente mal hecho, de rica piña o guayaba, y se retiran a gozar del blando y regalado sueño, a la hora en que, en las grandes poblaciones de Europa empiezan las diversiones.

Es, no obstante, delicioso para el viajero, pasar las primeras horas de la noche, cruzando por las calles de árboles de la plaza de Armas. Es ésta bastante capaz y formada como las de Inglaterra, sólo que sus árboles meridionales no pierden nunca sus frescas hojas. Su pavimento es de dura piedra, y de vez en cuando encuentra el viajero una hermosa estatua de mármol de Fernando VII, o bancos de blanca piedra, o árboles curiosos que contemplar. Pero es muy animada y abundante allí la concurrencia en las noches de retreta. Circulan bellas y encantadoras criollas, con

su cabellera descubierta, con sus brazos desnudos, con sus ojos de fuego, y el contemplarlas a unas paseando, sentadas a otras, y a las más, ricamente prendidas, en sus elegantes y descubiertos quitrines, es una delicia a pocas comparable.

Cercan la plaza del paseo hermosas verjas de hierro, y vense alrededor la hermosa casa de gobierno a un lado, la del superintendente de Hacienda a otro, la del conde de Santovenia frente a la primera, y es lástima que al cuarto costado esté ocupado por casas que no forman simetría con los edificios indicados.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.





XLVI

LA LAMPARA ELECTRICA

Jugaban Ernesto y Manolo en el portal de su casa en una tibia noche de verano, cuando la pelota desviada, por un mal movimiento del primero, fué a chocar con el bombillo de la luz eléctrica, que se rompió en múltiples pedazos, produciendo un estallido.

Inmediatamente la luz se apagó quedando el portal a oscuras. Con el susto consiguiente y la desazón producida por el regaño de la madre, que había acudido al estrépito de la rotura, los muchachos perdieron la gana de jugar y se quedaron en un ángulo del colgadizo comentando el suceso.

—¿Por qué será, preguntaba Manolo a quien parece que aquel percance no le ocurría por primera vez, que, cuando el bombillo de una luz eléctrica se rompe, la luz se apaga en seguida, aun cuando los alambritos del interior queden sanos?

—Es verdad que ocurre así, respondió Ernesto; pero esto sólo sucede con la luz eléctrica; las luces de gas, las de petróleo, las de acetileno y todas las demás que yo conozco arden también fuera del bombillo o del farol.

—¿No te parece que le preguntemos a papá?, dijo el primero; con esto pasaremos el resto de la noche entretenidos.

Fueron los muchachos al gabinete del padre y le propusieron la cuestión.

—Esto sucede así, les contestó éste, porque la llama que arde en los filamentos de las lámparas eléctricas, se mantiene tan sólo en el vacío; en cuanto se rompe el bombillo, al contacto del aire se consumen los filamentos, por la enérgica acción comburente del oxígeno y la luz se apaga en seguida.

—Entonces, replicó uno de los muchachos, las demás clases de luz son mejores que la eléctrica, porque arden en el aire, y no se apagan, aún cuando se rompa el bombillo que las resguarda.

—Cierto es, dijo el padre, que los bombillos eléctricos tienen este inconveniente, pero no en todas las clases de luz eléctrica sucede así; además el empleo de este sistema de alumbrado constituye un gran progreso sobre todos los otros; pues esta luz es más clara, más poderosa, y más fija que todas las demás; a esto se agrega que es mucho más económica, excepto agregó con intención, en aquellos lugares en que hay muchachos demasiados revoltosos, que acaban con los bombillos a pelotazos.

—Esto fué sin querer papá, dijo Ernesto; además, sucedió por casualidad. Pero ahora pienso ¿por qué se le ocurrió al inventor de esta luz hacerla arder en el vacío cuando todas las demás se producen perfectamente en el aire?

—El inventor de los bombillos eléctricos, respondió el padre, fué Edison, el gran mago de la ciencia moderna, inventor también del tranvía eléctrico, del cinematógrafo, del teléfono y de multitud de otros aparatos no menos útiles que éstos.

Cuando él empezó a ocuparse de la cuestión del alumbrado, la luz corriente que se empleaba era de gas; estaba también divulgándose la lámpara eléctrica de *arco voltaico*, que había sido inventada anteriormente por un gran hombre de ciencia, llamado Sir Humphry Davy.

He aquí cómo tuvo lugar el invento de esta luz: se hallaba el gran sabio inglés haciendo pruebas con una batería eléctrica que tenía en su casa, cuando se le ocurrió unir a ella dos hilos de latón, con los extremos opuestos; si estos dos extremos se juntaban la

electricidad que corría por los hilos circulaba de uno a otro, sin ninguna alteración, pero si los aproximaba nada más, sin tocarlos, se producía entre ambos una luz, pero de una temperatura tan elevada que se fundían los hilos.

Entonces pensó que si podía encontrar una sustancia que produjese la luz sin fundirse en seguida, podría utilizarse para alumbrado; sustituyendo los hilos de latón por dos pedazos de carbón, observó que se producía una luz espléndida que podía durar cierto tiempo sin consumir los carbones.

Esto sucedía así, porque la electricidad acumulada en uno de los reóforos a que estaba unido un pedazo de carbón, pasaba a éste, y, al llegar al extremo, salvaba el pequeño espacio que la separaba del otro carbón, arrastrando con su fuerza pequeñas partículas del primero, que, al contacto del aire, se tornaban incandescentes, produciendo una luz muy viva.

Esto sirvió de base para construir un aparato que se utilizó en el alumbrado público.

Edison se propuso encontrar el medio de producir una luz eléctrica que sirviera para alumbrar el interior de las casas, sin utilizar los carbones y sin necesitar la corriente de aire que es indispensable en las lámparas de arco voltaico.

Sin embargo, todos los experimentos que hacía le daban el mismo resultado que a Sir Humphry Davy: esto es, que los filamentos empleados para hacer pasar la corriente eléctrica, se consumían en seguida.

Entonces pensó que si lograba encontrar una sustancia que ardiera en el vacío sin consumirse tan

pronto como los carbones de las lámparas de arco voltaico o los filamentos usados hasta entonces, tendría resuelto el problema.

Un sabio inglés llamado William Crookes había inventado el medio de hacer unos tubos de cristal con el vacío producido en el interior; con sólo dar a estos tubos una forma de pera, resolvió Edison la primera parte de la dificultad.

Después tuvo que idear el medio de apagar y encender cualquiera de estas lámparas independientemente de las demás que recibieran la misma corriente eléctrica y, por fin, ya no le quedó más que hallar la sustancia conveniente para el filamento interior.

Después de haber pasado mucho tiempo experimentando con toda clase de sustancias, sin resultado favorable, probó un día una fibra de bambú carbonizado, viendo con alegría que pudo mantener con él la luz durante mucho tiempo.

Varios emisarios suyos recorrieron entonces todos los países donde se produce esta planta, hasta que encontró algunas especies con las que obtuvo mejores resultados.

Las fibras de los bambúes japoneses carbonizadas proporcionaron la materia más adecuada para fabricar los filamentos interiores del bombillo. Así quedó inventada la lámpara eléctrica, cuyo empleo se está generalizando rápidamente y parece probable que llegue a sustituir por completo a todos los demás sistemas de alumbrado.

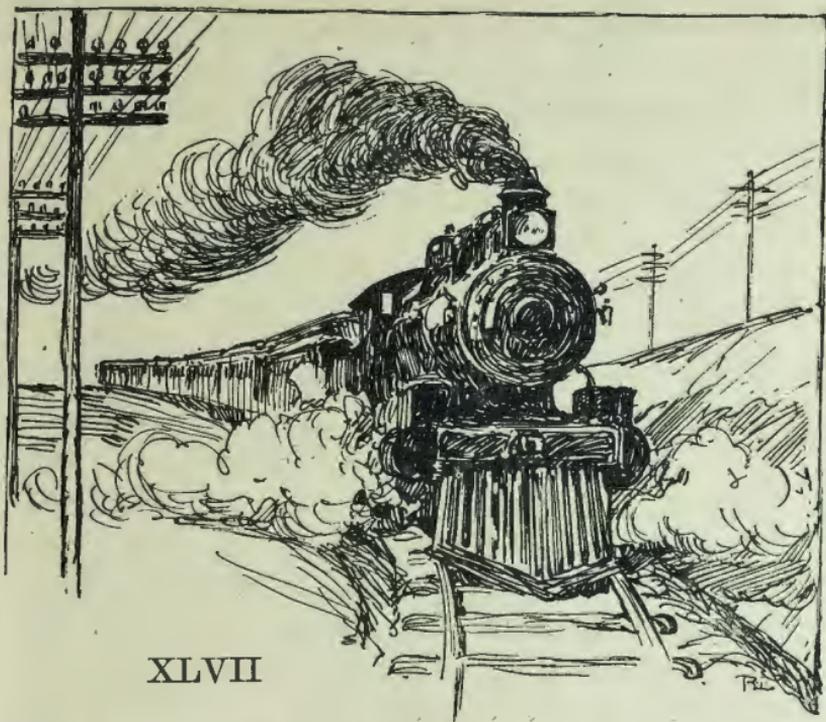
En la actualidad, otros experimentos han logrado sustituir el filamento de carbón por otros de naturaleza

metálica, que resisten mucho tiempo y ahorran fluido por lo que resultan más ventajosos.

Excuso decir, que, como ocurre en todos los inventos, cada día se descubren nuevos medios de perfeccionar éste, de manera que la luz eléctrica que actualmente se obtiene superará con gran ventaja a todas las demás.

Satisfechos quedaron los muchachos con la explicación del padre, ofreciendo tener más cuidado en lo sucesivo con aquellos pequeños aparatos tan sencillos e insignificantes al parecer, pero que tan valiosos servicios nos prestan y tantas preocupaciones y sacrificios costaron a su inventor.





XLVII

CANTO AL TRABAJO

A ti, de Dios venida,
dura ley del trabajo merecida,
mi ruda lira, su cantar convierte;
a ti, fuente de vida;
a ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta
la oscurísima voz de mi garganta
lo que tienes, oh ley! de creadora,
lo que tienes de santa,
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura
que manas oro de la henchida hondura,
fecunda y rica en mi canción te llamo;
porque eres levadura
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

Mirad, ojos atentos,
toda la luz que radian sus portentos,
todo el vigor que en sus empresas late! . . .
No hay épicos acentos
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra
provoca con el hierro a santa guerra,
desgarrando sus senos productores,
donde juntos soterra
semillas, esperanzas y sudores.

El bosqueje descuaja,
las peñas de su asiento desencaja,
estimula veneros, ciega fosas,
y el alto cerro cuaja
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,
trenza el río sereno y lo despliega,
en innúmeros hilos de agua pura
que mansamente riega
opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,
la detiene en la presa, y luego airada,
la despeña en cascadas cristalinas
con fuerza regulada
que hace mover rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares
abruma con el peso de millares
de buques que cargó con sus labores,
y a remotos lugares
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora
la distancia en la audaz locomotora
que creó gallardísima y ligera;
mirad cómo perfora
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura,
y persigue el filón dentro la oscura
profunda mina que el tesoro guarda;
cómo la inmensa altura
va conquistando de la nube parda.

Cómo el taller agita,
cómo en el templo del saber medita,
y trepida en las fábricas brioso,
y en las calles se agita,
y brega en los hogares codicioso.



Labra, funde, modela,
torna rico el erial, pinta, cincela,
incrusta, sierra, pule y abrillanta,
edifica, nivela,
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
fuego del cielo, espanto de la gente,
ha tornado en sumiso mensajero
que de oriente a poniente
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo
les da para los suyos pan sobroso,
olvido al triste en su dolor profundo,
salud al poderoso,
honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aun no venidós
del imperio triunfal de los caídos:
derramad pan honrado y paz bendita
sobre hogares queridos
que templo son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzais armados;
sitiad por hambre o desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

Vida que vive asida,
sabia sorbiendo de la ajena vida,
duerme en el polvo en criminal sosiego!
Rama seca o podrida
perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria a ti, oh fecundo
sol del trabajo alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fué el primero,
tú el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.



XLVIII

LA TOMA Y EL INCENDIO DE BAYAMO

Era el mes de Octubre de 1868. Algunos cubanos, en el departamento oriental de la Isla, consideraron que había llegado el momento apetecido de protestar con las armas contra la dominación de España. Se levantaron en el acto, seguros de que millares de patriotas les seguirían bien pronto en aquella sublime cruzada de la libertad, que ellos emprendían intrépidamente, sin cuidarse de la inmensa superioridad del enemigo en número, armamento y disciplina. No llegaban a cincuenta los primeros que dieron el ejemplo

de tan heroica resolución el 10 de Octubre; el quince contaban ya con más de quinientos además de los que se habían levantado en otros puntos de la región oriental.

Entre las ciudades de este Departamento contábase una que siempre se distinguió por el elevado carácter de sus habitantes, prontos en todo tiempo a protestar enérgicamente contra las injusticias españolas. Esa ciudad era Bayamo, agradablemente situada en una vega pintoresca, bañada por las puras y cristalinas aguas de caudoloso río, y cubierta de flores, de plantas y de árboles frutales, que embalsamaban el aire y deleitaban la vista con la encantadora belleza de la exuberante vegetación tropical. Ascendía su población a diez o doce mil habitantes. Los españoles tenían allí un cuartel de infantería y otro de caballería con una guarnición de trescientos hombres de tropa regular. El Gobernador había levantado barricadas en el centro de la ciudad, y había tomado otras medidas de urgencia, para el caso de ser atacado por los insurrectos. El preveía que así pudiera suceder, y había pedido con instancia refuerzos, que esperaba de un día a otro.

Los temores del Gobernador eran fundados. El 18 de Octubre a las ocho de la mañana, aquellos quinientos hombres de la primera partida que se levantó, aumentados por otros muchos que se le habían unido, penetraron en la ciudad, formando un solo cuerpo. No llevaban armas de fuego, con excepción de un escaso número de fusiles de caza y alguno que otro revólver: sus armas consistían en sus machetes de trabajo, muchos de ellos gastados ya por el uso. Con estas

armas tan inferiores iban a combatir a pecho descubierto, contra tropas bien armadas, disciplinadas y protegidas por parapetos y los espesos muros de sus cuarteles.

Mientras los cubanos avanzaban en buen orden por una o dos de las calles principales, un patriota de corazón, Esteban Estrada, impelido por su entusiasmo e indiferente al riesgo cierto que corría se presentó desarmado en la plaza llamada "Isabel II" que estaba defendida por barricadas de una compañía de bomberos de color al mando de jefes dominicanos y oficiales españoles. Arengó a los bomberos apelando a sus sentimientos patrióticos, como hijos de Cuba, e invocó el espíritu de paz e independendencia y los entusiasmó con sus ardientes palabras. Los oficiales dieron orden de hacer fuego, pero los bomberos lejos de obedecerlos, saltaron por encima de las barricadas y, guiados por el noble patriota fueron a unirse a sus hermanos que a la sazón peleaban en las calles contra el enemigo.

La caballería española, apoyada por un pelotón de infantería, había hecho una salida y había arrollado la vanguardia cubana, matando, hiriendo e introduciendo el desorden en sus filas; pero, viniendo en su auxilio el grueso de las fuerzas patrióticas, cargaron con ímpetu al enemigo, trabándose cuerpo a cuerpo una lucha porfiada en que el machete y la lanza jugaban el principal papel.

El comandante de la caballería española, fué gravemente herido; el pánico se apoderó de los soldados, que, contando sólo en salvar a sus jefes, y salvarse a sí propios, volvieron grupas, corriendo a escape hacia

el cuartel de infantería. Los cubanos quedaron, por consiguiente, dueños de la ciudad, con excepción del cuartel, adonde los españoles se habían encerrado.

Carlos Manuel de Céspedes, que había sido el primero en levantar el estandarte de la revolución, fué reconocido General en Jefe, con plenos poderes militares y civiles. Organizóse por lo pronto un cuerpo de policía que se encargó de dar sepultura a los muertos, pagando por igual el mismo tributo a los cadáveres de los españoles y a los de los cubanos.

Entre otros rasgos característicos de aquel notable día merece especial mención un acto de heroica fidelidad. Cuando el grueso de las fuerzas cubanas marchaba al encuentro de la caballería española, después de la confusión introducida en su vanguardia, un jinete advirtió que un hombre a pie armado con piedras, se empeñaba en seguirle de cerca; reconoció en aquel hombre a uno de sus esclavos—su criado de mano—, ¿qué hace Vd. aquí?—exclamó el amo. “Vengo a morir donde Vd. muera”.

El cuartel en que se habían encerrado los españoles era un vasto edificio de piedra y de ladrillo, cuyas puertas y ventanas habían sido aspilleradas convenientemente; los cubanos, bajo el fuego enemigo, fueron tomando posesión de las casas adyacentes, y al cabo el cuartel quedó estrechamente sitiado.

Los españoles se sostenían firmes, seguros de que al otro día había de llegarles el refuerzo que esperaban. En efecto, unos seiscientos hombres al mando del coronel Campillo, se aproximaban a marcha forzada, y habían llegado en la mañana del diecinueve a un lugar

distante cinco o seis millas de Bayamó. Dos horas más de camino y habrían entrado en la ciudad y libertado a la guarnición; pero el destino lo había decretado de otra manera. La columna en marcha debía cruzar un arroyo—Babatuaba—cuyas orillas eran en parte cenagosas y en parte estaban cubiertas de árboles y malezas, de modo que no podía ser vadeado, sino por el paso del camino real. Allí se hallaban emboscados unos doscientos



tos cubanos, de los cuales, apenas veinte y cinco disponían de armas de fuego. Tan pronto como los españoles se dirigieron hacia el arroyo, los patriotas rompieron, con certera puntería, un fuego mortífero, que fué contestado por el enemigo con descargas cerradas, sin causar daño alguno a los cubanos; mas, como éstos continuaban disparando sin interrupción,

los españoles, aterrados, retrocedieron, emprendiendo a toda prisa su retirada hacia Manzanillo, de donde habían salido dos días antes.

La guarnición del cuartel continuaba, entre tanto, resistiendo el sitio, sin saber lo que había ocurrido. Pero en la mañana del veinte, habiendo permitido los sitiadores que una comisión de comerciantes peninsulares, comunicase a los sitiados la derrota y retirada del refuerzo que aguardaban y la resolución de los cubanos de tomar aquel día por asalto el cuartel, los jefes y oficiales celebraron consejo de guerra y acordaron por mayoría rendirse, entregando armas y municiones, siempre que se respetase la vida de todos los que componían la guarnición, y se permitiese a los oficiales y jefes conservar sus espadas. Aceptada la capitulación en estos términos, los cubanos tomaron inmediatamente posesión del cuartel y cuanto contenía, tratando a la vez con la mayor consideración y respeto a los rendidos sin distinción de clases.

El que esto escribe, testigo presencial de cuanto deja referido, recuerda con orgullo la moderación, el buen juicio y noble comportamiento observados en aquellas circunstancias difíciles por los cubanos, la mayor parte de los cuales eran hombres de campo, faltos de instrucción y llenos de agravios por las injusticias, mal trato y cruel expresión de que ellos, en particular, habían sido constantes víctimas por parte de las autoridades españolas. Sin embargo, en aquel crítico momento, cuando tenían en sus manos, desarmados y sometidos a aquellos que, durante tantos años los habían pisoteado y esquilado, lejos de abusar de

su ventajosa posición, se mostraron dignos de la libertad por la cual peleaban. El Gobernador Militar de la plaza, junto con los demás oficiales, fueron trasladados con respetuosas atenciones desde el cuartel a una de las casas más cómodas en el centro de la ciudad. Las fuerzas cubanas se extendían a lo largo de las calles por donde pasaban los prisioneros, y pudiera haberse temido que saliesen de entre sus filas gritos u otras demostraciones ofensivas. Pero no! aquellas masas de hombres rústicos y sencillos se sentían poseídas del espíritu de magnanimidad y de grandeza que el triunfo del derecho y la justicia inspiran siempre a las almas nobles, ellos evitaron cuidadosamente proferir una palabra, hacer un gesto o aún revelar en su semblante la alegría que naturalmente rebozaba en sus corazones: ellos sabían por instinto, que su deber como cristianos, como hombres civilizados y vencedores era respetar a los vencidos y evitar herir sus sentimientos de algún modo.

Bayamo permaneció en poder de los cubanos durante cuatro meses, siendo inútiles todas las tentativas de parte de los españoles para volverla a conquistar. Pero como esta ciudad vino a ser el punto objetivo del enemigo, marchó contra ella una columna de tres o cuatro mil hombres al mando del general en jefe del ejército español. Los patriotas opusieron tenaz resistencia a la marcha de esta columna; pero agotadas sus municiones y diezmadas sus filas por el cólera morbo que se cebaba en ellas, el enemigo pudo acercarse a la ciudad. A este punto, los jefes cubanos, encargados de defenderla, convencidos de que era imposible oponer

con éxito nueva resistencia a tan numerosa fuerza, provista de artillería y compuesta de soldados veteranos armados todos con modernos rifles, celebraron consejo, al que asistieron algunos miembros del Ayuntamiento, y acordaron, después de una hora de deliberación, reducir a cenizas la ciudad.

Era media noche, el 21 de febrero de 1869, cuando tal resolución se adoptó. El síndico y algún otro concejal, auxiliados por gente de tropa que pusieron a su disposición los jefes, se consagraron desde aquel momento a trasladar a lugar seguro, fuera de la ciudad, a los ancianos e inválidos y a prestar ayuda en su retirada a las mujeres y niños, tomando además medidas de policía para mantener el orden y proteger a los residentes españoles de todo atentado contra sus vidas; oh! de cuántas y cuán dolorosas escenas fuimos testigos en aquellas horas de suprema desesperación; y de cuánta fortaleza de espíritu fué necesario revestirse, para hacerles frente sin conmoverse! Mujeres corriendo en todas direcciones, con el cabello suelto y el terror pintado en el semblante, el aire resonando con el agudo grito de los niños, que seguían a sus madres, agarrados de las faldas de sus vestidos, hombres llevando en una mano lo que a toda prisa habían podido reunir de más valioso y ayudando con la otra en su fuga a su esposa e hijos; por todas partes gritos y lamentaciones, unas maldiciendo a los españoles, otras censurando a los patriotas porque no impidieron la aproximación del enemigo, pero todos dispuestos a huir y prefiriendo ver destruídas sus propiedades a someterse de nuevo al yugo colonial.

El incendio de Bayamo fué el animoso reto lanzado
la rostro del representante armado del sistema colonial
de España; los campos quedaban deslindados; la
guerra continuaría con mayor ardor, y cualesquiera
que fueran sus vicisitudes habría desde entonces hijos
de Cuba que mantendrían en todo tiempo enhiesta la
bandera de la independencia.

T. ESTRADA PALMA.





XLIX

EL CABALLO

Una de las más grandes conquistas que ha realizado el hombre en el reino animal es el caballo. No se sabe en qué época se domesticaron los primeros animales de la familia de los équidos, pues los relatos más antiguos ya hacen mención de ejemplares utilizados por el hombre, pero se cree generalmente que debemos esta preciosa adquisición a los pueblos que habitaron en tiempos muy remotos el Asia Central.

En las estepas del Asia se encuentran todavía numerosas manadas de caballos salvajes, pero no se sabe de cierto si descienden del tronco primitivo, sin

haber estado nunca ninguna de sus generaciones antecesoras en domesticidad, o si provienen de caballos domesticados fugitivos, a semejanza de lo que ocurre en la América del Sur.

En las extensas pampas Sudamericanas hay numerosas manadas de caballos errantes que descienden de los primeros que llevaron allí los colonizadores españoles.

En la actualidad se encuentran caballos salvajes en las estepas de la Europa sudoriental, en Asia y América.

En tal estado no son los caballos tan hermosos como en domesticidad, su cabeza es más abultada, el pelaje más áspero, y las prominencias huesosas más salientes.

Las manadas en que viven reunidos cuentan, a veces, muchos centenares de individuos, distribuídos casi siempre en pequeñas familias, con un caballo padre al frente de cada una.

Cada caballo padre es el jefe de su familia; se hace obedecer de sus miembros, pero, en cambio, vela por su seguridad.

La manada es como una federación de numerosas familias, sin que haya en ella un jefe especial.

Recorren las grandes llanuras en que viven, siempre en busca de los mejores pastos, marchando, regularmente, contra el viento, a fin de olfatear mejor los peligros que en su viaje puedan encontrar.

Todos los caballos salvajes se asemejan por su forma, su talla y su pelo. Apenas existe diferencia alguna entre los *alzados* de América y los *tarpanes*

européos y asiáticos; comunmente son pequeños, vivaces, enérgicos y sociables.

El caballo doméstico es un producto complejo de las condiciones del sueldo y de los cuidados del hombre.

Compañero suyo y servidor fiel desde los tiempos más remotos, posee, como el perro, el instinto de la sociabilidad y una gran inteligencia.

Entre las diversas razas de caballos domésticos que se conocen, la árabe y la inglesa son las más famosas.

La raza árabe vive en la domesticidad hace miles de años y a fuerza de cuidados constantes ha ido adquiriendo poco a poco, las excelentes cualidades que la caracterizan.

Según la exigencia de los árabes más entendidos, un caballo noble debe reunir las siguientes condiciones: estructura simétrica, cara enjuta, fosas nasales anchas, como la boca del león, ojos hermosos, oscuros y salientes, orejas cortas y movibles, formas redondeadas y graciosas; cuello largo y arqueado, la cruz y el pecho anchos, los muslos posteriores reducidos, el vientre pequeño, los muslos anteriores largos como el avestruz, con músculos iguales a los del camello, el casco de un solo color negro, la crin fina y escasa, el pelo de la cola espeso y largo.

Cuatro partes anchas debe tener el caballo noble: la frente, el pecho, las ancas y las fosas nasales; cuatro largas: el cuello, la parte superior de las piernas, el vientre y los hipocondrios; cuatro cortas: la cruz, las orejas, la ranilla y la cola.

Un caballo que posea todas estas cualidades, prueba que es de buena raza y gran corredor, puesto que

se asemeja en su estructura al lebel, al camello y a la paloma a la par.

Antes de reconocer a un potro como digno de pertenecer a una raza, el árabe lo somete a terribles pruebas.

El día destinado para ellas, el dueño salta sobre él de improviso y lo obliga a partir a la carrera;



excitándolo con la espuela y con la voz lo lanza al galope por las arenas del desierto y por las rocas de las montañas, haciéndole recorrer de este modo diez o doce leguas, hasta que lo siente cansado y cubierto de sudor; entonces lo precipita en un río para vadearlo y así termina la prueba.

Sólo entonces es declarado el potro, digno miembro de su raza.

El caballo inglés tiene poca soltura y escasa gracia en sus movimientos; pero son notables los dedicados a las carreras del hipódromo, donde han vencido a todos sus rivales.

La utilidad que el caballo presta al hombre, no depende tan sólo de sus condiciones físicas, sino también de sus condiciones intelectuales y morales. Entre ellas sobresalen su gran memoria, su docilidad y su bondadosa índole.

Un caballo se acuerda a veces, mejor que su guía, de cualquier lugar que haya recorrido, siquiera una sola vez.

Un caballo puede aprender gran número de habilidades, pero es un error emplear como medio la fuerza, los golpes y el hambre; aprende mucho mejor cuando se le trata con bondad.

Su adhesión y lealtad al dueño, se han hecho proverbiales, así como su gran valor en las batallas.

Los caballos que tenemos en Cuba son descendientes de las razas españolas, especialmente de la andaluza, la cual tiene muchas condiciones de la raza árabe. El caballo criollo es vivo, fogoso y muy resistente, pero la falta de cuidados inteligentes lo han privado de muchas cualidades que poseyeron sus antecesores y que él podría tener.

No obstante, con adecuadas selecciones en los cruzamientos y cuidados bien dirigidos, el caballo criollo puede recuperar las cualidades perdidas y llegar a ser tan estimado como el caballo andaluz.



L

LA MUERTE DE IGNACIO MORA

¡Qué desgarradores fueron para Ignacio Mora los tres meses que todavía le restaban de existencia! Sin embargo nunca se descorazonó; con estoicismo esperó a su fin; sin lamentarse, sin quejarse, sin abjurar. ¿Qué le importaba la muerte? El la había desafiado cuando López, un imberbe casi; las aguas crecidas del río Saramaguacán, al estallar la revolución, no consiguieron darle sepultura; el veneno traidor del farmacéutico de Guáimaro no logró su intento homicida; los calores, el hambre, la intemperie no lo habían doblegado; de los combates salía ileso; durante los siete años cayeron a su alrededor sus compañeros, sus amigos;

todos los de su familia perecieron y él quedaba irreductible en medio de sus dolencias; el cuerpo ulcerado no alcanzaba a rendir su alma altiva. Su destino estaba marcado: él debía ser el último Mora que muriera en aquella contienda épica que él había ayudado a preparar.

El 5 de Octubre de 1875 se hallaba Ignacio albergado en un rancho de una familia amiga en Najasa, cerca de la Loma de Monteverde. Estaba enfermo y las llagas en una pierna le alejaban del servicio activo. Ese día convino en abandonar el lugar junto con su fiel compañero Salvador Cisneros Betancourt. La Providencia había decretado que no fuese así. El caballo de Mora amaneció cojo; el viaje se pospuso.

Apenas se marchó el Marqués se presentó una partida de *jibaros*. Los asistentes acudieron a avisar a Mora.

—Vamos, no tengan miedo, están viendo visiones, les contesta el valeroso Ignacio.

No concluyó la frase cuando el enemigo rodeó la vivienda; los asistentes escapan milagrosamente; a Mora, sin armas para la defensa e imposibilitado para retirarse le hicieron prisionero. Atado codo con codo, por breñales, por senderos escabrosos, le llevaron a pie, en cruenta vía crucis, hasta llegar por la noche al potrero de Najasa, allí le exigieron su palabra de que no se escaparía y entonces lo desataron.

El 6 en el Chorrillo, Fernández, que mandaba la fuerza que lo había capturado, hizo entrega de Mora al jefe de la columna, el entonces comandante Emilio March. Este militar pundonoroso y su oficialidad no

podieron menos que admirar la nobleza y espartana bravura de su víctima; lo trataron con las consideraciones y respeto a que era acreedor por sus méritos; pretendieron salvarlo.

—Es necesario que Vd. aparezca como presentado, le propuso el jefe.

—Los hombres de mi clase sabemos morir, pero no deshonrarnos, contestó Mora en tono firme y tranquilo.

—Entonces me veré en el caso de fusilarlo, replicó March.

Con la mayor sangre fría respondió el prisionero:

—En eso no hará usted más que cumplir con su deber, y continuó hablando de otras cosas, imperturbable como si no se tratara de su muerte.

¡Cuánto decoro, cuánto valor! March y sus oficiales ante tanto heroísmo, ante aquella hidalguía que no pactaba con nada que pudiese empañarla, celebraban con creciente entusiasmo aquel carácter legendario, le enviaron una comisión al comandante general Ampudia comunicándole habían ofrecido la vida a Ignacio Mora. El sangriento esbirro hizo volver inmediatamente la comisión encargando al jefe de las fuerzas “que no trajese a Mora vivo a Puerto Príncipe, porque no quería verse en la necesidad de perdonarlo”. ¡Cínico verdugo el cubano de nacimiento Ampudia!

La capilla de Ignacio Mora fué bien larga, desde el 5 hasta el 14 de Octubre. La víspera de la ejecución depositó en manos del comandante March los retratos de su esposa y de sus sobrinos, pidiendo como único favor, que los hiciesen llegar a su Anita. En aquellos

instantes, al separarse para siempre de aquellas imágenes caras se le nublaron los ojos.

¡Cuán largas le parecieron las primeras horas de su postrera noche! ¡Cuán breves las últimas! ¡Cómo volaron pensando en la suerte que le esperaba a Cuba, en los días de luto que Anita pasaría en el mundo, viuda y patriota, como surgía ante su mente al recordar a sus sobrinos, a sus parientes, las horribles catástrofes ocurridas! Pero Ignacio Mora no flaqueó; lo alentó en esa hora de transfiguración sublime la conciencia de haber cumplido su deber, y moriría fiel a su patria, fiel a su Anita, fiel a su decoro de hombre libre.

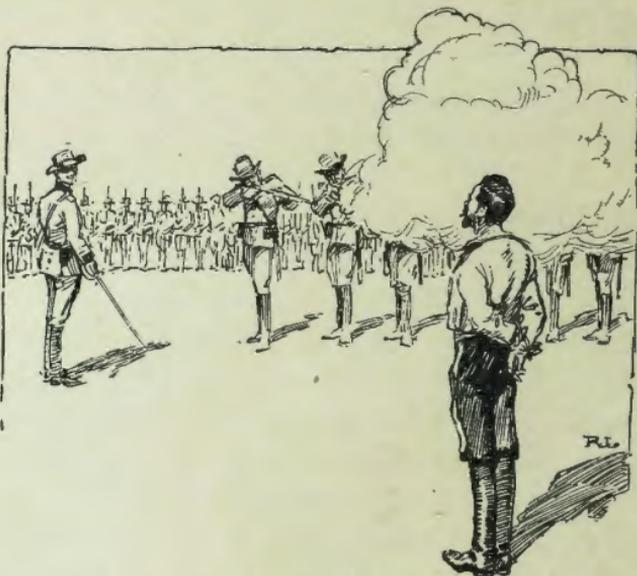
El sol brillaba espléndido sobre aquel lugar fatídico, sobre aquel lugar donde en 1871 fué capturada su esposa.

¡Qué diferencia a aquella otra mañana de Octubre cuando cabalgaba al lado del general Quesada y sus ayudantes, atravesando las sabanas de Cubitas! ¿Por qué no murió aquel día? La columna enemiga de 500 hombres se había lanzado sobre el pelotón de patriotas; con tan poca gente entrar en acción hubiera sido suicidarse; bajo el fuego del enemigo el general manda a tocar retirada; sin precipitación y disparando se verifica, cuando al volver grupas se espanta el caballo de uno de los jinetes y emprende carrera vertiginosa perdiendo el sombrero. Quesada se detiene en la lluvia de balas y volviéndose hacia sus ayudantes dijo: “Vaya uno a recoger ese sombrero”. Ignacio Mora echa pie a tierra, de la brida conduce a su caballo, avanza hacia el enemigo, anda diez metros, recoge el sombrero, monta y retrocede a donde los esperaba Quesada y la

escolta que vitoreaba la hazaña milagrosa. Ni un ligero rasguño había recibido el héroe en la granizada de plomo... ¿Por qué no murió aquel día? ¿Por qué no murió aquella otra mañana espléndida de Octubre, y no en la del 14 de Octubre de 1874?

.....

El piquete a las órdenes del oficial Rodríguez Blanco condujo a Mora a unos metros de la vivienda; la marcha fué lúgubre, imponente, más de un militar



no tuvo valor de darle la despedida; los soldados iban cabizbajos; el jefe de la columna March había emprendido viaje la víspera para no presenciar el acto; los mismos enemigos reconocían la grandeza del cubano!

Rodríguez Blanco, acusándole la conciencia, pero cumpliendo sus órdenes, mandaba el fuego. El rostro

de Ignacio Mora, risueño y como transfigurado, parecía aún más bello, nimbado de rayos de gloria; su cuerpo, demacrado, irguióse; el pecho descubierto aguardaba sereno las balas; sus ojos miraban sin rencor las bocas negras de los rifles asesinos. La orden seca, precisa y temblorosa del oficial español, rompió el terrible silencio de aquellos momentos supremos. ¡La descarga!... Perceptible en ella un sonoro “¡Viva la República de Cuba!”.

Y en la tierra colorada, en medio del humo que semejaba incienso santo, yacía sin un soplo de vida Ignacio Mora, el mártir del Chorrillo!

.....

GONZALO DE QUESADA.





LI

ARTISTAS CALLEJEROS

Si tienes, lector, y ojalá no lo tengas, algún grano del humor meditativo y melancólico disuelto y perdido, pero vivo, en tu torrente circulatorio, no te aconsejo que entretengas demasiado tus ocios curioseando por las calles de tráfico de alguno de esos inmensos bazares modernos que se llaman Londres, o París o Nueva York.

Vete más bien a los bosques. Las hojas innumerables de sus árboles incontables se mueven apenas, y forman un hondo y prolongado rumor que suspende o

aduerme; pero su música misteriosa y solemne tiene poco de común con las melodías que gimen o truenan de nuestro espíritu. Las manos que tocan los registros de ese órgano inmenso no son humanas.

Si contemplamos las ligeras ondas que rizan una a una la superficie del tranquilo río, poco a poco esos mil puntos luminosos móviles parecen llevarnos en pos de sí con un principio de vértigo; pero su correr continuo es muy diverso al deslizarse y bullir de nuestros pensamientos apacibles o tumultuosos. La fuerza que las levanta e impulsa no es una fuerza humana.

Pero este ruido, ésta trepidación, que se eleva de todos los puntos a la vez, que ocupa todo el espacio sin atronar, como si estuviéramos en medio de una colosal caja de resonancia, sale de mil y mil pechos humanos. lo forman millares y millares de plantas-humanas; es la voz sonora que toma la múltiple actividad de miles de brazos humanos o de centenares de máquinas movidas por la voluntad humana. Es el ruido de la multitud.

Los que pasan y pasan, unos en pos de otros, sin buscarse, sin perseguirse, atareados, afanosos, los que pasan y siguen y se pierden a lo lejos, para no ser nunca más vistos, como la onda que se aplanan y se confunde en la líquida superficie uniforme, los que así pasan, tan semejantes y tan extraños unos a otros, son hombres. Ese movimiento incesante, con su flujo y reflujo sucesivos, es la corriente de la multitud.

Y tú, lector, eres uno de los que forma una parte infinitesimal de ese rumor de catarata lejana; eres una de las gotas que van empujando la ola que te tocó

engrosar un momento. Qué extraña y dolorosa sensación de angustia la que nos produce la conciencia de nuestra pequeñez en medio de esa masa con su semifluidéz viscosa, de esa masa que parece estarse disgregando y nos oprime, sin embargo, con la enorme pesadumbre de su grandeza.

La vista de las mil infinitas pequeñeces que se van ofreciendo al paso del transeunte observador, casi apesar suyo, y que forman con todo tanta parte de mil pequeñas vidas humanas semejantes a la nuestra, deja en el espíritu, dispuesto a ponderarlas, huella tan profunda como la contemplación de las escenas más importantes de la Naturaleza o de las obras más gigantes del ingenio humano. Tanta verdad es que nuestra mente oscila suspensa y sobrecogida entre los dos abismos que forman lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. Y ésto lo mismo en el orden físico que en el moral.

Muy presente conservaba, apesar del tiempo transruido, un espectáculo, bien trivial por cierto, que me era dado ver con frecuencia en cierta calle próxima a una de las más pasajeras de la parte baja de Nueva York, y ahora lo ha hecho revivir en mi espíritu un grabado que representa una escena semejante en Londres. Se trata de una especie de exposición al aire libre, como que la galería era la acera de la calle, de diversas acuarelas y pasteles junto a los cuales se mantería su autor dispuesto a vender o a ejercer su habilidad en el acto a gusto o capricho del primer Mecenas transeunte. Con rara rapidez manejaba, si se lo pedían y pagaban, sus lápices de colores, haciendo

brotar como por encanto cielos vaporosos u horizontes marinos que parecían esfumarse en una región de ensueño. El artista estaba lisiado de una pierna.

Más de una vez me detuve, no tanto por contemplar sus cuadros, que no me hacían lá impresión de obras maestras, como por verlo allí arrojado, como un náufrago de la vida, asiéndose, para escapar a la ola tumultuosa de la miseria, a un jirón de talento, de habilidad artística, empeñado en vivir, en trabajar, en crear. Y pensaba yo en que quizá también otras muy insignificantes vidas humanas dependían de la ingeniosidad de aquel pobre artista callejero, desconocido y estropeado, y de la curiosidad, la vanidad o la compasión de alguno que pasara, menos abrumado en este instante, por la carga de la existencia, para querer adquirir una ilusión de campiña demasiado verde, bajo una apariencia de cielo demasiado azul.

El arte vendido al detall por las calles es cosa muy corriente, y no lo es menos que esa venta sea una de las múltiples formas que toma para ocultarse a medias de la extrema pobreza. Pero confieso que aquel caso, en que el vendedor era el propio artista, el cual se hacía entre innumerables buhoneros de las baratijas mucho más útiles, al cabo, que una marina mediocre, hería mi imaginación y me dejaba algo más triste de lo habitual por algunos momentos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



LII

LOS ZAPATICOS DE ROSA

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir a estrenar
Su sombrerito de pluma.

—“¡Vaya la niña divina!”
Dice el padre, y le da un beso,
—“¡Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina!”

—“¡Yo voy con mi niña hermosa”—

Le dijo la madre buena.

“¡No te manches en la arena

Los zapaticos de rosa!”

Fueron las dos al jardín

Por la calle del laurel:

La madre cogió un clavel

Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,

Con aro, balde y pelota.

El balde es color violeta;

El aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:

Nadie quiere verlas ir:

La madre se echa a reir,

Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina

A Pilar, que viene y va

Muy oronda: “Di mamá:

¿Tú sabes qué cosa es reina?”

Y por si vuelven de noche

De la orilla de la mar,

Para la madre y Pilar

Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:

Todo el mundo está en la playa:

Lleva espejuelos el aya

De la francesa Florinda,

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
Con tantas cintas y lazos,
A la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores
Las señoras, como flores,
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar;
Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—“¡Mamá, yo voy a ser buena,
Déjame ir sola a la arena:
Allá, tú lo ves, allá!”

—“¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojés:
Anda pero no te mojes
Los zapaticos de rosa”.

Le llega a los pies la espuma;
Llegan alegre las dos:
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar; ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar;
—“¿Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?

—“¡Ah, loca! ¿En dónde estarán?
¡Di, dónde, Pilar!” —“Señora—
Dice una mujer que llora—,
¡Están conmigo: aquí están!”

—“Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto oscuro,
Y la traigo al aire puro
A ver el Sol; y a que duerma.

“Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dió miedo, me dió espanto,
Y la traje, y se durmió.



“Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrasando;
Y yo mirando, mirando
Sus piecitos desnudos.

“Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.

“¡Se parece a los retratos
Tu niña”—dijo—“¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?”

—“¡Mira! ¡La mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma, los míos;
Yo tengo más en mi casa!”

“No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después;
¡Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!”

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos,
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

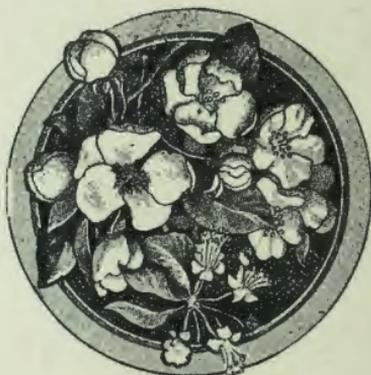
Todo lo quiere saber
De la enferma la señora;
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—“¡Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
También! Tu manta! ¡Tu anillo!
Y ella le dió su bolsillo:
Le dió un claver, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín,
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

JOSÉ MARTÍ.





LIII

EL AGUA Y LAS PLANTAS

La tierra de labor es un inmenso y activo taller, en el cual se trabaja sin descanso, según ya hemos dicho, a fin de proporcionar a la planta los materiales que necesita para vivir y elaborar sus frutos. Entre los operarios de ese taller, uno de los más activos es el agua. Sin su presencia, la gran fábrica se paraliza; tan importante es el papel que desempeña.

La tierra—es menester que fijas bien esa idea en tu pensamiento, y por eso te lo repito amenudo—no es un simple almacén de materiales para las plantas,

sino una fábrica de esos materiales. Las substancias de que nosotros nos alimentamos tienen que ser cocidas y adobadas de cierta manera a fin de que puedan ser absorbidas por nuestro organismo. Son muy pocas, como sabes, las que se toman al natural. Pues otro tanto ocurre con la alimentación de las plantas. Es



menester que los materiales que tomen del suelo estén preparados debidamente, para que sean utilizables por ellos. La preparación se realiza en esa gran fábrica que es el suelo, y sin agua en abundancia es imposible efectuarla.

Además, si un químico toma una planta cualquiera, por ejemplo, una caña de azúcar, una mata de yuca, de

boniato, o de maíz, con todas sus partes completas, raíces, tallos, hojas, flores y frutos, y separa y mide y pesa las substancias de que se compone, hallará que de cada cien unidades de medida o de peso, más de noventa unidades son de agua. Si el examen del químico no se refiere a toda la planta sino al fruto solamente—los granos del maíz, una yuca o un boniato—encontrará también que el agua es la substancia que entra en mayor cantidad en la composición del grano de maíz, las yucas y los boniatos. Como se ve, el agua es el principal componente de las plantas y de los frutos que éstas producen. Si las plantas no disponen de agua en abundancia, no pueden ir aumentando su tamaño ni fructificar.

Pero no es esto sólo; hay algo más aún, no menos importante. El químico a que nos hemos referido, al hacer el análisis de la planta toda entera o de los frutos de éstas solamente, hallará, además de la gran cantidad de agua citada, varias substancias minerales sólidas. Todas esas substancias sólidas están en el suelo y de allí pasaron al interior de la planta. ¿Cómo esas partículas de mineral pudieron penetrar en ésta atravesando la corteza de las raíces? Muy fácilmente: disueltas en agua, de la misma manera que tú disuelves en la leche que tomas, un poco de azúcar a fin de endulzarla. El agua del terreno penetra en la planta por las raíces de ésta, a virtud de un fenómeno llamado ósmosis, que tu maestro puede explicarte, y las partículas minerales disueltas en el agua penetran también en el interior de la planta junto con el líquido.

Pero has de saber que cada partícula de mineral ha de estar disuelta en una enorme cantidad de agua para poder atravesar la cubierta de las raíces y penetrar en el interior de la planta. De modo que una mata de maíz, por ejemplo, para tomar del terreno las partículas de mineral que entran en la composición de un *granito de maíz*, tiene necesidad de absorber una inmensa cantidad de agua, comparada con el tamaño del granito. ¿No se te ocurre pensar que absorbiendo tanta agua, llegará un momento en que la planta estará tan empapada que no podrá absorber más? Así pudiera ocurrir en efecto, y entonces la mata de maíz no podría seguir fabricando su mazorca; pero la planta lo evita exhalando por las hojas en forma de vapor, el agua que toma por las raíces. Fíjate en que la planta puede compararse con un colador o un filtro: El agua entra en ella por las raíces llevando consigo las sustancias minerales, y poco después sale por las hojas absolutamente pura en forma de vapor. Las partículas de mineral se quedan en el interior de la mata de maíz, que las empleará para formar sus granos. Desde que una mata de maíz nace, hasta que los granos de la mazorca quedan formados y secos, una corriente de agua con sustancias minerales disueltas está penetrando por las raíces y saliendo pura por las hojas. Si la corriente se paraliza o no es abundante, la mata de maíz no podrá fabricar sus granos: le faltarían materiales necesarios.

Todas las plantas absorben las enormes cantidades de agua a que nos hemos referido, pero no con la misma rapidez. Las plantas vivaces tienen largos años de

existencia desde que nacen hasta que mueren, y pueden ir absorbiendo el agua poco a poco; pero las plantas herbáceas, que crecen rápidamente y viven sólo unos pocos meses o cuando más dos años, tienen necesidad de tomar del suelo cada día grandes porciones de líquido. Las raíces de estas plantas son muy nume-



rosas, finas y largas, a fin de penetrar bien en el terreno y chupar mucha agua. Las hojas son asimismo grandes y numerosas, puesto que teniendo que exhalar toda el agua absorbida por las raíces, han de guardar cierta proporción con éstas.

El agua que se encuentra en las tierras de labor procede de la lluvia o del riego. Los buenos agricultores labran sus tierras de manera que absorban la mayor cantidad de lluvia y la retengan durante el mayor tiempo que sea posible. Gracias a estas labores logran hacer buenas cosechas allí donde otros menos entendidos ven perecer sus plantas a causa de la seca. Sin embargo, mientras que el agricultor no cuente con más agua que la de las nubes nunca podrá estar seguro de que sus plantas habrán de producirle el fruto deseado. Hay ocasiones en que la falta de lluvia durante una semana le hace perder todo el trabajo de un año. Por eso el ideal de los cultivadores inteligentes y previsores, es poder regar sus siembras cada vez que sea necesario, como se hace en muchas vegas de tabaco y en algunas partes del valle o llanura de Güines. Mientras un país no tiene organizado el regadío de sus campos, el buen éxito de su agricultura no está seguro.





LIV

EL FARDO

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz, azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a sus casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en continuo cabeceo,

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque *cojín cojeando*, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y con la pipa en la boca veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿Se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo y se nutre con el grano del *poroto* y la sangre hirviente de la vida.

Yo veía con cariño aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadaś, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. Ah, con que fué militar! Con que de mozo fué soldado de Burnes! Con que todavía tuvo resistencia para ir con su 'rifle hasta Miraflores! Y es casado y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—Sí, patrón; hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas se humedecieron entonces.

—¡Que cómo se murió? En el oficio, por darnos de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitines y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja y de estirar y cruzar sus piernas flacas y

musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo.

El tío Lucas era casado; tenía muchos hijos.

Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar que comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos y en el muelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. Ah; estuvo muy enfermo! Pero no murió. No murió!

.....

Luego llegaron sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras de mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz algún "triste" y enhiesto el remo triunfante, que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca

y todo se fué al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita los empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados; gracias a Dios! como decía el tío Lucas al narrarlo. Después ya son ambos lancheros.

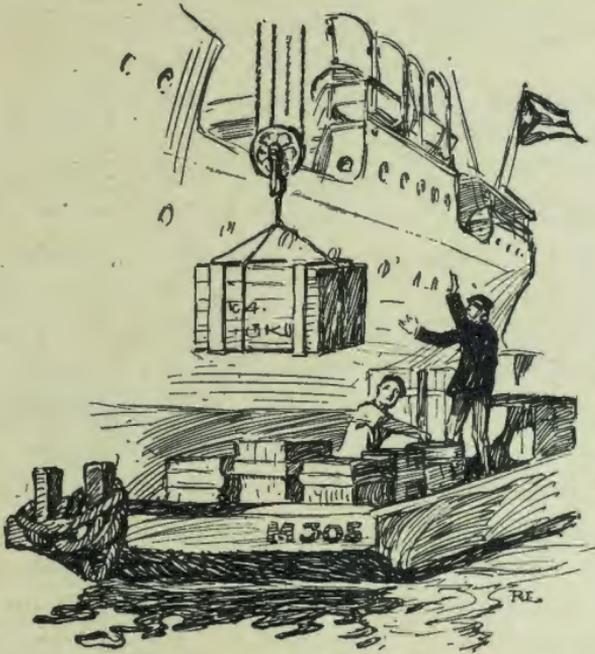
Sí, lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina



pendiente como una sierpe de hierro, del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás, yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle, gritando: “hiiooep!”, cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta, balaceándolos como un péndulo; sí, lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados, que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso: —Muchacho, que te rompes la



cabeza! Que te coge la mano el chicote! Que vas a perder una canilla! Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fué el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro.

En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigos, el son de hierro, traqueteos por doquiera y el viento que pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha, repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio. Sonando como una matraca al correr por la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces estos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo en una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un badajo en el vacío.

La carga estaba amontonada, la ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea.

Venía en el fondo de la lancha. Un hombre, de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaismos de la importación, envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y triángulos negros, habían letras que miraban como ojos-letras en “diamante”, decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro



estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

Sólo él faltaba.

—Se va el bruto!—dijo uno de los lancheros.

—El barrigón—agregó otro.

El hijo del tío Lucas, que estaba animoso de acabar pronto se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena, danzando en el aire. Se amarró un gran lazo en el fardo, se probó si estaba bien seguro y se gritó: Iza!, mientras la cadena tiraba de la masa, chirriando y levantándola en vilo.

Los lancharos, de pie, miraban subir el enorme peso y se preparaban para ir a tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se safó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza, y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que, entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

Me despedí del viejo lancharo, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

RUBÉN DARÍO.



LV

EL COLEGIO "EL SALVADOR"

(FRAGMENTO)

El colegio venciendo grandes obstáculos reanudó sus tareas, y allí vivió él casi siempre. (1) Recuerdo como si fuera ayer, que yo, de diez años de edad, solía ir, a eso de las cuatro de la mañana, en busca de algún diccionario de biblioteca. Empezaba a despertar apenas el establecimiento, y sólo una parte iluminaban los mecheros de gas: mientras yacía la otra en la penum-

(1) Se refiere a Don José de la Luz y Caballero.

bra indecisa de la madrugada. Por las galerías desiertas, más de una ocasión la moribunda luna, al derramar su luz argentada y fantástica al través del platanal y las blancas columnas, me permitió ver a lo lejos al noble anciano, descubierta la cabeza, paseando lentamente a la vista del claro cielo y de vez en cuando mientras me acercaba a él llegaron a mi oído frases de los salmos del Profeta, escapados de sus labios que murmuraban oraciones. Una hora después, todos los alumnos, de pie en la espaciosa sala seguían en alta voz al dulce maestro que entonaba el hermoso rezo de cada mañana, para dar gracias a Dios por la tranquilidad de su sueño y pedirle que los lavara más y más para que fueran “más blancos que la nieve”.

Durante algún tiempo los sábados de cada semana fueron días consagrados a las pláticas. Todos los bancos de las clases y cuantos asientos podían haberse, se colocaban con orden y simetría alrededor de una silla de madera pintada de negro, que quedaba en el centro. A la una de la tarde, alumnos y profesores, y a menudo personas extrañas al establecimiento, ocupaban aquel lugar con ansiedad y contento. Poco después, y en medio del más completo silencio, el maestro se acercaba despacio, recogido en grave meditación y trayendo en la mano algún volumen: comunmente, uno en cuarto mayor, de pasta holandesa oscura, muy sobrecargado de marcas: eran las epístolas de su amigo, el grande y admirable San Pablo. Sentábase apenas al borde de la silla, así leía un trozo del libro y comenzaba su plática, que era siempre un comentario lleno de unción de las palabras del texto. Muy pequeño

era yo cuando, confundido entre mis compañeros, asistía también a aquellas conferencias que seguramente no podía entender; pero de las que he conservado la impresión general, la imagen palpitante, el cuadro vivo y animado; un hermoso grupo apostólico, multitud de niños y de hombres, de pie unos, sentados muchos, fija la mirada, absortos, silenciosos, y en medio de todos, el anciano como un padre entre sus hijos, como el patriarca entre la tribu, con ademán inspirado, brillantísimos los negros ojos, y su palabra robusta extendiéndose vibrante por las desiertas galerías.

Algunas veces hablaba en aquellas pláticas de algún discípulo arrebatado por la muerte; otras del profesor (del malogrado Fúnes), por ejemplo. San Mateo reemplazaba a ocasiones a San Pablo. Pero también solía serle imposible a José de la Luz Caballero aquel noble ejercicio. Sólo veinte y seis días después de perder a su hija pudo recomenzarlo. En el intermedio lo más que se sintió capaz de hacer fué entregar a José María Zayas, para que los leyera a su nombre los cuatro renglones siguientes: “La religión es lo más que enternece mi pecho, y así no puedo dirigiros la palabra estando todavía la herida tan reciente, hijos míos. ¡Qué nombre para un padre que lo fué!” Y, sin embargo “siendo un árbol viejo, pero no carcomido”, se sentía apesar de sus enfermedades y pesares “mientras más viejo, más espartano”.

Hablaba también y entonces a numeroso público, la última noche de los exámenes generales del Colegio, en el mes de Diciembre de cada año; pero siempre sobre algún asunto de educación, y—por desgracia—muy a

menudo, su acento era triste, por más que dijera: “no vengo a quejarme de los males con que lucha aquí la educación, pues suelen convertirse las quejas en vanas exclamaciones”. Esa costumbre no duró mucho. Desde que una enfermedad en la lengua le impidió cumplir lo que él llamaba su “deuda de palabra” con el público. quedó establecida la práctica de que en su nombre lo hicieran sus discípulos. El primero que llamó para sustituirle fué Antonio Angulo y Heredia; al año siguiente, fueron Jesús B. Gálvez y Enrique Piñeyro. No olvidaré jamás la última de esas noches por siempre memorables, en que apesar de haber leído dos discursos notables los discípulos “escogidos”, impaciente el público por oírle, le condujo a la sala una comisión de amigos, cuando casi no podía sostenerse. No sé realmente lo que entonces dijo, ni creo que lo haya sabido nunca; mas estoy oyendo todavía—como quien dice—las salvas estrepitosas de aplausos, la conmoción del concurso, el júbilo de todas las fisonomías: le veo a él también, de pie, vacilante, pero luminoso de inspiración, echada hacia atrás la cabeza, levantadas entrambas manos a lo alto, en la majestuosa actitud de un profeta bíblico; y ahora mismo resuena en mi oído y vivirá por siempre en mi corazón la soberbia frase final, que es un Evangelio entero, que era sin duda la condenación más terminante de la afrentosa realidad, de aquel modo de ser, de la colonia y de la esclavitud: “Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres—reyes y emperadores—, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol

del mundo moral'. El siglo actual, seguramente, no ha oído palabras mejores, ni más hermosas, ni más elocuentes; palabras que parecen sonar como campanas echadas a vuelo, anunciando fragorosas un nuevo Apocalipsis; y si desde entonces no se han desmoronado las viejas murallas de la ciudad maldita, es porque sus cimientos, enterrados en la podredumbre, están demasiado hondos; acaso porque muchos para no oír el estrépito de aquella trompeta se cubrieran la cabeza con el manto; quizás también, porque así estaba escrito!

Basta imaginarse aquella predicación anual, elocuente y dignificadora, que recogía conmovida la sociedad culta; aquellas fulgurante pláticas; la propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores, y será fácil comprender la influencia sorda, casi sin ruido, pero profunda, de aquel hombre superior, la majestad permanente y sencilla de su actitud, y el culto sincero y merecido que se le tributaba. El país entero supo, al fin, que había en él un hombre realmente grande, que era a un tiempo realmente íntegro, y enorgullecido no hubo quien no aspirase al honor de que sus hijos pudieran llamarse discípulos de aquel maestro. El colegio prosperó, de ese modo, y allí estuvo su centro de acción más duradero, más considerable y más fecundo. De aquel colegio no podría yo hablar sin apasionamiento: alma mater de mi espíritu, fué también mi casa y mi familia. Mas, si bien es cierto que tan excelente institución era lo más completo de ese género que ha habido nunca en la isla de Cuba y que allí se estudiaba y se aprendía mucho, así como se templaba realmente el

menudo, su acento era triste, por más que dijera: “no vengo a quejarme de los males con que lucha aquí la educación, pues suelen convertirse las quejas en vanas exclamaciones”. Esa costumbre no duró mucho. Desde que una enfermedad en la lengua le impidió cumplir lo que él llamaba su “deuda de palabra” con el público. quedó establecida la práctica de que en su nombre lo hicieran sus discípulos. El primero que llamó para sustituirle fué Antonio Angulo y Heredia; al año siguiente, fueron Jesús B. Gálvez y Enrique Piñeyro. No olvidaré jamás la última de esas noches por siempre memorables, en que apesar de haber leído dos discursos notables los discípulos “escogidos”, impaciente el público por oírle, le condujo a la sala una comisión de amigos, cuando casi no podía sostenerse. No sé realmente lo que entonces dijo, ni creo que lo haya sabido nunca; mas estoy oyendo todavía—como quien dice—las salvas estrepitosas de aplausos, la conmoción del concurso, el júbilo de todas las fisonomías: le veo a él también, de pie, vacilante, pero luminoso de inspiración, echada hacia atrás la cabeza, levantadas entrambas manos a lo alto, en la majestuosa actitud de un profeta bíblico; y ahora mismo resuena en mi oído y vivirá por siempre en mi corazón la soberbia frase final, que es un Evangelio entero, que era sin duda la condenación más terminante de la afrentosa realidad, de aquel modo de ser, de la colonia y de la esclavitud: “Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres—reyes y emperadores—, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol

del mundo moral'. El siglo actual, seguramente, no ha oído palabras mejores, ni más hermosas, ni más elocuentes; palabras que parecen sonar como campanas echadas a vuelo, anunciando fragorosas un nuevo Apocalipsis; y si desde entonces no se han desmoronado las viejas murallas de la ciudad maldita, es porque sus cimientos, enterrados en la podredumbre, están demasiado hondos; acaso porque muchos para no oír el estrépito de aquella trompeta se cubrieran la cabeza con el manto; quizás también, porque así estaba escrito!

Basta imaginarse aquella predicación anual, elocuente y dignificadora, que recogía conmovida la sociedad culta; aquellas fulgurante pláticas; la propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores, y será fácil comprender la influencia sorda, casi sin ruido, pero profunda, de aquel hombre superior, la majestad permanente y sencilla de su actitud, y el culto sincero y merecido que se le tributaba. El país entero supo, al fin, que había en él un hombre realmente grande, que era a un tiempo realmente íntegro, y enorgullecido no hubo quien no aspirase al honor de que sus hijos pudieran llamarse discípulos de aquel maestro. El colegio prosperó, de ese modo, y allí estuvo su centro de acción más duradero, más considerable y más fecundo. De aquel colegio no podría yo hablar sin apasionamiento: alma mater de mi espíritu, fué también mi casa y mi familia. Mas, si bien es cierto que tan excelente institución era lo más completo de ese género que ha habido nunca en la isla de Cuba y que allí se estudiaba y se aprendía mucho, así como se templaba realmente el

carácter—lo que me figuro que es hacer de ella el elogio supremo—no puedo, sin embargo, dejar de reconocer que tenía influencia en el desenvolvimiento intelectual, apesar de su plan de enseñanza, y que, en el desenvolvimiento moral, no siempre, en todas las esferas, obedecía a las tendencias de su fundador. Intervenia en ella un factor muy poderoso que era el espíritu del país. El interpretaba las máximas y aforismos, las palabras y los discursos, y así lógicamente los



enderezaba por un rumbo diferente. Los niños y los jóvenes de toda la isla—de Camagüey, de las Villas, de Oriente, de Güines, de Matanzas—, venían a educarse allí y allí vivían: traían, sin saberlo, de los cuatro puntos del horizonte, aspiraciones generosas y enérgicas, y animados de ese espíritu deducían las consecuencias análogas que en sí misma contenía en potencia la

enseñanza moral, viril y elevada, de José de la Luz Caballero.

Una comunicación franca y constante entre alumnos y profesores y cierto sentimiento de amorosa fraternidad que los ligaba a todos, bajo la mirada santificadora del maestro, hacían del colegio una como atmósfera libre, donde se cambiaban todas las ideas; una inmensa colmena en que el trabajo era insensible, provechoso y saludable. Era por tal manera una agitación suave y permanente que por fuerza tenía que ser fecunda.

El colegio era también, en más reducida esfera, una especie de centro de caridad para los indigentes. Desde 1865, poco más o menos, y durante algún tiempo, su Director D. José M. Zayas estableció una Escuela Dominical con sus mismos profesores, para enseñar a los niños y a los jóvenes pobres del barrio. El mismo por esa época, dió un curso también dominical de filosofía, explicándola históricamente, y en él puso a contribución los trabajos más recientes y las últimas noticias de las revistas extranjeras.

En realidad, el espíritu del colegio había sido y siguió siendo el espíritu mismo del país; y por eso, cuando en medio del aparente y universal reposó se sintió temblar el suelo, al sonar angustiosamente una hora solemne de prueba, aquella santa casa se quedó vacía. El frío y el silencio se hospedaron en las tétricas naves y al fin, ausente el sacerdote, rotas las aras y apagados los cirios, quedó por siempre abandonado.

Hoy—velado su interior a la mirada del caminante—es el refugio que la piedad de algunos vecinos

ha conservado para algunas niñas pobres, como si quisiese advertirse por tal manera que aquella casa sólo puede destinarse ya a objetos nobles y santos. Porque —en efecto— allí hirvió todo un mundo, grande de luz y de belleza; allí se realizó una hermandad sincera y fecunda; allí hubo religión, ideal y patria; en medio al mercantilismo de nuestro siglo, a la materialidad de la vida colonial, parecía haberse trasladado allí un pedazo de la risueña Galilea del siglo I; allí el entusiasmo encendió corazones para el bien y para el sacrificio; allí la fe reclutó soldados para la lucha y mártires para el cadalso: allí se encerraba como en preciosa redoma, el perfume de virtud y de purísimos anhelos que pudieron desprenderse de una sociedad gangrenada. En el seno de la colectividad, minada por el vicio, irritada por la injusticia, enconada por el odio, aquella casa era un oasis apacible de esperanza, de fe y de ventura moral. Pero era más todavía: era un templo consagrado a cuanto digno, noble y elevado se ofrece al respeto y al amor de la humanidad.

Y aquel hombre grande que lo fundara, logró sin proponérselo como un fin calculado, formar en torno suyo un ambiente tibio de paz, de confianza y de pureza que penetraba y dominaba las almas con la fuerza mansa de una religión espiritual. Su secreto consistió en hacerse amar, y ese precisamente, fué también el grande, el único secreto de Cristo.

MANUEL SANGUILY.



LVI

EL AGRICULTOR Y LAS PLANTAS

Si la tierra es el taller donde se prepara la materia prima que se emplea en la elaboración de los productos agrícolas, la planta es la *máquina viviente* que tomando estas materias primas del suelo, fabrica con ellas café, arroz, millo, naranjas, piñas, mangos, plátanos, yuca, papa, boniatos y mil productos más, con los cuales podría formarse una lista interminable.

Esta máquina viviente funciona de una manera muy delicada; no todas, aunque sean de una misma clase, producen idéntica cosecha, en cantidad y calidad.

Tomemos una planta cualquiera de las muchas que se cultivan en nuestra patria, el maíz, por ejemplo. El agricultor siembra su maíz, y espera que los miles de plantitas que brotan pronto de la tierra le fabriquen, en el corto espacio de varios meses, hermosas mazorcas. El éxito favorable o no que obtenga, dependerá de una multitud de circunstancias, a saber: de los labores que él haya practicado en el terreno, de la fecha de la siembra, de los cuidados que preste a las plantas, del tiempo que haga, etc., etc. Pero he aquí que cultivadas exactamente de la misma manera y sometidas a idénticas influencias, las mazorcas fabricadas por cada mata de maíz son muy distintas. ¿Has visto alguna vez un campo de maíz ya en sazón? Muchas matas de tallo robusto y erguido, ostentan mazorcas hermosísimas; otras las tienen de mediano tamaño; y no faltan algunas que carecen de fruto o han producido una mazorquita insignificante, con granos salteados aquí y allá. No es esto sólo. A veces dos campos de maíz colindantes sembrados el mismo día, en igual forma, atendidos de la misma manera, muestran diferencias enormes: uno ha producido excelentes mazorcas, el otro no; éste ha sido dañado por los insectos, aquel no muestra señales de haber sido atacado; el de la derecha tiene gran número de matas quebradas por el viento, el de la izquierda resistió victorioso los embates de éste; el de acá tiene sus frutos casi maduros, el de allá empieza ahora a fructificar. ¿A qué se deben todas estas diferencias, si como hemos dicho, la calidad del terreno es igual, fué labrado de idéntica manera, la siembra se efectuó el mismo día, recibió los mismos

cuidados y estuvo sometida a las mismas influencias atmosféricas? La diferencia se debe única y exclusivamente a las plantas; no todas nacieron igualmente robustas, mostraron las mismas cualidades, ni fabricaron igual cantidad de fruto.

Este hecho resulta desalentador para el hombre que dedica sus esfuerzos a la agricultura. Es decir que él prepara bien su terreno, hace sus siembras en la fecha oportuna, cuida con esmero todas sus plantas, y luego éstas, a su capricho, le fabrican o no buenas mazorcas de maíz. ¿Hay nada más triste para un trabajador que pone todo su interés en la obra que realiza?

Los agricultores expertos y los sabios que dedican sus esfuerzos al mejoramiento de la agricultura, han estudiado con ahinco el problema y han encontrado manera de remediarlo ventajosamente.

Ellos han observado que una planta transmite a las que nacen de sus semillas la mayor parte de las cualidades que ella posee. Se siembra la semilla de una calabaza de color, forma tamaño y sabor particulares; y se puede comprobar, cuando la mata que nace comienza a producir, que las calabazas que da tienen el color, la forma, el tamaño y el sabor muy semejantes a la calabaza cuya semilla fué sembrada. Este mismo hecho es muy fácil de comprobar en todas las plantas, y muy especialmente en aquellas como la caña, el boniato, la yuca y otras que no se reproducen por semilla. Pero bueno es repetirlo, todas las plantas heredan de una manera más o menos completa, las cualidades de la planta de que descienden.

Teniendo esto en cuenta, el agricultor escogerá cuidadosamente las plantas de las cuales va a tomar las simientes para sus futuras cosechas, prefiriendo las que posean las cualidades requeridas.

Se trata de una región donde los vientos son muy fuertes, pues preferirá, si se trata de maíz, las plantas de tallo robusto que tengan las mazorcas a poca altura. Cuando durante varios años se escogen con cuidado las plantas de las cuales se toman las simientes, se puede llegar a obtener *la variedad del maíz* más adecuada y propia para ser cultivada en el terreno de que se trata.

La selección cuidadosa de la mata de la cual se toman las simientes no basta; es menester escoger las simientes mismas, sembrando sólo las mejores. Una mazorca de maíz tomada de una planta vigorosa y sana, tiene muchos granos hermosos y bien conformados, y otros, los que están en los dos extremos de la mazorca, pequeños y de forma irregular. Un agricultor de experiencia jamás escogerá estos últimos para sembrarlos. Hay gentes ignorantes que dan poca importancia a la selección de las plantas y de las simientes; pero es bueno saber que en otros países gracias a la selección se han llegado a obtener tipos de una misma planta propios de las regiones secas, de las húmedas, resistentes a los insectos, al viento, etc., así como capaces de rendir con los mismos gastos y cuidados cosechas dos, tres, o cuatro veces más copiosas.

En Cuba se debe prestar la mayor atención a este problema de selección de las plantas y de las semillas, porque la ignorancia de muchos agricultores les hace malgastar su dinero y su trabajo. Según estudios que

se han hecho existen en nuestra patria 36 variedades distintas de boniatos por lo menos. Unas producen muchos y muy sabrosos boniatos, otras no dan casi sino *bejucos*; unas son propias de unos terrenos y otras de tierras muy distintas; etc. El cultivador que no escoge con cuidado la simiente para su cosecha, procede a ciegas y está expuesto a fracasar debido a su inexperiencia.

El hombre, mediante una acción tenaz y bien dirigida puede mejorar las plantas y llegar a producir aquellas variedades que reúnan las cualidades que él desea. Cuando ha logrado esto, ya no está expuesto al azar de lo que su máquina—la planta—le quiera producir; ya él sabe que ella, dócilmente, le rendirá los frutos que él le pida en cantidad y calidad. La selección de las plantas y de las semillas no es el único medio de alcanzar tan felices resultados: la agricultura conoce otros muchos de que no es posible hacer mención aquí. Libros hay donde se pueden aprender todas estas cosas tan útiles e interesantes.

Por ahora, no olvides que puedes escoger con gran cuidado las simientes que vas a confiar a la tierra preparada con tu rudo esfuerzo. Si no sabes escogerlas tú mismo, escribe una carta al Sr. Secretario de Agricultura de tu patria o al Sr. Director de la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas. Ellos te darán instrucciones acerca de lo que has de hacer, te envían un perito en agricultura para que te lo explique o te remitirán semillas de la mejor clase. Como ves, Cuba desea ayudar a sus agricultores,



LVII

GUILLERMO TELL

Un día atravesaba la plaza-mercado de Altdorf, población suiza, un hombre de gran belleza varonil. Alto y erguido, ancho de espaldas y bien formado, de cara y barba rubicundas y aspecto altivo; este hombre de las montañas cruzaba la plaza con paso firme y airoso. En sus ojos brillaba la satisfacción, y tenía para todos sus amigos una palabra de afable saludo. Muchos se volvían diciendo: “Ahí va Guillermo Tell, el ballestero de Urglen”. Este, tenido por el mejor ballestero de toda Suiza y el que mejor sabía manejar un bote en el tempestuoso lago de Urí, vivía tranquila-

mente en una casita de la montaña, con su esposa, que con él compartía sus penas y alegrías, y sus hijos, para los cuales trabajaba con ardor. Cazaba ciervos en el monte y pescaba en el lago. A sus hijos nunca le faltaron buenos alimentos ni vestidos adecuados. Su vivienda era limpia y arreglada. No vivía en todos los contornos, otra familia que viviera en paz más estable y con mayor felicidad.

Tell acababa de vender el fardo de piel de venado que había traído de Altdorf, y ahora se encaminaba a comprar recios abrigos de lana para sus hijos, en previsión del próximo invierno. Se sentía feliz y alegre; dentro de una hora, ya iría cantando camino de su casa, monte arriba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro; volvióse, y se encontró detenido por un soldado austriaco; un momento después estaba cercado. El soldado que le había detenido señaló un poste rematado por un sombrero ducal, y le dijo:

—Ya sabes que hay pena de muerte para el que no salude.

Un silencio profundo reinó de pronto en toda la plaza. La gente dejó sus puestos y empezó a apiñarse alrededor del grupo: se trataba de algo más importante que el negocio, la libertad de un hombre, la independencia de una nación! La sangre coloreaba el rostro de Tell. Apartó la vista del poste, y, mirando severamente al soldado, dijo con calma:

—No he cometido ningún delito.

—Has insultado a la majestad del duque, repuso el soldado.

Guillermío Tell le miró fijamente y replicó:

- Por qué hay que demostrar más respeto a un sombrero vacío que a una capa o a un par de medias?

En esto, asomó por detrás de los soldados la figura del gobernador del país, el tirano Géssler. Este Géssler, impuesto sobre la antes libre nación suiza por el conquistador y opresor, el duque de Austria, había hollado la libertad, había asesinado o hecho prisioneros a todos los que se levantaron contra él y para colmo de crueldad, llegó a decretar que todo el que no rindiera homenaje al símbolo de dominación austriaca colocado sobre el poste de la plaza del mercado, sería condenado a muerte; Guillermo Tell se volvió hacia el gobernador; pues ni temía a hombre alguno, ni hubiera sido capaz de quebrantar la altivez de su espíritu. En sus montañas había pensado mucho en la vergüenza de la esclavitud a que se hallaba sujeto su país, y había hablado también con sus amigos de alzarse contra ella; él, por su parte nunca saludaría el odiado símbolo de la tiránica dominación.

—De modo que te burlas de la representación de la autoridad?—preguntóle el gobernador aproximándose mientras los soldados lo saludaban militarmente.

En aquel momento se oyó entre la multitud la voz de un niño que gritaba:

—Padre! Padre!—La muchedumbre se volvió, abrió paso, y vióse al hijo de Guillermo Tell, que, habiendo ido al mercado sin permiso, llegaba ahora corriendo junto a su padre. El gobernador cogió al muchacho por el brazo.

—Es éste el hijo del traidor?—preguntó.

—No le hagáis daño—exclamó Tell—; es mi primogénito.

—No pases cuidado—respondió el terrible Géssler. Si alguien le hace daño no seré yo, sino... tú.

Una sonrisa cruel iluminó sus ojos.

—Ea! Toma al muchacho y átaló al tronco de aquel tilo; luego le colocarás una manzana sobre su cabeza.

—Por qué hacéis eso?—preguntó Tell.

—Me han dicho que te llaman “el balletero de Urglen”—contestó el gobernador—, y me gustaría presenciar una prueba de tu destreza. Estás condenado a muerte, pero me siento generoso, y te perdonaré si haces lo que te mando. Oye: si a esta distancia disparas una flecha que atraviere la manzana sobre la cabeza de tu primogénito, te dejo en libertad; pero si, por el contrario, no tocas la manzana, o matas al niño... , mandaré que te ejecuten inmediatamente.

—No tenéis piedad?, exclamó Tell, temblando de indignación. Creéis que voy a intentar el rescate de mi vida arriesgando la de mi hijo?

—Te hago un favor—replicó Géssler—. Calcula. Con un disparo afortunado salvas la vida y te marchas tranquilamente a casa.

Tell, levantando acongojado su mano temblorosa, dijo:

—Cómo puede un padre que ama a su hijo apuntar con mano firme un dedo por encima de su frente? Miradle! Vedle! señor. Cómo se ve que no comprendéis de qué modo tan profundo ha penetrado en el

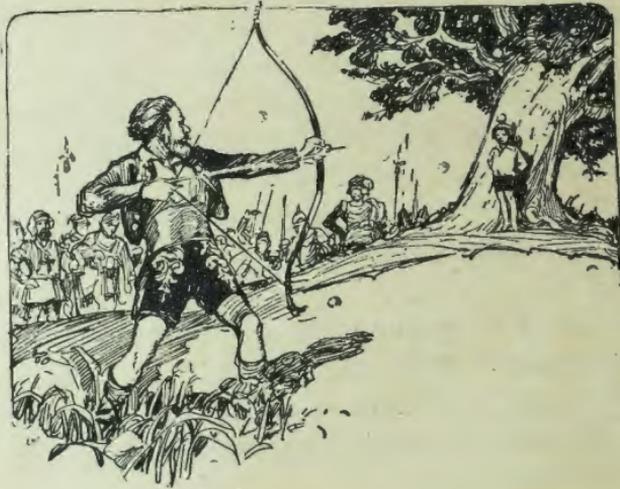
corazón de su padre la inocencia de sus ojos, la belleza de su rostro! Por qué he de arriesgar su vida?

Géssler se rió brutalmente.

—Bueno! O disparas la flecha, o mueres. Pero antes mandaré a estrangular a tu hijo ante tus propios ojos.

Una oleada de ciega rabia inundó el alma del montañés.

—Dadme el arco—dijo—. Una cosa os pido, por compasión: poned el muchacho, de cara al árbol, atado



al tronco con cuerdas. Un silencio de muerte reinó en toda la plaza. Guillermo Tell escogió dos flechas; una se la puso en el cinto, la otra la colocó en el arco. Por un momento quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo; estaba orando. Hubiera podido oirse el ruido de una hoja al caer; tan

grande era el silencio que reinaba en la plaza. Por último Tell levantó la cabeza; su mirada estaba serena; sus manos, firmes; su rostro parecía de acero. Levantó el arco y fijó la mirada en la pluma de la flecha, apuntando a su hijo.

Vibró la cuerda del arco.

La flecha partió veloz, y casi en el mismo instante quedó profundamente clavada en el árbol. La manzana cayó partida por la mitad, a ambos lados de la cabeza del niño. Una atronadora aclamación salió de los labios de la multitud, y Géssler, volviéndose a Tell, le dijo:

—Buena puntería, traidor!—Pero dime, por qué tomaste dos flechas?

Tell puso la mano sobre la flecha que tenía al cinto.

—Si la primera hubiese herido a mi hijo—contestó—, ésta la tendríais clavada en el corazón.

—Ah! De manera que mi existencia corre peligro?

—dijo el gobernador.

Sin embargo, quiero ser fiel a mi promesa. No morirás, te perdono la vida, pero el resto de ella lo pasarás en un calabozo de mi castillo; así nada tendré que temer de tu arco.

Entonces los soldados se apoderaron otra vez de Tell y lo arrastraron por entre la irritada multitud, hasta el muelle donde estaba atracado el barco del gobernador. Pero ocurrió que mientras cruzaban el lago Urí se desencadenó una terrible tempestad que amenazaba hacer naufragar el barco. Los austriacos, no pudiendo gobernar la embarcación, empezaron a perder las esperanzas de salvarse. En su terror se acor-

daron de que Tell tenía fama de ser el mejor patrón de todo el lago, y se lo comunicaron al gobernador.

Tell empuñó el timón y puso proa a la orilla. Al hacerlo no pensaba en la vida de Géssler, ni en los soldados austriacos, sino en su libertad y la independencia de Suiza. Quería escapar él y salvar a su patria.

Condujo la embarcación hasta acercarla a una roca que sobresalía en la costa, y acertando a pasar velozmente por su lado, saltó repentinamente a ella, dejan-



do a los austriacos abandonados a su suerte. Con gran ligereza escaló la roca, ascendió por el acantilado, y atravesando los montes, llegó a un lugar del camino por donde tenía que pasar Géssler, si llegaba a salvarse. Allí se escondió entre la espesura, con la flecha preparada en el arco y el corazón dispuesto a librar a Suiza del tirano. Mientras esperaba, comenzó a caer la tarde. Poco después oyó ruido de pisadas.

—Y si llego con vida a Altdorf—iba diciendo Gessler, juro destruir toda la raza de este traidor de Tell, madre e hijos, todos a un tiempo.

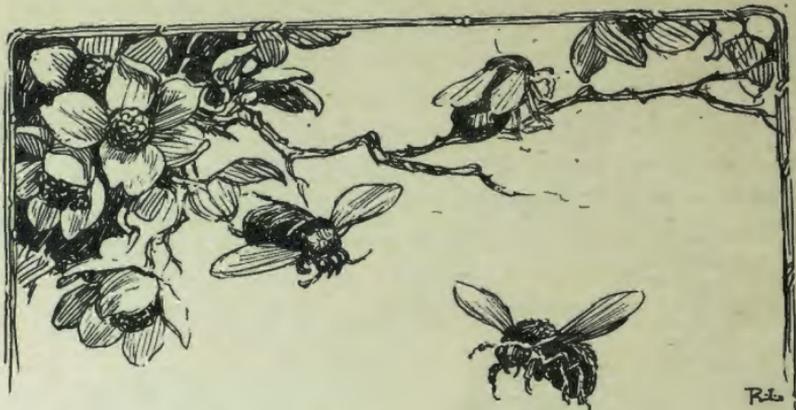
—Nunca llegarás—se dijo Tell.

Y mientras los soldados marchaban ante él, flechó el arco. Pocos momentos después Gessler caía muerto sobre el polvo del camino.



Guillermo Tell dirigió el levantamiento del pueblo suizo, que derribó el poder de los austriacos e hizo de Suiza un país independiente.

Sus compatriotas le hubieran proclamado rey, pero Tell rehusó y se volvió a su casita entre las montañas, que para él valía más que todos los palacios del mundo.



LVIII

LA MATANZA DE LOS ZANGANOS

(DE LA VIDA DE LAS ABEJAS)

Después de la fecundación de las reinas, si el cielo continúa claro y cálido el aire, si el polen y el néctar abundan en las flores, las obreras, por una especie de olvidadiza indulgencia o quizás por excesiva previsión, toleran por un tiempo más la presencia importuna de los zánganos. Estos se conducen en la colmena como los pretendientes de Penélope en la casa de Ulises. Llevan en plena francachela y *gaudeamus*, la odiosa existencia de amantes honorarios, pródigos y sin delicadeza; satisfechos, barrigones, llenan las avenidas, obstruyen los pasadizos, dificultan el trabajo, atropellan, son atropellados, y se les ve azorados, importantes, hinchados de desdén, aturridos y sin malicia, pero despreciados con inteligencia y segunda intención, in-

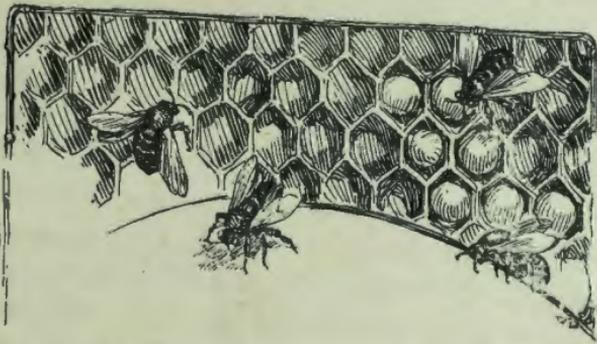
conscientes de la exasperación que va acumulándose ante ellos y del destino que les aguarda. Eligen para dormir a sus anchas el rincón más tibio de la morada; se levantan perezosamente para ir a chupar en las celdas abiertas la miel más perfumada, y mancillan con sus excrementos los panales que frecuentan. Las pacientes obreras miran el porvenir y reparan silenciosamente los desperfectos. De mediodía a las tres de la tarde, cuando la campiña azulada tiembla de fatiga feliz, bajo la mirada invencible del sol de julio o de agosto, aparecen en el umbral. Llevan un casco formado de enormes perlas negras, dos altos penachos animados, un jubón de terciopelo leonado y frotado de luz, una melena heroica, un cuádruple manto rígido y translúcido; hacen un ruido terrible, apartan las centinelas, derriban a las ventiladoras, tropiezan con las obreras que llegan cargadas de botín. Tienen el andar atareado, extravagante, de dioses indispensables que salen en tumulto a cumplir algún gran designio ignorado por el vulgo. Unos tras otros afrontan el espacio, gloriosos, irresistibles, y van tranquilamente a posarse en las flores más vecinas, donde duermen hasta que el fresco de la tarde los despierta. Entonces vuelven a la colmena, en el mismo torbellino imperioso, y siempre desbordante del mismo gran designio intransigente; corren a las despensas, hunden las cabezas hasta el cuello en las cubas de miel, se hinchan como ánforas para reparar las agotadas fuerzas, y ganan, con pesado paso, el buen sueño, sin pesadillas ni preocupaciones, que los recoge hasta su próxima comida,

II

Pero la paciencia de las abejas no es igual a la de los hombres. Una mañana comienza a circular por la colmena la consigna esperada, y las apacibles obreras se transforman en jueces y verdugos. No se sabe quién da la consigna; emana de repente la indignación fría y razonada de las trabajadoras, y de acuerdo con el genio de la república unánime, tan pronto como se pronuncia, llena todos los corazones. Una parte del pueblo renuncia a salir en busca del botín para consagrarse aquel día a la obra justiciera. Los gordos holgazanes dormidos en descuidados racimos sobre las paredes melíferas, son arrancados bruscamente de su sueño por un ejército de vírgenes irritadas. Se despiertan beatíficos y sorprendidos, no pueden dar crédito a sus ojos, y su asombro logra apenas asomar a través de su pereza, como un rayo de luna a través del agua de un pantano. Se imaginan víctimas de un error, miran en torno suyo estupefactos y la idea matriz de su vida se reanima en sus torpes cerebros, y les hace dar un paso hacia las cubas de miel, para confortarse en ellas. Pero ya pasó el tiempo de la miel de mayo, del vino-flor de los tilos, de la fresca ambrosía, de la salvia, del trébol blanco, de la mejorana. En lugar de libre acceso a los buenos depósitos rebosantes que abrían bajo sus bocas sus brocales de cera, complacientes y azucarados, encuentran en torno un ardiente matorral de dardos emponzoñados que se erizan.

La atmósfera de la ciudad ha cambiado. El amigable perfume del néctar, ha cedido su lugar al acre olor

del veneno cuyas mil gotitas resplandecen en la punta de los agujones y propagan el rencor y el odio. Antes de haberse dado cuenta del derrumbamiento inaudito de todo su destino de ocio y de regalo, en el trastorno de las leyes dichas de la ciudad, cada uno de los azorados parásitos se ve asaltado por tres o cuatro ajusticiadoras que se esfuerzan por cortarle las alas, asestárles el peciolo que une el abdomen al tórax, amputarles las febriles antenas, dislocarles las patas, dar con una juntura de los anillos de la coraza para hundir



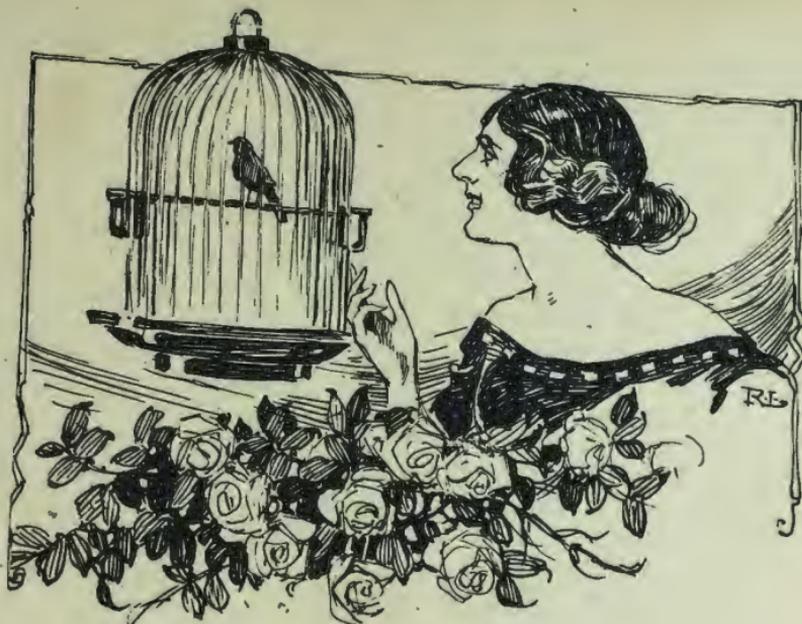
en ella su dardo. Enormes pero inermes, desprovistos de agujón, no piensan en defenderse, tratan de escapar y oponen únicamente su masa obtusa a los golpes que los abruma. Derribados de espalda, agitan torpemente en el extremo de sus poderosas patas, a sus enemigas que no sueltan su presa, o girando sobre sí mismos, arrastran el grupo entero en un torbellino loco pero pronto exhausto. Al cabo de cierto tiempo están en un estado tan lamentable, que la piedad, que nunca está muy lejos de la justicia en el fondo de nuestro corazón,

acude a toda prisa y pediría gracia—aunque inútilmente—a las duras obreras que sólo reconocen la ley profunda y seca de la naturaleza.

Las alas de los desdichados quedan laceradas, los tarsos arrancados, las antenas roídas y sus magníficos ojos negros, espejo de las flores exuberantes, reverberos del azul y de la inocente arrogancia del estío, dulcificados entonces por el sufrimiento, no reflejan ya más que la angustia del fin. Los unos sucumben a las heridas y son inmediatamente arrastrados por dos o tres de sus verdugos a lejanos cementerios. Otros, menos heridos, logran refugiarse en algún rincón en que se amontonan y donde una guardia inexorable los bloquea, hasta que se mueren de inanición. Muchos logran ganar la puerta y escapar al espacio arrastrando a sus adversarias, pero, al caer la tarde, hostigados por el lumbre y por el frío vuelven en masa a la entrada de la colmena, implorando un abrigo. Tropiezan con otra guardia inflexible. Al día siguiente, a su primer salida, las obreras barren el umbral en que se amontonan los cadáveres de los gigantes inútiles, y el recuerdo de la raza ociosa se extingue en la ciudad hasta la siguiente primavera.

MAURICIO MAETERLINCK.





LIX

A MI JILGUERO

No así las lindas alas
Abatas, jilguerillo,
Desdeñando las galas
De su matiz sencillo.

No así guardes cerrado
Ese tu ebúrneo pico,
De dulzuras colmado,
De consonancias rico.

En tu jaula preciosa
¿Qué falta a tu recreo?
Mi mano cariñosa
Previene tu deseo:

Festón de verdes hojas
Tu reja adorna y viste...
¡Mira que ya me enojas
Con tu silencio triste!

No de ingrato presumas,
Recobra tu contento,
Riza las leves plumas,
Da tus ecos al viento.

Mas no me escucha
Que tristemente
Gira doliente
Por su prisión.

Troncha las hojas,
Pica la reja,
Luego se aleja
Con aficción.

Ni un solo trinc
Su voz exhala,
Mas bate el ala
Con languidez;

Y tal parecen
Sus lindos ojos
Llorar enojos
De la viudez.

Ya conozco, infelice,
Lo que a tu voz suspende...
¡Tu silencio lo dice!
¡Mi corazón lo entiende!

No aspiras los olores
Del campo en que has nacido...
No encuentras tus amores...
No ves tu dulce nido.

Yo tu suerte deploro...
¡Por triste simpatía,
Cuando tu pena lloro,
También lloro la mía!

Que triste, cual tú vivo
Por siempre separada
De mi suelo nativo...
¡De mi Cuba adorada!

No ya, jilguero mío,
Veré la fértil vega
Que el Tíñima sombrío
Con sus cristales riega.

Ni en las tardes serenas
—Tras enriscados montes—
Disipará mis penas
La voz de sus sinsontes.

Ni harán en mis oídos
Arrullo al blando sueño
Sus arroyos queridos,
Con murmullo halagüeño.

No verá el prado
Que vió otro día
La lozanía
De mi niñez,

Los tardos pasos
Que marque incierta.
Mi planta yerta
Por la vejez.

Ni la campana
Dulce, sonora,
Que dió la hora
De mi natal.

Sonará lenta
Y entristecida,
De aquesta vida
Mi hora final.

El sol de fuego,
La hermosa luna,
Mi dulce cuna,
Mi dulce hogar...

¡Todo lo pierdo,
¡Desventurada!
Ya destinada
Sólo a llorar!

¡Oh pájaro! pues que iguales
Nos hacen hados impíos,
Mientras yo lloro tus males,
Canta tú los llantos míos.

Pero ¡qué! ¿cantar rehusas,
Cual condenando mi anhelo,
Y aún parece que me acusas
De ser causa de tu duelo?

¿No es igual mi cruda pena
A la que te agobía impía?
¿No nos une la cadena
De una tierna simpatía?

—“No, porque en extraña tierra
“Tus cariños te han seguido,
“Y allí la patria se encierra
“Do está el objeto querido.

“De tu madre el dulce seno
“Recibe tu acerbo llanto,
“Y yo de consuelo ajeno,
“Solo lloro y solo canto.

“Eres libre, eres amada,
“¡Yo solitario, cautivo...
“Preso en mi jaula dorada,
“Para divertirte vivo!

“¡Ah! no, pues, mujer ingrata,
“No te compares conmigo...
“Tu compasión me maltrata,
“Y tu cariño maldigo!”

Esto me dicen tus ojos,
Esto tu silencio triste...
¡Ya comprendo tus enojos!
¡Ya jilguero me venciste!

¡Libertad y amor te falta!
¡Libertad y amor te doy!
¡Salta, pajarillo, salta,
Que no tu tirana soy!

Salida franca
Ya tienes, mira,
Goza, respira...
Libres eres ya.

Torna a tu campo,
Torna a tu nido,
Tu bien perdido
Te espera allá.



Mas, no me olvides,
Y a mi ventana
Llega mañana,
Saliendo el sol:

¡Que yo te escuche,
Sólo un momento,
Libre y contento
Cantar tu amor!

G. GÓMEZ DE AVELLANEDA.





LX

ANTONIO MACEO

La feraz tierra de Cuba, pródiga en hijos a la libertad, ha sido como matriz fecunda de héroes o un inmenso yunque donde se forjaban conciencias para fundirlas al crisol del sacrificio y del martirio.

Cuando se evocaba el pasado viril, en la adoración de lo que Carlyle llama, culto del héroe y lo heroico en la vida humana, y desfila por el lienzo del recuerdo la historia patria con su cohorte luminosa, saludamos en Céspedes al iniciador; en Agramonte, a la victoria; en

Máximo Gómez, al táctico, y al Libertador; en Julio Sanguily, al que con la poesía de su valor vadeó los abismos del peligro que le obedecía como si fuese su ginete; pero en Antonio Maceo verá siempre la patria al Héroe.

Se le nombra y parece que vibra el clarín tocando al degüello, y se oye, imperativa, su voz de mando, como un trueno en el silencio de apocalíptica noche; pasa al galope la caballería, como alud que descende la montaña, sombreros al aire y aceros al sol; tiembla el bosque vecino y se estremece la pradera bajo los cascós de la metralla; las cuchillas de las lomas se visitan de banderas; la naturaleza se embriaga de penetrante olor a pólvora; y se perciben rugidos de leones carniceros y vivas estruendosos a la libertad.

Sí, es el héroe. El que ni fué vencido, ni conoció la tregua, ni descansó sino sobre la silla de la carga, arremetiendo a manera de formidable catapulta contra los opresores de su tierra.

Era el general Antonio Maceo, en lo físico y en lo moral, un hombre extraordinario. Su divisa, como la del coloso de Marengo, fué vencer a los hombres, a la naturaleza y al destino.

Cuando—desaparecidos sus contemporáneos—sobre el escenario de sus ínclitas proezas, tiendan los siglos su espesa cortina de sombras, se hablará de ellas como si hubieran sido realizadas por uno de los personajes nacidos en la fantasía del pensamiento, engrandecido por el aura popular, y consagrados por la tradición y por la fábula.

De atlética estatura, recio de espaldas, de ancho torso varonil, parecía el invencible *Ajax* de nuestras luchas, un *Apolo* de ébano, moldeado en bronce. Sus puños eran de hierro, como hechos para estrujar tiranos, y levantar esclavos al decoro, y su acero, a semejanza de la clava de *Hércules*, sembraba el espanto en las filas enemigas, hendiendo cráneos y cercenando húmeros.

Sereno, sin vacilaciones, resuelto en el asalto, entraba en el combate del brazo de la *Fortuna*, cabalgando en el prodigio; era valiente como un *Cid* en la adversidad, y augusto como un *César* en la victoria. Las generaciones del porvenir, se interrogarán, acaso, si el general *Maceo* no fué un *Nenrod* mitológico, concebido por el patriotismo y consagrado por la leyenda.

Si el dogal, que durante cuatro centurias oprimió a *Cuba*, pedía venganza a los cielos, venganza y justicia, para tomarla, en nombre de su pueblo, vino al mundo el estupendo *Alcides* como encarnación de la sombría *Némesis*, adorada por los griegos, vástago terrible de los amores de *Júpiter* y del *Destino*.

En campo más reducido y en los límites de una isla estrecha y larga con el hondo mar por fronteras; en una época en que el positivismo de las armas, medios de transporte y todos sus elementos alcanzan su grado máximo de perfección, sin parque, las más de las veces, ni ametralladoras, ni artillería, con un ejército improvisado por el milagro del ideal y la maravilla de la fe, realizó hazañas que por su prestigio asombraron a la generación coetánea, y harán sonreír a la posteridad; y rivalizó en el circo de la epopeya romántica con los

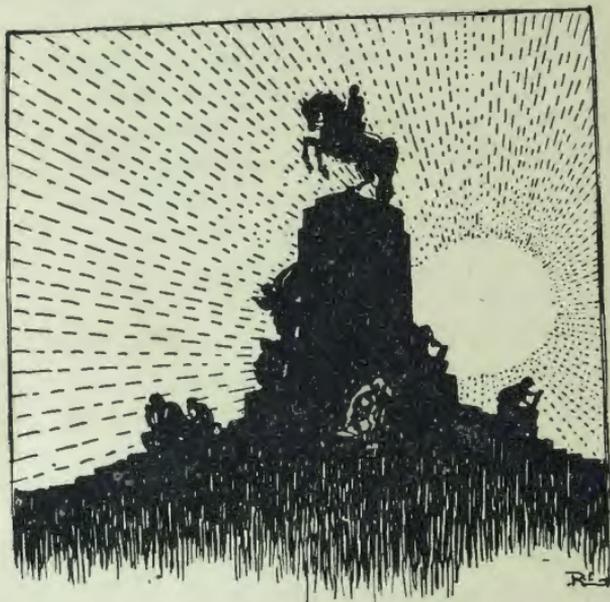
héroes de la antigua Troya, immortalizados por el arte del divino ciego.

Antonio Maceo, por su pericia militar, sus audacias incontrastables y su mirada penetrante de águila para seguir la marcha de la refriega, fué un guerrero digno de parangonearse, estatura a estatura, con los más altos del pasado siglo, y que resiste, victoriosamente, el paralelo con los más grandes de la antigüedad. En las circunstancias excepcionales en que luchó y con los escasos recursos de que pudo disponer, no hubiera hecho más el genio conquistador de Alejandro el Magno, la estrategia de Aníbal o la buena estrella que alumbró la ruta de Napoleón Bonaparte.

Pero, en el orden moral, fué aún más grande, porque no salió de sus patrios lares llevando en una mano la tea y en la otra el estandarte lúgubre de la conquista, sino que peleó como un tigre desesperado por la independencia de su tierra, hasta caer como una palma rota al rayo, sorprendido por el destino en su odisea luminosa en una triste mañana de diciembre.

El general Maceo es—nómine discrepante—el primero de nuestros héroes, la espada formidable de la revolución. En la década imperecedera se alzó por la fuerza de su ardimiento, y los impulsos generosos de su alma, por su genio y su fortuna, de arriero a general. Protestó del convenio del Zanjón bajo los históricos Mangos de Baraguá, se cubrió de gloria en la resistencia, atravesando las filas enemigas con un puñado de titanes, con el furor del huracán, y se mantuvo, sin aceptar la tregua inevitable, traspasando los límites de lo humano.

En América, su reputación de caudillo no tiene rival. Superior a Páez—el famoso Atila de los llanos de Venezuela, con quien tantas veces se ha comparado—y a Sheridan, el caudillo de la federal contienda Nor-
te Americana, hay que pensar en San Martín atrave-



sando los Andes o en el famoso Mariscal de Pichincha y Ayacucho, para recoger en el polvo del pasado laureles dignos de tejerse con los suyos.

Juan Criollo, Indiana, Zalzar, Baraguá, Jobito, Peralejo, Sao del Indio, Iguará, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete, Tairona, Paso Real, Río Hondo, Loma del Gato, El Rubí, Las Pozas, Cacarajícara, Montezuelo, Tumbas de Estorino, acciones todas mandadas por él,

donde se estrellaron como las olas irritadas del mar contra los arrecifes de la costa, las mejores lanzas españolas, son como el pedestal labrado con el granito de la libertad, ennoblecida por el martirio de Punta Brava, por la fama y esculpida por la Historia.

Todavía, aun en medio de nuestros decaimientos y zozobras, cuando se pronuncia el nombre del general Antonio Maceo, o se aproxima la efeméride de su calvario, las arterias empobrecidas de nuestro patriotismo se inyectan de fe; tiembla el pesimismo ante su sombra como feroz pantera ante su domador; la centinela vigilante de nuestro recuerdo, desde lo alto del Pico Turquino rememora sus proezas y canta su gloria, cubriendo los cielos de banderas y embanderando la naturaleza de astros; las cumbres de la Sierra Maestra, rompen loándole, en una armonía de mil orquestas; los caminos y las hondonadas de la invasión se cubren de flores y se llenan de libertad: y en las altivas lomas de la cordillera del Cuzco, parece que la campana de la guerra y los viejos clarines de la epopeya, suenan roncocos, agudos, penetrantes, llamando a la hueste dispersa, como si fuera a despertar al titán...!

JOSÉ MANUEL CARBONELL.



LXI

LAS VENTAJAS Y LOS INCONVENIENTES DEL CULTIVO DE LA CAÑA

Hace más de trescientos años que se siembra caña en Cuba; poco a poco el cultivo de dicha planta ha ido ganando terreno y hoy es el más importante de nuestra patria. Cuba es uno de los grandes países productores de azúcar del mundo. En la elaboración del citado producto, ninguna otra tierra le aventaja y sus fábricas son tan grandes y bien montadas como las de cualquiera otra nación, y quizás hasta mejores aun. El azúcar que se fabrica y se vende cada año vale muchos millones de pesos; en los trabajos de la siembra y el transporte de la caña, y de la elaboración y embarque del azúcar se ganan la subsistencia más de la mitad de los cubanos.

Sin embargo, el cultivo exclusivo o casi exclusivo de la caña tiene algunos graves inconvenientes, a juicio de personas muy entendidas.

Esas desventajas han sido señaladas desde hace mucho tiempo.

Antes de que hubiera ingenios en Cuba, ya los había en la vecina isla de Santo Domingo; un juez llamado Don Alonso de Cáceres que vivía en dicha isla—el mismo que hizo las primeras ordenanzas municipales de Cuba—, puso claramente de manifiesto, el año de 1570, algunas de las citadas desventajas. Decía Cáceres que en Santo Domingo había una extraordinaria escasez de artículos alimenticios de primera necesidad, debido a que los agricultores se dedicaban exclusivamente a sembrar caña. Todo lo que se consumía, excepto la carne se importaba de España, pagándolo a precios exorbitantes, con lo cual se padecía escasez y hambre constantes. Ni siquiera se encontraba casabe en suficiente cantidad. Los propietarios de los ingenios se enriquecían, pero el resto de la población vivía entre estrecheces y miseria.

Poco más o menos, esto es lo mismo que se dice aún en contra del cultivo de la caña. Cuba importa del extranjero casi todos los alimentos que consume, pagándolos a altos precios, cuando podría producirlos ella misma, ahorrándose muchos millones de pesos cada año. Los comerciantes y los hacendados se enriquecen, pero el pueblo consume alimentos muy caros y de inferior calidad.

Hay quienes opinan que nuestros campesinos son los culpables de todo esto, y se les acusa de ignorantes

y de tontos, puesto que compran al bodeguero, pagándoselos muy caros, artículos de mala clase, cuando ellos podrían producirlos excelentes y en abundancia, para satisfacer sus propias necesidades y las del resto de la población cubana.

Las gentes que viven en las poblaciones y pagan a precios elevados el arroz, las viandas, las frutas, el almidón, los huevos, las aves, la manteca, la carne, la leche y otros productos alimenticios son las que más se quejan. Ellas creen que los guajiros son estúpidos y hasta poco patriotas, porque no siembran de todo en abundancia, a fin de que en los pueblos se expendan los alimentos a precios módicos.

No hay duda de que el cultivo casi exclusivo de la caña tiene los inconvenientes citados y otros muchos más. También hay un fondo de razón en las censuras que se dirigen a los agricultores que no producen muchos de los artículos que consumen; pero lo cierto es que si éstos prefieren la siembra de la caña a cualquier otra, se debe a que es la que más ventajas y seguridades ofrece al agricultor. Es justo reconocerlo así y, además, es conveniente estudiar en qué consisten esas ventajas a fin de ver si pueden obtenerse también para los demás frutos. Entonces los agricultores sembrarían de todo, pues ellos no prefieren la caña por estupidez, sino por conveniencia y hasta por necesidad.

Para que un agricultor se decida a emprender el cultivo de un fruto determinado son indispensables, absolutamente indispensables, tres cosas, a saber:

1° Que él conozca bien todas las operaciones del cultivo de que se trata.

2° Que él sepa dé un mercado cercano y seguro donde le compren toda su cosecha.

3° Que él tenga la seguridad de que le pagarán sus efectos a un precio justo y equitativo.

Estas tres condiciones concurren en la siembra de la caña. El cultivo de ésta es uno de los más sencillos y de los que menos cuidado requiere; todos los campesinos saben cómo, cuándo y dónde se debe sembrar caña. También saben dónde han de venderla: en el ingenio vecino o en el *chucho* que está en tal o cual lugar: allí le comprarán toda la caña que él cultive. Por último, los precios del azúcar son uniformes para todo el país, se publican oficialmente y son los mismos para el hacendado más rico que para el colono más pobre.

¿En qué otros cultivos concurren estas ventajas? En ninguno, realmente. Casi todas las plantas requieren cuidados más delicados y labores menos toscas que las de la caña. La inmensa mayoría de nuestros campesinos ignora cómo se cultiva el arroz, la papa, las judías, y mil frutos más.

El mercado para todo lo que no sea caña es inseguro y lejano, casi siempre; el envase y transporte de los frutos es difícil. Un campesino que siembre una caballería de tierra de boniatos no sabe si tendrá a quién venderle toda su cosecha, la cual no puede ser almacenada como el azúcar.

Los precios se fijan arbitraria y caprichosamente por el comprador. El que vende, no tiene la garantía

contra la explotación de un precio igual para todos, obligatorio, publicado en todos los periódicos y fiscalizado por los funcionarios del Gobierno.

Los guajiros no son tontos. Ellos se dan clara cuenta de todas estas desventajas, y como padres de familia previsores y pobres que son casi todos ellos, prefieren el cultivo de la caña, más sencillo y de venta más segura, a otros quizás más remuneradores, pero expuestos a muchos fracasos.

De aquí que siga siendo la caña, apesar de sus inconvenientes, el cultivo nacional por excelencia.

Mientras las gentes de las ciudades no ayuden a mejorar la enseñanza agrícola, contribuyan a multiplicar las vías de comunicación más fáciles y rápidas, le aseguren mercados buenos y seguros a los productos del campo, y cooperen de diversas maneras con los agricultores, tendrán que seguir consumiendo alimentos caros y malos importados del extranjero.

En interés nuestro y de la patria, debemos ayudarnos unos a otros y no atribuir a la ignorancia y la pereza del cultivador males que no dependen de su voluntad. No basta con decir que no debe sembrarse caña solamente, es menester contribuir a que los agricultores no se vean en la dura necesidad de hacerlo.





LXII

LA ENVIDIA

La envidia es una adoración de los hombres por las sombras, del mérito por la mediocridad. Es el rubor de la mejilla sonoramente abofeteada por la gloria ajena. Es el grillete que arrastran los fracasados. Es el acíbar que paladean los impotentes. Es un venenoso humor que mana de las heridas abiertas por la realidad en el flanco de las almas torpes. Por sus horcas

caudinas pasan, tarde o temprano, los que viven esclavos de su verdad; desfilan lívidos de angustia, torvos, avergozados de su propia tristura, sin sospechar que sus lamentaciones envuelven una consagración inequívoca del mérito ajeno. La inextinguible hostilidad de los mediocres sirve de pedestal a los genios, los santos y los héroes.

Es la más innoble de las torpes lacras que afean a los caracteres vulgares. El que envidia se rebaja sin saberlo; se confiesa subalterno; esta pasión es el castigo psicológico de una humillante inferioridad, sentida, reconocida.

No basta ser inferior para envidiar, pues todo hombre lo es de otro en algún sentido; es necesario sufrir del bien ajeno, de la dicha ajena. En este sufrimiento está el núcleo moral de la envidia: muerde el corazón como un ácido, lo carcome como una polilla, lo corroe como la herrumbre al metal.

Entre las malas pasiones ninguna la aventaja. Plutarco decía—que existen almas corrompidas hasta jactarse de vicios infames; ninguna ha tenido el coraje de confesarse envidiosa. Reconocer la propia envidia implica a la vez, declararse inferior al envidiado; trátase de pasión tan abominable, y tan universalmente detestada, que avergüenza al más impúdico y se hace lo indecible por ocultarla.

Por deformación de la tendencia egoísta, algunos están naturalmente inclinados a envidiar a los que poseen tal superioridad por ellos codiciada en vano; la envidia es mayor cuanto más imposible se considera la adquisición del bien codiciado.

Es el reverso de la emulación; ésta es una fuerza propulsora y fecunda, siendo aquélla una rémora que traba y esteriliza los esfuerzos del envidioso. Bien lo comprendió Bartrina, en su admirable quintilla:

“La envidia y la emulación
parientes dicen que son;
aunque en todo diferentes,
al fin también son parientes
el diamante y el carbón”.

La emulación es siempre noble: el odio mismo puede serlo algunas veces. La envidia es una cobardía propia de los débiles, un odio impotente, una incapacidad manifiesta de competir o de odiar.

La emulación presume un afán de equivalencia, implica la posibilidad de un nivelamiento; saluda a los fuertes que van camino de la gloria, marchando ella también.

Toda la psicología de la envidia, está sintetizada en una fábula, digna de incluirse en los libros de lectura infantil. Un ventrudo zapo graznaba en su pantano cuando vió resplandecer entre las hierbas a una luciérnaga. Pensó que ningún ser tenía derecho de lucir cualidades que él mismo no poseería jamás. Mortificado por su propia impotencia saltó hasta ella y la cubrió con su vientre helado. La inocente luciérnaga osó preguntarle: ¿Por qué me tapas? Y el sapo, congestionado por la envidia, sólo acertó a interrogar a su vez: ¿Por qué brillas?

Siendo la envidia un culto al mérito, los envidiosos son sus naturales sacerdotes.

Apesar de sus temperamentos heterogéneos, el destino suele agrupar a los envidiosos en camarillas o círculos, sirviéndoles de argamasa el común sufrimiento por la dicha ajena. Allí desahogan su pena infinita difamando a los envidiados y vertiendo toda su hiel como un homenaje a la superioridad del talento que los humilla.

El sujeto descollante encuentra su cohorte de envidiosos en la esfera de sus colegas más inmediatos, entre los que desearían descollar de idéntica manera.

El motivo de la envidia se confunde con el de la admiración, siendo ambas dos aspectos de un mismo fenómeno. Sólo que la admiración nace en el fuerte y la envidia en el subalterno. Envidiar es una forma aberrante de rendir homenaje a la superioridad ajena.

Toda culminación es envidiada. En la mujer, la belleza. El talento y la fortuna, en el hombre. En ambos, la fama y la gloria, cualquiera sea su forma.

El hombre vulgar envidia las fortunas y las posiciones burocráticas. Cree que ser adinerado y funcionario es el supremo ideal de los demás, partiendo de lo que es suyo. El dinero permite al mediocre satisfacer sus vanidades más inmediatas; el destino burocrático le asigna un sitio en el escalofón del Estado y le prepara ulteriores jubilaciones. De ahí, que el propietario envidie al burgués, sin renunciar a sustituirlo; por eso mismo la escala del presupuesto es una jerarquía de envidias, perfectamente graduadas por las cifras de las prebendas.

El talento—en todas sus formas intelectuales y morales: como dignidad, como carácter, como energía—es el tesoro más envidiado entre los hombres.

Hay en el mediocre un sórdido afán de nivelarlo todo, un obtuso horror a la individualización excesiva; perdona al portador de cualquier sombra moral; perdona la cobardía, el servilismo, la mentira, la hipocresía, la esterilidad, pero no perdona al que sale de las filas un paso hacia adelante. Basta que el talento permita descollar en la política o en la ciencia, en las artes o en el amor, para que los mediocres se estremescan de envidia. Así se forma en torno de cada astro una nebulosa grande o pequeña, camarilla de maldicientes o legión de difamadores; los envidiosos necesitan aunar esfuerzos contra su ídolo, de igual manera que para afear una belleza venusina aparecen por miles las pústulas de la viruela.

Las palabras y las muecas del envidioso se pierden en la ciénaga donde se arrastra, como silbidos de reptiles que saludan el vuelo sereno del águila que se cierne en la altura. Sin oírlos.

El castigo de los envidiosos estaría en cubrirlos de favores, para hacerles sentir que su envidia es recibida como un homenaje y no como un estileta; los bienes que el envidioso recibe constituyen su más desesperante humillación. Si no es posible agasajarle, es necesario ignorarle; tomar cuenta de su infamia sería hacerle un favor.

El envidioso es la primera víctima de su propio veneno; la envidia le devora como el cáncer a la víscera, como la hiedra a la encina. Por eso el Poussin, en una

tela admirable, pintó a este monstruo mordiéndose los brazos y sacudiendo la cabellera de serpientes que le amenaza sin cesar.

El espartano Antístenes, al saber que le envidiaban, contestó con acierto: “Peor para ellos, tendrán que sufrir el doble tormento de sus males y mis bienes”.

JOSÉ INGENIEROS.





LXIII

MI ESCUELA

—Levántate; se te pasa la hora de la escuela,— me decía mi madre con tono a la vez cariñoso e impaciente, acercándose por tercera o cuarta vez al lecho donde yo prolongaba perezoso el sueño de la mañana. Entonces, ayudado por ella que me acercaba mis vestidos y los prendía, sacudiendo incómoda, a ratos, a mi hermano mayor, más sordo que yo a sus reclamos, a quien la idea de la escuela aumentaba el sueño, me vestía, lanzaba los últimos bostezos, colgaba a mi cuello la bolsa de libros y me salía al patio. Allí, cerca de la puerta de la cocina, bajo los árboles, tomaba el ligero desayuno de los pobres; la taza de café característica, sin tostada ni otros adornos, que me servía la negra vieja cocinera, y de la que mi padre, entretenido desde

muy temprano en limpiar o podar sus frutales y plantíos, venía siempre a saborear las primeras cucharadas.

Lavábase luego las manos, cubiertas de tierra y de residuos de hojas y raíces en la limpia corriente de la zanja, que cruzando al fondo del extremo del patio, aumentaba las bellezas del bosquecillo debido a sus aficiones y cuidados; encendía su tabaco en el tizón que le alargaba la doméstica y seguido de mi hermano,—cuyo sueño había vencido al cabo la tenacidad maternal,—nos echábamos a la calle.



Su mirada nos acompañaba hasta que entrábamos en la escuela; y mientras éramos mi hermano y yo de los primeros en ocupar los bancos aún vacíos del salón de espera y en dar los buenos días al viejo maestro, mi padre seguía su marcha para el taller, donde empleaba toda la jornada.

Entrábase en la escuela por una ancha puerta de zaguán, que cubría una mampara de lienzo, vestido de papel floreado o tapiz que defendía el interior de las

miradas de fuera y nos sustraía a los entretenimientos de la calle. A cada lado del zaguán y arrimado a las paredes había largos bancos de madera que iban ocupando los alumnos a medida que llegaban, después de colgar los sombreros en las perchas que llenaban las paredes de una habitación contigua.

Frente a la puerta de entrada, bajo el arco que limitaba el zaguán y que mostraba una loza de mármol con esta inscripción en letras doradas: *Initium sapientia timor domini*; sentado en ancha butaca de cuero hallábase Don Joaquín, el buen *Domine* que mirábamos siempre con temor y que por esta saludable influencia mantenida a virtud de sus disciplinas, nos iniciaba en la sabiduría y demostraba prácticamente la injusticia de aquel letrado en que se olvidaba su eficaz intervención.

Estudiábamos a una voz, a gritos, las lecciones, sin que al maestro preocupase ni estorbare el elevado diapason, el concierto agudo y subido de las voces y sin que los gritos de los unos impidiese a los otros penetrarse del texto y retenerlo en la memoria. Por el contrario, parecía que en aquel concertante de chillidos el mayor ruido excitaba las facultades retentivas y estimulaba la aplicación, de tal manera, que el más asiduo estudiante era por lo regular el más desaforado gritador.

—Toque la campanilla—decía a las siete en punto el profesor al alumno que tenía más cercano; y al mezclarse a la vocería el metálico son del pequeño instrumento, las voces callaban como por encanto, las palabras quedaban cortadas, interrumpidas en los labios,

los libros abiertos se cerraban y un silencio solemne sucedía a la grito ensordecedora.

Desfilaban a esa hora los alumnos de las distintas secciones a sus respectivos departamentos y comenzaban las clases.

No se enseñaba entonces en nuestras escuelas, o por lo menos en aquélla, todo lo que hoy pretende enseñarse. Pero se enseñaba.

No aparecían aún en el programa esas rumbosas asignaturas con que ahora se viste la instrucción primaria y se harta la inteligencia del niño; no había nada de principios de higiene, ni de elementos de geometría, ni de astronomía, ni de agricultura, ni lecciones objetivas, etc.

Se enseñaba simplemente a leer, a escribir, la aritmética, la gramática, principios de dibujo lineal y de geografía... nada más, pero se enseñaba bien.

También se enseñaba como hoy la religión, mucha religión, demasiada religión; pero eso es propio de la raza, de las costumbres, del sistema, y hoy como entonces hay que conformarse con que la Iglesia mantenga su dirección sobre la escuela.

Don Joaquín ⁽¹⁾ era un obrero infatigable; un verdadero *gañán* del magisterio; jamás escatimaba las horas del Reglamento y si lo quebrantaba era prolongando las horas de trabajo y engolfándose en él con verdadero ardor, sin desmayo ni ansia de reposo; disputaba al almanaque los días festivos y para transigir con los católicos, no obstante el refunfuño de los

(1) D. Joaquín Ruiz de Aristi.

alumnos y profesores daba sólo mediodía de asueto en los días de fiesta que no reputaba de gran solemnidad.

Levantábase con el alba; recibía él mismo a los alumnos; vigilaba la hora del estudio; desempeñaba su clase—la primera, o sea la de los educandos más adelantados,—desde las siete hasta las nueve, sin interrumpir un instante los trabajos; almorzaba frugalmente, comenzaba de nuevo la labor de las diez a la una, cuidaba la penitencia y a lo sumo se permitía una ligera siesta antes de la comida, como el almuer-



zo sencilla y frugal; a las cuatro volvía a la faena y nos despedía cuando el sol desvanecía sus últimos resplandores entre las brumas del horizonte.

Al quedarse solo tal vez era presa de la melancolía aquel *cancerbero* que no tenía más ideal, más recuerdos, más esperanzas ni ambiciones que su modesta escuela.

Había nacido para maestro y sólo para maestro de escuela. En su pueblo natal, un pueblo de Asturias, se educó con un tío sacerdote y maestro a quien desde

muy temprano ayudó en la tarea de enseñar, y el que a la vez le enseñó todo lo que sabía.

Nada de filosofía, nada de las teorías pedagógicas que hoy privan, nada de esas discusiones estériles que están haciendo de la generalidad de nuestras escuelas fábricas de eruditos a la violeta.

El sabía que su misión era enseñar a leer, escribir y contar a modestos hijos de obreros y cumplía su misión a conciencia.

Cuando un alumno analizaba perfectamente un período, conjugaba los verbos, componía una oración, determinaba el régimen y concordancia, escribía con buena letra y mejor ortografía una carta, conocía el mapa geográfico, resolvía un problema aritmético de aligación en números enteros y quebrados; llamaba al padre y le decía:—Su hijo sabe ya bastante; enséñele ahora un oficio.

Y para llegar a ese resultado, cuánta labor, cuánta abnegación había tenido que desplegar el viejo y honrado maestro!...

Aquel carácter laborioso no dispensaba nunca las faltas de cumplimiento de los demás en sus deberes.

Era terrible repartiendo *cocotazos*; el alumno que llegaba tarde a clase, el que no sabía su lección, el que no fijaba su atención en la pizarra cuando se analizaba un período o se resolvía un problema, el que manchaba su plana, el que de cualquier modo incurría en desorden, de seguro que sentía pronto en la piel cabelluda, el contacto violento y doloroso de sus dedos crispados, o las puntas de una correa de dos tiras sacudidas sobre las espaldas.

Pero, en cambio, qué afable, qué bondadoso, qué cordial era aquel buen hombre con sus alumnos cuando después de un repaso general en la semana, en el que todos se habían afanado por alcanzar notas, se persuadía de que sus trabajos habían sido fructíferos!

Daba entonces una o dos horas de *asuetos*; mezclábase en los juegos de los escolares, repartía dulces o frutas y era un amigo jovial, que no obstante sus manías, sus antiguallas, sus cocotazos, sus disciplinas, y el calabozo donde encerraba los más rebeldes, sabía ganarse de todos veneración y cariño.

En la época de exámenes generales, qué afán, qué animación, cuánto empeño en preparar lucidos y brillantes ejercicios!... Las horas de clase se prolongaban; preparábanse planas escritas con la mejor letra en papel adornado con viñetas de colores; vestíanse los mapas con cintas; se barnizaba la pizarra, la gran pizarra donde se habían desvanecido tantos cálculos matemáticos resueltos por cerebros infantiles; se daba lechada a las paredes; y alumnos y profesores a quienes él, D. Joaquín, comunicaba su entusiasmo y su ardor trabajando sin cesar, esperaban con ansia el día de la gran ceremonia.

Asistía a ésta la Junta local de instrucción pública, aquellas juntas de instrucción anteriores a mil ochocientos sesenta y ocho, compuestas de los abogados y médicos de la localidad que tanto hicieron,—a pesar de las malas leyes—por el fomento de la enseñanza pública y de las que son un remedo ridículo las actuales, compuestas de mercaderes ignorantes enriquecidos!

muy temprano ayudó en la tarea de enseñar, y el que a la vez le enseñó todo lo que sabía.

Nada de filosofía, nada de las teorías pedagógicas que hoy privan, nada de esas discusiones estériles que están haciendo de la generalidad de nuestras escuelas fábricas de eruditos a la violeta.

El sabía que su misión era enseñar a leer, escribir y contar a modestos hijos de obreros y cumplía su misión a conciencia.

Cuando un alumno analizaba perfectamente un período, conjugaba los verbos, componía una oración, determinaba el régimen y concordancia, escribía con buena letra y mejor ortografía una carta, conocía el mapa geográfico, resolvía un problema aritmético de aligación en números enteros y quebrados; llamaba al padre y le decía:—Su hijo sabe ya bastante; enséñele ahora un oficio.

Y para llegar a ese resultado, cuánta labor, cuánta abnegación había tenido que desplegar el viejo y honrado maestro! . . .

Aquel carácter laborioso no dispensaba nunca las faltas de cumplimiento de los demás en sus deberes.

Era terrible repartiendo *cocotazos*; el alumno que llegaba tarde a clase, el que no sabía su lección, el que no fijaba su atención en la pizarra cuando se analizaba un período o se resolvía un problema, el que manchaba su plana, el que de cualquier modo incurría en desorden, de seguro que sentía pronto en la piel cabelluda, el contacto violento y doloroso de sus dedos crispados, o las puntas de una correa de dos tiras sacudidas sobre las espaldas.

Pero, en cambio, qué afable, qué bondadoso, qué cordial era aquel buen hombre con sus alumnos cuando después de un repaso general en la semana, en el que todos se habían afanado por alcanzar notas, se persuadía de que sus trabajos habían sido fructíferos!

Daba entonces una o dos horas de *asuetos*; mezclábase en los juegos de los escolares, repartía dulces o frutas y era un amigo jovial, que no obstante sus manías, sus antiguallas, sus cocotazos, sus disciplinas, y el calabozo donde encerraba los más rebeldes, sabía ganarse de todos veneración y cariño.

En la época de exámenes generales, qué afán, qué animación, cuánto empeño en preparar lucidos y brillantes ejercicios!... Las horas de clase se prolongaban; preparábanse planas escritas con la mejor letra en papel adornado con viñetas de colores; vestíanse los mapas con cintas; se barnizaba la pizarra, la gran pizarra donde se habían desvanecido tantos cálculos matemáticos resueltos por cerebros infantiles; se daba lechada a las paredes; y alumnos y profesores a quienes él, D. Joaquín, comunicaba su entusiasmo y su ardor trabajando sin cesar, esperaban con ansia el día de la gran ceremonia.

Asistía a ésta la Junta local de instrucción pública, aquellas juntas de instrucción anteriores a mil ochocientos sesenta y ocho, compuestas de los abogados y médicos de la localidad que tanto hicieron,—a pesar de las malas leyes—por el fomento de la enseñanza pública y de las que son un remedo ridículo las actuales, compuestas de mercaderes ignorantes enriquecidos!

Presidíalas el Teniente de Gobernador que concurría con su vistoso traje militar, lleno de cintas y cruces la solapa. Llenaban el salón los padres, las familias, el público, y, en aquel concierto, D. Joaquín, vestido con su mejor traje, sentíase feliz y rejuvenecido!

Artista de la enseñanza, aquel salón era su escena, su teatro, su poema, su cuadro. Si la humanidad ha de conceder laureles a los oradores, a los poetas, a los genios... para él, sencillo maestro de escuela, no había más ambición ni más lauro que el que podía discernirle aquella asamblea congregada en la sala de una escuela primaria de un pueblo modesto y ante la cual exponía con orgullo el resultado de sus trabajos; el adelanto de sus alumnos.

A cada signo de aprobación, a cada triunfo de un escolar, él sonreía satisfecho; con una sonrisa infantil, espontánea, que reflejaba en todo su semblante, el santo orgullo de que estaba entonces llena el alma de aquel dómine sencillo y venerable.

Hace ya treinta años y este recuerdo permanece vivo en mi memoria como si aún estuviese tomando parte en aquella escena memorable!

Habían terminado los exámenes generales y tratabase de discernir entre dos escolares igualmente aventajados un primer premio, consistente en una medalla de oro, única costada por el Ayuntamiento. D. Joaquín, reservado, esperaba la decisión de la junta; el público con sordo murmullo tomaba en voz baja parte en la deliberación, y como acontece en todo dualismo, dividía con pasión sus opiniones; el Presidente,

Teniente de Gobernador, ⁽¹⁾ callaba... Era su hijo uno de los candidatos!... Un vocal, más locuaz que los otros, propuso que se esforzase el certamen entre los dos escolares propuestos para el premio... Fuimos llamados de nuevo al salón mi contrincante ⁽²⁾ y yo... los dos sonreíamos... apenas si habíamos cumplido los ocho años!

Respondimos serenos, imperturbables, a las nuevas preguntas, ratificamos nuestro triunfo... mantuvimos sin cejar nuestras respectivas posiciones...

Pero no había más que una medalla de oro!... era preciso resolver el serio conflicto en que se engolfaba la solemne asamblea de villareños... —Sortear el premio!— exclamó de súbito el mismo vocal locuaz ⁽³⁾ que había propuesto la oposición. Se eligió una *baraja* y tallada y ordenada se colocó en el centro de la mesa.

Mi opositor alzó las cartas y mostró una *jota*. Tocábame alzar. Allá, entre la multitud que seguía con mirada ansiosa excitada por ese encanto o atractivo que siempre tiene el azar, las peripecias del juego, vi a mi padre, convulso, levantándose sobre las puntas de los pies, fija su mirada en mí medio sonriente, medio temeroso, como si en aquel montón de naipes que yo iba a cortar se encerrase mi destino. Alcé al fin las cartas; mi padre se dejó caer sobre su silla con la mirada radiante de gozo...

—El *rey!* gritó la multitud... Siguió un murmullo prolongado... el vivo cuchicheo de comentarios y

(1) D. Juan Huerta y Sastre.

(2) D. Luis Huerta, actualmente coronel del ejército.

(3) Lcdo. D. Patricio Sarmiento y Barceló.

felicitaciones... y en tanto D. Joaquín, estrechando una de mis manos entre la suya gruesa y velluda, me decía al oído con una profunda entonación de protesta y de paternal cariño:

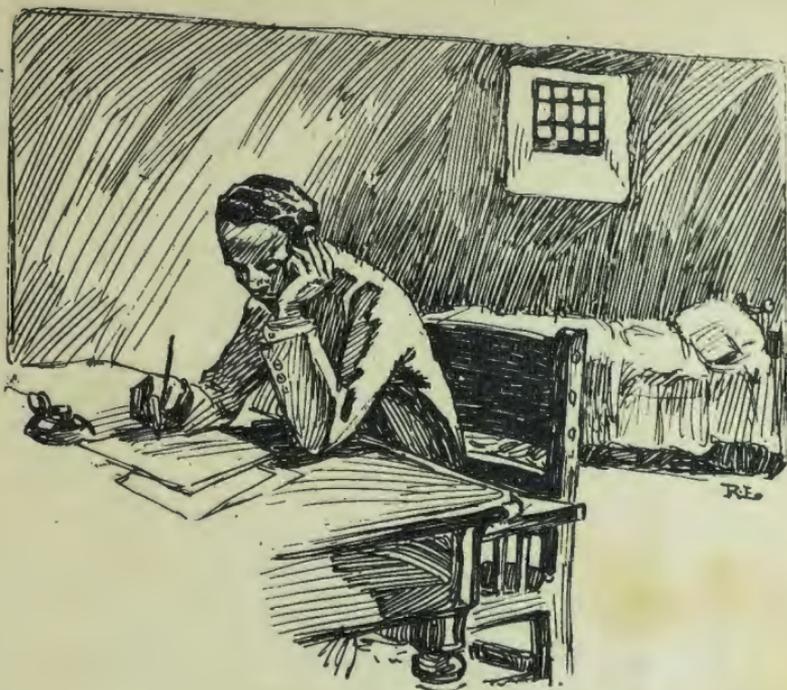
—Era tuyo!...



—Ah! sí era mío aquel primer lauro, que trae a mi memoria el nombre del varón modesto que me enseñó a leer y a quien así como a mis padres consagro las primeras páginas de este libro de recuerdos.

RAIMUNDO CABRERA.





LXIV

MI ULTIMO PENSAMIENTO

(POESÍA ESCRITA POR RIZAL LA VÍSPERA DE SU MUERTE)

Adiós, patria adorada, región del sol querida!
Perla del mar de Oriente, nuestro perdido edén;
a darte voy alegre la triste, mustia yida.
Si fuera más brillante, más fresca, más florida,
también por ti la diera, la diera por tu bien.

En campos de batalla, luchando con delirio,
otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar;
el sitio nada importa: ciprés, laurel o lirio,
cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio,
lo mismo es, si la piden la patria y el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora
y al fin anuncia el día tras lóbrego capuz;
si grana necesitas para teñir tu aurora,
vierte la sangre mía, derrámala en buen hora,
y dórela un reflejo de tu naciente luz.

Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente;
mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor,
fueron el verte un día, joya del mar de Oriente,
secos los ojos negros, alta la tersa frente,
sin ceños, sin arrugas ni manchas de rubor.

Ensueño de mi vida, mi ardiente y vivo anhelo!
Salud! te grita el alma que pronto va a partir.
Salud!... Oh! que es hermoso caer por darte vuelo,
morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

Si sobre mi sepulcro vieses brotar un día,
entre la espesa hierba, sencilla, humilde flor,
acércala a tus labios, que es flor del alma mía,
y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,
de tu ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja a la luna verme con luz tranquila y suave;
deja que el alba envía su resplandor fugaz;
deja gemir al viento con su murmullo grave,

y si descende y posa sobre mi cruz un ave,
deja que el alba envíe su resplandor fugaz;

Deja que el sol ardiente las lluvias evapore
y al cielo tornen puras con mi clamor en pos;
deja que un ser amigo mi fin temprano llore;
y en las serenas tardes, cuando por mi alguien ore,
ora también, oh patria! por mi descanso a Dios.



Ora por todos cuantos murieron sin ventura;
por cuantos padecieron tormentos sin igual,
por nuestras pobres madres, que lloran su amargura,
por huérfanos y viudas, por presos en tortura,
y porque pronto veas tu redención final!

Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio,
y sólo restos yertos queden velando allí,
no turbes el reposo, no turbes el misterio;
pero si acordes oyes de cítara o salterio,
soy yo, querida patria, yo que te canto a ti.

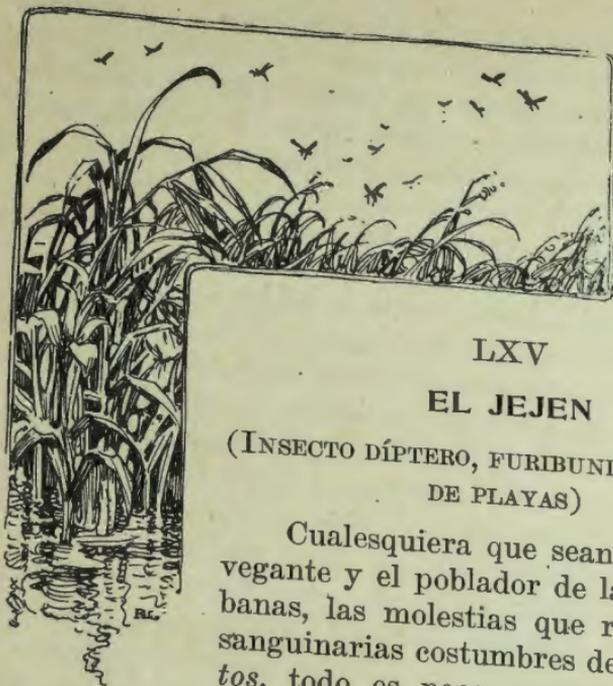
Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,
no tenga cruz, ni piedra que marquen su lugar,
deja que la are el hombre, que la esparza la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan a la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido!
Tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré;
vibrante y limpia nota seré para tu oído;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi fe!

Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores;
querida Filipinas, oye el postrer adiós!
Ahí te dejo todo: mis padres, mis amores!
voy a do no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!

Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía,
amigos de la infancia en el perdido hogar!
Dad gracias; ya descanso del fatigoso día.
Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!
Adiós, queridos seres!... ;Morir es descansar!

JOSÉ RIZAL.



LXV

EL JEJEN

(INSECTO DÍPTERO, FURIBUNDO HABITADOR
DE PLAYAS)

Cualesquiera que sean para el navegante y el poblador de las costas cubanas, las molestias que recibe de las sanguinarias costumbres de los *mosquitos*, todo es poco comparado con las crueles agresiones de unas mosquitas imperceptibles que el vulgo ha aprendido a conocer a pesar de su pequeñez, y que distingue con el nombre de *jejenes*. Si los naturalistas no los conocen todavía, echen la culpa a su desidia y no a la falta de instrucciones que hayan encontrado en el país habitado por estos diminutos y furiosos enemigos. No se ignora en Europa que hay en las Antillas algunas especies del género *Culex*, llamadas en Francia *Cousins*, que afligen a los hombres hasta el punto de obligarlos a encender hogueras en el campo, para ahuyentarlas

con humo, y a dormir al abrigo de cortinas transparentes que se llaman mosquiteros; entre ellos, el que en la Habana se encuentra con patas alternativamente anilladas de blanco y negro, y que el Sr. Robineau-Desvoisdy denominó *Culex Mosquito*; pero no se sabe todavía a qué género, ni siquiera a qué familia pertenecen los *jejenes*, que los viajeros llaman confusamente en lengua francesa *Maringowins*, *Moustiques*, *Mosquillos*, *Mostiques*, corruptelas de la voz española Mosquita o mosca pequeña; correspondiente a la palabra inglesa *Gnat*. Unos creen que es una especie de *Culex*, de pequeñas dimensiones; y éstos lo llaman *Maringowin*, nombre que también se aplica a los Mosquitos; otros lo indican con nombres genéricos que ni siquiera pertenecen a la división de los Dípteros de antenas largas, como los que sospechan que sean un *Empis*. El sabio Letreille, en el Nuevo Diccionario de historia natural, edición de Deterville, dice que abunda en la Luisiana y le fué comunicado por el botánico Micheaux; habiéndole parecido una especie del género *Simulium*, que llaman vulgarmente *Moustique*. Veremos que este género es distinto del *jején*; pues es de la familia de las *Tipularias*, y ofrece antenas de once artejos.

El mismo Letreille parece conocerlo así, pues se lamenta de la incuria de los naturalistas viajeros que solamente lo han indicado como perteneciente a una especie de díptero distinto del *Culex*, mínimo del cuerpo, cuya presencia, no se anuncia con zumbidos, plaga enojosa para el hombre y los animales. “Es muy extraordinario, dice aquel príncipe de los Entomologistas, que los viajeros no se empeñen con frecuencia en

recoger los objetos que más merecen nuestra atención: los mosquitos y los jejenes (Maringouins et moustiques), que atormentan a los habitantes de las regiones de América, carecen de observadores científicos.”

La pequeñez de este insecto, lejos de ser para mí un motivo de aversión, me ha empeñado con frecuencia en su estudio, deseoso de vencer la dificultad que presenta su anatomía externa a los ojos armados de aparatos microscópicos, y he creído que los aficionados a la entomología, agradecerían mis esfuerzos.

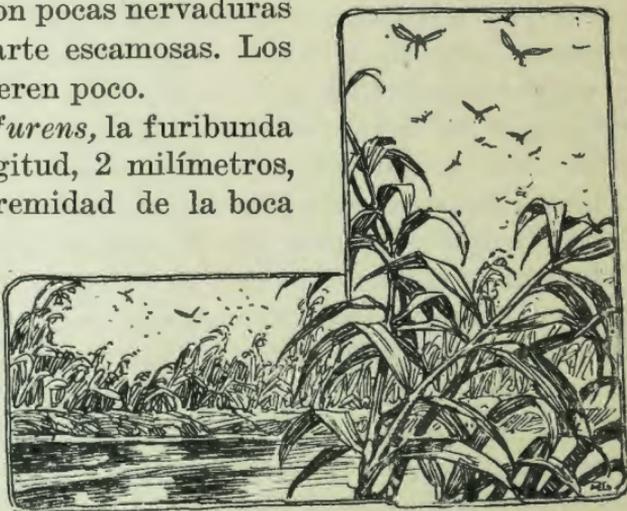
Llámanse *dípteros* los insectos de dos alas, y de boca propia para chupar. Los naturalistas dividen primordialmente este orden en *Nemocera* y *Brachycera*, a saber: antenas largas, filiformes, y antenas cortas; el jején pertenece a la primera división. Los Nemóceros se subdividen en dos familias: la de los *Culicidios*, en que está el Mosquito común, y que tiene por caracteres un sifón u horador de seis piezas, corto y grueso, palpos encorvados. El jején no pertenece a ninguno de estos dos extremos, y forma una familia nueva, intermedia, que llamo de las *Ecactanas*, y se distingue por un sifón de seis piezas, como los *Culicidios*, de trompa corta, palpos corvos como las *Tripularias*. Es al mismo tiempo el único género, única especie de dicha familia.

Género *Ecacta*. El género *Oecacta*, que aquí establezco viene de la palabra griega *Oecactes*, que significa *habitador de playas*, y que se escribe en latín *Oecactes*. Únicamente se me ofreció una duda sobre hacer el nombre masculino o femenino, séase *Oecactus* o *Oecacta* (*Ecacto* o *Ecacta*); pareciéndome que puesto que en

español el jején es masculino, lo mismo que el Mosquito, debía conservarle este género en latín. Pero mi amigo el Dr. Gundlach, a quien consulté seriamente sobre este particular, me ha dado con donaire una respuesta que no creo indigna de la seriedad de este artículo, y que tomo bajo mi responsabilidad ya que me he dejado convencer por ella, por más que las compañeras del género *Homo* se empeñen en desmentirla; y es que el modo de embestir del jején, calladamente y con daga corta, es propio del sexo femenino; siendo, al contrario, la guerra del mosquito, varonilmente declarada con música, y sostenida con lanza o espada larga.

El género *Ecacta*, además de los caracteres de familia que se han mencionado, presenta antenas de 15 artejos y palpos de 5, sin ocelos en la parte superior de la cabeza, ni espinas en las tibias, ni vesículas en los tarsos; alas con pocas nervaduras y en gran parte escamosas. Los dos sexos difieren poco.

Oecacta furens, la furibunda *Ecacta*. Longitud, 2 milímetros, desde la extremidad de la boca hasta la punta de las alas; tórax de un gris-cobrizo, pareciendo bronceado, con manchas oscuras por



encima y por los lados; abdomen negro; patas blanquecinas, con las articulaciones negruzcas y un anillo de este color en medio del fémur y de la tibia; alas, apareciendo sin reflejo, blancas con manchas negras: frente y antenas rubias.

Las playas de las Antillas y de los estados meridionales de la Unión Americana están plagadas de pequeños dípteros, que tal vez pertenecen a diferentes géneros, como induce a creer el reconocimiento de la *Simulia* presentada por Micheaux, al Sr. Letreille; ignoro por lo tanto si la *Ecacta furibunda* o el jején de Cuba es exclusivo de esta Isla. Sólo podemos asegurar que entre todas las especies es de las más atormentadoras. Quién podrá decir dónde se cría la larva, y quién dará su descripción? Hay un dicho entre nosotros que expresa la dificultad de este descubrimiento, pues para ponderar el alcance de un hombre sabichoso, se dice que sabe *dónde el jején puso el huevo*. Lo único que sobre este capítulo podemos sospechar, es que la larva es acuática, y se cría en los focos de fermentación marina, a lo menos de agua caliente, porque solemos hallar los jejenes en la playa de la mar o en sus inmediaciones, aconteciendo rara vez encontrarlos en el interior de las tierras. Cuando más abunda es en los tiempos de calma y al acabarse el día: el viento los ahuyenta y los obliga a refugiarse en las malezas y a remontar los ríos; así es que en Cojímar, cuando no los hallaba en la playa, los iba a buscar con fruto a media legua de la boca, ésto es, al pie de la loma que está enfrente de Guanabacoa. Acaso se cría en árboles marítimos? Pocos he encontrado en Cayo-Blanco, en-

senada de Cárdenas donde no hay más que arenas y mangles; y muchos en Cayo-Galindo que abundan en vegetación variada. Era allí tanta la abundancia en el mes de agosto que anublaban el aire, se agolpaban a los ojos y se introducían en la traque-arteria; yo fuí con ánimo de hacerles la guerra, y me retiré vencido, consolándome con la fábula del león abatido por una mosca. Huyendo de esta playa tienen las embarcaciones que mantenerse a una distancia de media legua del litoral; y los navegantes renuncian a la seguridad y placer de dormir en tierra, para no pasar la noche en compañía de aquellos habitantes inhospitalarios.

Cualquiera, al oír esta relación, pensará que la Isla de Cuba es un país inhabitable, a lo menos sus costas y riberas; pero afortunadamente no es así. Los puertos de mar, como son los de la Habana, Matanzas, Cárdenas, etc., donde domina el trato y comercio de los hombres, no están invadidos por las legiones agrestes de jejenes, como los cayos y costas solitarias rodeadas de montes y espesuras: parece que los vegetales son necesarios a su existencia, no como criadores de larvas, sino como abrigo seguro contra los ventarrones y los excesivos ardores del sol a ciertas horas del día. Varias playas he recorrido impunemente; y en las más afligidas por este linaje de insectos, hay meses, días y horas de descanso.

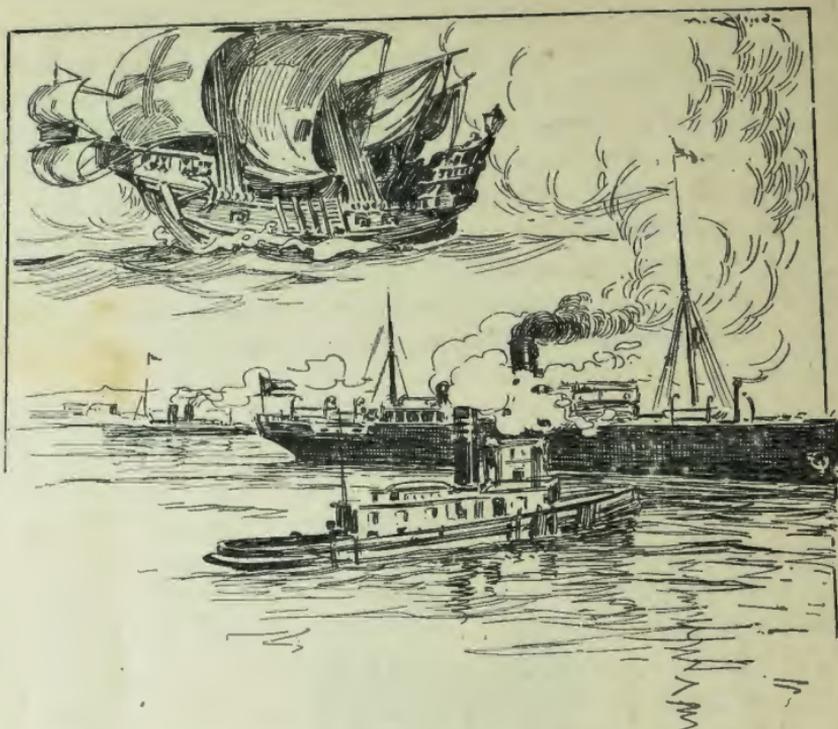
La picada del jején es dolorosa, no menos que la del mosquito; pero el jején es más molesto, porque es más difícil de espantar. Invisible enemigo, y audaz, penetra por todas las aberturas que dejan al cuerpo indefenso; y cuando se viene a sentir su aguda lanceta,

está enterrada hasta la base, por ser más corta que la del mosquito y más robusta. La actividad del veneno que vierte en la herida es mayor en proporción; siendo muy probable que si el insecto fuera más corpulento, causaría efectos peligrosos, conspirando en nuestro daño la calidad y la cantidad del fluído derramado.

Para preservar sus cuerpos desnudos de los mosquitos y jejenes, acostumbraban los indios untar la piel de cuerpos aceitosos. Los autores indican el limón y el vinagre como remedio contra el veneno.

FELIPE POEY.





LXVI

LAS INVENCIONES

El mejor molino de trigo de Atenas, en la época de Percicles, uno de sus más famosos gobernantes, producía dos barriles de harina al día. Uno de los molinos de Minneapolis, la ciudad de donde se importa gran parte del trigo que se consume en Cuba, produce actualmente en un solo día bastante harina para llenar 17,000 barriles.

No se necesita un gran conocimiento de la historia del mundo para comprender esta diferencia. El molino de los antiguos griegos era de un tipo muy tosco. La maquinaria de un molino moderno es movida por grandes motores, los cuales poseen una fuerza que los antiguos jamás soñaron que podría llegar a ser producida por el trabajo del hombre. La maquinaria que convierte los granos de trigo en harina ha sido perfeccionada al través de años de invenciones, y se ha aprovechado de todas las ventajas que se obtienen del uso del hierro y el acero.

No es sólo en la industria de la molinería en la que las invenciones han aumentado la producción de las cosas necesarias. En la primera parte del siglo pasado un obrero hábil podía hacer en un día 30 agujas. Al fin de la centuria, una jovencita con el auxilio de una máquina podía hacer en el día 500,000 agujas. Casi pudiera cambiarse la frase y decirse que la máquina podría hacer 500,000 agujas con la ayuda de la jovencita. Máquinas que se mueven automáticamente han ocupado el lugar de un inmenso número de trabajadores y han hecho posible para todo el mundo la posesión de artículos que se consideraban de lujo en otras épocas.

Además pueden citarse otros ejemplos, como los beneficios producidos por la invención de mejores medios de transporte. La correspondencia que se recibe y se distribuye en un solo día en la Habana en nuestra época, es mayor que la que se recibía y distribuía en toda la Isla de Cuba durante un año al principio del siglo pasado. En la agricultura los cambios que se han efectuado no son menos importantes. Cualquiera de

las grandes fábricas de azúcar de Cuba elabora mayor cantidad de azúcar en un día, que la que los mayores ingenios de nuestro país fabricaban durante toda una zafra a principios del siglo pasado.

El resultado de todos estos adelantos mecánicos, es que tenemos en abundancia las cosas más necesarias; la vida es más cómoda y confortable. Con el trabajo que hacen las máquinas se sostiene una población mucho mayor que la que podría ser mantenida en un país con el trabajo manual solamente.



Cuando se piensa en los hechos que acaban de mencionarse, se comienza a comprender lo que se quiere expresar al decir que el hombre depende de su inteligencia para la conquista del mundo.

El hombre no es un animal especialmente fuerte ni especialmente ligero. Cuando estaba obligado a obtener su alimento cazando en los bosques se hallaba en grandísima inferioridad respecto de multitud de fuertes y ligeros animales con los cuales se tropezaba.

Al encontrarse con que no tenía fuerza, el hombre proyectó astutas invenciones. Por ejemplo, aprendió

a capturar por medio de trampas, fuertes y temibles animales, a los cuales era incapaz de atacar con sus débiles fuerzas. Con tal propósito, se aprovechó del poder que tienen los troncos de algunas plantas flexibles; doblaba los troncos hasta una altura de 3 ó 4 pies del suelo y los sujetaba con una cuerda. Al desatarse ésta, el tronco se enderezaba bruscamente con poderosa fuerza. Ataba al extremo del tronco un lazo y lo colocaba de manera que aprisionase al animal que se acercara a beber el agua o a comer el alimento colocado en el centro del lazo.

Arreglaba su trampa de manera que el mismo animal desatase el lazo que unía el extremo del árbol al suelo, y al enderezarse dicho tronco repentinamente el animal quedaba colgado por el cuello. Otras veces cavaba hoyos profundos en los sitios por donde pasaban los animales y los cubría con una ligera capa de tierra y hojas secas. Una vez que los animales caían en la trampa abierta en el suelo, los mataba arrojándoles piedras o golpeándolos con ramas de los árboles.

Otro ejemplo del genio inventivo de los primeros hombres nos los ofrece la manera de proporcionarse armas. Carecían de dientes comparables en dimensiones y en solidez con los del tigre, pero supieron fabricarse un *diente* artificial más poderoso.

El hombre tomó una larga vara y la aguzó en sus puntas. Endureció dicha punta al fuego o le insertó en ella un hueso o una piedra afilada. Algunas veces para hacer el arma todavía más efectiva, envenenó la punta de su dardo. El veneno lo tomó del diente de las serpientes, de insectos venenosos o de la carne podrida.

Entonces podía matar a sus enemigos sólo con una pequeña herida. De esta manera no sólo se proporcionó un diente más temible que el del tigre sino dotado de un poder destructivo que muy pocos animales poseen.

Más tarde aprendió a disparar con un arco su afilada vara. Esto quiere decir que a la fuerza de su brazo había añadido la de una pieza de madera flexible, de manera semejante a la empleada en las trampas



descritas. El arco y la flecha son una invención sencilla y natural, cuando se sigue su desarrollo desde la primitiva lanza o azagaya; pero teniendo en cuenta que ningún animal ideó jamás nada semejante, prueban que el hombre es una inteligencia de más alto tipo. Los animales son tan hábiles para distinguir lo que les rodea como el hombre. Han visto siempre sin duda varas

puntiagudas y han empujado ramas obligándolas a doblarse con fuerza; pero nunca han ideado utilizar una u otra cosa para satisfacer sus necesidades. El hombre, no sólo vió esas cosas en torno suyo, sino comprendió la manera de usarlas.

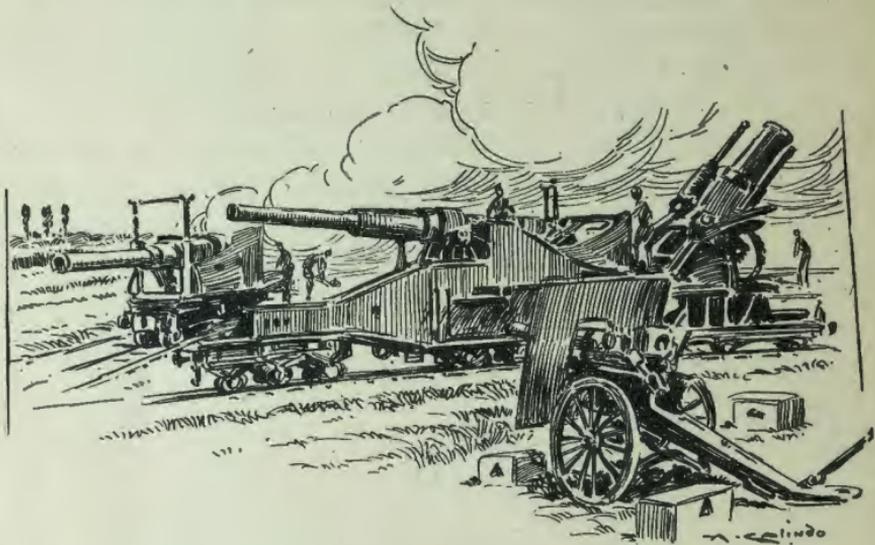
La historia de la civilización es la historia de invenciones sucesivas y del dominio de las fuerzas naturales. Nosotros nos consideramos superiores a los pueblos primitivos porque disfrutamos del beneficio de disponer de muchos instrumentos y máquinas que ellos no poseían. Nuestras presentes ventajas se deben, no a la superioridad de inteligencia, sino al hecho de que cada generación ha añadido algo al conjunto de inventos que el hombre ha aprendido a emplear. Generación tras generación, se han adquirido nuevos instrumentos y se han sumado a los anteriormente inventados, así es que el presente conoce muchas y muy ingeniosas maneras de usar toda clase de materiales y de fuerzas naturales.

II

Como resultado de la acumulación de experiencias, muchas ideas del hombre primitivo se han abierto paso en direcciones nuevas. Por ejemplo, algunas tribus indias de la América del Sur tenían *cañones sopladores*, que se asemejan en principio a los cañones modernos. El cañón soplador es una larga caña hueca. La fuerza la proporcionan los pulmones del hombre. Cuando un hombre sopla con fuerza por uno de los extremos de la caña, es capaz de lanzar un proyectil

por el otro extremo, con bastante poder para producir la muerte, proyectil que dirige con gran precisión.

El principio de la caña hueca se usa en el mundo moderno de una manera más efectiva que entre las tribus suramericanas, gracias a que la fuerza que sopla se ha multiplicado mediante a la invención de los explosivos. Hoy la caña hueca es más larga que la proporcio-



nada por el mundo vegetal; es un tubo de acero construido con los minerales que el hombre ha tomado del reno, y ha preparado en las fundiciones. El cañón moderno es el resultado de la idea del cañón de caña, más otras muchas ideas relativas al acero y a los explosivos.

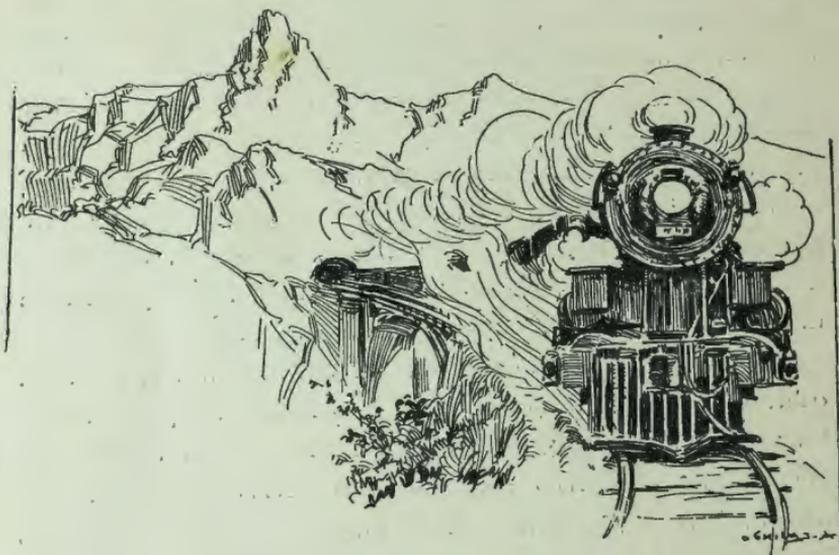
La imprenta se considera como una invención muy moderna. La historia nos enseña que Guttemberg la descubrió al principio de la época moderna; pero lo

cierto es que la idea de estampar un modelo o patrón es muy antigua. Los indios de Sur América también tenían sellos de goma. No los usaban para asuntos oficiales como se emplean ahora, sino para imprimir sobre el cuerpo humano los patrones o pinturas que deseaban. La verdadera invención nueva en el arte de la imprenta consistió en hacer tipos móviles que podían utilizarse en nuevas combinaciones y en el uso de la prensa para imprimir, en vez de hacerlo a mano. En una gran imprenta moderna no se hace más que aplicar el sencillo principio conocido entre los indios de la América Meridional. Los recursos y los materiales usados en las máquinas modernas eran totalmente desconocidos entre los pueblos primitivos. La moderna prensa de imprimir aguardaba por el desarrollo de la industria del hierro y del acero, así como la fuerza que producen las máquinas de vapor y los motores eléctricos.

Gran número de medios de comunicación a larga distancia eran conocidos por los hombres primitivos. Cuando Stanley efectuó su primer viaje a través del Africa, se encontró con que los nativos conocían de antemano su llegada a cada lugar. Esto le intrigaba hasta que descubrió que poseían un sistema de telégrafo; golpeando unos tambores se trasmitían señales a largas distancias, mediante las cuales se avisaban unos a otros la aproximación de una partida de hombres civilizados. El principio de trasmitir sonidos es la base del moderno sistema de telégrafos, pero el uso de la electricidad y del cobre ha variado nuestros métodos. Estos métodos modernos eran casi imposibles de emplear, hasta que

el cobre y la electricidad fueron conocidos y dominados por el hombre.

Lo que nos proponemos expresar al decir que el hombre utiliza su inteligencia en su contacto con el mundo, queda demostrado con la historia de las invenciones ya descritas. Cada una de esas historias nos dice por qué es tan importante aprender lo que nos enseñan



las generaciones pasadas. Los libros son sumarios de invenciones. Las narraciones que los hombres se hacían uno a otros en torno de las hogueras de los campamentos antes de que hubiesen libros, estaban llenas de experiencias, las que ayudaban a hacer nuevos inventos. Cuando los viajeros regresaban de países lejanos, referían las costumbres de pueblos extraños, suministrando

nuevas ideas. Estas eran recordadas y usadas más adelante para hacer la vida del hombre más rica y más amplia.

El resultado de todo esto, es que el hombre procede de manera distinta de los animales. Si descubre a un animal al que deba atacar, no empieza por abalanzarse sobre él, golpeándole, mordiéndole o desgarrándole con los puños, los dientes y las uñas. Mira en torno suyo buscando un arma. Encuentra una piedra puntiaguda o ejercita su paciencia en trazarse un plan. Preparando éste puede emplear largo tiempo en dejar las cosas listas para el golpe final. Por ejemplo, el cazador primitivo perdía su caza porque el animal escapaba arrojándose al agua. El hombre no podía lanzarse tras el animal fugitivo. Utilizó su entendimiento y se construyó una canoa con la cual se desliza sobre las aguas mucho más fácilmente que si hubiera dependido de su capacidad como nadador. Arrancó la corteza de un árbol, amarró ambos extremos y después inventó un remo. Todo esto le llevó tiempo y le obligó a pensar, pero al fin obtuvo el merecido éxito.

En los últimos tiempos, esta manera de satisfacer nuestras necesidades se ha hecho muy común. Casi todo lo que fabricamos se elabora con máquinas. De aquí resulta que nuestros pensamientos, nuestros estudios y nuestras maneras de vivir, están regidas por las grandes máquinas que llenan nuestras fábricas, arrastran largos trenes y hacen la vida del hogar más cómoda y la industria más productiva.



LXVII

LAS EXPLORACIONES POLARES

El hombre ha ido adquiriendo el conocimiento del mundo en que vive con mucha lentitud.

Extensas regiones han permanecido durante siglos desconocidas para él y aun hoy quedan algunas en las que quizás ningún ser humano ha respirado todavía.

Los lugares que más dificultades han opuesto a su exploración han sido las situadas en las inmediaciones de los polos. Centenares de audaces viajeros se han arriesgado en las solitarias y tempestuosas regiones árticas, aguijoneados por el deseo de penetrar sus se-

cretos y, sobre todo, de llegar al lugar misterioso en torno del cual giran todos los puntos de la tierra, que mantiene en su cenit, de manera casi invariable, la Estrella Polar y que ve brillar el sol alrededor de su horizonte durante seis meses consecutivos. El mapa de las regiones árticas se ha ido completando poco a poco. Antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, en el año 970, unos viajeros normandos descubrieron la Groenlandia, llegando a establecerse en las regiones septentrionales de América.

El gran navegante Sebastián Cabot, llegó, en 1496, hasta el 56° de latitud; John Davis, en 1585, alcanzó el paralelo 73°.

Pero las exploraciones decisivas fueron realizadas durante el siglo XIX y en los primeros del actual.

En 1829 el navegante inglés Sir Jacobo Ross llegó al polo magnético, pasando cerca de 5 años entre las nieves árticas. En 1845, otro viajero inglés, Sir John Franklin, penetró en el mar de Baffin, después de terribles peripecias, todos los hombres que componían la expedición hallaron la muerte en las horribles soledades árticas.

De Inglaterra y de los Estados Unidos partieron numerosas expediciones en busca de los desaparecidos, pero tan sólo pudo lograrse la certidumbre del triste fin que todos tuvieron.

Por una mujer esquimal se adquirieron las últimas noticias de un grupo de aquellos desdichados que, después de haber sucumbido el jefe, vagaron por los glaciales desiertos, hasta que la muerte los fué rindiendo uno a uno, extenuados por el hambre y por el frío.

Según relato de aquella mujer, ella presenció la partida de un grupo, probablemente compuesto por los últimos supervivientes, unos cuarenta hombres, que abandonaron su campamento, dirigiéndose hacia la Isla Montreal; poco después se encaminó ella hacia este lugar y sólo encontró con vida a uno de aquéllos.

Lo encontró sentado en la playa. “Era alto y robusto, explicó ella; tenía la cabeza apoyada en una mano y los codos sobre las rodillas; en esta posición quedó muerto, al tratar de levantar la cabeza para hablarme.”

Al través de todas estas peripecias se iba adquiriendo un conocimiento mucho más detallado de las islas y estrechos que se encuentran en la extremidad septentrional de América, vía que a todos parecía más adecuada para llegar al mismo polo.

Muchos exploradores continuaron en los años siguientes la lucha desesperada con los *ice-bergs*, los osos blancos, las tempestades de nieve, el frío terrible, las blancas llanuras interminables, la soledad y el hambre, guardianes irreductibles de aquellas enigmáticas regiones, empeñados en arrancarles sus secretos.

El intrépido marino noruego Nansen, fué el primero en atravesar de costa a costa la isla de Groenlandia, cuyo interior había estado hasta entonces casi completamente desconocido.

En 1899 partió de Italia una expedición al mando del príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos, con objeto de realizar una nueva exploración en las comarcas septentrionales, llegando hasta una latitud 86°, 33'; pero, habiéndose agotado los víveres y no en-

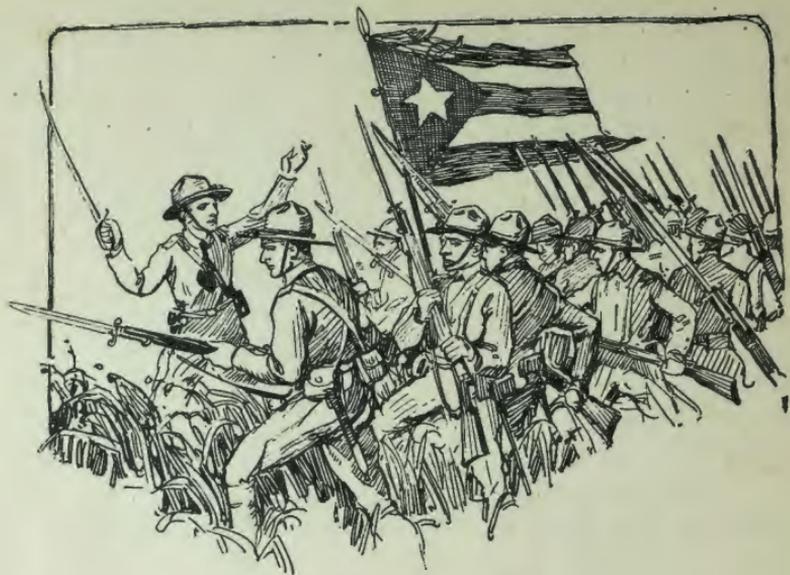
contrando seres vivos de ninguna clase en aquellas heladas soledades, tuvieron que emprender el regreso.

Durante varios años más, los exploradores compitieron con audacia y sacrificio, alentado cada uno por el anhelo de hacer ondear primeramente la bandera de su país en el mismo Polo Norte, pero esta gloria tan sólo pudo ser alcanzada por el comandante de la marina norteamericana Roberto E. Peary, quien consiguió llegar al punto codiciado, el día 6 de abril de 1909.

Alentado por su éxito el capitán de la marina noruega Real-Amundsen, emprendió viaje con el propósito de descubrir el Polo Sur, al que tuvo la alta satisfacción de llegar el 14 de diciembre de 1911, dando a la meseta situada alrededor del polo el nombre de Haakon II, en recuerdo del soberano que reinaba en su país.

Así quedó cumplida la formidable empresa de llegar a los puntos de nuestro globo entorno de los cuales giran todos los demás, por cuyo cumplimiento centenares de héroes sacrificaron su vida después de haber sufrido las más tremendas penalidades a que se ha visto sometida la naturaleza humana.





LXVIII

LA BANDERA NACIONAL

Al amanecer del día 26 ⁽¹⁾ las banderas cubanas flotaban sobre una pequeña parte de la ciudad, entre despierta y dormida. El viento recio del nordeste azotaba la enseña gloriosa, que desenvolvía altiva sus pliegues sobre el último baluarte de la dominación española en América. El cielo estaba plomizo, lloviznaba a intervalos, había vapor de lágrimas en la atmósfera húmeda. Sin embargo, la bandera de la patria sonreía serena sobre el amodorramiento matinal y la melancólica pesadez de la naturaleza. Se elevaba gallarda sobre la

(1) Diciembre, 1898.

ciudad aun silenciosa, como flor de esperanza sobre campo desolado que ha bebido sangre.

Poco a poco el carmín y el azul de las banderas iban poniendo nuevás manchas de luz y alegría sobre el fondo oscuro de esa primera mañana de invierno. Era como el romper sucesivo de gigantescas orquídeas, que desataban sus largos pétalos azules y blancos sobre todas las azoteas, en lo alto de los miradores, en lo más empinado de las torres. Era como una marea de ondas cerúleas y rojizas que avanzaba más y más hacia el Este.

Sordo rumor comenzó a subir de las calles tortuosas, primero como el zumbido de enjambre lejano, luego como trueno de tierra estremecida, al fin como tempestad ensordecedora de aclamaciones, que se elevaban de millares de pechos, para corear un himno triunfal a la bandera de la libertad, que resplandecía en lo alto. Era el pueblo que despertaba y se sentía libre. Como un *Encélado*, que echa a un lado la montaña que había gravitado por siglos sobre su pecho, sacudía sus poderosos miembros entumecidos y lanzaba su voz profunda, que apagaba los mugidos del mar tajados por las grandes alas del viento del Setentrión.

Mis ojos no se fatigaban de mirar ese glorioso alumbramiento de una vida nueva, que surgía dentro de la oscuridad y el llanto de un pasado horrible, simbolizada por esa bandera que ascendía de todos los ámbitos de la capital, cubierta de niebla, como de un Tabor envuelto aun en la sombra. Esa era, ésa, la que hasta entonces sólo había visto yo decorar las moradas tristes de los proscritos, en los largos años de peregrin-

nación por el desierto de la tierra extraña. Esa la que daba sombra a los túmulos, en cuyo derredor nos congregábamos en otro suelo a llorar los mártires de la patria. Esa la bordada con recelo en lo más retirado de la casa por la doncella intrépida, y la ungida por las lágrimas silenciosas de la madre, que la enviaba a escondidas al hijo que había de defenderla, como un talismán, en desigual combate. Esa la que tres generaciones habían visto flotar solamente en sus sueños generosos de libertad y patria, la que para tantos hé-



ros sólo había significado deber y martirio, la que únicamente se había desplegado, al silbar de las balas y al fulgurar de los aceros, sobre campos de muertos. Y allí se alzaba ahora sobre la orgullosa ciudad que se llamaba inexpugnable, en la majestad de su gloria tranquila, surcando de luz el espacio en la ondulación de sus brillantes franjas, proclamando el triunfo de la abnegación y el patriotismo y la eficacia portentosa

de una causa justa. Y al verla hermanada con el pabellón soberbio de la Gran República, que ha sido el heraldo y campeón de la América, al verla flotando a la par de la luminosa bandera de los Estados Unidos volvía a mi espíritu, como evocación de un pasado ya muerto, el recuerdo lejano de uno de los días más tristes de mi vida de colono sin patria.

Era el alba de un 4 de julio. Me encontraba en un hotel de la metrópoli neoyorkina. Frigor continuo de rápidos chasquidos, que repercutían en todas direcciones, me hizo saltar del lecho; corrí a la estrecha ventana, y sentí tal deslumbramiento, que apenas podía darme cuenta de lo que contemplaba. La calle inmensa parecía flamear toda entera, en la gloria tricolor de la enseña nacional. De cada una de millares de ventanas salía un brazo rígido que hacía flotar al viento la bandera que había consolidado la Unión y emancipado al siervo. Abajo, en fila interminable, los coches, los carros, los ómnibus, la hacían pasar en sucesión vertiginosa. En todas partes brillaba, con profusión indecible, desde el hotel suntuoso, hasta la humilde tiendecilla. Un niño limpiabotas la había plantado con orgullo en el pobre cajón, que contenía los útiles de su trabajo. Me pareció que el alma del pueblo gigante florecía a mi vista, en ese símbolo radioso de su poder y su libertad. Y sentía encogerse espasmódicamente dentro de mi pecho el alma de Cuba, que no tenía bandera...

Y aquí está ahora, después de tantos años de labor, de sangre, empapada por ésta lluvia sutil, como por las lágrimas que un pueblo entero; aquí está triunfante,

alzada por el heroísmo silencioso de tantas generaciones que por ella han sufrido el martirio. Y, en ese rumor profundo que se eleva de las oleadas del pueblo, escucho una voz, que claramente dice: “Sube, sube, bandera de la patria; fulgura como el sol que disipa las sombras del terror y la ignominia; abre tus pliegues, como alas que cobijen corazones amansados por el dolor y ensanchados por el triunfo merecido; tiende tus franjas, como iris de paz y bonanza, sobre esta tierra manchada por el crimen y purificada por el sacrificio. Sube, sube, bandera de Cuba, y que ese girón sangriento que ostentas como símbolo de nuestro martirio, restañe para siempre la sangre de las heridas de la patria.”

27 de Diciembre de 1898.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



INDICE

Capítulos	Páginas
A los Maestros	III
I. Visión profética, <i>por Anselmo Suárez y Romero.</i>	1
II. Importancia de la Agricultura en Cuba	3
III. Vasco Porcallo de Figueroa	8
IV. Los nidos de las aves	17
V. El cedro y el jagüey (Fábula) <i>F. J. Balmaseda.</i>	22
VI. El cacique Guamá	25
VII. Abnegación heroica de una joven francesa.	32
VIII. Galas de Cuba (Poesía) <i>J. C. Nápoles Fajardo.</i>	36
IX. Un maestro indio	39
X. La piña (Soneto) <i>J. Santos Chocano.</i>	47
XI. Un gobernador como hay pocos	48
XII. La bandera, <i>por Jesús Castellanos</i>	58
XIII. El jilguero y la chicharra (Fábula) <i>por F. J. Balmaseda</i>	67
XIV. Los primeros ingenios	69
XV. Las mariposas	76
XVI. Los Maceo (Soneto) <i>Bonifacio Byrne</i>	82
XVII. Vida de los cubanos en el siglo xvi	83
XVIII. Heroísmo de un bombero	92
XIX. La música de las palmas (Poesía) <i>Rosa Kruger.</i>	97
XX. Salvador Golomón	100

Capítulos	Páginas
XXI. Noche de lluvia (Poesía) <i>Miguel Galliano Cancio</i>	109
XXII. Las epidemias en Cuba	111
XXIII. El trabajo del industrial y el del agricultor. . .	118
XXIV. A una nube (Poesía) <i>Pedro Santacilia</i>	124
XXV. El obispo D. Diego Evelino de Compostela. . .	128
XXVI. Una historia interesante, <i>por Manuel Angulo</i> . . .	135
XXVII. Calma en el mar (Poesía) <i>José María Heredia</i> . .	140
XXVIII. Dos siglos de guerra constante.	143
XXIX. El joven Apio, <i>por H. Guyau</i>	152
XXX. A una violeta (Poesía) <i>Joaquín L. Luaces</i>	157
XXXI. Los corsarios cubanos.	159
XXXII. El río, <i>por Francisco Coppée</i>	166
XXXIII. La gota de rocío (Poesía) <i>Rafael M. Mendive</i> . .	173
XXXIV. Población de Cuba durante los siglos XVI y XVII.	176
XXXV. El agricultor y la tierra	183
XXXVI. La sublevación de los vegueros	188
XXXVII. La abeja melífica, <i>por Felipe Poey</i>	195
XXXVIII. El combate de las piraguas, <i>por Ramón Vélez Herrera</i>	203
XXXIX. Fundación de la Universidad de la Habana. . .	210
XL. El buen ciudadano	214
XLI. En la muerte de José Martí, <i>por Enrique Pérez Valencia</i>	219
XLII. Los aeroplanos y la guerra	221
XLIII. Las labores del terreno	230
XLIV. Volver a Cuba (Poesía) <i>por M. Tuerbe Tolón</i> . . .	235
XLV. La Habana en 1840, <i>por Jacinto de Salas y Quiroga</i>	241
XLVI. La lámpara eléctrica	249

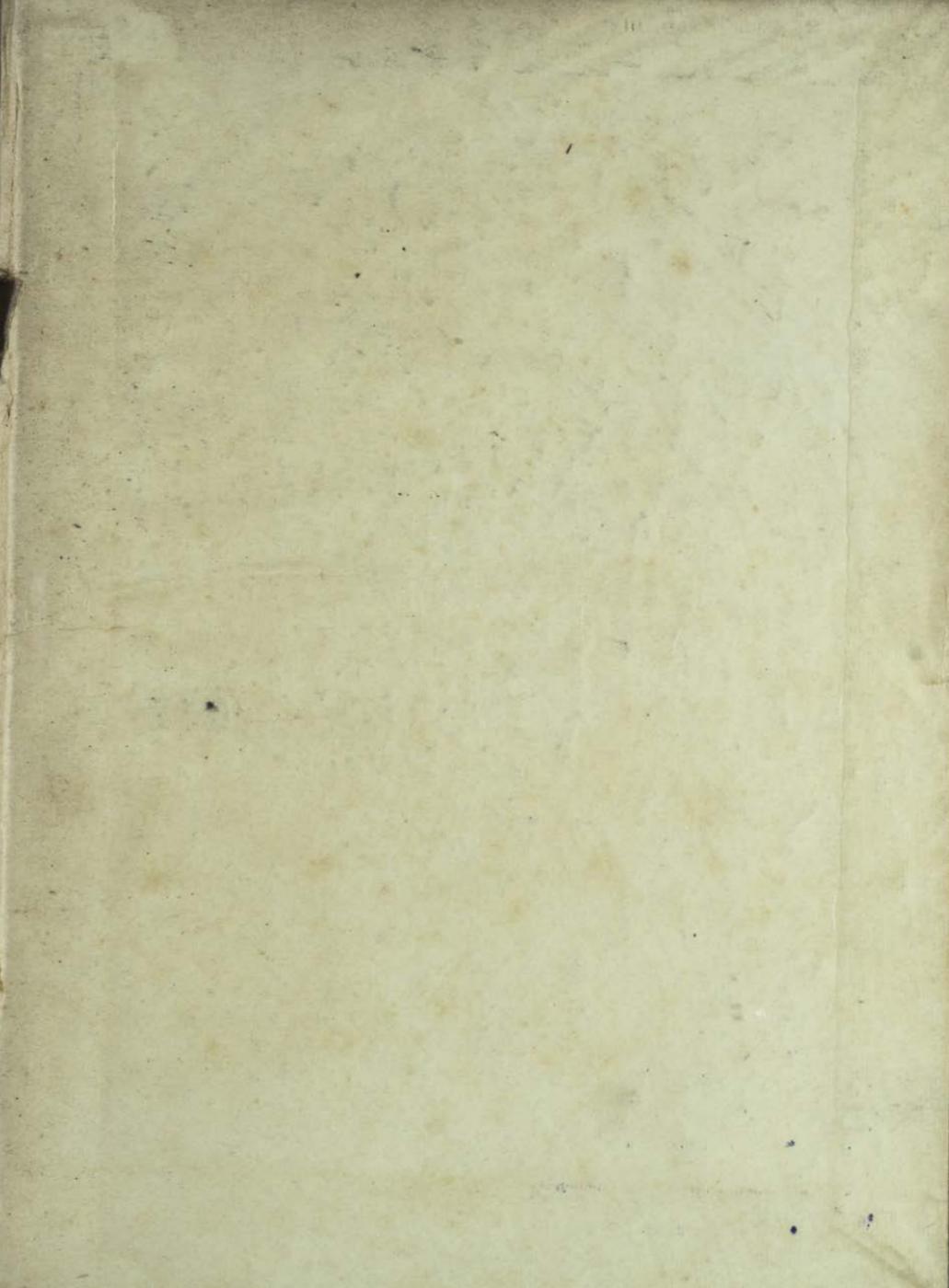
Capítulos	Páginas
XLVII. Oda al trabajo, <i>por José María Gabriel y Galán.</i>	255
XLVIII. La toma y el incendio de Bayamo, <i>por Tomás E. Palma</i>	260
XLIX. El caballo	269
L. La muerte de Ignacio Mora, <i>por Gonzalo de Quesada</i>	275
LI. Artistas callejeros, <i>por Enrique José Varona.</i>	280
LII. Los zapaticos de Rosa (Poesía) <i>José Martí.</i>	284
LIII. El agua y las plantas	291
LIV. El fardo, <i>por Rubén Darío</i>	297
LV. El colegio "El Salvador", <i>por Manuel Sanguily</i>	305
LVI. El agricultor y las plantas	313
LVII. Guillermo Tell	318
LVIII. La matanza de los zánganos, <i>Mauricio Maeterlinck</i>	326
LIX. A mi jilguero (Poesía) <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda</i>	331
LX. Antonio Maceo, <i>por José Manuel Carbonell</i>	338
LXI. Las ventajas y los inconvenientes del cultivo de la caña	344
LXII. La envidia, <i>por José Ingenieros</i>	349
LXIII. Mi escuela, <i>por Raimundo Cabrera.</i>	355
LXIV. Mi último pensamiento (Poesía) <i>José Rizal</i>	365
LXV. El jején, <i>por Felipe Poey</i>	369
LXVI. Las invenciones	376
LXVII. Las exploraciones polares	386
LXVIII. La bandera nacional, <i>por Enrique José Varona.</i>	390



CAT LOGACION

Entrada.....

Salida...14 MAÑ 80



HABANA
LIBRERIA E IMPRINTA
"LA MODERNA POESIA"
1923

R